

Comentario Antiguo Testamento Andamio

GÉNESIS 12–50

De Abraham a José

Joyce G. Baldwin

PUBLICACIONES ANDAMIO ®

C/ Alts Forns n° 68, sôt. 1°,

08038 Barcelona.

Tel-Fax: 93/ 432 25 23

E-mail: editorial@publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos
Unidos de España (G.B.U.).

Libros Desafío

2850 Kalamazoo Ave. SE

Grand Rapids, Michigan 49560-1100

Estados Unidos

www.librosdesafio.org

Título original: The Message of Genesis 12–50

© Joyce G. Baldwin, 1986

*All rights reserved. This translation of The Message of Genesis 12–50 first published in 1986 is
published by arrangement with Inter-Varsity Press, Nottingham, United Kingdom*

*“Las citas bíblicas son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS
© Copyright 1986, 1995, 1997 by The Lockman Foundation
Usadas con permiso”. (www.LBLA.com)*

© PUBLICACIONES ANDAMIO ®

1ª Edición castellano 2010

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Traducción: Daniel Menezo

La imagen de portada es una obra de Joan Cots

Diseño de cubierta: Fernando Caballero

Depósito legal:

El ISBN Andamio: 978-84-92836-87-1

El ISBN Libros Desafío: 978-1-55883-077-6

Contenido

Prólogo

Prólogo de la autora

Abreviaturas principales

Introducción

PRIMERA PARTE: ABRAHAM (12–20)

SEGUNDA PARTE: ISAAC (21:1–28:9)

TERCERA PARTE: JACOB (28:10–36:43)

CUARTA PARTE: JOSÉ (37–50)

Una mirada retrospectiva

Prólogo

Hay muchos cristianos que a menudo se sienten desorientados cuando leen el Antiguo Testamento. ¿Qué hacemos con estas tres cuartas partes de la Biblia? Es como si de alguna manera tuvieran menos que ver con nuestras vidas, que el Nuevo Testamento. Su contexto nos parece demasiado lejano. Y su literatura muy diferente a la que conocemos hoy. Porque la verdad es que no hay mucha gente que lea leyes, códigos, oráculos contra naciones extranjeras, o poesía sin rima...

Es cierto que nos gustan algunas de sus historias. Nos identificamos con sus personajes, tentaciones y conflictos. Participamos de la misma realidad de pecado y obediencia, éxito y fracaso... Pero ¿es esto lo que quieren decir estas historias? ¡Todo parece tan subliminal! Porque bien visto, si somos cristianos, ¿no es el Nuevo Testamento, el que nos habla principalmente de Jesucristo, como nuestro Salvador?

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismo, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1:10–12).

Los profetas indagaron acerca de esto; los ángeles anhelaban verlo; y los discípulos, no lo entendían; pero Moisés, los profetas y todas las Escrituras del Antiguo Testamento hablaban de ello (*Lucas 24:25–27*): Jesús tenía que venir y sufrir, para ser después glorificado. Él no vino sin ser anunciado. Su llegada fue declarada con antelación en el Antiguo Testamento. Pero no sólo en aquellas profecías que explícitamente hablan del Mesías, sino por medio de las historias de todos los sucesos, personajes y circunstancias del Antiguo Testamento.

Dios comenzó a contar una historia en el Antiguo Testamento, cuyo final se esperaba con impaciencia. Desarrolló el argumento, pero faltaba la conclusión. En Cristo, Dios ha llevado el relato del Antiguo Testamento a su culminación. Los cristianos aman por eso el Nuevo Testamento. Pero Dios estaba contando una sola historia, que se extiende a lo largo de todas las páginas de la Biblia. Desde *Génesis* a *Apocalipsis*, Dios desvela progresivamente su plan de salvación.

La Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, presentan una sola revelación de Dios, centrada en Cristo. Cuando estudiamos los diferentes géneros, estilos y enseñanzas de cada libro, vemos que anuncian y señalan a Cristo. El carácter cristocéntrico de la Biblia puede parecer “oculto en el Antiguo Testamento”, como decía Agustín, pero es “revelado” en el Nuevo. Ver la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento es clave para comprender la Biblia.

El Antiguo Testamento nos revela a Jesús. El Dios de Israel es el Dios encarnado en Jesús: “El mismo, ayer, y hoy y por los siglos” (*Hebreos 13:8*). La Biblia de Jesús es el Antiguo Testamento. Los apóstoles se refieren continuamente a él. Porque el Antiguo Testamento no es sólo para Israel. ¡Es para nosotros! Nos enseña acerca de Dios y su

propósito en la Historia, pero también sobre nuestra propia vida.

¿Para qué sirve un comentario bíblico?

Aunque hay algunos cristianos que todavía se enorgullecen de no usar nunca un comentario, cada vez son más los creyentes que aprecian esa literatura que está específicamente destinada a exponer y analizar el texto bíblico. Pocas herramientas hay tan fundamentales en la vida de un predicador, pero también de muchos cristianos con inquietudes por profundizar en el estudio de las Escrituras, que esos libros que denominamos comentarios bíblicos.

El problema es que hay muchos tipos de comentarios. Y no son pocos los que se decepcionan al comprar un libro que luego no les ofrece la ayuda deseada. Es importante por eso considerar qué clase de comentario necesitamos, antes de iniciar la búsqueda de algún título que nos ayude a entender mejor determinada porción de la Biblia.

Conviene recordar en ese sentido, una vez más, que los comentarios son útiles, pero ninguno puede sustituir a la Escritura misma. Así que debemos consultar primero diferentes traducciones —si no conocemos los idiomas bíblicos—, tomándonos tiempo para orar y meditar en la Palabra de Dios, antes de usar cualquier modelo de comentario.

Hay básicamente dos enfoques difícilmente combinables en la literatura expositiva de la Biblia. Uno pretende acercarse al texto con el mayor rigor exegético posible. Por lo que, en un lenguaje bastante técnico, intenta aclarar el sentido de cada palabra en su contexto original. Y otro busca más bien presentar el mensaje de cada libro, esforzándose en aplicar su sentido a la vida personal y social del lector contemporáneo. Entre medio, hay, por supuesto, una enorme variedad de textos que oscilan entre una y otra dirección, pero generalmente podemos distinguir estos dos tipos de comentarios.

¿Qué es un comentario evangélico?

Aquellos que tenemos la extraña costumbre de leer los comentarios bíblicos de principio a final —o sea, de la primera a la última página, como cualquier otro libro—, observamos cómo el estilo de muchos exégetas se va haciendo cada vez más farragoso y oscuro, hasta el punto de resultar casi ilegible. La estructura de muchas colecciones actuales se ha vuelto tan complicada e incomprensible, que sus divisiones parecen multiplicarse indefinidamente. Cuesta entender la lógica de tantas secciones y apartados, sobre todo cuando acompañan unos textos realmente inaccesibles, capaz de desanimar a cualquiera que vaya a estos comentarios para aclarar sus dudas...

Porque lo peor de muchos comentarios modernos, es su lenguaje. La jerga de la crítica bíblica, no sólo es difícil de traducir, sino que parece que ya no la entienden ni siquiera los especialistas —a juzgar por las interpretaciones que hacen unos de otros, cuando se quejan de que les malentienden—. Todo parece que se ha convertido en un

inmenso galimatías, donde la complejidad se confunde con la erudición...

Basta leer los antiguos comentarios, para ver cómo es posible exponer un texto con claridad, a pesar de su evidente dificultad... Los que leemos una gran variedad de comentarios, para preparar un estudio o una exposición bíblica, nos encontramos con que no solamente los críticos son difíciles de leer, sino que la lectura de algunos autores evangélicos actuales, que buscan el reconocimiento académico, se ha convertido también en un verdadero suplicio...

Hay series de comentarios evangélicos, incluso norteamericanos —cuya literatura ha sido siempre conocida por su sentido práctico—, cuyo contenido carece de aplicación alguna. Su teología es dudosa, y claramente difícil de distinguir de otros autores protestantes, que son a veces peores que algunos eruditos católicos, alguna que tratan con más respeto el texto bíblico, y tienen más carácter devocional que algunos comentarios evangélicos. ¡Vivimos tiempos extraños!

La Biblia habla hoy

Es, por lo tanto, refrescante encontrarse con una serie de comentarios como esta, claramente inspirada en la colección *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity Press*. La mayor parte de los libros pertenece a esta colección, pero no en su totalidad. Esta colección sobre el mensaje de los libros del Antiguo Testamento, que ahora traduce al castellano *Publicaciones Andamio*, está editada por veteranos predicadores, como Alec Motyer o Raymond Brown. La erudición de estos hombres no tiene nada que envidiar a la de algunos jóvenes profesores evangélicos, pero su fuerza y claridad están a años luz de muchos autores actuales, más preocupados por las notas a pie de páginas y las referencias bibliográficas, que por la comprensión del texto bíblico. Necesitamos comentaristas como ellos, llenos de sabiduría, pero también de pasión por el mensaje de la Escritura.

Es cierto que esta no es una serie de comentarios bíblicos que desarrollen los libros siguiendo el texto versículo a versículo. Como su título inglés indica, se centran en su mensaje, aunque hay pocos libros tan útiles como estos, para comprender el sentido de cada sección y libro en su totalidad. Lo que tenemos aquí es una comprensión global de cada texto que nos lleva inmediatamente a la actualidad, considerando su valor práctico y aplicación para la vida del creyente.

También hay autores jóvenes en esta colección, como Chris Wright, que ha enseñado mucho tiempo el *Antiguo Testamento* en un centro bíblico orientado a la tarea misionera (*All Nations Christian College*), antes de dedicarse en Londres a la fundación de cooperación internacional *Langham* (que fundó John Stott para mantener proyectos de educación en todo el mundo).

La visión de la profecía de estos autores está lejos de las especulaciones escatológicas de tantos autores populares, que juegan con el texto bíblico para dar su propia interpretación del mundo, siguiendo las más caprichosas identificaciones, para leer la Biblia a la luz del *telediario*. Su enfoque es riguroso, claramente arraigado en el

contexto histórico, pero lleno de referencias al mundo actual. Lo mismo cita una canción de U2 que analiza el mapa del Templo.

Algunas obras, como la de Motyer sobre Isaías, no pertenece en realidad a la serie *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity*, aunque está publicada por esta editorial. Es un comentario al que dedicó toda su vida, basado en su propia traducción y meditación durante años. Para muchos, no hay duda de que se trata de una obra maestra, un trabajo magistral, en una línea radicalmente diferente a la mayor parte de los comentarios que se hacen hoy en el mundo evangélico en un contexto académico.

Algunos de los comentarios, por otro lado, pertenecen a la colección *Tyndale* también de *Inter-Varsity*. Otros son de autores que consideramos “nuestros”, como David F. Burt, que han escrito algunos comentarios de un nivel excelente.

La Palabra eterna

Estos libros parten de los presupuestos clásicos de la teología evangélica, como es la unidad del texto y su mensaje cristocéntrico. Se atreven a veces incluso a prescindir de toda referencia crítica, para concentrarse en el sentido del texto, que explican con claridad y pasión evangélica. Estas obras están destinadas por eso a ser libros de referencia durante años, siendo apreciadas por muchas generaciones, que descubrirán en su trabajo una obra perdurable, que trasciende las absurdas polémicas entre uno y otro autor de esta generación, para desvelarnos el verdadero mensaje del libro.

La publicación de estas obras nos da, en este sentido, un modelo de lo que debe ser un comentario evangélico. Cuando muchos de los libros que abundan en este tiempo, sean finalmente olvidados, las obras que seguirán atrayendo al lector del futuro, son las que transmitan el mensaje de la Palabra eterna, más allá de modos y modas, sobre los que prevalece el espíritu de la época.

Estos autores muestran una capacidad excepcional para sintetizar lo que otros hacen en multitud de páginas de oscuro contenido. Su extraordinaria claridad se ve resaltada a veces por una increíble genialidad para dividir el texto en unos encabezamientos tan atractivos, que uno no puede resistirse a la tentación de repetirlos en su propia exposición. Son comentarios ideales, porque animan a predicar estos libros de la Escritura.

Alguien ha dicho que nunca se debería escribir un comentario sobre un texto bíblico, que no se haya predicado. Es más, los comentarios que resultan más útiles a los predicadores, son aquellos que están escritos por predicadores. Y eso es lo que son los autores de estos libros, maestros que piensan que es más importante comunicar la Palabra de Dios, que obtener un prestigio académico. Son servidores de la Iglesia, pero anunciadores también al mundo de la Buena Noticia que hay en este Libro.

Estas obras son una excelente ayuda para estudiar la Biblia y exponerla, en nuestra lengua y generación. Esperamos con impaciencia todos los títulos de esta colección, deseando que sean usados por muchos predicadores y lectores de la Escritura, para anunciar el Evangelio a un mundo y una Iglesia necesitada de la Palabra viva, puesto

que Dios sigue hablando hoy por su Palabra y su Espíritu.

José de Segovia

Prólogo de la autora

Desde que empecé a leer la Biblia de niña, el libro de Génesis me fascinó. Allí encontré historias que eran más que un mero entretenimiento, porque Dios hablaba por medio de ellas, y yo anhelaba saber más. Los años que he dedicado a enseñar el Antiguo Testamento me han llevado a estudiar más a fondo estos capítulos, que conservan su encanto original y siguen haciéndonos pensar y cuestionar, y que nos inducen a explorar y a instruir.

Lo que me indujo a abordar de nuevo estos capítulos, y en última instancia a escribir este libro, fue la oportunidad que tuve de dar una serie de exposiciones bíblicas en el Trinity College de Bristol. Las exposiciones de la Biblia no pretendían ser un ejercicio académico, sino que se encuadraron en un contexto de adoración y de oración, de modo que nos indujeran a someternos al Dios que nos habla hoy por medio de su Palabra. Mientras preparaba este libro, albergaba la esperanza de que Génesis nos hable realmente —y oré por ello—, no sólo a quienes ya conocemos bien a los patriarcas, sino también a aquellos que empiezan a familiarizarse con ellos. He intentado no presuponer que el lector conociera otros estudios previos, y me he esforzado para señalar parte del trasfondo de sus vidas, revelado por la arqueología y otras disciplinas relacionadas.

Este libro ha nacido lentamente, y estoy agradecido al editor, el Rev. Alec Motyer, por su paciencia, así como por sus detalladas y pertinentes sugerencias, casi todas las cuales apliqué a mi obra. Dedico este volumen a mi esposo Jack, que sin quejarse ha realizado las tareas de la casa para darme tiempo de escribir, leyendo luego el resultado con una mirada crítica.

Joyce Baldwin

Abreviaturas principales

AOOT *Ancient Orient and Old Testament*, de K. A. Kitchen (Tyndale Press,

	1966).
AV	Authorized (King James) Version of the Bible (1611).
BA	<i>Biblical Archaeologist</i> .
BAR	<i>Biblical Archaeological Review</i> .
BASOR	<i>Bulletin of the American Schools of Oriental Research</i> .
BDB	Hebrew-English Lexicon of the Old Testament, de F. Brown, S. R. Driver y C. A. Briggs (1907).
BZAW	<i>Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft</i> .
CB	<i>Cambridge Bible: Genesis</i> , de H. E. Ryle (CUP, 1914).
CBQ	<i>Catholic Biblical Quarterly</i> .
EOPN	<i>Essays on the Patriarcal Narratives</i> , editado por A. R. Millard y D. J. Wiseman (IVP, 1980).
HSS	<i>Harvard Semitic Studies</i> .
IBD	<i>Illustrated Bible Dictionary</i> . 3 vols. (IVP, 1980).
IDB	<i>Interpreter's Dictionary of the Bible</i> . 4 vols. (Nelson, 1962).
JBL	<i>Journal of Biblical Literature</i> .
JNES	<i>Journal of Near Eastern Studies</i> .
JSOT	<i>Journal for the Study of the Old Testament</i> .
LXX	La Septuaginta (versión griega precristiana del AT).
NIV	The New Internacional Version of the Bible (1979).
OTA	<i>Old Testament Abstracts</i> .
RSV	American Revised Standard Versión of the Bible (1952).
RV	English Revised Version of the Bible (1881).
TB	<i>Tyndale Bulletin</i> .
TOTC	<i>Tyndale Old Testament Commentaries: Genesis</i> , de Dereck Kidner (Tyndale Press, 1967).
VT	<i>Vetus Testamentum</i> .

Introducción

En el principio...

Génesis, el libro de los comienzos, construye el escenario para el resto de la Biblia y habla a la raza humana. Anticipa las cuestiones más básicas que cualquiera pueda formularse sobre los orígenes del universo y de la vida. Esto no quiere decir que los primeros capítulos nos digan, ni mucho menos, todo lo que nos gustaría saber sobre el proceso de la Creación ni sobre el tiempo que duró. Aunque los «días» de la Creación señalan las etapas del proceso, «para el Señor un día es como mil años, y mil años como

un día» (2 P. 3:8). En lo que sí insiste este libro, mediante el uso deliberado de la reiteración, es la verdad de que el único y verdadero Dios fue el responsable de la creación de todas las cosas. «Habló y fue hecho». El Dios al que nos encontramos en la primera página de la Escritura es aquel que habla y que, por tanto, nos deja conocerle. A lo largo del libro de Génesis, Dios se comunica con muchas de las personas mencionadas en la narrativa, hombres y mujeres ordinarios, y estos le responden. La comunión entre Dios y los humanos que Él creó forma parte de su intención originaria, y no una actividad extraña reservada para aquellos que sienten impulsos místicos.

La afirmación fundamental «Y dijo Dios...», junto con los otros verbos empleados en Génesis 1, todos los cuales tienen como sujeto necesario a Dios, supone unas consecuencias de gran alcance. Independientemente de cuál de las numerosas teorías sobre el origen del universo resulta al final ser la más probable en opinión de los especialistas, la Escritura insiste en que el cosmos no es el resultado de una larga serie de accidentes fortuitos. Lo que dio existencia a todas las cosas fue la obra del Dios vivo y personal. Además, al crear a la humanidad, lo hizo con un propósito positivo. Es cierto que no comprendemos del todo ese propósito, pero tiene que ver con el hecho de que Dios creó a los humanos «a su imagen», capaces de amarle y de amarse unos a otros. Por consiguiente, las personas poseen un valor supremo. Son más importantes que los sistemas, filosofías, riquezas o cualquier otra cosa en este universo, porque el hombre y la mujer fueron la cúspide de la Creación de Dios, hechos a su semejanza. Por tanto, a los ojos de Dios, las personas son más importantes que el resto de la Creación, y la relación que mantienen con Él tiene un valor inexpresable.

La unidad esencial de la raza humana es otro de los temas esenciales que se nos presentan al principio del libro. *Adán* es tanto el término que significa «humanidad», como el nombre del primer humano, el progenitor de la raza. Por numerosas que sean las divisiones y distinciones entre los pueblos, todos están «en Adán». Así, un hombre representa a todos y, siguiendo la misma regla, un Hombre puede ser el Salvador de todos. Como explicaba Pablo: «Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (1 Co. 15:22). Un hombre representativo ocupa el lugar de toda la raza humana. Mientras que en las sociedades, tanto antiguas como modernas, la tendencia es que las comunidades se fragmenten y que los individuos se alienen, el libro de Génesis demuestra que las personas se necesitan unas a otras y deben vivir en armonía. La solidaridad de la raza humana es un concepto bíblico.

Esta forma de entender la humanidad no disminuye en modo alguno el valor del individuo. En realidad, una de las características notables del libro de Génesis es que las personas ordinarias como los patriarcas, que a pesar de su fe también cometieron errores, fueron elegidos como destinatarios de un cuidado especial por parte de Dios. Sin embargo, esto no es en modo alguno un caso de «favoritismo», dado que a tales personas no se les permitió hacer lo que quisieran y salirse con la suya. Como veremos a lo largo de nuestro estudio, sucedió exactamente lo contrario. Abraham, Isaac y los demás patriarcas fueron elegidos para convertirse en una especie de ejemplo a las naciones, para mostrarles lo que puede hacer Dios, y al mismo tiempo para ser el instrumento mediante el cual Dios pondrá por obra su intención, que es ofrecer a toda

la humanidad un plan de salvación. Es cierto que la familia de Abraham ocupó un lugar privilegiado, pero también tuvo que soportar todo tipo de experiencias desagradables, de las que otras personas se vieron exentas. Todo esto formaba parte del proceso de formación de Dios, destinado a crear el tipo de hombres y mujeres a través de los cuales pudiera revelar sus caminos, y también a plasmar en sus vidas los principios según los que Dios quería que vivieran todos los seres humanos.

El hecho de que el único Dios crease todas las cosas, y «de uno hizo todas las naciones del mundo para que habitaran sobre toda la faz de la tierra» (Hch. 17:26), afirma que la existencia humana no carece de sentido. A causa de la ausencia de esta seguridad, muchos de nuestros contemporáneos yerran de un lado para otro, como percibe, por ejemplo, el poeta Colin Duriez:

“¿Dónde, de dónde vengo? ¿Qué soy? ¿Adónde voy? ¿De dónde? ¿Qué? ¿Adónde?”

Pero no son sólo nuestros contemporáneos los que son conscientes de la agonía de la confusión. Colin Duriez explica que, en 1897, Paul Gauguin pintó un cuadro con el título « ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?», justo antes de su intento de suicidio. Unos siglos antes, Agustín de Hipona ya era consciente de una búsqueda inquieta que él consideraba una experiencia de toda la humanidad. En una oración muy conocida, lo expresa de esta manera: «Dios Todopoderoso... [Tú] nos has hecho para Ti, de modo que nuestros corazones no tienen reposo hasta que lo encuentran en Ti». Nuestra necesidad de hallar sentido encaja maravillosamente con la revelación de Dios que comienza tan resueltamente en el libro de Génesis.

A medida que esa revelación se va desplegando por medio de la obra de Moisés y sus sucesores, pronto se vuelve evidente que lo que se nos presenta no es una mera serie de acontecimientos, sino una progresión cohesionada de circunstancias por medio de las cuales Dios revela su mensaje. A pesar del paso de las generaciones existe una continuidad reconocible del tema, en medio de una multiplicidad de estilos literarios y experiencias vitales. Es casi como si una sola mente hubiera sido responsable de toda la historia de Israel, lo cual sin embargo es claramente imposible, dada la biblioteca que tenemos en los registros veterotestamentarios desde Génesis a Crónicas.

El concepto de la historia

Los libros de la Biblia han dado forma hasta tal punto al pensamiento del mundo occidental, que damos por hecho el concepto «historia» y asumimos que las personas siempre han atribuido cierto tipo de significado a los acontecimientos. Sin embargo, existen culturas que, aunque relatan mitos de «hace mucho, mucho tiempo», no tienen el concepto de tiempo histórico, ni esperan ver patrón alguno en los hechos ocurridos. Incluso los romanos, en su historia, se limitaban a no ver nada anterior a la fundación de Roma, mientras que las primeras palabras de Génesis, «en el principio creó Dios...», encuadran la vida humana en un todo unificado, indicando así la necesidad de una

historia universal. Para ello, la Biblia nos ofrece el marco original, y el propósito de Dios de reunir todas las cosas en Cristo constituye el tema global e inclusivo. En la Biblia, la historia no sólo tiene un principio, sino también un final.

Por medio de la relación entre Dios con Abraham y sus descendientes, que recibieron el nombre de Israel, las verdades que posibilitan el concepto de historia se convirtieron por primera vez en parte del pensamiento humano. La humanidad, como tal, importaba al único Dios verdadero que la había creado. Tenía un propósito para ella, y era más que capaz de cumplirlo. Se interesaba incluso por los individuos que podrían considerarse a sí mismos insignificantes, porque no los veía como parte de la multitud, sino como hombres y mujeres únicos a quienes Él amaba profundamente. En las genealogías bíblicas, aparecen los nombres de muchos de ellos. Eran importantes. Cada generación lo era, porque cada una tenía un papel esencial que desempeñar en la puesta por obra del propósito divino y, ¿quién sabía cuándo culminaría este en alguna intervención especial y muy esperada? Lo que dio pie al concepto de historia fue la expectativa de que Dios controlaba los acontecimientos con miras a bendecir a toda la humanidad. Cuando se escribieron las crónicas más antiguas, que luego constituirían el fundamento de los libros bíblicos, ya estaban allí las convicciones necesarias para el concepto de desarrollo histórico.

Mirándolo desde otro ángulo, la incipiente consciencia de que la vida tenía un propósito y un sentido nació de la convicción de que este mundo no es independiente y, por consiguiente, no puede explicarse en términos de su propia existencia. Más concretamente, los hombres y mujeres no encontraron en el pensamiento abstracto una plasmación adecuada de sus propias personalidades, al haber recibido el don de ser conscientes de sí mismos y la capacidad de evaluar sus propios actos. Los filósofos griegos usaban la razón para llegar hasta un poder último, lógico e impersonal, motivador del universo, mientras que, en Génesis, Dios se revela como persona. «En la Biblia, la verdad trascendente es dramática y está viva», escribe J. V. Langmead Casserly. «Según el concepto griego de la historia, no existe lugar para la providencia personal e intencional de la Biblia. La historia, según el punto de vista clásico, tiene forma, pero no dirección. Se mueve, al igual que los planetas, siguiendo una órbita cíclica y perpetua, como una rueda de recurrencias infinitas». Por otro lado, en la Biblia la dirección de la vida queda garantizada por Dios, que creó el mundo y a sus gentes; Él trasciende el tiempo y otorga a la vida humana y a sus acontecimientos una importancia que, de otro modo, no tendrían. Este es el caso que hallamos en el impulso hacia delante del Antiguo Testamento, que señala al futuro mediante un lenguaje claro y figurativo que halló su culminación en la venida de Cristo.

El fundamento del bien y del mal

Otra suposición importante que hace el libro de Génesis tiene que ver con el tema del bien y el mal. Mientras el pensamiento popular asocia la moral con el cumplimiento de la ley, Génesis retrata a la primera pareja humana como seres que disfrutaban de la

conversación con Dios, destinados a encontrar la felicidad en el cumplimiento del papel que su Creador les había destinado. La esencia del pecado fue la rebelión contra ese Dios vivo, personal, que había creado todas las cosas, incluyendo al hombre, de forma que fuesen muy buenas. Es cierto que, en un estadio posterior, la ley jugaría un papel importante, tras el éxodo de Egipto, pero incluso ella fue una expresión del pensamiento del libertador amante y poderoso de Israel (Éx. 20:2–3). Por consiguiente, desobedecerla deliberadamente suponía retar a Dios y exponerse a su castigo, mientras que obedecer mantenía a Israel en su papel de utilidad, cumpliendo la vocación única que Dios había planificado. El primer acto de rebelión, con su consiguiente alienación de Dios y la expulsión del huerto (Gn. 3:22–24), afectó a toda la raza humana, pero Dios, en su sabiduría y amor, no rompió su relación con los seres humanos a los que había creado, ni los abandonó a su suerte.

El conocimiento de Dios y de su carácter justo siguió siendo un aspecto permanente en generaciones posteriores, algunas de las cuales vivieron de tal modo, que pudieron estar siempre con Él (Gn. 4:4; 5:24). Noé, el segundo personaje central del libro, «halló gracia ante los ojos del Señor» (Gn. 6:8). Sin embargo, la mayoría corrompió hasta tal punto a la sociedad, que el remedio de Dios consistió en enviar el Diluvio para destruir a aquella generación, pero, por medio de Noé, permitió que la humanidad gozase de un nuevo comienzo. Toda la esperanza que generaba este nuevo principio quedaba respaldada por la promesa solemne de Dios de que nunca más destruiría «a toda carne» ni permitiría otro Diluvio sobre la tierra (Gn. 9:9–11); pero el recuerdo del catastrófico juicio y del milagro de la salvación de una familia hizo que la relación correcta con Dios fuera un asunto urgente.

Las genealogías resumen la repoblación del mundo; la última de ellas (Gn. 10:21–31) es la más importante para la continuación de la narrativa, porque de la línea de Sem, los semitas, nacería Abraham. A lo largo de los once primeros capítulos de Génesis, la narración, tremendamente selectiva, conduce adrede hacia este personaje tan importante, Abraham. A él se le reveló el Dios inmutable, enseñándole con gran claridad una serie de lecciones que son importantes para nuestros tiempos, porque son atemporales. De la misma manera que un estudiante, repasando una materia antes de un examen, vuelve al principio y ve más claramente la importancia que tenían muchas de las cosas que le enseñaron en las primeras clases, también puede suceder que la relación de Dios con los patriarcas, y especialmente con Abraham, nos permita comprender los temas principales de la Escritura. A pesar del lapso de tiempo transcurrido y de las inmensas diferencias que separan el mundo de los patriarcas y el nuestro, su Dios es nuestro Dios, y nos habla por medio de su palabra como lo hizo con ellos.

Hemos dicho que las lecciones que aprendió Abraham son atemporales, pero eso no quiere decir que su contexto no sea importante. Los grandes avances en la manera de comprender el mundo del segundo milenio antes de Cristo, por medio del trabajo de arqueólogos, suscita de inmediato la cuestión de la datación de los patriarcas y la identificación de los lugares con los que se asociaron sus vidas, tal y como se relatan en Génesis. El acceso a los textos, sobre todo cuando existe una similitud de materia o de

estilo literario, resulta especialmente valioso como ayuda para insertar el relato bíblico en un contexto más amplio. A medida que se vayan desplegando los capítulos, haremos referencias al material relevante, pero una visión panorámica de la importancia que tienen los estudios recientes sobre los patriarcas nos ofrecerá un marco en el que encajar los detalles.

¿Cuándo vivieron los patriarcas?

Esta pregunta no se puede responder rápida ni fácilmente. Seguro que muchas personas, incluyendo eruditos muy respetados dentro del mundo teológico, plantearían una pregunta más básica: ¿realmente se les puede considerar personajes históricos? Esto se debe en gran medida a que, dada la naturaleza del caso, los anales personales y familiares no figuran en las historias oficiales, incluso en los casos en que esas historias hayan llegado a nuestro tiempo. Las narraciones sobre los patriarcas proporcionan un relato sobre la relación entre Dios y un hombre, las vidas de cuyos descendientes quedaron moldeadas por la mano del mismo Dios que había llamado a Abraham. La historia de Israel está cohesionada por una unidad teológica. Esta unidad, ¿la ha impuesto el punto de vista de un escritor tardío de la historia? Esto es lo que opinan escritores como Martin Noth, John Van Seters y Thomas L. Thompson. Por ejemplo, Noth habla de «*epónimos heroicos* [ancestros que dieron su nombre a las tribus] que, con su padre común, son... simplemente la personificación de la circunstancia histórica tras la ocupación de la tierra». Considera que Israel estuvo compuesta por tribus aisladas, cada una de las cuales poseía una historia propia antes de fusionarse como Israel en territorio palestino. Por consiguiente, Noth no puede considerar que las narrativas patriarcales de Génesis tengan valor alguno.

La llamada «Escuela Allbright» adoptó en Estados Unidos un punto de vista muy diferente. W. F. Albright había publicado ya en 1940 *From Stone Age to Christianity*, un libro en tapa rústica popular pero al mismo tiempo científico, donde plasmaba la importancia de los hallazgos arqueológicos sobre el panorama global de la historia bíblica. En la época en que John Bright escribía su libro de historia, habían salido a la luz incluso más datos, que tenían relevancia para el periodo de los patriarcas, que más tarde actualizaría mediante una revisión. A la luz de su conocimiento sobre el Antiguo Oriente, y en especial del que nos brindaron documentos que se consideraban más o menos pertenecientes a la época de los patriarcas, John Bright escribió con entusiasmo que «la era de los patriarcas se ha desvelado de un modo increíble. Ahora, disponemos de literalmente decenas de miles de textos contemporáneos del periodo de los orígenes de Israel... Y, tal y como ha emergido el segundo milenio a la luz del día, ha quedado claro que las narrativas patriarcales, lejos de reflejar las circunstancias de una época posterior, encajan con precisión en la era que afirman plasmar». Esto le lleva a la deducción de que las tradiciones patriarcales son realmente muy antiguas. Bright no afirmó inmediatamente haber demostrado la historicidad de las narrativas patriarcales, pero sí hizo un llamamiento a una evaluación más comprensiva de las tradiciones,

enfatisando el hecho de que no ha surgido ninguna evidencia que contradiga algún aspecto de aquellas.

La época de los patriarcas

La *History* de Bright, cuyo Prólogo se titula «El Antiguo Oriente antes del año 2000 a. C.», llamaba la atención sobre el hecho de que Abraham entró en la escena del mundo en un momento tardío. Aceptamos con demasiada facilidad que, en su época, la población del mundo aún luchaba por abandonar sus orígenes de la Edad de Piedra, mientras «por toda la Biblia habían nacido nuevas culturas, que asumieron su forma clásica y se prolongaron durante cientos e incluso miles de años antes del nacimiento de Abraham». La primera ciudad permanente en el asentamiento de la antigua Jericó se remonta a unos cinco mil años antes de Abraham, y en sus restos hallamos evidencias de un considerable progreso artístico.

Durante el quinto milenio empezaron a fabricarse objetos de alfarería, y a finales del cuarto ya se usaba la escritura. Junto a estos inventos trascendentales, tuvo lugar todo tipo de progresos técnicos, transformando la agricultura por medio de la irrigación y elevando la calidad de vida mediante el comercio con otros países. Según parece, fueron las necesidades comerciales las que, en primer lugar, impulsaron la alfabetización, pero también floreció la literatura, y en Ebla (en el norte de Siria) se descubrió en 1974–75 una enorme biblioteca compuesta de textos escritos en tablillas de arcilla, datados en torno al año 2300 a. C. La literatura también se había desarrollado en Babilonia y en Egipto, pero la importancia que tienen los textos de Ebla para los estudios bíblicos radica en el hecho de que un lenguaje semítico occidental relacionado con el hebreo se usó junto al sumerio del sur de Mesopotamia. Siria-Palestina ya empezaba a beneficiarse de su situación geográfica entre las grandes culturas de Egipto y Mesopotamia, cuyos recursos aprovechaba. En torno al 1500 a. C., se desarrollaba en Canaán una caligrafía alfabética, que al final acabaría imponiéndose a los antiguos pictogramas, permitiendo que la lectura y la escritura fueran más accesibles a todas las personas.

Aunque es probable que Abraham se trasladase a Canaán unos cientos de años antes del 1500 a. C., es evidente que ese país no era un lugar atrasado culturalmente. Tal y como sostienen los relatos preliminares que hallamos en los textos de Ebla, los diplomáticos viajaban por las antiguas rutas entre Mesopotamia y Egipto; se cruzaban cartas y se vendían productos. Dado que esas rutas atravesaban Siria-Palestina, la gente que vivía en esos lugares era muy consciente de los vínculos internacionales, las diferencias de idioma y el papel que jugaban los documentos escritos. El mundo pasaba por su puerta.

Las narrativas patriarcales reflejan este mundo internacional. Las fronteras estaban abiertas desde el Éufrates al Nilo, y el acceso libre se daba por hecho. Además, estos capítulos manifiestan una tolerancia de otros pueblos que no hubiera sido típica durante el periodo del exilio, e incluso durante los dos siglos anteriores a este. La

evaluación que hace Isaías de los egipcios es mordaz: sólo provocan vergüenza y deshonor (Is. 30:5), y no se puede buscar ayuda en ninguna de las consideradas grandes naciones. Todos los profetas anteriores al exilio proclamaron que el día del juicio de Dios estaba cercano para las naciones y para Israel. ¿Algún escritor de aquellos tiempos hubiera plasmado una imagen tan pacífica de las tierras del Creciente Fértil, o se habría alejado tanto del mundo que conocía, como para decir que los descendientes de Israel serían de bendición para todas las familias de la tierra? Es muy improbable, a menos que dispusiera de registros específicos en los que basarse. Sólo cuando el pueblo de Dios estaba en el exilio la vida entre extranjeros suscitó la cuestión de su bienestar. En concreto, Ezequiel manifiesta una preocupación constante por que las naciones conozcan que el Señor Dios es el Señor, repitiendo esta frase bajo diversas formas (p. ej., Ez. 30:25; 35:15; 37:28; 38:23). A pesar de esto, el sentido teológico de estas afirmaciones está muy alejado de la simplicidad de las narrativas patriarcales. La amarga experiencia había enseñado a Israel tanto la arrogancia de los ejércitos extranjeros como la traición de sus propios líderes. Uno de los resultados fue un espantoso letargo (*cfr.* Ez. 33:31–32; 37:11), y hubo que hacer ímprobos esfuerzos para aceptar cualquier mensaje optimista sobre el futuro.

A pesar de todo, algunos escritores recientes creen firmemente que Abraham se convirtió, por primera vez, en el centro de la fe de Israel sólo en el siglo VI a. C. «Las promesas inquebrantables de los patriarcas van destinadas a la comunidad desesperada del exilio, y Abraham constituirá el centro de la identidad colectiva y será el preservador de su esperanza y su destino». Van Seters intenta demostrar que las narrativas del Génesis reflejan la perspectiva histórica y cultural de un periodo posterior al del segundo milenio a. C.; es decir, que se compusieron en el siglo VI a. C., la época del exilio. Según Van Seters, «no existen evidencias claras que señalen que esta tradición sea muy antigua... »... «uno no puede usar ninguna de sus partes en un intento de reconstruir el periodo primitivo de la historia israelita». Atribuye los últimos estadios de la narración del Génesis, basándose en su forma y en su contenido, al final del siglo IV a. C.

Este no es el lugar apropiado para realizar un análisis detallado de los argumentos de los especialistas a favor o en contra, pero al menos está claro que los patriarcas siguen siendo materia de gran interés. Además, el libro de Génesis se ha sometido a un análisis renovado, porque la fecha de su composición tal y como lo tenemos constituye el fundamento de las observaciones de Van Seters. Cualquier incentivo para volver al estudio del propio libro debe ser bienvenido, y en cierto sentido la fecha de su creación no tiene una gran importancia si ofrece un testimonio fiel de los acontecimientos de los que habla. Sin embargo, lo que nos piden que creamos es que las narrativas patriarcales son el intento de un escritor tardío de satisfacer la necesidad de «las raíces», una respuesta a la pregunta que los israelitas se formulaban en el exilio: ¿Quiénes somos? Según Van Seters, nunca existieron personas que respondiesen a las descripciones de Abraham, Isaac y Jacob.

No resulta sencillo entender todas las consecuencias de una visión tan radical de Génesis. El libro es simplemente el primero de una serie, y si es primero es ficticio. ¿Qué

pasa con Moisés, Josué y los otros grandes hombres y mujeres asociados con el éxodo y la conquista de la tierra? ¿Cuándo se vuelve histórica la narrativa, y cómo se realiza la transición de modo que no haya «costuras»? Si queremos valorar con exactitud la importancia de estas y de otras disciplinas sobre las narrativas patriarcales, hace falta contar con expertos en los campos de la arqueología y de la literatura antigua. Para este trabajo tan intenso, hace falta tiempo, pero los puntos de vista extremos de Van Seters y otros sirven como acicate, y ya se han producido algunas reacciones entre los especialistas. Pero las personas que no sean especialistas, y que quizá no puedan acceder a la obra de los eruditos en la materia, no deberían sobrevalorar la importancia de seguir de cerca el debate. El propio libro de Génesis tiene un valor inigualable, y estudiarlo, en lugar de escribir sobre él, sigue siendo la perla de gran precio. Independientemente de su fecha de escritura —y es improbable que lleguemos a conocerla con exactitud—, vale la pena que se lea una y otra vez. Ningún otro libro puede sustituirlo. No se ha demostrado su falta de historicidad, y debemos reafirmar nuevamente su valor como un testimonio muy antiguo de la revelación que Dios hace de sí mismo.

El extremo escepticismo de algunos eruditos sobre los patriarcas nos ha desviado de nuestra búsqueda original de la fecha para Abraham. El hecho es que, aunque las narraciones sobre los patriarcas ofrecen pocas evidencias tangibles para fecharlas, el relato del Éxodo informa que sí puede utilizarse en este sentido. Al coordinar los periodos de los patriarcas y el éxodo, los expertos han llegado a soluciones plausibles para el problema de la fecha, si bien es imposible tener una certidumbre absoluta. Los faraones mencionados en los libros de Génesis y Éxodo no se identifican por su nombre. Si estos se hubiesen mencionado, la cronología del periodo hubiera podido establecerse con mucha mayor facilidad. Hay otras dos fuentes de información que proporcionan amplias evidencias: los datos arqueológicos y los textos del segundo milenio.

Entre las evidencias arqueológicas disponibles, se encuentra la resultante de la excavación de los lugares mencionados en las narrativas patriarcales. El Dr. John Bimson hace una lista de estos puntos individuales, distinguiendo entre los relativos a la vida de Abraham y los correspondientes a las vidas de Isaac y de Jacob tras la muerte de aquel. Teniendo en cuenta el margen cronológico requerido por la duración de sus vidas, resume luego lo que se puede saber sobre trece de los lugares geográficos mencionados, e incluye su evaluación de la evidencia. Demuestra que está justificada la distinción entre los periodos patriarcales temprano y tardío, exigida por la duración de sus vidas. Aunque hay que tener presente que la transición de un estilo de alfarería a otro no tuvo lugar simultáneamente en todos los lugares, y que los dos estilos se solaparon, según John Bimson existe una gran probabilidad de que el periodo patriarcal abarcara la transición entre el Bronce Medio I y el Bronce Medio II.¹³ Esto significa que la migración de Abraham de Harán tuvo lugar en torno al año 2092 a. C., y que Jacob y su familia se trasladaron a Egipto hacia el 1877 a. C. Mientras que a Abraham y a Isaac se los presentan como errantes hasta un punto tan lejano del sur, como Cades y el desierto de Sur, «la familia de Jacob, tras su regreso de Padan-aram *no frecuentaron esta área en absoluto*, sino que se encuentran en la Palestina central, a menudo en las

cercanías de Siquem». Correlaciona este dato con el despoblamiento del Neguev a finales del Bronce Medio I, y el surgimiento en la Palestina central de centros urbanos como Siquem, en el Bronce Medio II.

Aunque esta fecha sugerida debe seguir siendo constatada, y está sujeta a cambios a la luz de hallazgos futuros, para el propósito de este libro encuadraremos los acontecimientos de las narrativas patriarcales dentro de los siglos XXI a XIX a. C. Esto es aproximadamente un siglo antes de lo que Bright señala para los patriarcas en su cronología.

Un hallazgo fortuito de numerosos textos cuneiformes del siglo II, nos ofreció por primera vez un entorno en el que encuadrar a los patriarcas. Las excavaciones realizadas en Nuzi, cerca de Kirkuk, Iraq, entre 1925 y 1931, sacaron a la luz diversos archivos que proporcionaron una imagen detallada de la vida en una comunidad mesopotámica antigua a lo largo de cinco generaciones. Los vínculos importantes entre las narrativas y las costumbres patriarcales a las que hacen referencia los textos de Nuzi, que pertenecen a los siglos XIV–XV a. C., deben explicarse probablemente mediante la persistencia de las costumbres durante de muchas generaciones. Abraham no vino de Nuzi, pero sí del mismo entorno cultural, y las pautas sociales a las que hace referencia Génesis quedan ilustradas en el texto posterior; así se proyecta luz sobre su significado. Esto es cierto a pesar de los intentos recientes para reducir la conexión entre ambas literaturas, y haremos referencia a los paralelos a medida que vayan surgiendo en el texto bíblico.

Otra colección de textos importante se halló durante unas excavaciones en un lugar antiguo llamado Mari, dirigidas por André Parrot de 1933 a 1939 y de 1951 a 1964. Mari estaba situada al sureste de Siria, cerca del río Éufrates, y fue la capital de una importante ciudad-Estado entre aproximadamente el 1820 y el 1760 a C. Los textos diplomáticos constituían más o menos una cuarta parte de las 22.000 tablillas de arcilla escritas; otros, relativos a importaciones de alimentos, la hospitalidad y los rituales religiosos, nos cuentan muchas cosas sobre la vida cotidiana, en una lengua semítica parecida a la del Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia), y siguen ofreciéndonos importantes detalles sobre el trasfondo de la vida cotidiana durante el periodo patriarcal tardío. Entre los nombres mencionados figura Harán (Gn. 11:31–32; 27:43; 29:4), donde tanto Abraham como Jacob vivieron durante algunos años.

En 1975, unos arqueólogos italianos encontraron un archivo con 18.000 textos (mencionados antes, p. 28) en Ebla, a unos 70 km al sur de Aleppo, en Siria. Esta ciudad fue un importante centro comercial entre los años 2400 y 2000 a. C., aunque llevaba siendo ciudad desde alrededor del 3000 a. C. Las tabletas con escritura cuneiforme se han fechado en torno al año 2300 a. C., y están escritas en dos idiomas, el sumerio y un dialecto semítico noroccidental. Se espera con impaciencia la publicación de esos textos, pero ya se han hecho referencias a los relatos de la creación, la mitología, los himnos, a leyes y edictos, comprendiendo documentos administrativos y económicos. Es evidente que existía un comercio sólido de grano, tejidos, madera y vino entre Ebla, con su cuarto de millón de habitantes, y Chipre, además de con importantes capitales de Palestina y de más lejos. Se dice que en esos textos figuran más de 500 topónimos.

Esos documentos son demasiado tempranos como para tener una influencia directa sobre las narrativas patriarcales, pero indirectamente ofrecen datos de trasfondo que sitúan a Abraham en un mundo de cultura y comercio desarrollados. Abraham procedía de una ciudad, Ur, y aunque eludió deliberadamente la vida urbana en Canaán, estaba muy familiarizado con la sofisticación de la vida dentro de una urbe abarrotada de gente. Esperamos con gran interés qué más pueden revelar los textos de Ebla sobre las creencias y las costumbres, el lenguaje y la literatura de Siria en los siglos inmediatamente anteriores a Abraham.

Hay otra colección de textos importante para las narrativas patriarcales. En Alalah, junto al río Orontes, al norte de Siria, los archivos del palacio contenían tablillas, que en su mayor parte eran contratos y listas de raciones de alimentos; sin embargo, en determinados momentos hablan de migraciones, costumbres sociales y nombres, como los que aparecen en los relatos del Génesis.

Juntas, estas cuatro colecciones importantes de textos procedentes de los siglos anteriores y posteriores al periodo patriarcal nos ofrecen una mina notablemente generosa de información sobre las culturas dominantes del mundo del Próximo Oriente. Llamaremos la atención del lector sobre los detalles sobre esta literatura cuando estos arrojen luz sobre el texto bíblico, porque, aunque el presente libro se centra principalmente en la exposición del texto y de las consecuencias que tiene para nuestros tiempos, los paralelos nos ayudan a comprender las cosas que dicen y hacen los patriarcas. El hecho de que existan paralelos fortalece nuestra apreciación de la precisión que tiene la narrativa a la hora de reflejar una era ya desaparecida, de la que, de no ser por aquella, no sabríamos nada.

Ur de los caldeos

Y Taré tomó a Abram su hijo, a su nieto Lot, hijo de Harán, y a Sarai su nuera, mujer de su hijo Abram; y salieron juntos de Ur de los caldeos, en dirección a la tierra de Canaán; y llegaron hasta Harán, y se establecieron allí. (Gn. 11:31)

A los primeros once capítulos de Génesis se los denomina frecuentemente «la historia primitiva», porque describen los episodios más destacados que explican la condición humana y que, por consiguiente, constituyen el trasfondo de todos los hombres y mujeres. Sin embargo, de repente la narrativa reduce su foco, y mediante una genealogía en el capítulo 11, introduce a la persona de Abraham. La narrativa patriarcal, que es el tema de este libro, está tan estrechamente imbricada con la historia primitiva, que es imposible trazar una demarcación entre ellas. Taré descendió de Noé a través de la línea de Sem, y tuvo tres hijos: Abram, Nacor y Harán, el último de los cuales fue el padre de Lot. Harán murió en su tierra natal, en Ur de los caldeos, pero Taré y el resto de la familia se trasladó de Ur a la tierra de Canaán. Esta sencilla afirmación, que tiene unas consecuencias tan importantes, suscita en nuestra mente todo tipo de preguntas. ¿Dónde estaba este lugar en que nació Abram y qué tipo de ciudad era? ¿Qué religión se profesaba allí, y por qué llamó el Señor a Abraham para

que saliera de ella? En aquella urbe se había casado con Sarai y habían pasado toda su vida matrimonial en aquella ciudad que tan bien conocían.

En realidad, no puede haber muchas dudas sobre la identificación de Ur. Se han sugerido algunas alternativas, como Urfa, un nombre que sigue apareciendo en mapas modernos de Turquía, cerca de su frontera con Siria, y también algunos lugares conocidos como Ura en Asia Menor, pero se nos dice que Abraham viajó hacia el este, hacia Harán, cuando iba de camino a Canaán, lo cual sería imposible en ambos casos. La identificación más aceptada es con la moderna Tell el-Muqayyar, a orillas del Éufrates, al sur de Iraq, donde se llevó a cabo la famosa excavación de Sir Leonard Woolley en 1922–34. En los documentos hallados en ese lugar, no hacía falta otra cosa para identificarla que figurase el nombre de Ur, pero como este significa «ciudad», no es de extrañar que hubiera otros núcleos habitados que se llamasen así, de modo que «de los caldeos» se añadió para clarificar de qué ciudad hablaban. La fase central del tercer milenio a. C. (2700–2250) fue el periodo clásico de los sumerios, quienes dominaron el sur de Mesopotamia hasta aproximadamente el año 1750 a. C., y Ur era una de sus cuatro ciudades importantes. El conocimiento que tenemos sobre esta ciudad durante ese periodo concreto nos lo proporcionan los tesoros procedentes de las tumbas reales y las inscripciones contemporáneas. La ciudad cayó en c. 2250 frente al famoso Sargón de Acad o Agadé, pero luego se convirtió en la capital durante el periodo neosumerio (2100–1960). Según nuestros cálculos de las fechas relativas a Abraham, salió de Ur a principios de este resurgimiento de la prosperidad de la ciudad.

Los exquisitos tesoros artísticos de las tumbas de Ur pertenecen a una era anterior a la de Abraham, pero es improbable que los talentos que los produjeron hubieran desaparecido del todo durante su época. Los detalles de la ciudad que él conoció en el año 2100 a. C. se conocen gracias a «más de 100.000 tablillas de arcilla escritas tanto en sumerio como en dialecto semítico-babilónico. La mayoría se ha encontrado en la propia Ur y en las ciudades colindantes». La población en esta época era, al menos, de un cuarto de millón de personas, cuyo bienestar dependía del comercio y la manufactura. Las materias primas de lugares tan distantes como la India se transbordaban en el golfo Pérsico y se llevaban por vías fluviales hasta los puertos de Ur. En aquel ajetreado mercado, los diversos comercios se distribuían en barrios; una empresa de tejedores producían doce tipos distintos de tejido; los orfebres trabajaban el oro y la plata, el nácar y el lapislázuli; entre los numerosos comerciantes que pululaban por la ciudad, se contaban trabajadores del cobre, carpinteros, constructores de barcos, alfareros y marroquinos.

La nueva ciudad estaba dominada por una inmensa torre-templo, o zigurat, «tres plantas de la cual se erguían cincuenta metros por encima de la calle. En su cima, rodeado de terrazas delimitadas por árboles, se alzaba un templo azul y plateado dedicado a Nannar, también llamado Zuen o Sin, el Dios de la luna y la deidad principal a la que servían muchos tipos de sacerdote». El área del templo era en sí misma un vasto mercado y albergaba también una biblioteca y una escuela, de las que se han conservado literatura, los ejercicios de los alumnos y los informes de sus maestros. «En esa época, la religión en Babilonia era el politeísmo más flagrante... adoraban a más de

trescientos dioses». «Según la tradición judía, el padre de Abraham comerciaba con esos ídolos, y ese politeísmo constituyó una característica de la vida temprana de Abraham en su hogar, contra la que él se rebeló». Esto lo respalda la referencia a Taré, el padre de Abraham, en el discurso de despedida de Josué (Jos. 24:2): «Vuestros padres... servían a otros dioses».

De este telón de fondo, Dios llamó a Abraham. A pesar del materialismo y los planes de sus habitantes para enriquecerse, la vida en Ur era rica y cómoda desde el punto de vista cultural, y debían existir muchos y buenos motivos para quedarse en ella. Por otro lado, los rituales religiosos de Ur eran degradantes, dado que introducían prácticas mágicas, supersticiones y prostitución. Si había que alejarse de todo aquello, si era necesario revelar la luz de la verdad divina, el aislamiento físico de todo aquel entorno era prioritario.

Harán

Y llegaron hasta Harán, y se establecieron allí (11:31).

La ruta comercial de Ur a Harán era una de las muchas que usaban los mercaderes y los vendedores que pregonaban sus productos en nuevos mercados de Siria y Turquía (como llamamos hoy a esos países). No existen dudas sobre la ciudad de Harán, un nombre que se ha perpetuado con el paso de los siglos y cuya identificación han confirmado los hallazgos realizados en su localización. Su nombre significa «encrucijada» y era el punto de encuentro de las rutas que iban de Nínive hacia oriente y de Alepo hacia occidente, así como de Babilonia y de Ur desde el sur. Las referencias a Harán en textos de c. 2000 a. C. indican que era famosa por su templo, donde se adoraba al Dios lunar Sin. El hecho de que tuviera algo en común con la religión de Ur pudo haber tentado a Taré a concluir allí su viaje y a asentarse. La familia de Nacor residió permanentemente en esa zona, como sabemos gracias al relato del Génesis (24:15; 28:5), pero Dios llamaría a Abraham a alejarse más, entrando en la tierra que el Señor había prometido concederle.

El tiempo de vida de los patriarcas

No todo el mundo que empieza a leer la Biblia en Génesis se siente preocupado por cuestiones históricas y geográficas, porque ambos aspectos requieren cierto conocimiento especializado, pero todo el mundo destaca con asombro las edades que alcanzaron los patriarcas y sus ancestros. Tal como dice Derek Kidner: «el tiempo de vida de los patriarcas era... aproximadamente el doble que el nuestro (esto parece haber sido una providencia especial (*cfr.* Dt. 34:7): no hay indicaciones de que fuera general)». La era antediluviana pasó hace tantísimo tiempo, que nadie está en disposición de cuestionar la avanzada edad de hombres como los antepasados de Noé, pero, como ya hemos señalado, Abraham pertenece al periodo de los documentos escritos y de la investigación arqueológica. ¿Qué hacemos con su avanzadísima edad,

175 años?

Por supuesto, es un hecho que, en nuestros tiempos, hay personas que, sin recurrir especialmente a los descubrimientos científicos, disfrutan de una larga vida. «Según un informe de la Administración de la Seguridad Social, en 1976 en nuestro país había 10.700 personas que sobrepasaban los cien años de edad» (es decir, en Estados Unidos). Admitiendo que, en algunas ocasiones, puede que no dispongamos de documentación precisa, «aun así existen suficientes casos bien documentados de ancianos como para demostrar que la longevidad puede alcanzarse en condiciones climáticas y sociales muy dispares». Por ejemplo, hallamos uno del siglo XVII: «En 1638, Carlos I convocó a Londres a un inglés, Thomas Parr, porque al rey le habían informado de que los registros eclesiales y otras evidencias circunstanciales indicaban que “el viejo Parr” tenía 152 años». Tras su muerte, la autopsia demostró que sus órganos «estaban tan sanos como el día en que nació». René Dubos recurre a estudios especializados sobre la ancianidad y llega a ciertas conclusiones generales. Además de poseer «una determinada constitución genética», la capacidad de alcanzar una edad avanzada está relacionada con «una dieta bastante frugal, pero con ingredientes bien equilibrados; la actividad física vigorosa y continuada, y la participación en los asuntos de la comunidad hasta el final de la vida». Existe otro factor que menciona: «la voluntad de vivir, que activa los mecanismos naturales del cuerpo que resisten a la enfermedad». Es posible que este último sea el factor más importante en la larga vida de hombres como Abraham, que tenía un objetivo futuro para sus descendientes, y en quien probablemente se cumplían en un grado notable los otros requisitos mencionados. Existía un vínculo entre la larga vida y «el temor del Señor» (Sal. 34:11–14), aunque puedan hallarse excepciones a la regla de ese principio; pero más importante, como incentivo para vivir, era el deseo de ver la bondad del Señor sobre los hijos de los hijos (Gn. 50:23).

Los eruditos modernos se han entregado al estudio del tiempo de vida de los patriarcas, sobre todo porque esto incide sobre la datación de esos personajes. Algunos se muestran escépticos: «Hay que tomarse en serio que Abraham viviese 175 años, pero desde el punto de vista histórico es absurdo», mientras que otros subrayan la longevidad entre las comunidades rurales, sugiriendo que «no es imposible que las condiciones medioambientales en la época que va entre el tercer y principios del segundo milenio antes de Cristo permitiesen que en Oriente Próximo la gente alcanzase esas edades tan avanzadas... Los egipcios consideraban que la edad ideal era de 110 años, y parece razonable sugerir que este concepto surgió en un momento en que, esporádicamente, algunos hombres alcanzaban semejante edad sin padecer los estragos de la senilidad más aguda». La longitud del periodo patriarcal exigida por la cronología bíblica de Abraham, Isaac y Jacob encaja con la datación sugerida por el trasfondo arqueológico, y por tanto no debería rechazarse a la ligera tachándola de imposible.

Aparte de los argumentos que hemos estado examinando, la narrativa del Génesis implica que en la experiencia de Abraham y Sara hubo algo muy excepcional, expresamente porque el Señor establecía con ellos su pacto eterno. Era imperativo que

aprendiesen la lección de la confianza en su Dios, según la cual debían vivir todos sus descendientes y se alcanzaría la salvación para toda la humanidad hasta nuestros tiempos. Pablo expone esta idea ampliamente en Romanos 4: la salvación «es por fe, para que esté de acuerdo con la gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda la posteridad, no sólo a los que son de la ley, sino también a los que son de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros» (Ro. 4:16). Resulta difícil comprender cómo podría haberse establecido un principio tan importante si no hubiesen mediado las pruebas, que en el caso de Abraham conllevaron una vida muy larga y una capacidad procreadora inusual en una edad avanzada. El vigor continuado de los patriarcas «demuestra que no se trataba de una mera postergación de la muerte, sino de una ampliación del proceso vital», no porque sí, sino para colocar la piedra angular de la salvación, que es la fe, y su estrecho vínculo con una vida más abundante.

PRIMERA PARTE

Abraham

Génesis 12–20

Génesis 12:1–9. El viaje decisivo

Y el Señor dijo a Abram: Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y al que te maldiga, maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra. Entonces Abram se fue tal como el Señor le había dicho; y Lot fue con él. Y Abram tenía setenta y cinco años cuando partió de Harán. Y tomó Abram a Sarai su mujer, y a Lot su sobrino, y todas las posesiones que ellos habían acumulado, y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a la tierra de Canaán; y a la tierra de Canaán llegaron. Y atravesó Abram el país hasta el lugar de Siquem, hasta la encina de More. Y el cananeo estaba entonces en la tierra. Y el Señor se apareció a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Entonces él edificó allí un altar al Señor que se le había aparecido. De allí se trasladó hacia el monte al oriente de Betel, y plantó su tienda, teniendo a Betel al occidente y Hai al oriente; y edificó allí un altar al Señor, e invocó el nombre del Señor. Y Abram siguió su camino, continuando hacia el Neguev (12:1–9).

Estas palabras señalan un nuevo principio en la narrativa del libro de Génesis. En tres ocasiones, en los primeros once capítulos, había llegado el juicio de Dios: la humanidad fue expulsada del huerto de Dios (3:23–24), destruida por el Diluvio (caps.

6–9) y dividida mediante los diversos idiomas (11:1–9). También hallamos cinco maldiciones primitivas. La serpiente fue maldita, y se la proclamó enemiga de la mujer (3:14–15); la tierra fue maldita (3:17); Caín fue condenado a recoger cosechas inciertas y a un nomadismo angustioso (4:11–12), y Canaán a la servidumbre (9:25–27); las distintas lenguas garantizaban los malos entendidos caóticos entre las naciones (11:1–9). Es cierto que también encontramos bendiciones (1:28; 9:1), pero, en relación con Dios, la predominancia del enojo divino, que da como resultado el juicio, generaba temores e incertidumbres. Ahora estamos a punto de asistir a un nuevo distanciamiento, que disipará las dudas sobre la intención que tiene Dios de salvar el abismo entre su Persona y la humanidad.

El primer paso ya se dio bajo el liderazgo de Taré, que se había llevado a la familia de Ur de los caldeos en la primera etapa del viaje a Harán. En 11:31, sólo se menciona a cuatro personas, pero está claro que se incluía a Nacor y a su esposa e hijos, dado que estos siguieron viviendo en Harán (*cfr.* 24:10, «la ciudad de Nacor»). La familia extendida seguramente contaba con muchos más miembros. Sería interesante conocer las circunstancias de la marcha de Ur, y todo lo que esta conllevó. La narrativa sugiere que una vida sedentaria en la vecindad de un área populosa era más atractiva que aventurarse a seguir errando por lo desconocido.

A menudo, se ha pensado que a Abraham hay que definirlo como un nómada. Se ha hecho una distinción entre los nómadas que recorrían largas distancias en Asia Central y los seminómadas, que vivían en el extrarradio de las comunidades fijas y que realizaban desplazamientos en algunas temporadas para hallar pastos para sus rebaños de ovejas y de cabras. Pero Abraham no encaja en ninguna de estas dos categorías. Él y su padre habían vivido en una ciudad, y para ellos el dilatado desplazamiento hacia el norte supuso un tremendo desarraigo. Para Taré y Abraham, fue un viaje definitivo a un nuevo marco geográfico. El destino acordado fue la tierra de Canaán, pero «llegaron hasta Harán, y se establecieron allí» (11:31). Este ardiente deseo de asentarse en un lugar fijo es impropio de los nómadas, cuyas posesiones son portátiles y que viven sin dejar de trasladarse siempre. No tienen tierras de su propiedad, mientras que Abraham caminaba hacia un país que Dios le había prometido. Si tenía que salir a los caminos, a menudo lo hacía por necesidad, no porque amase la libertad de viajar. Dado que la única tierra que jamás tuvo fue el campo donde estaba la cueva de Macpela, donde estaba enterrada Sara (23:20), no es de extrañar que la Biblia no diga nada de que Abraham cultivó la tierra, pero Isaac y sus hijos sí que lo harían (26:12; 30:14; 37:7). A la vista de la promesa de Dios, aprovecharon todas las oportunidades para reivindicar su derecho a cultivar tierras, pensando, quizá, que la tierra prometida acabaría siendo de su propiedad mediante la asimilación. Por tanto, por amor a la precisión, no deberíamos pensar que los patriarcas eran típicos nómadas. Los largos viajes que hicieron eran traslados permanentes, hitos perdurables que señalaban los puntos de inflexión de sus vidas. Los textos de Génesis no hacen comentarios sobre esos viajes hasta que los caminantes tienen a la vista el territorio de Canaán.

La reluctancia de Taré y de Nacor de seguir más allá de Harán subraya la obediencia de Abram. No sólo estuvo dispuesto a volver a los caminos cuando el resto de la familia

se había asentado, sino que además se aventuraba sin mapa en territorio desconocido y, como después se demostró, no volvería a disfrutar de una morada fija. Este fue el precio de la obediencia, como lo es para muchos que responder hoy al llamado de Dios. Sin embargo, existe una diferencia, y es que quienes actualmente cruzan fronteras porque Dios se lo pide lo hacen para que otros conozcan las virtudes del evangelio; Abram dejaba atrás su vida para que *hubiera* un pueblo de Dios y un Salvador. Iba a romper decididamente con el pasado, para estar abierto a la verdad de Dios.

Al abandonar Ur y Harán, donde la adoración de la luna era el culto dominante (el nombre Taré está relacionado con el término hebreo que significa «luna»), Abram quedaría libre de la atracción de la cultura familiar, que sería claramente perjudicial y deletérea para cualquier nuevo comienzo. La ruptura con su familia minimizaría la influencia de las tradiciones ancestrales que contuvieran elementos idólatras. Los dioses extranjeros se contaban entre las posesiones que la familia de Jacob llevó consigo de Harán a Betel (35:2), y lo mismo puede decirse de los que se reunieron en Siquem bajo el mando de Josué. Las prácticas religiosas son persistentes, y algunos de los israelitas que entraron en Canaán con Josué seguían aferrándose a los dioses que sus padres adoraron «al otro lado del río», es decir, en Mesopotamia, en la otra ribera del Éufrates (Jos. 24:14, 23). Aunque los líderes se expresaron claramente sobre la supremacía del único Dios verdadero, las supersticiones populares siempre estuvieron cerca de la superficie, emergiendo en momentos de crisis.

El dolor de abandonar a la familia y partir a lo desconocido, rodeado de incertidumbres y de sufrimientos, es una experiencia familiar para todos los pioneros. En el caso de Abram, Dios le estaba distanciando de todo aquello que pudiera recordarle sus raíces culturales y probando su fe para que esta se volviera más fuerte. Cuando mejor podía suceder esto era tras la desaparición de las influencias reblandecedoras del entorno conocido, y cuando cada paso exigiera depender del Dios que le había llamado.

Por tanto, la ruptura con el pasado tiene un lugar en los propósitos futuros de Dios. Hasta el momento, Abram ha escuchado la voz de Dios, pero su conocimiento sobre Él es limitado. El lugar donde Dios se le revelará más claramente no es Harán, sino un país que hasta el momento desconoce, lejos, al sudeste, en la ruta hacia Egipto. Sin la separación, no habría revelación ulterior. De forma parecida, Jesús pidió a sus discípulos que «dejasen sus redes» y le siguieran (Mr. 1:17–18). En cierto sentido, todo creyente debe abandonar el pasado, dar un giro de 180 grados y empezar de cero en su servicio a Jesús. Es posible que esto no conlleve un viaje físico, y que las circunstancias sigan siendo las mismas de antes, pero, a pesar de ello, abandonarlo todo para servir al Señor es un paso tan decisivo como lo fue la marcha de Abram de Harán, y tiene el mismo potencial para el bien. Por consiguiente, es importante no hacer oídos sordos a las llamadas insistentes que nos hace Dios, admitiendo su origen y actuando en consecuencia. Taré demuestra lo que le sucedió a un hombre que se quedó atrás. Dejando a sus espaldas el culto al dios lunar, volvió a tomarlo en Harán, y no consiguió romper definitivamente con la idolatría. «Donde se detuvo fue el lugar donde también murió».

Dios reveló a Abram no sólo sus mandamientos, sino también dos promesas de tremendas consecuencias. En realidad, los mandamientos y las promesas de Dios van siempre juntos.

La *tierra* es la primera promesa divina que se menciona en relación con la *bendición*, una palabra que resume el gran plan de Dios para que los perdidos sean salvos. Al fijar la bendición en una tierra concreta, Dios hizo tangible la promesa. Una tierra tiene fronteras, geografía, habitantes; hay que poseerla, ocuparla y fortificarla frente a posibles invasiones; para alimentar a una población, necesitaba cultivo y conservación. Ciertamente, toda faceta de la vida estaba vinculada a la tierra. Dios se comprometió a cumplir un programa que podía tabularse; la bendición no sería difusa en modo alguno, sino que se mediría en relación las cosechas y las cabezas de ganado. El éxito y el fracaso serían evidentes para todos. Dado que la tierra era expresamente el regalo de Dios, cada cosecha constituiría su provisión amorosa. Si se producía una catástrofe, era que Dios administraba una reprensión. Los valores materiales y espirituales se unían en los acontecimientos cotidianos del mundo cotidiano, y Dios estaba siempre muy cerca de los humanos.

La segunda parte de la promesa, *«haré de ti una nación grande»*, también estaba sujeta a observación, y parecía tan improbable que se cumpliera como la promesa de la tierra. «Y Sarai era estéril; no tenía hijo» (11:30). Esta carencia se convirtió, en manos de Dios, en un instrumento para cumplir sus propósitos. Aunque Abram «estaba como muerto» (Ro. 4:19), porque parecía que su familia fuera a extinguirse, el Dios «que da vida a los muertos y llama a las cosas que no son, como si fueran» (Ro. 4:17) enseñó a Abram y a todas las generaciones posteriores que confiaran en que cumpliría su palabra, a pesar de todas las indicaciones adversas. Precisamente la circunstancia de la indefensión humana es la que proporciona ocasiones para que el poder de Dios se demuestre y reconozca.

Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición (12:2).

Según estas palabras, cuando Abram permita a Dios ser el director de su vida, la evidencia de su obra será evidente para todos. A corto plazo, quizá Abram fuese el único consciente de ella, gracias a una certidumbre interna, y pronto tendría que poner a prueba su confianza enfrentándose a una hambruna; sin embargo, durante el curso de su vida llegaría a saber, sin sombra de duda, que el Señor que le había hablado era fiel a su palabra. Había dicho: *te bendeciré*. En dos versículos, la palabra «bendecir» y sus derivados aparecen cinco veces, insistiendo en que el Señor derramará su bondad sobre Abram; y aunque, sin duda, no iban a faltar problemas tanto para él, como para todo el mundo, si Dios le protegía, todo acabaría saliendo bien. Hay dos aspectos de esta bendición, la tierra y los descendientes, que ya se habían mencionado antes, pero la corta duración de la vida humana no permitiría que Abram viese con sus propios ojos la realización de ese propósito divino.

Entonces, ¿cómo podía Abram reconocer la bendición de Dios en su vida? A medida

que la narrativa vaya progresando, irán surgiendo las respuestas, pero serán de dos tipos: *a)* personales y privadas, y *b)* externas y visibles. Abram buscará un tiempo de comunión con Dios y descubrirá que Él le habla con frecuencia; lo que verían otras personas sería el aumento de su prosperidad y de su «éxito». Las bendiciones del Dios Todopoderoso no son inasibles, sino claras y definidas.

No podemos negar que el nombre de Abram fue engrandecido. Su significado, «padre exaltado», implica probablemente que procedía de una familia importante, pero también podría llamar la atención sobre Dios como su gran Padre. Existe una posibilidad más si el nombre se deriva del acadio, donde significaba «que amó al Padre». Esto explicaría las referencias hechas a Abram en la literatura posterior como «amigo de Dios» (2 Cr. 20:7; Is. 41:8), un nombre encantador muy adecuado para alguien a quien el Señor confió sus secretos (Gn. 18:17).

La bendición no quedó restringida tan sólo a quien se le prometió; se desbordó, llegando a otros. En primer lugar, aquellos que tuvieran contacto con Abram serían los primeros en participar de la bendición; por el mero hecho de conocerle, como él vivía cerca de su Dios, otros serían conscientes de la realidad viva del Señor. «Y serás bendición». Pero había una bendición especial para los que reconociesen su valía y le «bendijesen» con su ayuda y su respaldo. También ellos experimentarían el contacto enriquecedor del Señor en sus vidas. Por el contrario, quienes se alejasen de Abram, por el motivo que fuese, hallarían lo opuesto a la prosperidad en sus vidas, lo cual les llevaría a la conclusión de que iban por mal camino, induciéndoles a ponerse de parte de él. Tanto la bendición como la maldición eran indicadores claros. Según Ryle, el singular en «al que te maldiga» implica que tenía pocos enemigos, pero, por atractiva que resulte esta idea, probablemente no hay nada que la justifique. Es más probable que el singular sea una variante estilística que significa «todos y cada uno de aquellos que te maldigan serán malditos».

Pero el alcance de la bendición era incluso más amplio. Iba a abarcar a *todas las familias de la tierra*, un aspecto de la promesa que no podría haberse formulado después de haberse cumplido, ya sea que el texto de Génesis date del siglo VI a. C. o de una época más cercana al tiempo de Abram, porque anticipa el evangelio de Jesucristo. Las traducciones ofrecen dos posibles maneras de comprender el hebreo de la última frase del versículo 3. Por un lado, tenemos una traducción más restrictiva, que entiende que el verbo está en un tiempo «medio» o reflexivo: «por medio de ti se bendecirán todas las familias de la tierra» (RSV). La idea viene a ser que las personas formularían bendiciones que incluirían el nombre de Abram. Por otro lado, el verbo se ha entendido a menudo como pasivo, es decir: «en ti *serán benditas* todas las familias de la tierra» (AV, RV y *cfr.* NVI). Ambas traducciones son posibles, y en última instancia no existe mucha diferencia de sentido entre ellas, porque las dos hablan de una bendición universal por medio de Abram. Su fama se asociará en todo el mundo con todas las cosas buenas derivadas de la bendición del Señor y, como señala Ryle, a Abram se le confiere así un lugar en el proyecto divino de la redención.

Desde nuestro punto de vista privilegiado, en la Era Cristiana, gozamos de una posición perfecta para evaluar la promesa hecha a Abram. Las cartas de Pablo rebosan

hablando de lo maravilloso que es el misterio del propósito de Dios, «con miras a una buena administración en el cumplimiento de los tiempos, es decir, de reunir todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra» (Ef. 1:9–10). La obediencia de un hombre posibilitaría el principio del plan de salvación cósmico de Dios, que en Cristo consistía en derramar inimaginables bendiciones para todos los que esperasen en Él. Los dones de la tierra y de la posteridad eran bendiciones reales, pero también eran arras de bendiciones aún por mencionar, que estaban guardadas, preparadas por el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo como regalos de amor que sólo Él podía conferir. Su longanimidad sobrepasa todas nuestras expectativas, reprendiendo a nuestra escasa fe y nuestra vacilante obediencia. Pero Dios no consideró que dos mil años fueran mucho tiempo para llevar a cabo su plan, y Abram tuvo que seguir avanzando, dando lo que a él debió parecerle un paso al frente en medio de las tinieblas.

Entonces Abram se fue tal como el Señor le había dicho... Y el Señor se apareció a Abraham (12:4, 7).

El trayecto que había llevado a la familia hasta Harán debía proseguir ahora bajo el liderazgo de Abram, mientras Taré se quedaba en aquel punto intermedio. Se menciona a Lot y a Sarai por su nombre porque tendrán un papel destacado en los acontecimientos futuros, pero está claro que Taré y Abram eran los líderes de comunidades grandes «engendradas en Harán» y, juzgando por los 318 hombres adiestrados a los que Abram podía recurrir en tiempos de necesidad (14:14), debemos pensar que quienes avanzaban junto a Abram y Lot eran más bien cientos de personas, no decenas. A pesar de esto, o quizá debido a su fuerza numérica, pudieron viajar sin que nadie les molestase mientras cruzaban el Éufrates y seguían avanzando hacia el sur. El camino del desierto pasando por Tadmor era más corto, pero más difícil que la ruta principal que atravesaba Alepo y Qatna. Ambos incluían Damasco y Azor. Nadie se atrevía a trazar su propia ruta, sino que recorrían los caminos tradicionales que usaban siglo tras siglo los comerciantes y los ejércitos. «Los recorridos divididos en etapas, que realizaban grupos de personas, seguramente mercaderes, se mencionan en los anales de los antiguos itinerarios babilónicos». A intervalos regulares, había caravansares que marcaban los lugares de reposo junto a las antiguas rutas. Tomando el camino bien trazado que llevaba hacia Egipto, Abram y los suyos llegaron a su debido tiempo, tras recorrer unos 650 km, al valle del Jordán, y desde allí la carretera les llevó a un terreno montañoso, que más tarde pertenecería a las tribus de José. Los valles zigzagueantes conducían al paso entre los montes Ebal y Gerizim, que domina la ruta que lleva al Mediterráneo y al noroeste, y hacia al sur, al otro lado de las colinas, a Hebrón y Beerseba. En esta encrucijada tan importante es donde Abram visitó *el roble de Moré* en Siquem. El nombre Siquem significa «vertiente», y una de las vertientes del monte Gerizim domina el horizonte occidental de la ciudad. Los restos de la antigua urbe se conocen hoy como Tell Balata, un montículo situado en los suburbios orientales de la moderna Nablus. Una abundante fuente que existe en las inmediaciones ha garantizado

la importancia de este lugar con el paso de los siglos.

Las excavaciones han evidenciado que la historia de Siquem se remonta hasta aproximadamente el año 3500 a. C., de manera que, cuando Abram llegó a la ciudad, esta ya tenía unos mil años de antigüedad. Podríamos pensar que en sus tiempos era una ciudad sin murallas, de tamaño considerable, dominada por la «encina» (o terebinto) por la que era conocida. El *lugar* de Siquem es, posiblemente, un término técnico que significa «santuario», y el árbol especial, al que se hace referencia en Génesis 35:4 y en Josué 24:26, podría estar relacionado con la enseñanza en la capilla, porque *Moré* es un nombre vinculado con la palabra hebrea que significa «instrucción». Si es así, el hecho de decir que *los cananeos estaban entonces en la tierra* significa que el área estaba dominada por los dioses extranjeros, como muchas ciudades de nuestro mundo actual. Se les adoraba como si fueran los dueños del territorio, pero la realidad era otra. El Señor no competía con ningún otro dios, porque era el dueño de todo el orden creado, y tenía bajo su égida a todos los países del mundo. Por consiguiente, podía decir categóricamente: «*A tu descendencia daré esta tierra*». Reinaba incluso donde nadie le reconocía como Dios. Como señal de que era así, Abram prestó tributo formal al Señor erigiendo un monumento conmemorativo especial y adorando a Dios. De esta manera, reclamaba para sus descendientes el cumplimiento de una promesa que él no viviría lo suficiente para ver cumplida. Pero estaba en el centro del territorio que su familia ocuparía más tarde, y podía mirar a su alrededor con los ojos de la fe y apreciar las posibilidades de aquella tierra.

Cuando su camino le llevó más hacia el sur, Abram evitó pasar por Betel y por Hai, prefiriendo atravesar las colinas despobladas, ahora que estaba siempre a tiro de los pozos de agua y de lugares donde comprar víveres. A pesar de las exhaustivas excavaciones realizadas en los yacimientos que se consideran Betel y Hai, las evidencias han suscitado problemas que no se han resuelto satisfactoriamente, y hoy día se estudia la posibilidad de que Betel pueda identificarse con la Al-Bireh moderna. Aunque no se menciona que Abram regresara a Siquem, la vecindad de Betel era su objetivo después de su huida a Egipto (13:3), y parece que aquel lugar era especialmente importante para él como punto de adoración, como lo sería también para Jacob (28:19; 35:1).

Por primera vez, se nos dice que Abram *plantó su tienda* al oriente de Betel, frase que normalmente se ha interpretado como indicación de que él y los suyos vivían en tiendas habitualmente. Sin embargo, en el relato sobre el viaje hasta este punto no se ha hecho ninguna mención a las tiendas, probablemente porque en las aldeas a lo largo del camino había lugares donde pernoctar. Sin embargo, ahora Abram abandona la ruta más frecuentada y transita por las colinas, que es donde plantó su tienda y donde edificó un altar al Señor, actos que «pueden simbolizar su toma de posesión del territorio, o al menos su adopción del mismo para la tribu, porque esos mismos actos se destacan con comentarios como «Y anduvo en sus jornadas desde el Neguev hasta Betel, al lugar donde su tienda había estado al principio, entre Betel y Hai, al lugar del altar que antes había hecho allí; y allí Abram invocó el nombre del Señor» (Gn. 13:3–4). Por tanto, esta nueva forma de vida, caracteriza la fe de Abram. Al plantar el

campamento, reclama su derecho sobre la tierra que Dios le ha prometido. Se ve forzado a recorrer la zona de las colinas, menos habitable, porque los valles ya están ocupados, pero no espera enriquecerse. Le basta contar con la promesa divina de que su «descendencia» poseerá la tierra. Contando con esta certidumbre, Abram da la espalda a la seguridad que le proporcionaría una casa en una ciudad o una aldea, y se convierte en morador de tiendas.

Recientemente, se ha argumentado que, frente a lo que sostiene la opinión popular, la mención de las tiendas indica que las narrativas patriarcales tuvieron origen más en el primer milenio que en alguna fecha del segundo. Se asumía que Abram era nómada, como los beduinos modernos, pero los campamentos de tiendas de los beduinos constituyen una característica indicativa de mediados del primer siglo a. C. Esta es la hipótesis que ha resultado engañosa. Abram buscaba un territorio que sus descendientes heredarían y, como dice con razón Van Seters, el tema de la herencia de una tierra es totalmente ajeno a la forma de vida nómada. El texto de Génesis tampoco sugiere que Abram formase parte de una migración generalizada, sino más bien lo contrario. Estaba haciendo algo extraordinario porque Dios se lo había pedido, y metiéndose en lo que, en términos humanos, era lo desconocido. El llamado de Dios a cada individuo es tremendamente personal, porque ninguno de sus hijos recorre un camino exactamente igual al de los demás, pero el resultado de la obediencia tiene unas consecuencias muy amplias. En el caso de Abram, sería un hito crucial para la historia.

Génesis 12:10–13:1. Abram en peligro

¹⁰Y hubo hambre en la tierra; y Abram descendió a Egipto para pasar allí un tiempo, porque el hambre era severa en la tierra. ¹¹Y sucedió que cuando se acercaba a Egipto, dijo a Sarai su mujer: Mira, sé que eres una mujer de hermoso parecer; ¹²y sucederá que cuando te vean los egipcios, dirán: “Esta es su mujer”; y me matarán, pero a ti te dejarán vivir. ¹³Di, por favor, que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y para que yo viva gracias a ti. ¹⁴Y aconteció que cuando Abram entró en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era muy hermosa. ¹⁵Y la vieron los oficiales de Faraón, y la alabaron delante de él; y la mujer fue llevada a la casa de Faraón. ¹⁶Y éste trató bien a Abram por causa de ella; y le dio ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos.

¹⁷Pero el Señor hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas por causa de Sarai, mujer de Abram. ¹⁸Entonces Faraón llamó a Abram, y le dijo: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿Por qué no me avisaste que era tu mujer? ¹⁹¿Por qué dijiste: “Es mi hermana”, de manera que la tomé por mujer? Ahora pues, aquí está tu mujer, tómala y vete. ²⁰Y Faraón dio órdenes a sus hombres acerca de Abram; y ellos lo despidieron con su mujer y con todo lo que le pertenecía.

^{13:1}Subió, pues, Abram de Egipto al Neguev, él y su mujer con todo lo que poseía; y con él, Lot.

Abram no se quedó mucho tiempo cerca de Betel, sino que, después de que el Señor se le revelase en Siquem para asegurarle que ya estaba en la tierra que había

decidido entregarle, partió a explorar sus confines situados más al sur. Fue allí donde se encontró con una intensa hambruna. A todo aquel que se haya aventurado por el terreno inhóspito al sur de Beerseba le extrañará que el Neguev, o «sur», haya sido en algún momento algo distinto a un desierto. Está claro que la pluviosidad de la zona ha variado considerablemente en diversos periodos, y existe la teoría de que, entre c. 2200 y c. 1900 a. C., un aumento del hielo polar provocó un desplazamiento hacia el sur de la línea de ciclones desde occidente, lo cual provocaría un incremento de la pluviosidad en los países del Mediterráneo oriental, muy superior a la que disfrutan hoy día. Aun así, el Neguev, al igual que el cinturón subsahariano que atraviesa África, debió ser siempre una región marginal, y podemos suponer que fue el propósito divino lo que condujo a Abram a esa situación de hambruna.

En las primeras etapas de su experiencia espiritual, Abram estaba descubriendo que estar en el lugar al que Dios nos ha destinado no supone estar exento de sufrimientos. Tal y como descubrió el salmista, en ocasiones la persona que declara su confianza en el Señor será el blanco de la adversidad, mientras que los impíos prosperan (Sal. 73:2–14). En las Escrituras, existen indicaciones de que los «puntos álgidos» espirituales, cuando Dios se acerca o habla de una manera especial, van seguidos a menudo de pruebas inusuales. En este sentido, destaca la experiencia de Elías tras quedar justificado públicamente al defender solo a Dios en el monte Carmelo. Esto fue seguido por una amenaza contra su vida y una profunda depresión (1 R. 19:1–4). Aún más revelador es el relato de cómo Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu tras su bautismo, para que Satanás le tentase (Mr. 1:12–13). La garantía personal dada a Jesús, «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo contentamiento», parece una preparación para la intensa prueba de cuarenta días en el desierto, desolado y solitario, cuando Jesús se aferró a la Palabra de Dios derrotando así a Satán (Mt. 4:11). A Abraham, por otro lado, parece que la hambruna le cogió desprevenido.

Y Abram descendió a Egipto para pasar allí un tiempo, porque el hambre era severa en la tierra. Esta afirmación, clara y concisa, deja abierta la cuestión sobre la motivación, y no sabemos si este viaje formaba parte del propósito divino para Abram o no. A su nieto, Jacob, Dios le diría claramente que fuese a Egipto (Gn. 46:3–4), y el ángel dijo a José que se llevase al pequeño Jesús y a su madre a Egipto, para huir de las intenciones asesinas de Herodes (Mt. 2:13). Abram, pionero del camino de la fe, no podía saber que Egipto se convertiría para sus descendientes en un lugar de esclavitud, y seguramente reunió consejos de los viajeros, quienes le dijeron que en aquel país abundaban los alimentos, y no buscó la guía expresa de Dios. A la vista de que sabía que estaba en la tierra de la promesa, y que recientemente había recibido una confirmación especial de ese hecho (versículo 7), venirse abajo tan rápidamente en el mismo momento en que se le presentaba la primera dificultad «tenía todo el aspecto de la huida propia de un incrédulo de las dificultades circunstanciales, un abandono de la fe a favor de la lógica». Por tanto, perdió la oportunidad de descubrir que el Señor podía proveer para su pueblo no sólo un territorio, sino también los alimentos necesarios.

Con toda probabilidad, Abram tuvo conocimiento de las glorias de Egipto mientras

vivía en Ur. Ahora que estaba cerca de aquel fabuloso país, creado en el desierto por las inundaciones del Nilo, ¿sintió quizá el impulso de verlo con sus propios ojos? La antigua cultura egipcia había alcanzado el cenit de su esplendor durante el Reino Antiguo (2680–2180 a. C.), periodo en el que se habían levantado las pirámides y cuando floreció la literatura religiosa y sapiencial. En aquel momento, ya había suficientes atractivos para el turista. De hecho, la primera gran pirámide escalonada, la primera gran estructura hecha de piedra tallada en toda la historia, en la época de Abram ya tenía unos 600 años. Además, los faraones de ese periodo, a diferencia de los reyes cananeos que dominaban ciudades-Estado, eran gobernadores de todo Egipto y tenían un inmenso poder.

Si Abram llegó a Egipto en torno al año 2090 a. C., dado que es posible que viajase entre Harán y Canaán en 2092, el centro del poder sería una ciudad llamada Heracleópolis, a unos 100 km al sur de Menfis. Unos 40 años después, tendría que haberse desplazado incluso más al sur, hasta Tebas; en cualquier caso, dado que tenía trato directo con el faraón, debió haberse internado mucho más allá de Gosén y el valle del Nilo, llegando hasta la capital real de la época.

En las fronteras de Egipto, Abram empezó a sentir miedo. Unas décadas antes, unos forasteros asiáticos como él habían provocado conflictos en la región del delta del Nilo, dando pie a turbulencias políticas. Por consiguiente, no sería de extrañar que los egipcios siguieran mirando con cierta suspicacia a los asiáticos, a los que tratarían desabridamente. En su calidad de forastero en busca de alimentos en una tierra extranjera, Abram era consciente de que no tenía derecho alguno en Egipto, y temía por su vida. En concreto, era consciente de que los faraones siempre mostraban interés por añadir bellas jóvenes a sus harenes, y que pagaban mucho dinero para conseguirlo. Consideró que su esposa, Sarai, llamaría la atención. ¿Qué impediría a los egipcios ejecutarlo para entregar a Sarai a su rey? Mostrando una brutal desconsideración por Sarai, y huyendo por completo de su fe en su Señor, Abram recurrió al engaño para salvar su piel. De hecho, además de su esposa, Sarai era su hermanastra (20:12), de modo que, aunque no era una mentira absoluta decir que era su hermana, fue un engaño deliberado, destinado a permitirle huir del peligro y, de paso, enriquecerse. Pero fue una treta despreciable, que podría haber puesto en peligro el nacimiento de su hijo prometido. Revela su razonamiento egocéntrico diciendo *para que me vaya bien por causa tuya, y para que yo viva gracias a ti*; todo esto sin importarle lo que pudiera sucederle a su esposa.

La Biblia es totalmente clara respecto a los fracasos de quienes el Señor eligió como siervos. Abraham, el gran hombre de fe, sabía qué era huir del camino de la fe, experimentó temor y cayó en la tentación. El faraón, para vergüenza de Abram, le reprendió severamente, revelando así que su código ético era más elevado de lo que Abram suponía. Él no hubiera robado conscientemente la mujer a otro hombre. Ahora, Abram debe tomar a su mujer y marcharse con ella. Teniendo en su posesión el regalo que Faraón le había entregado a cambio de su esposa, traducido en rebaños y manadas, Abram abandonó el país. Nunca más volvió a aventurarse por Egipto. El riesgo de pasar hambre en Canaán era preferible a los peligros morales y espirituales de los que apenas

había sido consciente cuando entró en Egipto. Ciertamente, fue un pecado de omisión el que le había hecho caer en la cobardía y pecar contra su esposa: cuando llegaron los problemas, no había sabido acercarse al Señor y, por tanto, no consiguió confiar en Él. El origen de su peligro fue la seguridad en su propio juicio. Como Abram, hemos de aprender que resulta demasiado fácil apartarse del camino correcto, simplemente por haber confiado en nuestro propio razonamiento en vez de consultar con nuestro guía. De aquí se deriva todo tipo de peligro.

Lo maravilloso es que hubo un camino de retorno, porque el Señor no había renunciado a Abram a pesar de su desliz, de la misma manera que tampoco hoy abandona a sus siervos derrotados. Abram, pudo salir de Egipto sin padecer recriminaciones; inexplicablemente, Faraón le permitió conservar todas *sus ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos* (12:16), llevándoselos de vuelta a Canaán. La única explicación es que el Señor había hablado a Faraón, prohibiéndole tocar a sus «ungidos» (Sal. 105:15). El viaje de regreso condujo a Abram al sur de Canaán, pero no se contentó con quedarse en aquella zona, porque tenía en mente dirigirse a Betel y a Hai, «al lugar del altar que antes había hecho allí» (13:4). Instintivamente, Abram percibía su necesidad de perdón, limpieza y renovación, y las buscó en aquel lugar del que ya había tomado posesión y donde había adorado al Señor. Es importante que nos demos cuenta de que regresó, que el camino que le llevaba atrás estaba abierto, y que el Señor le recibió, como demuestra la continuación de la historia.

Génesis 13:2–18. Separaos

²Y Abram era muy rico en ganado, en plata y en oro. ³Y anduvo en sus jornadas desde el Neguev hasta Betel, al lugar donde su tienda había estado al principio, entre Betel y Hai, ⁴al lugar del altar que antes había hecho allí; y allí Abram invocó el nombre del Señor. ⁵Y también Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas. ⁶Y la tierra no podía sostenerlos para que habitaran juntos, porque sus posesiones eran tantas que ya no podían habitar juntos. ⁷Hubo, pues, contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot. Y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en aquella tierra.

⁸Y Abram dijo a Lot: Te ruego que no haya contienda entre nosotros, ni entre mis pastores y tus pastores, porque somos hermanos. ⁹¿No está toda la tierra delante de ti? Te ruego que te separes de mí: si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; y si a la derecha, yo iré a la izquierda. ¹⁰Y alzó Lot los ojos y vio todo el valle del Jordán, el cual estaba bien regado por todas partes (esto fue antes de que el Señor destruyera a Sodoma y Gomorra) como el huerto del Señor, como la tierra de Egipto rumbo a Zoar. ¹¹Y escogió Lot para sí todo el valle del Jordán; y viajó Lot hacia el oriente. Así se separaron el uno del otro. ¹²Abram se estableció en la tierra de Canaán, en tanto que Lot se estableció en las ciudades del valle, y fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma. ¹³Y los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra el Señor en gran manera.

¹⁴Y el Señor dijo a Abram después que Lot se había separado de él: Alza ahora los ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el oriente y el occidente,

¹⁵pues toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. ¹⁶Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; de manera que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia podrá contarse. ¹⁷Levántate, recorre la tierra a lo largo y a lo ancho de ella, porque a ti te la daré. ¹⁸Entonces Abram mudó su tienda, y vino y habitó en el encinar de Mamre, que está en Hebrón, y edificó allí un altar al Señor.

Y también Lot... andaba con Abram (versículo 5). El narrador de Génesis parece insistir en el hecho de que, aunque Abram fue llamado a salir de la casa de su padre, Lot fue con él (12:1, 4). Como es evidente en este capítulo, su sobrino no apreciaba lo que motivó a su tío a abandonar al resto de la familia como respuesta al llamado de Dios. Aunque viajaba con Abram, no compartía su visión y era inevitable que acabaran separándose. Mientras Abram aprendía lentamente el camino de la fe, Lot aprendió de Egipto debido al viaje mal encaminado de su tío (versículo 10), y en general tomó de él un mal ejemplo.

Sólo ahora se menciona la riqueza de Abram. Es probable que ya fuera rico en plata y oro después de vender su propiedad en Harán; ahora, como resultado de su aventura en Egipto, su familia había aumentado y tenía mucho ganado. Fue precisamente este aumento de su prosperidad lo que enfrentó a Abram y a Lot. En aquellas colinas desnudas de caliza, los pastos eran imprescindibles, y se produjeron enfrentamientos entre los pastores de las dos familias, una circunstancia que nunca se había dado cuando tenían menos posesiones. Los cananeos y los ferezeos (seguramente los habitantes de la ciudad y del campo, respectivamente) representaban una amenaza que ahora, cuando Abram y Lot se estaban volviendo más poderosos, iba siempre en aumento. Había que estar preparado frente a la eventualidad de un ataque armado, pero, si se separaban, no suscitarían el mismo grado de suspicacia entre sus vecinos. Por tanto, era imperativo que Abram y Lot siguieran caminos distintos. La pregunta es si, ya de entrada, Abram debió permitir a Lot acompañarle hasta ese momento. Lo que Abram entendió claramente en ese momento fue que la separación era ineludible. Como cabeza de familia, tenía todo el derecho a indicarle a Lot dónde debía vivir, pero en esta ocasión se comportó con un altruismo ejemplar, dando a Lot la oportunidad de elegir.

Lot aprovechó al máximo la ocasión y, predeciblemente, eligió las tierras más fértiles que tenían a la vista, *el valle del Jordán, el cual estaba bien regado por todas partes... como el huerto del Señor, como la tierra de Egipto*. Le atrajo la perspectiva de cosechas abundantes y la mejora de vida que él y su familia disfrutarían en medio de aquella fertilidad subtropical del valle del Jordán. En aquellos puntos donde los ríos o las fuentes creaban oasis, el crecimiento de la vegetación, incluyendo los árboles y las frutas exuberantes, contrastaba con la aridez de las colinas circundantes. Lot tuvo una visión de la buena vida de la que había disfrutado en Egipto, con los últimos adelantos artísticos y tecnológicos, y con tiempo de ocio suficiente para disfrutarlos. ¡Había que ser tonto para no aprovechar la oportunidad de progresar y de disfrutar de una prosperidad garantizada! La separación de Lot fue definitiva. Fue hacia oriente, salvando la abrupta caída de unos mil metros hasta aquel valle formado entre dos

grietas paralelas, buscando su fortuna en la llanura del Jordán. Allí vivió *en las ciudades del valle*, es decir, Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim y Bela (o Zoar), como se las menciona en 14:2; pero *fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma*, sin que le importase su mala reputación, y, cuando se le vuelve a mencionar, ya está viviendo *en Sodoma* (14:12). Con lo que no contaba era con la atracción degradante del pecado a su alrededor, ni con el efecto enervante de la comodidad sobre una vida egocéntrica. Había tomado su decisión y pronto sería evidente si Lot hallaría o no en su nuevo entorno las ventajas que esperaba encontrar.

Entre tanto, Abram, que escrutó en todas direcciones desde un punto elevado de las colinas, meditaba sobre el oportunismo de su sobrino y sobre su propia forma de vida, tan solitaria. Fue después de haberse despedido de una de las áreas más deseables del territorio que la había sido prometido, cuando una palabra del Señor le fortaleció. *Pues toda (no una parte) la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre*. A largo plazo, ni él ni nosotros podemos privarnos de lo que Dios nos ha prometido. El difunto Fred Mitchell, director de la China Inland Misión entre 1943 y 1953, citaba la experiencia de un colaborador de los hogares para huérfanos Müller, que daba una décima parte (y más) de sus ingresos, a medida que pasaba el tiempo y sus compromisos familiares le exigían menos. Descubrió que, cuanto más daba, más recibía, de modo que nunca podría empobrecerse. Su testimonio es una sorprendente ilustración de esa afirmación de Jesús: «Dad, y os será dado; medida buena, apretada, remecida y rebosante, vaciarán en vuestro regazo. Porque con la medida con que midáis, se os volverá a medir» (Lc. 6:38). Todo el mundo tiene libertad de fiarse de las palabras de Jesús.

Abram, a diferencia de Lot, no había elegido tierras (versículo 11), sino que, lejos de salir perdiendo, disponía de la palabra del Señor: «*Te daré la tierra* a ti y a tus descendientes». Además, esos descendientes serían tan numerosos, que ningún censo podría contenerlos. Las promesas reiteradas y los temas recurrentes de las personas y las tierras le permitieron creer que todo saldría como el Señor había dicho. Ahora, tiene que emprender un peregrinaje de fe y recorrer toda la vastedad de aquella tierra para reclamarla para sí, según el mandamiento del Señor. En otras palabras, debe apropiarse del regalo de Dios y disfrutarlo, apreciando todo lo que este conlleva. Nuestra herencia veterotestamentaria resulta incluso más sorprendente, porque Dios nos «ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Ef. 1:3) y la única manera de empezar a disfrutar de esa herencia es mediante la aplicación consciente de esa verdad en nuestras circunstancias particulares.

La respuesta inmediata de Abram fue trasladarse de Betel hasta un punto mucho más al sur, *cerca de los grandes árboles de Mamre en Hebrón* (NIV), que ya eran sagrados, como el «lugar» de Siquem. Allí, Abram edificó un altar, que en aquella época era adecuado como símbolo de adoración, y lo dedicó al Señor que había hecho la promesa solemne de darle la tierra. De esta manera, reclamó la zona como el don del Señor para su posteridad, y durante considerables periodos vivió allí él mismo, en posesión consciente del derecho sobre la tierra.

Ofreciéndonos un dato concreto, el Antiguo Testamento nos informa de que la

ciudad de Hebrón aún no existía (Nm. 13:22). La información de que fue construida siete años antes de Zoán, en Egipto, sugiere, según los especialistas, una fecha en torno al año 1720 a. C. Es evidente que el texto se concluyó después de esta fecha, cuando Hebrón ya era una ciudad conocida que contribuyó a localizar a Mamre, más antigua. Al visitante moderno, lo llevan al yacimiento tradicional de Mamre, a tres kilómetros al norte del Hebrón actual, donde siguen extendiéndose unas ruinas herodianas que señalan el recinto en torno a un pozo en Ramet el-Jalil, que significa «el lugar alto del amigo». Los restos de alfarería hallados en ese lugar indican que aquel lugar ya era frecuentado en el tercer milenio a. C., antes de la época de Abram. No ha resultado sencillo localizar la antigua Hebrón, que debió estar situada al este de Mamre (Gn. 23:17, 19; 49:30; 50:13), si es que la antigua mezquita de Hebrón está edificada sobre la cueva de Macpela, como afirma la tradición. Quizá la Hebrón originaria se encuentra hoy dentro de los confines de la ciudad moderna, en cuyo caso las posibilidades de excavar quedan tremendamente limitadas.

¿Una guerra justa? Génesis 14:1–24

¹Y aconteció en los días de Amrafel, rey de Sinar, Arioc, rey de Elasar, Quedorlaomer, rey de Elam, y Tidal, rey de Goim, ²que éstos hicieron guerra a Bera, rey de Sodoma, y a Birsá, rey de Gomorra, a Sinab, rey de Adma, a Semeber, rey de Zeboim, y al rey de Bela, es decir, Zoar. ³Todos éstos vinieron como aliados al valle de Sidim, es decir, el mar Salado. ⁴Doce años habían servido a Quedorlaomer, pero en el año trece se rebelaron. ⁵Y en el año catorce, Quedorlaomer y los reyes que estaban con él, vinieron y derrotaron a los refaítas en Astarot Karnaim, a los zuzitas en Ham, a los emitas en Save-quiriataim, ⁶y a los horeos en el monte de Seir hasta El-parán, que está junto al desierto. ⁷Entonces volvieron a En-mispat, es decir, Cades, y conquistaron todo el territorio de los amalecitas, y también a los amorreos que habitaban en Hazezon-tamar. ⁸Y salió el rey de Sodoma, con el rey de Gomorra, el rey de Adma, el rey de Zeboim y el rey de Bela, es decir, Zoar, y presentaron batalla contra ellos en el valle de Sidim: ⁹esto es, contra Quedorlaomer, rey de Elam, Tidal, rey de Goim, Amrafel, rey de Sinar, y Arioc, rey de Elasar; cuatro reyes contra cinco. ¹⁰Y el valle de Sidim estaba lleno de pozos de asfalto; y el rey de Sodoma y el de Gomorra huyeron y cayeron allí. Y los demás huyeron a los montes. ¹¹Entonces tomaron todos los bienes de Sodoma y Gomorra y todas sus provisiones, y se fueron. ¹²Y tomaron también a Lot, sobrino de Abram, con todas sus posesiones, pues él habitaba en Sodoma, y partieron.

¹³Y uno de los que escaparon vino y se lo hizo saber a Abram el hebreo, que habitaba en el encinar de Mamre el amorreo, hermano de Escol y hermano de Aner, y éstos eran aliados de Abram. ¹⁴Al oír Abram que su pariente había sido llevado cautivo, movilizó a sus hombres adiestrados nacidos en su casa, trescientos dieciocho, y salió en su persecución hasta Dan. ¹⁵Y por la noche, él, con sus siervos, organizó sus fuerzas contra ellos, y los derrotó y los persiguió hasta Hoba, que está al norte de Damasco. ¹⁶Y recobró todos sus bienes, también a su pariente Lot con sus posesiones, y también a las mujeres y a la gente.

¹⁷A su regreso después de derrotar a Quedorlaomer y a los reyes que estaban con él, salió a su encuentro el rey de Sodoma en el valle de Save, es decir, el valle del Rey.

¹⁸Entonces Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino; él era sacerdote del Dios Altísimo. ¹⁹Y lo bendijo, diciendo:

*Bendito sea Abram del Dios Altísimo,
creador del cielo y de la tierra;*

²⁰y bendito sea el Dios Altísimo
que entregó a tus enemigos en tu mano.

Y le dio Abram el diezmo de todo. ²¹Y el rey de Sodoma dijo a Abram: Dame las personas y toma para ti los bienes. ²²Y Abram dijo al rey de Sodoma: He jurado al Señor, Dios Altísimo, creador del cielo y de la tierra, ²³que no tomaré ni un hilo ni una correa de zapato, ni ninguna cosa tuya, para que no digas: "Yo enriquecí a Abram." ²⁴Nada tomaré, excepto lo que los jóvenes han comido y la parte de los hombres que fueron conmigo: Aner, Escol y Mamre. Ellos tomarán su parte.

Los acontecimientos internacionales influían en las vidas de los ciudadanos ordinarios, amantes de la paz, incluso en la época de Abram, y el incidente relatado en este capítulo es el único que habla de la política mundial. Lo cierto es que la Biblia ha perpetuado el conocimiento de este suceso, mientras que pocas otras fuentes de información han sobrevivido, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que, según un especialista, el relato fue escrito «poco después... del segundo milenio». Su argumento se basa en que los nombres de los invasores extranjeros y de sus países respectivos resultan verosímiles, y que al menos uno de ellos (Arioc) nos retrotrae a la era de la antigüedad babilonia. Este nombre perteneció a un vasallo de Zimri-lim en Mari, y su trasfondo lingüístico es Hurrian (la zona montañosa situada al noreste de Harán), y no se da testimonio de ella hasta después de la mitad del segundo milenio. Cuando se tienen en cuenta las alianzas de poder mesopotámicas y la coalición de ciudades-Estado cananeas, la fecha probable del incidente, según un historiador especialista, se encuadra en el periodo entre 2000 y 1750 a. C.

Quienes visitan hoy Israel tienen una buena vista del área geográfica invadida por la coalición de los cuatro reyes extranjeros, cuando miran desde Masada al otro lado del mar Muerto. Una lengua de tierra llamada península de Lisan (palabra que significa «lengua») casi divide el mar Muerto en dos mitades, y en la época romana era posible vadear el estrecho. Masada protegía el vado. La llanura al pie de la cadena montañosa más allá del mar improductivo de Lisan es un oasis prolongado, que produce frutos, grano y algodón, y donde pastan ovejas, cabras y vacas. Es muy posible que la región hubiera sido incluso más fértil antes de la catástrofe que cayó sobre Sodoma y Gomorra. La inaccesibilidad de la llanura, y su intenso calor, solían ser elementos disuasorios para los invasores. Al sur de la península Lisan, el agua del mar Muerto «nunca tiene una profundidad superior al metro, y se ha sugerido que se formó bastante recientemente a consecuencia de un terremoto... Se sostiene que, si esto es lo que sucedió, explicaría la destrucción de las cinco ciudades de la llanura (Gn. 19:15–28)», aunque no se ha presentado ninguna evidencia que respalde esta teoría.

El capítulo abarca un plazo cronológico de catorce años (versículo 5). Fue la historia familiar de la opresión a manos de una coalición de poderes más fuertes. Quedorlaomer de Elam, el país situado al este de Sumeria en el que se encontraba Ur, y

que tenía frontera con el golfo Pérsico, dirigió una coalición de Estados mesopotámicos. La ironía estriba en que esos gobernantes de cuyos dominios había salido Abram pretendían hacerse con la tierra que el Señor le había prometido a este. Incluso los sucesos políticos se unieron para obstaculizar los propósitos divinos. Es probable que las ciudades representadas por los cinco reyes se encontrasen cerca del mar Muerto (*el mar Salado*, versículo 3). Aunque esos reyes pagaron el tributo correspondiente durante doce años, el décimo tercero se negaron a hacerlo, lo cual provocó la invasión en el decimocuarto. Esto se nos expone como una parte de una guerra de conquista mucho más amplia. El ejército siguió el camino oriental al sur de Damasco, pasando por Astarot Karnaim (5), situada en las colinas al este del mar de Galilea, y por el territorio de los zuzitas, emitas y horeos, al este del Jordán, hasta El-parán (6), en el golfo de Aqaba. De allí se trasladaron al este hasta Cades, y luego al noreste, llegando al extremo sur del mar Muerto. El hecho de que los nombres se actualicen mediante alternativas entre corchetes sugiere que estamos tratando con un registro antiguo, cuyas referencias ya no eran significativas cuando se concluyó el libro.

La caída de las cinco ciudades-Estado de la región del mar Muerto tuvo lugar rápidamente, y se hubiera olvidado pronto de no ser porque Lot, que a estas alturas se había mudado a Sodoma, fue tomado prisionero junto con su familia y sus bienes. Si no hubiera sido por este incidente, tampoco habríamos conocido la valentía de Abram y su dominio de las armas. El título *Abram el hebreo* sugiere un relato independiente, porque lo utilizaban otros, no los israelitas, excepto como préstamo del uso que hacían de él otras personas en 40:15 (aunque véase también Éx. 21:2; Dt. 15:12). Parece tener una connotación despectiva, y un significado parecido a «el emigrante», sugiriendo que en realidad él no formaba parte del territorio. A pesar de ello, llevaba asentado allí el tiempo suficiente como para haberse ganado la confianza de sus vecinos *Mamre*, *Escol* y *Aner*. Su pacto de apoyo mutuo significaba que fueron a la batalla junto a Abram (*cfr.* versículo 24), porque la necesidad de un pariente suponía un llamado a las armas. Cuando Abram acabó de movilizar a sus seguidores, *nacidos en su casa* y, por tanto, plenamente fieles (contrariamente a los esclavos adquiridos, que podrían rebelarse contra su suerte y contra su amo), el enemigo había recorrido unos 180 km. Mediante el despliegue estratégico de su pequeño ejército y teniendo a su favor el factor sorpresa, Abram consiguió desorganizar al enemigo. Tras perseguirlos otros 100 kilómetros para evitar que regresasen, reunió a los cautivos y sus bienes para devolverlos a sus hogares. Se menciona especialmente a Lot y a *las mujeres*, cuyos sufrimientos en tales condiciones podemos imaginarnos.

La victoria empezó a celebrarse ya antes del regreso del ejército, y dos personajes muy diferentes, Melquisedec y el rey de Sodoma, acudieron a recibir al triunfante Abram en el ignoto valle de Save (aunque el valle del Rey se menciona en 2 S. 18:18). El hecho de que un extranjero sin tierras liberase a los habitantes de la zona constituía, por sí solo, un acontecimiento importante que merecía reconocimiento. Pero las implicaciones son más amplias.

Melquisedec

Es necesario detenerse un momento en Melquisedec, debido a las referencias que se hacen a su persona en pasajes posteriores de la Escritura. Su nombre significa «rey de justicia» y es el rey de Salem, que significa «paz»; se trataba de un vínculo significativo entre los dos conceptos, porque sólo puede haber paz donde mora la justicia, pero era un nombre sorprendentes para ponérselo a una persona. Un rey posterior de Jerusalén llevaba el término *sedeq* como parte de su nombre, Adonisedec, «señor de justicia» (Jos. 10:1), de modo que solía pensarse que Salem era Jerusalén; aunque otros lugares llevaban el mismo nombre (Saalim, 1 S. 9:4, y Salim, Jn. 3:23, podrían ser formas alternativas de escribirlo). El Salmo 76:2 usa Salem como referencia a Jerusalén, ciudad del Dios Todopoderoso, mientras que, en el Salmo 110, Melquisedec fue el origen del sacerdocio que el Señor se había propuesto iniciar. En el Nuevo Testamento el escritor de Hebreos vio en Melquisedec el presagio del rey-sacerdote, el Señor Jesucristo, que sobrepasa con creces a todos los demás, y Jerusalén fue testigo de su sacrificio sacerdotal.

A la luz de todo esto, volvemos con un interés añadido a examinar lo que tiene que decirnos el escritor de Génesis sobre una persona tan exaltada. La sorpresa es que dice bien poco. Melquisedec surge de la nada; no se menciona su familia, aunque Génesis está repleto de genealogías. Sin embargo, incluso esta omisión es deliberada, porque, según el escritor de Hebreos, indica un sacerdocio eterno (He. 7:3). Lo que sí dice nuestro escritor es que Melquisedec trajo pan y vino para que el vencedor se repusiera, y que era *sacerdote del Dios Altísimo* (heb. *’Ēl ’Elyôn*), es decir, el Dios supremo, identificado como Creador de cielos y tierra (versículo 19). En nombre del Dios supremo, el sacerdote bendijo a Abram y tributó la gloria al Dios Altísimo por librarlo de sus enemigos. Abram, conquistador de los reyes de oriente y libertador de los reyes de la región del mar Muerto, era ahora «rey de reyes», si hubiera querido reclamar esta posición, pero aun así recibió la bendición de Melquisedec, que reconoció su superioridad al entregarle una décima parte del botín de guerra. Abram le reconoció como adorador de su propio Señor, Yahvé, bajo el título de Dios Altísimo (versículo 22), testigo de «su eterno poder y divinidad», revelados a la humanidad desde el principio de los tiempos (Ro. 1:19–20), revelación que contribuyó a hacer del pecado algo inexcusable, como señala Pablo. Por medio de Abram, Dios proporcionaría una forma de redención; «Abram representa la nueva fuerza espiritual que ha penetrado en la historia del mundo», y así, misteriosamente, Melquisedec representó una orden del sacerdocio que sobrepasaba con creces el sacerdocio levítico que descendía de Abram. Era un sacerdocio eterno, que presagiaba el del propio Hijo de Dios (Sal. 110:1, 4; He. 7:15–17); y «tenemos tal sumo sacerdote, el cual se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (He. 8:1). Así, Melquisedec forma parte del rico e intrincado tapiz bíblico, un tema recurrente que conduce al sacerdote-rey por antonomasia, el Señor Jesucristo.

El otro rey que fue a recibir a Abram ese día fue un personaje muy distinto, que representaba la maldad que le había dado fama a Sodoma. Dado que Abram había derrotado a sus enemigos, el rey de Sodoma estaba a su merced, pero, sin embargo, tomó la iniciativa de intentar hacer un trato, pidiendo que le devolviesen a sus súbditos, a los que Abram había rescatado. De esta forma, quedó como una persona generosa al ofrecerle a Abram quedarse con los despojos de la batalla, que en cualquier caso pertenecían a éste por derecho de conquista. Fue una treta artera, pero Abram ya había renunciado mentalmente a conservar los bienes conquistados y había «jurado al Señor, Dios Altísimo, creador del cielo y de la tierra», que no tomaría ni siquiera un cordón de zapato del rey de Sodoma, no fuera este a decir «*Yo enriquecí a Abram*». Esto era tanto una declaración de su fidelidad al Señor, como un testimonio de la capacidad del Señor para satisfacer todas las necesidades de su siervo. Los bienes de Sodoma serían lo último, el máximo de todo lo deseable de los lujos de aquella época. Abram no tenía necesidad de ellos mientras pergeñaba una contracultura en las colinas desiertas. Se aseguró de que sus aliados y proveedores recibieran su dinero de vuelta, pero él rechazó voluntariamente quedarse con nada. Su lógica sólo era explicable a los ojos de la fe, pero el Señor no tardó en verle y justificarle.

Génesis 15:1–21. Un Protector soberano

¹Después de estas cosas la palabra del Señor vino a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram, yo soy un escudo para ti; tu recompensa será muy grande.

²Y Abram dijo: Oh Señor DIOS, ¿qué me darás, puesto que yo estoy sin hijos, y el heredero de mi casa es Eliezer de Damasco? ³Dijo además Abram: He aquí, no me has dado descendencia, y uno nacido en mi casa es mi heredero. ⁴Pero he aquí que la palabra del Señor vino a él, diciendo: Tu heredero no será éste, sino uno que saldrá de tus entrañas, él será tu heredero. ⁵Lo llevó fuera, y le dijo: Ahora mira al cielo y cuenta las estrellas, si te es posible contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia. ⁶Y Abram creyó en el Señor, y Él se lo reconoció por justicia.

⁷Y le dijo: Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos, para darte esta tierra para que la poseas. ⁸Y él le dijo: Oh Señor DIOS, ¿cómo puedo saber que la poseeré? ⁹Él le respondió: Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón. ¹⁰Él le trajo todos éstos y los partió por la mitad, y puso cada mitad enfrente de la otra; mas no partió las aves. ¹¹Y las aves de rapiña descendían sobre los animales sacrificados, pero Abram las ahuyentaba.

¹²Y sucedió que a la puesta del sol un profundo sueño cayó sobre Abram, y he aquí que el terror de una gran oscuridad cayó sobre él. ¹³Y Dios dijo a Abram: Ten por cierto que tus descendientes serán extranjeros en una tierra que no es suya, donde serán esclavizados y oprimidos cuatrocientos años. ¹⁴Mas yo también juzgaré a la nación a la cual servirán, y después saldrán de allí con grandes riquezas. ¹⁵Tú irás a tus padres en paz; y serás sepultado en buena vejez. ¹⁶Y en la cuarta generación ellos regresarán acá, porque hasta entonces no habrá llegado a su colmo la iniquidad de los amorreos.

¹⁷Y aconteció que cuando el sol ya se había puesto, hubo densas tinieblas, y he aquí, apareció un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre las mitades de los animales. ¹⁸En aquel día el Señor hizo un pacto con Abram, diciendo:

A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates: ¹⁹los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, ²⁰los heteos, los ferezeos, los refaítas, ²¹los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos.

A la batalla, acompañada de aquel tiempo de esfuerzo y tensión, le siguieron temores malsanos y una sensación de fracaso. Había estado muy bien aquello de ganar una victoria sorpresa, pero, al hacerlo, Abram se había expuesto al ataque de unos reyes que habían vengado, en su orgullo, el mero hecho de no cobrar sus impuestos. Podía esperar una feroz represalia por su osado ataque y es comprensible que tuviera miedo.

Tampoco sería extraño que estuviera muy seguro de que era correcto permitir que el rey de Sodoma se quedase con toda la parte de los despojos que correspondía a Abram, cuando podría haber llegado a un compromiso con él.

Mientras Abram pasaba por toda esta agitación de pensamientos confusos, el Señor optó por ofrecerle una visión de Sí mismo, y *vino a Abram en visión*. Esta fraseología concreta, tan característica de los libros proféticos, se repite en el versículo 4, pero no aparece en ningún otro pasaje del Pentateuco. Su efecto es caracterizar a Abram como profeta (20:7; *cfr.* Sal. 105:15). Todo este episodio, que comienza de noche (porque Dios muestra a Abram las estrellas) y dura todo el día siguiente, pasando por el ocaso y otra noche (12, 17), debe entenderse como palabra del Señor. Ningún acontecimiento de la vida de Abram lo sobrepasa en importancia.

El Señor toma la iniciativa, se acerca a su siervo y aborda directamente su necesidad: «*No temas... Yo soy un escudo para ti*». Cualquier acto de fe destacado sienta un precedente y hace que el hombre de Dios se sienta indefenso y amenazado. Aunque Abram no puede ver el escudo de Dios que le protege, debe contar con su presencia y desterrar sus temores. No saldrá perdiendo, porque ha confiado en el Dios vivo y ha antepuesto la honra de Dios a la suya propia. Pensar en una gran recompensa saca a la superficie todas las preguntas acumuladas de Abram acerca de la promesa, que, en tanto en cuanto presupone la llegada de un hijo, parece tan poco realista como siempre. Mientras siguió sin ser padre, la promesa no podía cumplirse, a menos que el Señor pretendiese que su hijo adoptivo heredase la promesa.

De camino desde Harán, la ruta de Abram le debió llevar por la fértil llanura de Damasco, un oasis donde los humanos han vivido desde tiempos inmemoriales. Quizá fue este el momento en que los padres de Eliécer pasaron a formar parte de la familia de Abram. Entre las colecciones de textos escritos que se conservan del segundo milenio a. C., es notable que se mencione la práctica de la adopción en los textos de Nuzi. Es cierto que estos pertenecen a la Mesopotamia nororiental, y son posteriores a la época de Abram, pero es posible que la costumbre estuviera extendida y fuera antigua. Las parejas sin hijos adoptaban un hijo, que sería su siervo y que al final

heredaría sus posesiones. La ley de Ur (descubierta en Nuzi) distinguía entre el heredero directo y el sustituto. Abram no albergaba ninguna duda de que la segunda opción no era la mejor y que, si al final nacía un hijo biológico, este sería el heredero, como estipulaba la ley de Ur.

Resultó útil que Abram manifestara sus temores. Los salmos plasman toda una gama de reacciones humanas frente a las experiencias de la vida, y admiten francamente los enigmas que surgen cuando Dios parece distante o que haya permitido que los malos se salgan con la suya. La libertad para expresar nuestros temores conduce a la respuesta del Señor; no a su reprensión, sino a un aumento de las promesas, como sucedió en este caso. Abram dijo: «*He aquí, no me has dado descendencia, y uno nacido en mi casa [un siervo] es mi heredero*», pero entonces el Señor le dijo: «*uno que saldrá de tus entrañas, él será tu heredero*».

Abram estaba aprendiendo la lección básica que todo creyente debe aprender en algún momento: que las demoras de Dios no son negativas. Aunque pasaban los años y muchos de sus contemporáneos ya habían fallecido, Abram seguía apoyándose en la promesa que el Señor le había dado acerca de un hijo. Pero la espera se hacía angustiosamente larga, y el Señor, que era consciente de la necesidad que tenía su siervo de que le tranquilizase al respecto, dijo: «*Ahora mira al cielo y cuenta las estrellas, si te es posible contarlas*», lo cual, por supuesto, Abram no podía hacer a simple vista. Incluso disponiendo de telescopios sofisticados, esta tarea es inacabable. Por tanto, la señal fue de lo más apropiado: el Señor concedería a Abram no sólo descendientes físicos, sino también los hijos de la fe de toda generación y de toda nación (Ro. 4:16–17).

Y Abram creyó en el Señor. El verbo hebreo «creer», que procede de la misma raíz que la palabra *amén*, transmite la seguridad de una relación fiel y bien fundamentada. Abram podría haber expresado fácilmente sus excelentes razones para dudar de que el Señor pretendía que su palabra se tomase al pie de la letra. En vista de que Sarai no tenía hijos a pesar del paso de los años, cabía que se preguntara qué esperanza podía albergar de tener un hijo en su ancianidad. Él mismo era tan anciano, que le resultaría imposible. La incredulidad nos asalta rápidamente, mientras que la fe teme verse decepcionada y tiende a dudar. Pero Abram estaba convencido, en lo más hondo de su ser, de que el Señor era fiel y que su palabra era confiable. Por tanto, esperaba tener un hijo, como el Señor le había prometido, a pesar de las circunstancias adversas, estando «plenamente convencido de que lo que Dios había prometido, poderoso era también para cumplirlo» (Ro. 4:21).

Este incidente resalta para nosotros una de las verdades fundamentales del evangelio, porque la fe es crucial para su mensaje. Abram había recibido una promesa concreta de parte de Dios, pero parecía que no recibía nunca lo que se le había prometido, y no podía hacer nada al respecto. Estaba impotente, hasta el punto de que la promesa parecía una burla. Sin embargo, su reacción consistió en mirar la grandeza que Aquel que había hablado, y aceptar que *Él mismo* era responsable del cumplimiento de su promesa. La fe descansa sobre el hecho de que Dios es fiel y, cuando nos fiamos de la palabra de Dios, nos demostramos su fidelidad. Después de

algunos años más de espera, Abram recibió la promesa, pero por medio de la fe descubrió la aceptación inmediata de Dios, *y le fue contado por justicia*.

Pablo entendía claramente lo fundamental que era el camino de la fe, desde los tiempos de Abram y durante todo el periodo veterotestamentario, y hasta el Nuevo Testamento. Llega hasta el punto de decir que el versículo 6 fue escrito para los creyentes cristianos, «sino también por nosotros, a quienes será contada [la justicia]: como los que creen en aquel que levantó de los muertos a Jesús nuestro Señor» (Ro. 4:23–24). Los creyentes cristianos saben que, como están «en Cristo», su justicia se extiende hasta ellos, como lo hizo en el caso de Abram; la fe es el vínculo que les hace ser aceptados y bendecidos en Cristo, y recibir las promesas. Quienes aún no le conocen pueden aprender del ejemplo de Abram y creer el mensaje de Dios, descansando en su confiabilidad, que jamás decepcionará a nadie. Los que conocen el camino de la fe descubrirán que Dios siempre les lleva a nuevas circunstancias en las que deben confiar en Él.

¿Cómo voy a saberlo?

Si quería estar seguro del cumplimiento de la promesa hecha a su familia, Abram no sólo necesitaba un soberano Protector, sino también un soberano Señor de la historia. La promesa divina concernía tanto a la herencia de la tierra como a un hijo que le sucedería. A Abram, Dios ya le había tranquilizado respecto al heredero y a sus descendientes; ahora, le dice algo más: «*Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos, para darte esta tierra para que la poseas*» (7). Al mencionar su nombre y sus obras poderosas, el Señor se asegura de que Abram conozca su identidad, su confiabilidad demostrada y su obra constante en su siervo. La fidelidad de Dios era la roca donde podía cimentarse la fe de Abram; sólo tenía que recordar las numerosas ocasiones que la había demostrado su experiencia desde que salió de Ur. Es bueno y necesario que recordemos frecuentemente las obras del Señor y, a la luz de todo lo que ha hecho, pasemos a nuevos actos de fe. Tal como nos recuerda el popular himno antiguo, si «contamos todas nuestras bendiciones, y las mencionamos una tras otra, nos sorprenderá lo que ha hecho el Señor». También hallaremos el valor necesario para mirar al futuro, a esos propósitos divinos que, en gran medida, están ocultos a nuestra vista. Las nuevas experiencias generan nuevas tensiones, porque nos hacen avanzar por lo desconocido.

Abram, incapaz de ver cómo el Señor iba a entregarle la tierra, pidió alguna evidencia de que la historia iba a desarrollarse de acuerdo con el propósito de Dios. En lugar de reprenderle, el Señor responde firmando con él un tratado solemne para ratificar su palabra. Estos tratados o «pactos» eran una característica de la vida por todo el Oriente Próximo. El Señor utilizó para este propósito una convención sociopolítica bien conocida, la forma más vinculante de acuerdo entre los hombres, para reforzar la certidumbre de su promesa. Este pacto es la forma original del pacto de salvación que otorga al Antiguo Testamento («voluntad» o «pacto») su nombre.

Mientras que el pacto firmado tras el Diluvio había estipulado que Dios no volvería a destruir la vida sobre la tierra (Gn. 8:21–22), este nuevo señala el principio del plan de la salvación divino. Dios se da a conocer a Abram usando su nombre personal, *Yo soy el Señor* (versículo 7), *Yahvé*, aquel que *es* (porque el nombre está conectado con el verbo «ser», y se explica como yo soy en Éx. 3:14). Él es la fuente de toda vida, el inmutable, controlador del destino humano y, por tanto, más que capaz de ofrecerle la salvación. La capacidad del Señor para revelar a Abram la opresión a la que estaría sometido su pueblo antes de heredar la tierra resulta secundaria en comparación. Se le identifica con el Dios Altísimo, Creador de cielos y tierra (14:22). Melquisedec conocía al Creador, pero Abram conoce al Salvador de la humanidad.

Primero, a Abram se le pide que traiga cinco sacrificios. Desconocemos por qué se le ordenó que llevase esos animales y aves en concreto, y poco se conoce sobre los ritos vinculados con la firma de un pacto en el antiguo Oriente Próximo; sólo sabemos que se mataba al animal, se lo troceaba y su carne se usaba en parte como holocausto ofrecido a la deidad y en parte para realizar un banquete comunitario. La propia Biblia es la mejor fuente de detalles adicionales. Abram dividió en dos cada víctima del sacrificio, y con las partes hizo dos montones. El término hebreo técnico de «establecer un pacto» refleja esta parte del ritual, con su inevitable derramamiento de sangre. La imagen la completa el profeta Jeremías cuando está acusando al rey de haber roto un pacto que había establecido para garantizar la liberación de los esclavos en Jerusalén (Jer. 34:18–19). Este compromiso solemne se firmó pasando entre las partes de la víctima del sacrificio, y a aquellos que faltasen a su palabra el Señor haría con ellos como el becerro que cortaron por la mitad y entre cuyos pedazos pasaron luego. En otras palabras, que a la persona que transgrediera un pacto le aguardaba la muerte.

El ‘corte’ o el establecimiento del pacto era el momento en el que se sellaba el pacto, y en el capítulo 17 se usan otros dos verbos para referirse a esta idea del ‘establecimiento de un pacto’. «Y yo estableceré mi pacto contigo» (versículo 2) usa un verbo distinto a «cortar», semejante a «dar» o «poner». Así, Dios estipula los términos del pacto además de tomar la iniciativa, y más adelante dice: «Y *estableceré* mi pacto contigo» (versículo 7), donde el verbo añade el elemento de seguridad y de inmutabilidad al hecho de entrar en un pacto. A menudo los pactos en Ur se incumplían, como sigue pasando hoy día, pero este pacto lo había establecido el Dios inmutable y, por consiguiente, era ordenado y firme.

Abram había preguntado *¿cómo puedo saber?* El Señor le contesta: *Ten por cierto*, sin sombra de duda. Abram no recibe una respuesta directa a su pregunta; en lugar de ello, Dios le expone un resumen de los acontecimientos que deben tener lugar antes de que sus descendientes hereden la tierra. Primero, serán exiliados; luego, esclavos, en una tierra que no es la suya. La opresión durará cuatrocientos años, tras los cuales caerá el juicio sobre la nación a la que sirven y saldrán de ella con grandes posesiones. Abram moriría en paz y sería enterrado en la tierra, que ya estaba habitada. Aún no le había llegado el momento de ocupar el territorio. Carecía del poderío militar necesario para vencer a sus habitantes, y tampoco podría establecerse en la tierra; en cualquier caso, todavía no había llegado la hora del juicio para aquel territorio, *porque hasta*

entonces no habrá llegado a su colmo la iniquidad de los amorreos.

El Juez de toda la tierra conoce el estado moral de cada una de las naciones. No dudará en someter a su pueblo a la esclavitud, ni precipitará la muerte de los cananeos. Debido al dominio de Dios sobre la historia, el éxodo de Egipto y la destrucción de los cananeos se sincronizarán para que coincidan, y la invasión israelita, que exigió el inusual coraje de Josué (Jos. 1:6–7, 9), fue la puesta en práctica de la justicia de Dios. Israel podía saber que la esclavitud en Egipto no fue un accidente y que acabaría cuando Dios lo había decidido; quienes desafiaban a Dios, y a su ordenamiento moral del universo, conocerían la derrota y la muerte. En este sentido, no había favoritismos, como descubriría Israel cuando los asirios conquistaron el reino del norte, y los babilonios el del sur. Así queda claro que el Señor gobierna con una absoluta imparcialidad los asuntos de las naciones, ejecutando con paciencia infinita sus propósitos morales.

Abram recibió la revelación del Señor sobre los acontecimientos futuros, sobre su propia muerte y sobre el sufrimiento que debería experimentar su pueblo durante un tiempo, antes de poseer la tierra. Aún estaba protegiendo la ofrenda del sacrificio, al caer de nuevo la noche, cuando vio «un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre las mitades de los animales» (17). El horno de fuego simbolizaba la presencia del Dios vivo, con quien Abram entraba en una relación federal. Era un símbolo impresionante, que Moisés encontraría en el Sinaí en una escala superior, y que el pueblo asociaría con la santidad divina (Éx. 19:18–23). No era un Dios con quien se pudiera jugar y, sin embargo, les acompañaría en una columna de nube y de fuego (Éx. 40:38), guiándoles y protegiéndoles.

Para Abram, todo esto quedó implícito mientras, solo, sentía el calor de las llamas a tan corta distancia suya. Sería consciente de que, si hubiera sido un tratado firmado por un rey humano, ambas partes hubieran pasado entre los trozos del sacrificio. En este caso, Abram era un mero observador, mientras el Señor, simbolizado por el fuego, caminaba entre las ofrendas sacrificiales, asumiendo así la maldición implícita en el ritual: «así me sea hecho» si incumplo los términos del pacto. Aunque no conocemos el motivo de estas ofrendas particulares, ya ha quedado demostrado el principio de que un sacrificio constituía el fundamento de un pacto. Aquel día, el Señor «cortó» un pacto con Abram, usando la forma de juramento más solemne de todas, para garantizar la certidumbre del cumplimiento de su palabra: «*A tu descendencia he dado esta tierra*» (18). Aunque estuviera ocupada por otros pueblos, técnicamente ya era suya, desde su frontera sur pasando junto al río que constituía la frontera con Egipto, hasta el norte, donde se extendía la enorme curva del Éufrates y llegando hasta el noreste de Hamat.

La centralidad de la fe

Esta notable profecía ofrece una perspectiva de la vida humana. Incluso el hombre al que el Señor elige para bendecirlo de una manera especial, y para convertirlo en el padre de su pueblo, verá poca cosa del cumplimiento de la promesa, que se le hizo

primeramente a él. Tampoco puede contribuir en nada a su cumplimiento. Él y su esposa ni siquiera tienen hijos, aunque están rodeados por muchos hijos de otros. La discrepancia entre esta situación presente y la palabra de Dios no podía ser mayor, y la impotencia de Abram es insuperable. Pero, para crecer, la fe necesita ser probada. Incluso más fundamental, la fe sólo puede manifestarse cuando su objetivo es invisible; una vez su objeto se materializa, la fe «pasa a ser vista», y Dios, que ha exigido esa fe, demuestra que es fiel. El objetivo del ejercicio es confiar en Dios porque Él ha hecho una promesa, y actuar basándose en su palabra antes de que exista una evidencia externa de que hará lo que ha dicho. Este es el máximo logro de Abram, que comprendió lo que el Señor le estaba enseñando por medio de unas circunstancias tremendamente imposibles: que a pesar de todo siguió creyendo, convirtiéndose así en «padre de todos los que creen» (Ro. 4:11).

Teniendo en cuenta el hecho de que la fe es el tema central durante todo el relato sobre Abram, aquí hallamos evidencia de que la fe es la respuesta primaria que Dios pide a todo el mundo, antes de la venida de Cristo y también después. Pablo lo entendía claramente. Él señaló que a Abram no se le dio la ley; transcurrirían otros 430 años antes de que fuera entregada (Gá. 3:17–18), y aun así Abram recibió la promesa. El concepto de la salvación mediante el cumplimiento de la ley resulta atractivo porque proporciona una ilusión de autoayuda, pero no es eficaz. No puede ponernos a bien con Dios, ni ser aceptables para Él. Por eso, la salvación debe depender de la fe en sus promesas. La obediencia a la ley divina puede ser una evidencia de fe, pero lo que Dios requiere es la fe, en especial la fe en Cristo Jesús. «Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa» (Gá. 3:29). Ciertamente, Pablo sostiene que la «descendencia» de Abram (en hebreo es singular, como en español) es Cristo (Gá. 3:16).

Abram recibió esta bendición en anticipación de la vida, muerte y resurrección de Cristo y, gracias a la enseñanza del propio Jesús, sabemos que Abram tuvo vida eterna. La expresión *ir a tus padres* (Gn. 15:15) es, probablemente, una circunlocución para referirse la muerte, pero sugiere una consciencia y una comunión perpetuadas tras la tumba. Cuando es Dios quien la usa, ya implica vida permanente. Sin embargo, Jesús es más enfático. Hablando a los teólogos de su tiempo, esperaba de ellos que leyeran al «Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» a la luz del hecho de que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Desde el punto de vista de Jesús, esos expertos no conocían «las Escrituras ni el poder de Dios» (Mr. 12:24–27). No deberían haber dudado de que el Dios vivo levantaría de entre los muertos a quienes pusieran su confianza en Él.

Génesis 16:1–16. Tensiones en el matrimonio

¹Y Sarai, mujer de Abram, no le había dado a luz hijo alguno; y tenía ella una sierva egipcia que se llamaba Agar. ²Entonces Sarai dijo a Abram: He aquí que el Señor me ha impedido tener hijos. Llégate, te ruego, a mi sierva; quizá por medio de ella yo tenga hijos. Y Abram escuchó la voz de Sarai. ³Y al cabo de diez años de habitar Abram en la tierra de Canaán, Sarai, mujer de Abram, tomó a su sierva Agar la egipcia, y se la dio a

su marido Abram por mujer. ⁴Y él se llegó a Agar, y ella concibió; y cuando ella vio que había concebido, miraba con desprecio a su Señora. ⁵Y Sarai dijo a Abram: Reaiga sobre ti mi agravio. Yo entregué a mi sierva en tus brazos; pero cuando ella vio que había concebido, me miró con desprecio. Juzgue el Señor entre tú y yo. ⁶Pero Abram dijo a Sarai: Mira, tu sierva está bajo tu poder; haz con ella lo que mejor te parezca. Y Sarai la trató muy mal y ella huyó de su presencia.

⁷Y el ángel del Señor la encontró junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente en el camino de Shur, ⁸y le dijo: Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde has venido y a dónde vas? Y ella le respondió: Huyo de la presencia de mi Señora Sarai. ⁹Y el ángel del Señor le dijo: Vuelve a tu Señora y sométete a su autoridad. ¹⁰El ángel del Señor añadió: Multiplicaré de tal manera tu descendencia que no se podrá contar por su multitud. ¹¹El ángel del Señor le dijo además:

*He aquí, has concebido
y darás a luz un hijo;
y le llamarás Ismael,
porque el Señor ha oído tu aflicción.*

*¹²Y él será hombre indómito como asno montés;
su mano será contra todos,
y la mano de todos contra él,
y habitará al oriente de todos sus hermanos.*

¹³Y Agar llamó el nombre del Señor que le había hablado: Tú eres un Dios que ve; porque dijo: ¿Estoy todavía con vida después de verle? ¹⁴Por eso se llamó a aquel pozo Beer-lajai-roi; he aquí, está entre Cades y Bered.

¹⁵Y Agar le dio a luz un hijo a Abram; y Abram le puso el nombre de Ismael al hijo que Agar le había dado. ¹⁶Y Abram tenía ochenta y seis años cuando Agar le dio a luz a Ismael.

Cuanto más manifiestamente señalaba Dios sus promesas a Abram, más claramente pensaba Sarai que ella era el problema. Aunque seguía siendo la matriarca de la familia, que a estas alturas debía incluir también a algunas de las concubinas y a sus hijos (Gn. 25:1–6), y aunque era la esposa legal, sentía intensamente la humillación de ser estéril. Cada año que transcurría reducía su esperanza de convertirse en madre y de dar a Abram el hijo de la promesa. No veía respuesta alguna a sus oraciones, y es fácil que llegara a la conclusión de que, por algún motivo, el Señor le había retirado su favor. Si así fue, estaba equivocada. Lo cierto era todo lo contrario, pero la razón, en conflicto con la fe, ganó la batalla en aquel momento.

Sólo ahora menciona la Biblia a la sierva egipcia de Sarai, llamada Agar. Había varias maneras como una pareja sin hijos podía satisfacer aceptablemente esa necesidad. Una era la adopción, y es evidente que Abram había adoptado a Eliezer (15:2). Otra, que se menciona en el Código de Hamurabi, era que la esposa entregase una de las esclavas a su marido para que le diera un hijo al matrimonio. Se entendía que, en este caso, la esposa, no la madre biológica, tenía jurisdicción sobre el niño, cuyo derecho a la herencia era incierto hasta que lo adoptasen legalmente. Por tanto, cuando Sarai sugirió que Agar se convirtiera en la madre de su hijo, seguía un precedente socialmente aceptable, aunque albergaba algunas dudas sobre si aquel hijo sería el de

la promesa: «*quizá por medio de ella yo tenga hijos*» (versículo 2).

La aquiescencia de Abram recuerda la de Adán (Gn. 3:6). Incluso al tratar un asunto tan importante, todo se reduce a «como tú quieras, cariño», y una vez más el resultado es unas relaciones rotas. La respuesta de fe hubiera sido que, si el Señor había evitado que Sarai concibiera hasta ese momento, sería Él quien la hiciera concebir de acuerdo con su propósito. Pero diez años son muchos años y a Sarai se le acababa la paciencia.

Lo que ella no había tenido en cuenta era el trastorno emocional que provocarían las nuevas circunstancias. Agar, una mujer hasta entonces afable, descubrió que le había sacado ventaja a su señora, porque iba a darle un hijo a Abram. Aunque el Código de Hamurabi prohibía que una esclava se exaltara considerándose igual a su dueña (y es probable que una ley no escrita hubiera dicho lo mismo a través de los siglos), el hecho de quedarse embarazada otorgó a Agar un nuevo estatus y una nueva esperanza, que ninguna legislación podía destruir. Es evidente que Sarai pensaba que tenía motivo de queja contra Abram, y que esperaba que este pusiera firmemente a Agar en el lugar que le correspondía. «Recaiga sobre ti mi agravio», dijo injustamente a Abram. En su calidad de legítima y amante esposa, buscó la comprensión y el apoyo de su marido por el resentimiento justo que sentía por Agar, olvidando que fue ella misma quien le propuso recurrir a la esclava. Pero Abram responsabilizó a su esposa de la situación, sin querer involucrarse en el problema. La frustración de Sarai se manifestó en una actitud tan abusiva, que Agar huyó. Lo que había parecido razonable, permisible por la ley y conveniente, estaba destruyendo la familia y abriendo un abismo entre esposos. Volviendo la vista atrás, era evidente que el intento de Sarai para remediar su falta de hijos no formaba parte del plan de Dios, y darse cuenta de ello aumentaba su amargura y la inducía a culpar a Abram antes que admitir que se había equivocado. Siempre es más fácil culpar a otros que reconocer nuestros propios errores, lo cual, como en el caso de Sarai, pudo ser lo que provocó los roces originariamente.

Ahora, la atención se centra en Agar, quien instintivamente se encaminó hacia su tierra natal. El camino a *Sur* (7), el distrito oriental de Egipto (Gn. 25:28), atravesaba el desierto hacia el extremo sur del delta del Nilo, pero sería un viaje agotador y solitario. El texto sugiere que en aquella ruta sólo había una fuente donde conseguir agua potable, y es allí donde el ángel del Señor encontró a Agar. ¿Sorprende que Dios se le apareciera a una egipcia, y además mujer? La revelación que iba a recibir era tan específica como la que el Señor dio a Abram, porque «Dios no hace acepción de personas» (Hch. 10:34). Lo primero que la tranquilizó fue encontrarse con alguien que se fijó en ella y le preguntó acerca de su viaje. Es posible que las preguntas que le formuló fueran estereotipadas, porque ella no menciona nombres geográficos cuando las contesta. De hecho, Agar reveló el motivo de su huida: «*Huyo de la presencia de mi Señora Sarai*» (8), y recibió la orden de regresar y someterse a ella. Era difícil volver sobre sus pasos para enfrentarse a su problema y «tomar una dosis de humildad»; conllevaba «volverse», el movimiento básico en el arrepentimiento, y la primera etapa para hallar la voluntad de Dios. El Señor se complace en mostrar misericordia y aliviar a los oprimidos, pero también los confronta con sus responsabilidades.

Agar estaba vinculada ineludiblemente a la promesa que hizo el Señor a Abram, y

ahora escuchaba unas palabras que quizá le recordasen otras que aquel había pronunciado. Aunque no era más que una esclava, la promesa de Dios a Abram se mantenía firme, y ella sería la madre de una multitud incontable (10). Lo que el Señor *no* dice también es significativo: omite la secuencia familiar de que todas las naciones serán benditas. Esa culminación de la promesa pertenecía al hijo de la mujer libre.

A continuación, viene un pequeño oráculo poético, que revela algo más acerca del niño no nacido. Su nombre, *Ismael*, que significa «Dios escucha», recordaría siempre a Agar que Dios había escuchado su oración y conocido su desgracia (11). El carácter de su hijo se describe en términos que evocan los grandes espacios abiertos: el *asno montés* ama la libertad, y en la Escritura no es paradigma de estupidez, sino de feroz independencia, orgullo empecinado y fortaleza indomable (cfr. Job 39:5–8; Os. 8:9). Estas cualidades le distanciarán de los suyos; vivirá *contra todos*; cerca de ellos, pero sin ser de ellos. Aún hoy día, los descendientes árabes de Ismael luchan con sus vecinos, descendientes de Isaac, y siguen manifestando una ruda independencia. Con este anuncio, el ángel preparó a Agar para la separación futura entre Abram e Isaac.

Agar fue tremendamente privilegiada, porque aquel al que había encontrado en el camino, al que originariamente la Biblia se refiere como *el ángel del Señor*, ahora se le llama *el Señor*, el nombre que Abram usó para hablar del Dios Altísimo (14:22). Agar admitió que había visto a Dios y, lo que es igual de maravilloso, que Él había apreciado su necesidad y se le había aparecido. Lo más sorprendente es que hubiera sobrevivido ilesa. No podía saber que, un día, Dios vendría a este mundo como un hombre, y que mucho antes de que naciera de María en Belén apareció en forma humana a determinados hombres y mujeres que necesitaban su palabra. También se le apareció a Abram y le transmitió un mensaje urgente sobre Sodoma (Gn. 18). Agar había visto a Dios, ciertamente, y conmemoró el suceso siendo consciente del nombre del pozo, *Beer-lajai-roi*, «el pozo de aquel que ve y vive» (RSV) o «pozo del Viviente que me ve» (NIV). El escritor no dice que Agar bautizara al pozo; en el desierto, la habilidad de descubrir un pozo marcaba la diferencia entre la vida y la muerte, y, por tanto, el nombre era adecuado; pero, gracias a Agar, adoptaría un significado más pleno. En primer lugar, había visto el pozo, pero más que eso: Dios la había visto, porque había respondido a su petición, y ella había visto a Dios. Este juego de palabras triple, atractivo para el pensamiento oriental, perduraría durante generaciones.

Por tanto, Agar regresó, enriquecida por la experiencia que había pasado de la maravillosa protección y cuidado del Señor, y sabiendo que este no estaba lejos, sino cercano y accesible. ¡Agar tenía tantas cosas que decirle a Abram! En especial, que iba a tener un hijo que se llamaría Ismael, haciendo así que Abram percibiera una nueva visión de los caminos del Señor. A su debido tiempo, nació el hijo de Agar, y *Abram le puso el nombre de Ismael*, afirmando así que la revelación de Agar procedía del Señor y aceptando al mismo tiempo su responsabilidad paterna sobre el niño.

Originariamente, la intención de Sarai fue adoptar al hijo de la esclava como propio (2), pero no lo hizo. El Señor, durante su encuentro con Agar, había preparado el terreno para la ruptura entre Ismael e Isaac, y en cualquier caso, es dudoso si Sarai hubiera querido adoptar al muchacho después de haber tenido un encontronazo tan

violento con su madre.

Génesis 17:1–27. Nuevos nombres y una señal para el pacto

*¹Cuando Abram tenía noventa y nueve años, el Señor se le apareció, y le dijo:
Yo soy el Dios Todopoderoso;
anda delante de mí, y sé perfecto.*

*²Y yo estableceré mi pacto contigo,
y te multiplicaré en gran manera.*

³Entonces Abram se postró sobre su rostro y Dios habló con él, diciendo:

*⁴En cuanto a mí, he aquí, mi pacto es contigo,
y serás padre de multitud de naciones.*

*⁵Y no serás llamado más Abram;
sino que tu nombre será Abraham;
porque yo te haré padre de multitud de naciones.*

⁶Te haré fecundo en gran manera, y de ti haré naciones, y de ti saldrán reyes. ⁷Y estableceré mi pacto contigo y con tu descendencia después de ti, por todas sus generaciones, por pacto eterno, de ser Dios tuyo y de toda tu descendencia después de ti. ⁸Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra de tus peregrinaciones, toda la tierra de Canaán como posesión perpetua; y yo seré su Dios.

⁹Dijo además Dios a Abraham: Tú, pues, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti, por sus generaciones. ¹⁰Este es mi pacto que guardaréis, entre yo y vosotros y tu descendencia después de ti: Todo varón de entre vosotros será circuncidado. ¹¹Seréis circuncidados en la carne de vuestro prepucio, y esto será la señal de mi pacto con vosotros. ¹²A la edad de ocho días será circuncidado entre vosotros todo varón por vuestras generaciones; asimismo el siervo nacido en tu casa, o que sea comprado con dinero a cualquier extranjero, que no sea de tu descendencia. ¹³Ciertamente ha de ser circuncidado el siervo nacido en tu casa o el comprado con tu dinero; así estará mi pacto en vuestra carne como pacto perpetuo. ¹⁴Mas el varón incircunciso, que no es circuncidado en la carne de su prepucio, esa persona será cortada de entre su pueblo; ha quebrantado mi pacto.

¹⁵Entonces Dios dijo a Abraham: A Sarai, tu mujer, no la llamarás Sarai, sino que Sara será su nombre. ¹⁶Y la bendeciré, y de cierto te daré un hijo por medio de ella. La bendeciré y será madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella. ¹⁷Entonces Abraham se postró sobre su rostro y se rió, y dijo en su corazón: ¿A un hombre de cien años le nacerá un hijo? ¿Y Sara, que tiene noventa años, concebirá? ¹⁸Y dijo Abraham a Dios: ¡Ojalá que Ismael viva delante de ti!

¹⁹Pero Dios dijo: No, sino que Sara, tu mujer, te dará un hijo, y le pondrás el nombre de Isaac; y estableceré mi pacto con él, pacto perpetuo para su descendencia después de él. ²⁰Y en cuanto a Ismael, te he oído; he aquí, yo lo bendeciré y lo haré fecundo y lo multiplicaré en gran manera. Engendrará a doce príncipes y haré de él una gran nación. ²¹Pero mi pacto lo estableceré con Isaac, el cual Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene.

²²Cuando terminó de hablar con él, ascendió Dios dejando a Abraham. ²³Entonces Abraham tomó a su hijo Ismael y a todos los siervos nacidos en su casa y a todos los que habían sido comprados con su dinero, a todo varón de entre las personas de la casa de

Abraham, y aquel mismo día les circuncidó la carne de su prepucio, tal como Dios le había dicho. ²⁴Abraham tenía noventa y nueve años cuando fue circuncidado en la carne de su prepucio. ²⁵Y su hijo Ismael tenía trece años cuando se le circuncidó la carne de su prepucio. ²⁶En el mismo día fueron circuncidados Abraham y su hijo Ismael. ²⁷Y todos los varones de su casa, que habían nacido en la casa o que habían sido comprados a un extranjero por dinero, fueron circuncidados con él.

Aunque el pacto ya había quedado instituido mediante un sacrificio (capítulo 15), restaba por cumplir otra etapa preparatoria antes del nacimiento del hijo prometido. Mientras que en el capítulo 15 el pacto establecido con Abram era privado y personal, ahora ha llegado el momento de que sea hecho público. La sociedad debía enterarse de ese nuevo acontecimiento, de la misma manera que, unos siglos más tarde, la unción privada de Saúl (1 S. 10:1) sería reconocida por aclamación pública (1 S. 10:20–24) y manifestada en la experiencia (1 S. 11). El sacrificio federal estipulaba que el pacto era un acto incondicional de Dios en el que Abram no jugaba ningún papel, y al que no podía contribuir en nada. Ahora, se estipula su respuesta, si bien en un mandamiento que lo abarca todo. En Éxodo, el sacrificio pascual establecía la provisión del Señor en la evitación de la muerte: «y cuando yo vea la sangre pasaré sobre vosotros» (Éx. 12:13). Más adelante, en el Sinaí, se determinó la respuesta más detallada de la obediencia a las disposiciones de la ley. En ambos casos, la iniciativa fue de Dios; Él decidió lo que haría y afirmó la certidumbre de su propósito mediante un sacrificio. Sólo más tarde se introdujo el mandamiento, cuya obediencia comportaba el disfrute de las bendiciones plenas del pacto.

La mención de la edad de Abram (86 años cuando Agar dio a luz a Ismael [16:16] y 99 cuando el Señor se le volvió a aparecer) indica el paso de los años y la presión resultante sobre su fe. A estas alturas, Abram estaba «casi muerto» (He. 11:12), pero, sin embargo, Dios no le había desestimado ni olvidado. La larga espera era necesaria para demostrar, sin sombra de duda, que el Dios del pacto era *El Shaddai*, el Dios Todopoderoso, que era más que capaz de llevar a cabo lo que había prometido, a pesar de todas las dificultades. El significado de la expresión *Shaddai* es oscuro, pero la traducción «Todopoderoso» es apropiada porque este nombre se usa en contextos que subrayan el poder de Dios, opuesto a la debilidad humana. «Fue la prerrogativa de El Shaddai ser poderoso cuando el hombre era más débil, y la suprema manifestación de esta prerrogativa se plasma en la promesa que hace a una familia desconocida y reducida que un día poseería y poblaría un territorio que, en aquella época, estaba bajo el dominio de unos pueblos tremendamente superiores numéricamente y mucho más poderosos». En este primer uso del nombre, el poder todopoderoso de Dios se demostrará de dos maneras concretas. Por un lado, tiene el control sobre las naciones y su territorio, y por otro es capaz de darle a Abram y a Sarai un hijo a pesar de su ancianidad. Pero, primero, Dios establece para él y su familia una forma de vida.

Anda delante de mí, y sé perfecto (1)

Aunque, a esas alturas, Dios aún no había formulado ley alguna, sí exigía a aquellos que vivieran su pacto que lo hiciesen de tal manera que le agradase. El verbo «andar», que ya se usó al describir a Dios el Señor en el huerto de Edén (3:8), o a Enoc, que «anduvo con Dios» (5:24), y a Noé (6:9), es un recordatorio de que la vida es un peregrinaje constante. No puede haber una fórmula «de una vez por todas» que produzca una santidad instantánea, porque las circunstancias y demandas de la vida no dejan de cambiar, como las diversas etapas de un viaje. En todas ellas, el Señor quiere que su pueblo le agrade al caminar *delante de Él*, es decir, en su presencia, sin esconderle nada. Abram debe vivir para ganar la aprobación de Dios, y ser *perfecto* (heb. *tāmîm*). Esta palabra se usa para hablar de Noé en 6:9; su significado esencial es «entero», «integrado»; como una persona que concentra toda su energía en un objetivo determinado. Abram debe dedicarse por entero a la causa de Dios. No tiene libertad para vivir como los cananeos a su alrededor, ni comprometerse a medias con su servicio a Dios, sino que debe ser «perfecto y completo» (Stg. 1:4). Santiago utiliza el adjetivo *telaïos*, «entero», «perfecto», para captar la fuerza del término hebreo; la persona debe participar sin reservas. Para Abram, la santidad debe ser una parte integral de su vida, como alguien a quien Dios ha llamado, elegido y justificado. El evangelio de la salvación por la fe no pone en peligro una vida correcta. Al contrario, activa la conciencia, liberada del temor mediante el perdón, y ofrece una nueva directiva para vivir adecuadamente. El creyente, con la concentración exclusiva propia de un atleta, hace que su objetivo sea complacer al Señor. El bien que hace no es un fin en sí mismo, algo de lo que estar orgulloso, sino un producto secundario del objetivo superior y dominante, que es ser un discípulo de todo corazón.

Un nuevo nombre (4–8)

Esta vez Abram no discute, sino que se postra en adoración y escucha cómo el Señor vuelve a hablarle: «*En cuanto a mí, he aquí, mi pacto es contigo*». Abram ha sido elegido individualmente, y el mensaje del Señor para él es tremendamente personal, y descansa sobre el pacto «*entre tú y yo*». El pacto altera su estatus, un hecho que exige un nuevo nombre que señalará a la promesa, del mismo modo que el nombre cristiano, otorgado en el bautismo, indica la posición que ocupa una persona en Cristo. Mientras que Abram significa «padre exaltado», el nuevo nombre, *Abraham*, significa «padre de muchos» (*h^amôn*), haciéndose eco por tanto de las palabras del Señor: «*serás padre de multitud de naciones*». Si hubiera podido escudriñar el futuro distante, Abram hubiera visto los incontables millones de personas que componen la Iglesia cristiana en todo el mundo, salvas por la fe al igual que él, y que le considerarían su padre en la fe (Ro. 4:16).

Si bien el mensaje que el Señor dirigió a Abram era personal, su impacto no quedó limitado a él, ni mucho menos, sino de un impacto inmediato sobre su vida doméstica, porque la referencia a «naciones» tiene en cuenta el derecho de Ismael a la promesa hecha a los descendientes de Abram. También él se convertirá en una nación, con su

propio territorio y destino. La promesa del Señor no es limitada, sino que puede abarcar a Ismael y a otros hijos de Abram (25:1–4). Abram sería, literalmente, «padre de muchas naciones», y el cambio de nombre supondría un recordatorio perpetuo del alcance siempre creciente del pacto.

No obstante, se enfatiza más el tamaño y la organización de las naciones que saldrán del linaje de Abram. Sería padre de reyes, un hecho que elevaba al propio Abram al estatus monárquico. Cada una de las naciones que descenderían directamente de él tendría sus reyes: Madián (25:2), Ismael (25:16, «príncipes»), Edom (36:31) y, por supuesto, Israel; pero estar en comunión con el Rey de reyes confería una posición infinitamente superior, que perduraría con el paso de las generaciones.

Además, el pacto que Dios establecía con Abram era espiritual. Por consiguiente, no quedaba limitado a esta vida, sino que contenía la eternidad y se extendía a través de las generaciones de los descendientes de Abram después de él, como *pacto eterno* (7). El Dios Todopoderoso, que demostraba su poder por medio de la debilidad humana, se comprometió a «*ser Dios tuyo y de toda tu descendencia después de ti*». Aquí tenemos una esperanza real, basada en la palabra de Dios, que no podía dejar de cumplirse, sobre un pacto que sería vinculante y eterno.

Por último, este pacto era territorial: «*Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti... toda la tierra de Canaán como posesión perpetua*» (8). A pesar de todo, el pacto, con sus consecuencias distantes, estaba arraigado en un área geográfica, aquel mismo territorio en el que habitaba Abram. Cuando alguna vez sintiera la tentación de preguntarse si había seguido un impulso fruto de su imaginación, la tierra que pisaba le diría lo contrario. ¿No había sido el Señor quien le había llevado a aquella tierra? ¿Y acaso no dependía del Señor para que le diera aquel hijo sin el cual las promesas no se sustentaban? Aquellas eran evidencias tangibles que le reafirmaban y le permitían confiar en su Dios cuando su fe pudiera flaquear. El compromiso de Dios con Abram superaba ciertamente y con creces todo lo que este pudiera haber imaginado en sus sueños más descabellados.

A partir de este momento, se usará el nuevo nombre. Habría quienes se darían cuenta del cambio de nombre y, probablemente, harían bromas a costa de Abraham sabiendo que su esposa era estéril. Sin embargo, tal y como el Señor explicó a Abraham, lo importante era todo lo que Dios iba a hacer: «*estableceré... te haré... te daré... seré*». El Dios Todopoderoso está haciendo de Abraham un hombre nuevo, con unos poderes injertados espiritualmente. El nuevo nombre es un símbolo de esta regeneración, con todas las posibilidades que esto conlleva.

La señal del pacto (9–27)

Tú, pues, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti, por sus generaciones. El compromiso incondicional de Dios con Abraham había quedado manifiesto y definido una vez más, pero ahora Abraham tenía que comprometerse —él y su descendencia— con su Dios de la misma manera incondicional, y con el pacto de

este. Hoy día, hay muchas personas a los no les gusta hacer que sus hijos se comprometan a nada, permitiéndoles que sigan su propio camino sin tener que acarrear los valores paternos. Esta decisión es correcta si pensamos que la coerción es, a menudo, contraproducente. Cada generación tiene que descubrir su propia identidad y adoptar su estilo de vida personal. Muchos cristianos han sido reacios al bautismo de niños, en parte porque este se ha convertido, en algunos casos, en una mera convención social, pero también porque los adultos recién convertidos al cristianismo querían ser bautizados públicamente para simbolizar su nuevo estatus en Cristo, pero no podían hacerlo por haber sido bautizados de pequeños. Por tanto, preferían no bautizar a sus hijos hasta que estos hubieran hecho su propia confesión de fe en Cristo. De esta manera, el rito del bautismo tendría significado y cumpliría su función como símbolo de limpieza del pecado y de nueva vida en Cristo y en la Iglesia.

Por lógico que sea este razonamiento, Abraham descubrió que el pacto de Dios no quedaba confinado a su propia generación, sino que se ampliaba para abarcar a las generaciones aún no nacidas. De esta manera funcionaba el don de Dios; ¿quién era Abraham para negárselo a sus hijos? Ni siquiera se le pasó por la cabeza cuestionar el principio de la solidaridad familiar sobre el que descansaba el propósito de salvación de Dios. La gracia divina llegaba hasta lugares que el razonamiento humano no podría sospechar, y la señal del favor de Dios era la marca imborrable de la circuncisión, que debía llevar *«todo varón de entre vosotros»*. Una vez más, la generalidad de la gracia de Dios llega hasta los niños de ocho días; tanto si eran esclavos como libres, hijos de extranjeros o de Abraham, todos quedan incluidos. Misericordiosamente, las mujeres no fueron condenadas a ninguna mutilación, como ha sucedido en algunos lugares del mundo; esto no quiere decir que quedasen excluidas del pacto, porque eran parte integral de la familia y eran aceptadas junto con sus padres, esposos y hermanos. Para todos los varones, la circuncisión era obligatoria. No era una mera señal optativa del pacto, sino un símbolo que representaba hasta tal punto el pacto total, que cada hombre podía hacer referencia a él como «mi pacto» (10). Rechazar esa señal suponía incumplirlo y negarse a recibir sus promesas (14).

Si bien es cierto que otros pueblos de Asia occidental y de Egipto practicaban la circuncisión, no era conocida en el mundo mesopotámico, y Abraham no se había circuncidado hasta este momento, aunque seguramente la idea no le era desconocida. En otros países era un rito propio de la pubertad, que marcaba la transición al estatus de adulto pleno, y en Siquem los circuncidados eran «todos los que salían por la puerta de la ciudad» (Gn. 34:24), es decir, todos los varones adultos. Lo que caracterizó el papel distinto que tenía la circuncisión en Israel fue la extensión de este rito a los recién nacidos. Si aquellos a los que se circuncidaban eran los bebés varones, es obvio que la circuncisión tiene que ver con un mensaje de parte del Señor, pues los bebés no pueden decirle nada a Él. Ciertamente, la circuncisión es la señal del pacto divino y no de ninguna respuesta humana a este; señala lo que Dios manifiesta, en términos de promesas, a todos los circuncidados, y la señal transmitía y sellaba para el candidato todas esas promesas. La similitud entre la circuncisión y las señales neotestamentarias del bautismo y la Cena del Señor es evidente. También expresan lo que el Señor ha

hecho por nosotros y lo que ha invitado a apropiarse a todos los creyentes. En el caso del bautismo de adultos, la ceremonia puede proporcionar una ocasión adecuada para la respuesta por parte del candidato, pero, como en el caso de la circuncisión, la señal habla de las promesas que Dios le ha hecho.

De la misma manera que los niños estaban incluidos en la señal del pacto, también lo estaban personas de otras razas y clases sociales. Todos los que tuvieran relación con Abram como miembros de su familia, «*el siervo nacido en tu casa, o que sea comprado con dinero a cualquier extranjero*», debían ser circuncidados. De esta manera, los extranjeros que no habían nacido de Abraham quedaban insertos, desde buen principio, en el pueblo de Dios, al obedecer la intención declarada del Señor de bendecir a todas las familias de la tierra.

A Sarai, tu mujer... La promesa de un hijo y de unos descendientes hecha a Abraham era también una promesa para Sarai, quien había descubierto, por amarga experiencia, que la idea de una esposa sustituta no funcionaba. Era tan importante que ella fuera la madre del hijo prometido como lo era que Abraham fuese el padre. Ahora, el Señor revela que es así; no a Sarai directamente, sino a Abraham. Como símbolo de la participación de esta mujer en el pacto, también ella recibe una ligera modificación de su nombre. *Sarai* se convierte en *Sara*, probablemente una forma actualizada del mismo nombre, que significa «princesa». A través del hijo que dará a luz será *madre de naciones* y de reyes. Por tanto, su nombre es profético, una señal de que se ha cumplido la promesa reiterada «*la bendeciré*».

Por segunda vez (*cfr.* versículo 3), Abraham se postró sobre su rostro. Que lo hiciera como adoración estaba bien, ¡pero esta vez se rió! Las palabras que Dios le dirigió fueron la gota que colmó el vaso de sus profundas emociones, que se desbordaron en un gozoso salto de fe, limitadas solamente por su temor a haber malinterpretado la revelación divina. Consciente de la improbabilidad de engendrar a un hijo dada su avanzada edad y la de Sara, debía eliminar primero la posibilidad de que el Señor tuviera en mente a Ismael, rogando la aceptación y la protección especial de este. Su reacción exploratoria suscitó la garantía indudable que quería obtener. La propia Sara le daría un hijo; no cabía ninguna duda. El nombre del niño, *Isaac* (heb. *Yishāq*), lo sugiere la risa de Abraham, porque significa «él ríe» o «que él ría (o sonría) sobre él». Este último significado lo sugiere el nombre Ismael, «que Dios escuche» (*cfr.* 20 y el juego de palabras sobre el nombre), del mismo modo que Jacob estaba relacionado con un nombre frecuente que quería decir «que Dios proteja». Los nombres con diversos significados eran populares en la época, y la risa que le provocó el nacimiento prometido de su hijo (Sara también se rió, 21:6), no pudo compararse con la alegría que rodeó el cumplimiento de la promesa, confirmando así una fe probada durante mucho tiempo.

La oración que formuló Abraham por Ismael tampoco pasó desapercibida. La respuesta es una afirmación enfática, asegurando a Abraham que Ismael conocerá la bendición divina, la fecundidad y la fuerza numérica, de modo que también él se convertirá en una nación con doce príncipes tribales. Pero el pacto en sí, con su concesión de tierras y su promesa de bendición a otros, está reservado para Isaac, cuyo

nacimiento tendrá lugar ese mismo año. Cuando esta profecía se materializó en la historia, el punto de divergencia entre Ismael e Isaac se concentró en la «descendencia» prometida (Gá. 3:16), porque Cristo nacería de los descendientes de Isaac.

No obstante, en los últimos versículos de este capítulo (22–27) se enfatiza la naturaleza inclusiva de la ceremonia de la primera circuncisión. En concreto, Egipto estaba representado por Agar, la madre de Ismael. A partir de ese momento, la ceremonia se llevaría a cabo en las diversas ramas de la familia, en todo niño de ocho días de edad, testificando así que la gracia de Dios, no el mérito humano, subyacía en el pacto, y que la gracia abarcaba a los hijos de quienes creyeran. La gracia también relacionaba entre sí a quienes se comprometían con el pacto y forjaba una comunidad de creyentes que se convirtió en la Iglesia de la era veterotestamentaria, centrada en un principio en Abraham, «padre de todos los que creen» (Ro. 4:11). Pablo entendió que Dios había estado trabajando sobre este mismo principio desde el comienzo de los tiempos, es decir, el de la fe, aunque durante un periodo los rabinos, que enseñaron que la obediencia meticulosa a la ley era el camino de la salvación, lo perdieron de vista. Pero la justicia que le fue concedida a Abraham precedió a la ley y a la circuncisión; no dependía de ninguna de ellas, sino de su creencia en las promesas de Dios. De la misma forma, el cristiano es justificado porque cree que Dios levantó de entre los muertos al Señor Jesucristo (Ro. 4:22–25). La manera en que Dios actúa es inmutable.

Génesis 18:1–15. Unos visitantes inesperados

¹Y el Señor se le apareció en el encinar de Mamre, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda en el calor del día. ²Cuando alzó los ojos y miró, he aquí, tres hombres estaban parados frente a él; y al verlos corrió de la puerta de la tienda a recibirlos, y se postró en tierra, ³y dijo: Señor mío, si ahora he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que no pases de largo junto a tu siervo. ⁴Que se traiga ahora un poco de agua y lavaos los pies, y reposad bajo el árbol; ⁵y yo traeré un pedazo de pan para que os alimentéis, y después sigáis adelante, puesto que habéis visitado a vuestro siervo. Y ellos dijeron: Haz así como has dicho. ⁶Entonces Abraham fue de prisa a la tienda donde estaba Sara, y dijo: Apresúrate a preparar tres medidas de flor de harina, amásala y haz tortas de pan. ⁷Corrió también Abraham a la vacada y tomó un becerro tierno y bueno, y se lo dio al criado, que se apresuró a prepararlo. ⁸Tomó también cuajada y leche y el becerro que había preparado, y lo puso delante de ellos; y él se quedó de pie junto a ellos bajo el árbol mientras comían.

⁹Entonces ellos le dijeron: ¿Dónde está Sara tu mujer? Y él respondió: Allí en la tienda. ¹⁰Y aquél dijo: Ciertamente volveré a ti por este tiempo el año próximo; y he aquí, Sara tu mujer tendrá un hijo. Y Sara estaba escuchando a la puerta de la tienda que estaba detrás de él. ¹¹Abraham y Sara eran ancianos, entrados en años; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres. ¹²Y Sara se rió para sus adentros, diciendo: ¿Tendré placer después de haber envejecido, siendo también viejo mi Señor? ¹³Y el Señor dijo a Abraham: ¿Por qué se rió Sara, diciendo: «¿Concebiré en verdad siendo yo tan vieja?» ¹⁴¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? Volveré a ti al tiempo señalado, por

este tiempo el año próximo, y Sara tendrá un hijo. ¹⁵Pero Sara lo negó, porque tuvo miedo, diciendo: No me reí. Y El dijo: No es así, sino que te has reído.

Los tres hombres que se presentaron ante Abraham aquel día tan caluroso mientras estaba dormitando parecían viajeros normales y corrientes, pero el interés con que Abraham se apresuró a agasajarlos traslucía más que una cortesía ordinaria, incluso según los estándares orientales. Primero, se acercó corriendo, a pesar del calor, para hacer que se detuvieran, y luego se inclinó ante ellos para presentarles sus respetos, sobre todo a aquel al que reconoció como su líder. ¿Quizá algún sexto sentido le reveló lo que nos dice el escritor, que fue el Señor quien se le apareció aquel día junto a la encina de Mamre? Abraham expresó lo honrado que se sentiría si *su Señor* (heb. *ʾadonai*) se dignase aceptar su hospitalidad. Les proporcionaría agua para los pies cansados y ardientes, podrían descansar a la sombra del árbol frondoso y disponer de un refrigerio ligero. Todo esto lo propuso sin pararse a pensar, porque era una visita sorpresa. Cuando los viajeros aceptaron su ofrecimiento, se apresuró a despertar a la familia para que preparase un banquete digno de unos huéspedes honorables, y él mismo mató al mejor becerro. Fue un caso de hospitalidad a altísima escala, y el propio Abraham hizo de camarero para sus invitados.

«¿Dónde está Sara tu mujer?» (9) era una pregunta sorprendente, aunque sólo fuera porque el visitante conociera el nombre de la mujer. Como era habitual, Sara estaba en la cocina, pero no se le escapaba una sola palabra de la conversación, dado que tenía la oreja pegada a la pared de la tienda. ¿Por qué Abraham no fue a buscarla para presentársela al huésped divino, quien tenía un mensaje especial para ella? Al final, salió de la tienda, pero en desventaja, porque había estado un rato asándose con el calor tórrido y por haber escuchado unas noticias que tenían una importancia crucial tanto para ella como para Abraham. Después de todos aquellos años de esterilidad, resultaba difícil creer que, en la ancianidad, fueran a tener un hijo; eso explica la risita de incredulidad de Sara, que reaccionó a la luz de innumerables decepciones previas. Por comprensible que nos parezca su actitud, no se tomó en serio el mensaje del Señor que iba destinado concretamente a ella (Gn. 17:15–16). La frase «¿Tendré placer después de haber envejecido, siendo también viejo mi Señor?» (12) expresa sus pensamientos; vemos que se estaba protegiendo frente a otra posible decepción. Pero el Señor era más grande que sus temores, y mucho más de lo que ella había comprendido hasta el momento.

El invitado no sólo había conocido su nombre, sino que le había leído el pensamiento, indicando así que no era un viajero cualquiera. Ahora llama la atención sobre la incredulidad de Sara, formulándole una pregunta muy importante: «¿Hay algo demasiado difícil para el Señor?» (14). ¿Qué podría ser imposible para aquel que creó todas las cosas? El mero hecho de formular la pregunta revela lo ridículo que resulta pensar en el Señor en términos de limitaciones humanas. Por supuesto, Sara no pretendía decir que Dios no pudiera imponer su voluntad a las expectativas habituales del ciclo vital humano y, olvidando por un momento la cortesía, participó en la conversación negando —por inútil que fuera— que se había reído. Aunque es habitual

vincular la risa de Sara con el nombre de Isaac, en esta narración no se menciona el nombre del hijo, sólo que Sara dará a luz.

Las oraciones que no reciben una respuesta inmediata, aunque se fundamenten en la palabra de Dios, pueden ser una fuente de angustia considerable. Como Sara, la persona que ora puede llegar a la conclusión de que Dios o no ha oído la petición o no puede hacer nada al respecto, mientras que la explicación de este incidente no iba por aquí. Ahora que Sara ha superado la edad habitual para tener hijos, el hijo de su vientre será, en un sentido inusual, el hijo de la promesa. Siguiendo la misma línea, el ángel Gabriel hablaría más adelante, en la concepción de Elisabet, «Porque ninguna cosa será imposible para Dios» (Lc. 1:37). Así, Juan el Bautista, como Isaac, sería un hombre que desempeñaría un papel especial en relación con el Mesías, nacido en el momento exacto de la historia que Dios había dispuesto. La demora, lejos de indicar cualquier limitación del poder divino, demostró más bien el control total de Dios sobre los acontecimientos. La petición de un hijo de Abraham y de Sara estaba plenamente dentro de las posibilidades del Señor, porque se fundamentaba en su promesa directa e inconfundible. Esperar su cumplimiento resultó ser una prueba casi insoportable, pero esperar manifestando contentamiento es una actividad de la fe que da gloria a Dios, y no debe confundirse con la pasividad. De repente, cuando llega la hora elegida por Dios, sus propósitos brotan como una fuente largo tiempo esperada.

Había llegado la hora del Señor. Volvería en *el tiempo señalado* y, a pesar de la incredulidad de Sara, su hijo nacería.

Génesis 18:16–33. La intercesión tenaz

¹⁶Entonces los hombres se levantaron de allí, y miraron hacia Sodoma; y Abraham iba con ellos para despedirlos. ¹⁷Y el Señor dijo: ¿Ocultaré a Abraham lo que voy a hacer, ¹⁸puesto que ciertamente Abraham llegará a ser una nación grande y poderosa, y en él serán benditas todas las naciones de la tierra? ¹⁹Porque yo lo he escogido para que mande a sus hijos y a su casa después de él que guarden el camino del Señor, haciendo justicia y juicio, para que el Señor cumpla en Abraham todo lo que Él ha dicho acerca de él. ²⁰Y el Señor dijo: El clamor de Sodoma y Gomorra ciertamente es grande, y su pecado es sumamente grave. ²¹Descenderé ahora y veré si han hecho en todo conforme a su clamor, el cual ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré.

²²Y se apartaron de allí los hombres y fueron hacia Sodoma, mientras Abraham estaba todavía de pie delante del Señor. ²³Y Abraham se acercó, y dijo: ¿En verdad destruirás al justo junto con el impío? ²⁴Tal vez haya cincuenta justos dentro de la ciudad; ¿en verdad la destruirás y no perdonarás el lugar por amor a los cincuenta justos que hay en ella? ²⁵Lejos de ti hacer tal cosa: matar al justo con el impío, de modo que el justo y el impío sean tratados de la misma manera. ¡Lejos de ti! El Juez de toda la tierra, ¿no hará justicia? ²⁶Entonces el Señor dijo: Si hallo en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo el lugar por consideración a ellos. ²⁷Y Abraham respondió, y dijo: He aquí, ahora me he atrevido a hablar al Señor, yo que soy polvo y ceniza. ²⁸Tal vez falten cinco para los cincuenta justos, ¿destruirás por los cinco a toda la ciudad? Y El respondió: No la destruiré si hallo allí cuarenta y cinco.

²⁹Abraham le habló de nuevo, y dijo: Tal vez se hallen allí cuarenta. Y Él respondió: No lo haré, por consideración a los cuarenta. ³⁰Entonces Abraham dijo: No se enoje ahora el Señor, y hablaré; tal vez se hallen allí treinta. Y Él respondió: No lo haré si hallo allí treinta.

³¹Y Abraham dijo: He aquí, ahora me he atrevido a hablar al Señor; tal vez se hallen allí veinte. Y Él respondió: No la destruiré por consideración a los veinte. ³²Entonces dijo Abraham: No se enoje ahora el Señor, y hablaré sólo esta vez; tal vez se hallen allí diez. Y Él respondió: No la destruiré por consideración a los diez. ³³Y el Señor se fue tan pronto como acabó de hablar con Abraham; y Abraham volvió a su lugar.

Este ejemplo gráfico del hombre de Dios que ora ilustra el misterio de interceder por otros ante el Dios vivo, cuyos propósitos soberanos ya se han revelado. ¿Puede ser permisible querer alterar un solo detalle de esos propósitos? Teniendo en cuenta que Dios ya ha determinado qué hará, ¿es posible que los ruegos humanos le induzcan a cambiar de opinión? Resulta instructivo estudiar esta primera oración a gran escala de la Biblia, para ver qué respuestas obtuvo.

Una vez transmitieron el mensaje destinado a Sara, los visitantes se dispusieron a partir, y la cortesía inagotable de Abraham le llevó a acompañarles por el camino hasta que dedujo que se dirigían a Sodoma, donde vivía su sobrino y su familia. Mientras estaba con los mensajeros celestiales, mirando desde las colinas de Judea al otro lado del mar Muerto, se le concedió un privilegio especial: su intimidad con el Señor llegó al punto en que este compartió con él sus intenciones, como un amigo lo hace con otro. Fue como, si por unos instantes, volvieran a estar en el jardín del Edén. A la vista de todo aquello en lo que se convertiría Abraham, y de la bendición que sería para todas las familias de la tierra, este privilegio extra se le otorgó como parte de la relación. El hecho de que Abraham pudiera conocer el secreto de los propósitos futuros de Dios confirmó su estatus como profeta (20:7). No sólo eso, porque Abraham instruiría a su familia *en el camino del Señor*, haciendo lo correcto y justo. Aunque el pacto era verdaderamente incondicional, entrar en comunión con Dios conllevaba nada menos que asemejarse a Él en toda su bondad. La misma insistencia sobre lo justo y correcto reaparece en Isaías 56:1, recordando a una generación posterior, que para disfrutar de la bendición divina, hace falta nada menos que mantener la justicia y practicarla.

No se especifica cuál era la acusación contra Sodoma y Gomorra (20). Quizá todo el mundo la conocía. Aun así, no se emitiría un juicio contra las dos ciudades hasta que el Señor estuviera convencido de que los informes que le habían llegado eran precisos. *«Descenderé ahora y veré si han hecho en todo conforme a su clamor, el cual ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré»* (21). Parece reacto a creerlos; no piensa juzgar basándose en informes de otros; busca evidencias que la opinión humana no ha tenido en cuenta, y pretende examinar todos los hechos. Abraham está aprendiendo el modo en que Juez del mundo analiza la evidencia total, y conoce la situación por sí mismo antes de emitir su veredicto. ¡Qué presuntuosos somos cuando cuestionamos los juicios de Dios! Y, sin embargo, Abraham no fue reprendido por hacerlo.

Abraham tiene su propia opinión sobre cómo estaban las cosas en Sodoma. Observa cómo los dos hombres, a los que en 19:1 se define como «ángeles» o mensajeros,

caminan hacia la ciudad condenada, y expone sus sentimientos en la presencia del Señor. Era una invitación para responder mediante la intercesión, además de para disfrutar de su compañía. La Escritura nos muestra que es el Señor quien induce a sus hijos a orar (cfr. Gá. 4:6), y uno de los propósitos de las revelaciones sobre los acontecimientos futuros es el de ofrecer un incentivo para la intercesión, porque quien tiene el control no es el destino ciego, sino un Dios amoroso.

A pesar de esta intimidad con el Señor, Abraham nunca sobrepasa los límites. Inicia la conversación con una pregunta que demuestra que ha reflexionado sobre la determinación del Señor de ver por sí mismo cómo van las cosas en Sodoma (versículos 20–21). No atribuirá al Señor un sentido de la justicia inferior al que él mismo posee. Seguro que el Señor no destruiría al justo con el impío. Abraham hace un intento desesperado para salvar a Lot y a su familia, quienes, por asociación con Abraham, habían conocido la bendición y se habían visto libertados del cautiverio. Además, quizá hubiera otros en Sodoma que pudieran ser descritos como justos; Abraham recordaba al rey de Sodoma y a sus aterrados súbditos, a los que había conocido durante su campaña de rescate. ¿Debían ser todos eliminados indiscriminadamente? Si así era, tendría dificultades para reconciliar semejante juicio con el concepto de un Dios justo, y lo que le motiva a orar es la agonía de este problema insoluble. Si el propio Dios es injusto, nos quitan bajo los pies el mismísimo fundamento de todos los valores de esta vida. A Abraham le horroriza la posibilidad de contemplar semejante hundimiento de su confianza: *«Lejos de ti hacer tal cosa: matar al justo con el impío, de modo que el justo y el impío sean tratados de la misma manera. ¡Lejos de ti! El Juez de toda la tierra, ¿no hará justicia?»* (25).

Aunque quien estaba ante Abraham era un hombre, este le llamaba Señor por un sentido especial conferido por Dios, y parecía no tener problema para discernir que aquel hombre era el Juez último de todos los hombres, el único Dios verdadero. Más tarde en las Escrituras, hubo otros, en especial los salmistas, que rogaron al Señor que liberase a los inocentes y castigara a los culpables, y la oración refleja las injusticias que se observan en la puesta en práctica de la providencia en nuestro mundo. Somos testigos de numerosos desastres que no podemos comprender ni explicar a otros; seremos sabios si evitamos caer en el error de los amigos de Job, que se instituyeron intérpretes de los caminos divinos, y si optamos por refugiarnos en la visión de Abraham, que apeló al Señor para que vindicase su justicia.

La increíble osadía de Abraham halló una respuesta confortante. Si el Señor encontrase *cincuenta* justos en la ciudad, la salvaría por amor a ellos. Pero el problema no quedaba resuelto, porque seguiría habiendo una injusticia si había menos de cincuenta justos en la ciudad. ¿Quién era Abraham para cuestionar la integridad del Dios de toda la tierra? Se dio cuenta de que, comparado con Dios, no era más que *polvo* y *ceniza* (27), y que se arriesgaba a provocar una respuesta peligrosa (30), pero su espíritu estaba tan angustiado, que se sintió motivado a interceder una y otra vez. Mientras a los humanos les ofende cualquier sugerencia de que no son justos, el Señor no mostró ese resentimiento, sino que aseguró a su siervo que no destruiría Sodoma si hallaba en ella a *diez* justos. Abraham no se atrevió a ir más lejos, y parece que el Señor

concluyó ahí la conversación.

Lo que había comenzado como una intercesión se convirtió en un análisis urgente del carácter de Dios. Pero aquel era el mismo Dios que había acudido a visitar a Abraham, *invitándole* a conversar con Él como su amigo, y quien compartió con Abraham lo que estaba a punto de hacer. El Señor no sólo toleró sus preguntas, sino que, al revelar sus intenciones, las suscitó. Le agrada nuestra respuesta y quiere conocer nuestros temores, angustias e incluso nuestras objeciones a lo que nos parece que está haciendo. El Señor no se alejó, sino que permaneció con Abraham mientras este formulaba sus preguntas, de modo que Abraham *estaba todavía de pie delante del Señor* (22). Aunque nosotros no le vemos como le vio Abraham, los que estamos «en Cristo» tenemos un acceso inmediato al Padre en virtud de nuestra posición, y quienes todavía no están en Él tienen razón al creer que «en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch. 17:28, palabras del griego Epiménides, citado por Pablo). Dios no está lejos de ninguno de nosotros.

Este episodio en el caminar de Abraham con Dios todavía tiene más cosas que decirnos sobre la oración. Vemos lo *franco* que es al expresar sus temores. Job aún sería más osado en su acusación contra la forma de actuar de Dios, e incluso Dios le alabó al final por decir sobre su Persona lo que era correcto (Job 42:7). No podemos ocultar a Dios nuestros verdaderos sentimientos y la Escritura nos anima a expresarlos. También vemos que Abraham fundamentó su oración en los rasgos de personalidad de Dios que ya conocía, y que su argumento se sustentaba en la integridad divina. Dios no puede negarse a sí mismo y, por tanto, la actitud de fiarse de su palabra y esperar que la cumpla supone corroborar su buen nombre. Una vez nuestras oraciones se fundamentan plenamente sobre la palabra de Dios, podemos, como Abraham, ser osados y perseverantes, y proseguir hasta recibir la seguridad que nos da el Señor. La Biblia no promete que los problemas intelectuales serán resueltos mediante argumentos razonados. Dios no se defiende ante ti ni ante mí. En lugar de ello, se revela como el Dios que conoce y se interesa, cuya ordenación providencial de nuestras vidas revela más allá de toda duda que Él tiene el control y que «es remunerador de los que le buscan» (He. 11:6).

Génesis 19:1–29. El día del juicio sobre Sodoma

¹Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma al caer la tarde, cuando Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó para recibirlos y se postró rostro en tierra, ²y dijo: He aquí ahora, Señores míos, os ruego que entréis en la casa de vuestro siervo y paséis en ella la noche y lavéis vuestros pies; entonces os levantaréis temprano y continuaréis vuestro camino. Pero ellos dijeron: No, sino que pasaremos la noche en la plaza. ³Él, sin embargo, les rogó con insistencia, y ellos fueron con él y entraron en su casa; y les preparó un banquete y coció pan sin levadura, y comieron. ⁴Aún no se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los hombres de Sodoma, rodearon la casa, tanto jóvenes como viejos, todo el pueblo sin excepción. ⁵Y llamaron a Lot, y le dijeron: ¿Dónde están los hombres que vinieron a ti esta noche? Sácalos para

que los conozcamos. ⁶Entonces Lot salió a ellos a la entrada, y cerró la puerta tras sí, ⁷y dijo: Hermanos míos, os ruego que no obréis perversamente. ⁸He aquí ahora tengo dos hijas que no han conocido varón; permitidme sacarlas a vosotros y haced con ellas como mejor os parezca; pero no hagáis nada a estos hombres, pues se han amparado bajo mi techo. ⁹Mas ellos dijeron: ¡Hazte a un lado! Y dijeron además: Este vino como extranjero, y ya está actuando como juez; ahora te trataremos a ti peor que a ellos. Y acometieron contra Lot y estaban a punto de romper la puerta, ¹⁰pero los dos hombres extendieron la mano y metieron a Lot en la casa con ellos, y cerraron la puerta. ¹¹Y a los hombres que estaban a la entrada de la casa los hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de manera que se cansaban tratando de hallar la entrada.

¹²Entonces los dos hombres dijeron a Lot: ¿A quién más tienes aquí? A tus yernos, a tus hijos, a tus hijas y quienquiera que tengas en la ciudad, sácalos de este lugar; ¹³porque vamos a destruir este lugar, pues su clamor ha llegado a ser tan grande delante del Señor, que el Señor nos ha enviado a destruirlo. ¹⁴Y salió Lot y habló a sus yernos que iban a casarse con sus hijas, y dijo: Levantaos, salid de este lugar porque el Señor destruirá la ciudad. Pero a sus yernos les pareció que bromeaba.

¹⁵Y al amanecer, los ángeles apremiaban a Lot, diciendo: Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que están aquí, para que no seáis destruidos en el castigo de la ciudad. ¹⁶Mas él titubeaba. Entonces los dos hombres tomaron su mano y la mano de su mujer y la mano de sus dos hijas, porque la compasión del Señor estaba sobre él; y lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad. ¹⁷Y aconteció que cuando los habían llevado fuera, uno le dijo: Huye por tu vida. No mires detrás de ti y no te detengas en ninguna parte del valle; escapa al monte, no sea que perezcas. ¹⁸Pero Lot les dijo: No, por favor, Señores míos. ¹⁹Ahora he aquí, tu siervo ha hallado gracia ante tus ojos, y has engrandecido tu misericordia la cual me has mostrado salvándome la vida; mas no puedo escapar al monte, no sea que el desastre me alcance, y muera. ²⁰Ahora he aquí, esta ciudad está bastante cerca para huir a ella, y es pequeña. Te ruego que me dejes huir allá (¿no es pequeña?) para salvar mi vida.

²¹Y él le respondió: He aquí, te concedo también esta petición de no destruir la ciudad de que has hablado. ²²Date prisa, escapa allá, porque nada puedo hacer hasta que llegues allí. Por eso el nombre que se le puso a la ciudad fue Zoar. ²³El sol había salido sobre la tierra cuando Lot llegó a Zoar.

²⁴Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego, de parte del Señor desde los cielos; ²⁵y destruyó aquellas ciudades y todo el valle y todos los habitantes de las ciudades y todo lo que crecía en la tierra. ²⁶Pero la mujer de Lot, que iba tras él, miró hacia atrás y se convirtió en una columna de sal. ²⁷Y Abraham se levantó muy de mañana, y fue al sitio donde había estado delante del Señor; ²⁸y dirigió la vista hacia Sodoma y Gomorra y hacia toda la tierra del valle y miró; y he aquí, el humo ascendía de la tierra como el humo de un horno.

²⁹Y aconteció que cuando Dios destruyó las ciudades del valle, se acordó Dios de Abraham e hizo salir a Lot de en medio de la destrucción, cuando destruyó las ciudades donde habitaba Lot.

Había sido un día como otro cualquiera en Sodoma, y las actividades vespertinas eran las habituales, cuando llegaron los mensajeros y se encontraron con Lot, *sentado a la puerta de Sodoma*, donde solían reunirse los dignatarios de la ciudad. Desde aquel

día fatal en que Lot eligió mejorar su vida en aquel exuberante valle, cada vez había ido comprometiendo más sus opiniones morales. Sin tener en cuenta a su tío, había elegido la que consideró mejor tierra; su motivación había sido egoísta y no había prestado atención a la mala reputación de las ciudades de la llanura. Originariamente, había levantado sus tiendas cerca de Sodoma (13:12), pero pronto pasó a residir en el interior de la ciudad (14:12); por eso, los reyes invasores lo capturaron junto con su familia. Incluso, después de aquella advertencia, siguió habitando en Sodoma, donde se había convertido en uno de los padres de la urbe. Aun así, como era un extranjero con unos estándares que molestaban a los ciudadanos, estos no se fiaban del todo de él (19:9, y su influencia era muy limitada.

Las circunstancias de aquella tarde no presagiaban en lo más mínimo la catástrofe que se cernía sobre la ciudad, y Lot no tenía ni idea de que había gozado de una posición privilegiada en las intercesiones de su tío. En cuanto vio a los forasteros entrar por la puerta de la ciudad, les ofreció su hospitalidad. De inmediato, les había considerado hombres honestos, viajeros ingenuos, cuya dignidad e integridad le hicieron postrarse ante ellos como prueba de una genuina apreciación de su valor. Llevándolos a su hogar, albergaba la esperanza de protegerlos de los peores aspectos de la vida nocturna en la ciudad. No les retendría por la mañana.

La determinación de Lot de proteger a sus visitantes casi le costó la vida. Cuando todos los varones de la ciudad lanzaron un ataque contra su hogar, recurrió a una cobarde defensa de sí mismo ofreciéndoles a sus hijas, con la esperanza remota de que la multitud se dispersara. Si se hubiera dado cuenta, aquellos a los que protegía podían librarle de sus enemigos, pero mediante una intervención milagrosa. De repente, quienes amenazaban con echar la puerta abajo perdieron la vista, quedando indefensos.

Lot ya se había visto beneficiado antes por su relación con Abraham, y ahora le invitan a que avise a los habitantes de la ciudad que tengan alguna relación con él, aunque sea indirecta, de la catástrofe inminente que la amenaza. Dada la amplitud de la misericordia divina, podría librar a todos los que fuera posible. *Pero a sus yernos les pareció que bromeaba* (14). Esto parece sugerir que Lot ya tenía hijas casadas, cuyos maridos se opusieron a irse (Speiser, por ejemplo, interpreta así el pasaje), o que se trataba de yernos potenciales (la RSV). Para ellos, la amenaza de la destrucción era ridícula. Pero quienes habían llegado a la ciudad como asesores divinos ya no necesitaron más evidencias: la culpa quedaba demostrada, y en su calidad de mensajeros del Señor tenían la orden de destruir Sodoma.

Cuando llegó el alba, quedó claro el porqué de la urgencia. No hay que perder ni un instante si uno pretende huir de la ciudad condenada, pero Lot y su familia carecen de esa voluntad de huir. Las cosas familiares les parecen indispensables y doblemente valiosas. Lot muestra una actitud distraída, irresoluta, y la familia logra huir sólo porque los viajeros les obligan a salir a la fuerza, *«porque la compasión del Señor estaba sobre él»*. Por amor a Lot, se salva también su familia, conducida sin problemas al otro lado de las puertas, pero, a partir de ese momento se espera que sean ellos quienes completen la huida del valle condenado, corriendo a toda velocidad hacia las colinas. Cuando cada

segundo era precioso, Lot pone en marcha su propio plan. Debido a su miedo, la razón le abandona. No ha entendido que el peligro está confinado a la llanura, y las colinas le aterrorizan. Se le permite que se refugie en Zoar (llamada Bela en 14:2). El nombre Zoar es parecido al sustantivo hebreo *mis'ār*, «cosa pequeña»; el juego de palabras subraya su argumento de que, en realidad, está pidiendo muy poco. El lugar donde tradicionalmente se sitúa a Zoar está cerca de la ciudad moderna Sāfi, que se encuentra en el valle al sur del mar Muerto. La «pequeña» petición de Lot suponía nada menos que la inversión de las instrucciones que había recibido al principio, pero su elección de Zoar supuso que aquella ciudad quedó a salvo (21), e incluso Sodoma y Gomorra permanecieron intactas hasta que Lot alcanzó Zoar.

La frase *“Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego (24)* es una descripción vívida de la catástrofe que puso fin a las ciudades de la llanura. La importancia de ese acontecimiento va más allá de una explicación geológica, y los profetas hicieron referencia frecuentemente al destino de «las ciudades que el Señor destruyó sin piedad» (Jer. 20:16), Sodoma y Gomorra (Jer. 23:14), Adma y Zeboim (Os. 11:8), entendiéndolo como un tipo de la destrucción de Samaria y Jerusalén. «Los fenómenos descritos se podrían explicar por la exudación de betún, petróleo y, probablemente, gas natural (dado que este último suele acompañar a los primeros)... que ardieron debido a un rayo o a un acto humano». No se trata solamente de que las poblaciones de esas ciudades murieran cuando fueron destruidas, sino que toda la zona quedó estéril a consecuencia del cataclismo. Los frutos que más tarde dio aquella tierra eran incomedibles (Dt. 32:32); el incendio prolongado (28) destruyó las propiedades naturales del suelo, y las rocas que cayeron lo convirtieron en un desierto. El juicio de Dios sobre la rebelión humana recayó también sobre la vida natural, de modo que el área quedó abandonada, aparentemente para siempre. Sin embargo, Jesús habló de un juicio peor que el que cayó sobre Sodoma y Gomorra (Lc. 17:28–32). Quienes habían presenciado sus milagros y no le recibieron tenían menos excusa que Sodoma (Mt. 11:23–24), e incluso Ezequiel previó la restauración de la región del mar Muerto (Ez. 47:8) y la reconstrucción de «Sodoma y de sus hijas» (Ez. 16:53, 55). En el evangelio, hallamos esperanza incluso para lo más corrompido.

Un ejemplo reciente que puede autenticarse demuestra cómo el evangelio llevó una nueva esperanza a algunos grupos tribales en la isla de Sarawak. Aquellas personas estaban tan degradadas por el alcoholismo y la enfermedad, que su gobierno había tirado la toalla y se contentaba con dejarlos morir solos. Los misioneros de la Borneo Evangelical Mission fueron testigos de una increíble transformación de aquellas tribus —una causa perdida—, que se convirtieron en una sociedad de hombres y mujeres de Dios sanos y decididos. Otros ejemplos de la obra transformadora del Espíritu de Dios pueden hallarse más cerca de donde viva cada uno de nosotros, si tenemos ojos para verlos. Pero nadie se transforma mediante el tipo de compromiso al que recurrió Lot. En lugar de fraternizar, debería haber predicado el arrepentimiento.

Pero la mujer de Lot... miró hacia atrás (26). Ni siquiera la huida milagrosa de la ciudad fue suficiente para superar la nostalgia que ella sentía por todo lo que había dejado atrás. Su vacilación resultó letal, porque quedó atrapada en la marea ardiente

que recorrió la llanura como una colada volcánica. Así, quedó fosilizada entre los numerosos picos de roca, de formas grotescas, que caracterizan el extremo sur del valle del mar Muerto. Nuestra sociedad de consumo, con su enorme gama de posesiones accesibles, necesita la advertencia de Jesús: «Acordaos de la mujer de Lot» (Lc. 17:32).

¿Y qué hay de la intercesión de Abraham? Mientras observaba todo desde cierta distancia, podía decir sin duda alguna que el juicio de Dios había arrasado la llanura del mar Muerto, que se había convertido en un infierno. La ciudad por la que había orado ya no existía, pero a su debido tiempo descubriría que Dios, maravillosamente, *hizo salir a Lot de en medio de la destrucción* (29). Aunque Sodoma no pudo librarse del juicio de Dios, *se acordó Dios de Abraham*. Su oración no había sido un esfuerzo inútil y Lot había quedado «consagrado» por medio de su fe (cfr. 1 Co. 7:14).

Génesis 19:30–38. El final de la historia de Lot

³⁰Subió Lot de Zoar y habitó en los montes, y sus dos hijas con él, pues tenía miedo de quedarse en Zoar. Y habitó en una cueva, él y sus dos hijas. ³¹Entonces la mayor dijo a la menor: Nuestro padre es viejo y no hay ningún hombre en el país que se llegue a nosotras según la costumbre de toda la tierra. ³²Ven, hagamos que beba vino nuestro padre, y acostémonos con él para preservar nuestra familia por medio de nuestro padre. ³³Aquella noche hicieron que bebiera vino su padre, y la mayor entró y se acostó con su padre, y él no supo cuando ella se acostó ni cuando se levantó. ³⁴Y aconteció que al día siguiente la mayor dijo a la menor: Mira, anoche yo me acosté con mi padre; hagamos que beba vino esta noche también, y entonces entra tú y acuéstate con él, para preservar nuestra familia por medio de nuestro padre. ³⁵De manera que también aquella noche hicieron que bebiera vino su padre, y la menor se levantó y se acostó con él, y él no supo cuando ella se acostó ni cuando se levantó. ³⁶Y las dos hijas de Lot concibieron de su padre. ³⁷Y la mayor dio a luz un hijo, y lo llamó Moab; él es el padre de los moabitas hasta hoy. ³⁸Y en cuanto a la menor, también ella dio a luz un hijo, y lo llamó Ben-ammi; él es el padre de los amonitas hasta hoy.

Aunque el Señor había asegurado a Lot que podía establecerse en Zoar, este se sentía inquieto y era víctima de muchos temores (30). Por tanto, a pesar de todo, acabó huyendo a las colinas y se estableció en una cueva. Sus dos hijas, jóvenes y habiendo perdido a sus pretendientes, no habían crecido en Sodoma en vano. A pesar de su padre piadoso, adoptaron las costumbres de sus amigos de Sodoma. Aprovechándose de la debilidad de su padre tolerante, pudieron salirse con la suya y eludir la reprensión paterna. Sus dos hijos, los hijos de Lot, se convertirían en naciones, vecinas próximas de los descendientes de Abraham, relacionadas con ellos, pero representantes de una forma de vida totalmente distinta e incompatible.

Los moabitas adoraban a un dios de la fertilidad y participaban en orgías que cautivaron a los israelitas cuando iban de camino hacia la Tierra Prometida (Nm. 25). Amón era conocido por su crueldad, no sólo en la guerra (Am. 1:13), sino también en la observancia religiosa (Lv. 18:21), porque Moloc era el Dios amonita que exigía sacrificios de niños.

Sin embargo, nacer en una de esas naciones no implicaba quedar excluido automáticamente del pueblo de Dios. La historia de Rut constituye un memorial a la eficacia de la fe en el Dios vivo, porque, aunque pertenecía a Moab, se convirtió en la antepasada tanto de David como del propio Jesús (Mt. 1:5). La puerta de la salvación está abierta para todos los que están dispuestos a cruzarla con arrepentimiento y con fe, independientemente de su trasfondo.

Génesis 20:1–18. Abraham recae en sus temores

¹Y Abraham partió de allí hacia la tierra del Neguev, y se estableció entre Cades y Shur; entonces estuvo por un tiempo en Gerar. ²Y Abraham dijo de Sara su mujer: Es mi hermana. Entonces Abimelec, rey de Gerar, envió y tomó a Sara. ³Pero Dios vino a Abimelec en un sueño de noche, y le dijo: He aquí, eres hombre muerto por razón de la mujer que has tomado, pues está casada. ⁴Mas Abimelec no se había acercado a ella, y dijo: Señor, ¿destruirás a una nación aunque sea inocente? ⁵¿No me dijo él mismo: “Es mi hermana”? Y ella también dijo: “Es mi hermano”. En la integridad de mi corazón y con manos inocentes yo he hecho esto. ⁶Entonces Dios le dijo en el sueño: Sí, yo sé que en la integridad de tu corazón has hecho esto; y además, yo te guardé de pecar contra mí; por eso no te dejé que la tocaras. ⁷Ahora pues, devuelve la mujer al marido, porque él es profeta y orará por ti, y vivirás. Mas si no la devuelves, sabe que de cierto morirás, tú y todos los tuyos. ⁸Abimelec se levantó muy de mañana, llamó a todos sus siervos y relató todas estas cosas a oídos de ellos; y los hombres se atemorizaron en gran manera.

⁹Entonces Abimelec llamó a Abraham, y le dijo: ¿Qué nos has hecho? ¿Y en qué he pecado contra ti, para que hayas traído sobre mí y sobre mi reino un pecado tan grande? Me has hecho cosas que no se deben hacer. ¹⁰Y Abimelec añadió a Abraham: ¿Qué has hallado para que hayas hecho esto? ¹¹Y Abraham respondió: Porque me dije: Sin duda no hay temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer.

¹²Además, en realidad es mi hermana, hija de mi padre, pero no hija de mi madre; y vino a ser mi mujer. ¹³Y sucedió que cuando Dios me hizo salir errante de la casa de mi padre, yo le dije a ella: “Este es el favor que me harás: a cualquier lugar que vayamos, dirás de mí: ‘Es mi hermano.’”

¹⁴Entonces Abimelec tomó ovejas y vacas, siervos y siervas, y se los dio a Abraham, y le devolvió a Sara su mujer. ¹⁵Y dijo Abimelec: He aquí, mi tierra está delante de ti; habita donde quieras. ¹⁶Y a Sara le dijo: Mira, he dado a tu hermano mil piezas de plata; he aquí, esta es tu vindicación delante de todos los que están contigo, y ante todos, quedas vindicada.

¹⁷Abraham oró a Dios, y Dios sanó a Abimelec, a su mujer y a sus siervas; y tuvieron hijos. ¹⁸Porque el Señor había cerrado completamente toda matriz en la casa de Abimelec por causa de Sara, mujer de Abraham.

Abraham estaba dedicado a una vida de peregrinaje, y por tanto su vida era viajar, pero, al entrar en las ciudades extranjeras, estaba obsesionado por la idea de que alguno de sus gobernantes quisiera casarse con Sara, matándole para poder conseguirlo. Desde el principio había intentado superar su fobia planificando junto a

Sara que dirían, al igual que habían hecho en Egipto (12:11–13), que eran hermanos en vez de matrimonio. Era un engaño peligroso, que volvía a poner en peligro la paternidad del hijo prometido y la esperanza de salvación para el mundo. Pero los temores irracionales no se desvanecen y cuando, tras haberse aventurado por el camino a Egipto, los recuerdos volvieron a activar sus miedos (cfr. 12:10–20), adoptó el mismo remedio que en la otra ocasión. El hombre que era un pionero en el camino de la fe y que estaba aprendiendo las lecciones básicas que las generaciones posteriores debían observar en su vida, vacilaba debido a un peligro relativamente nimio porque estaba atenazado por el temor. Es un incidente sacado de la vida misma y demuestra lo vulnerable que era Abraham.

Gerar era un punto de confluencia de las caravanas, situado en la frontera entre Canaán y Egipto, pero también era una ciudad real, cuyo rey era Abimelec. Abraham sólo pretendía pasar en ella un breve lapso de tiempo, pero su estatus como líder tribal, poseedor de una gran familia, rebaños y vacadas, le impedía pasar desapercibido. Además, su reputación como adalid militar le precedía y es probable que, en el mundo de época, todo eso le otorgara un estatus casi principesco. Tales familias firmaban pactos solemnes en los que se prometían ayuda mutua y a menudo los cimentaban mediante el matrimonio. Pero, como Abraham no tenía hijas, estaba en desventaja en este sentido.

Después de que Abimelec se llevase a Sara a su harén, Dios intervino para protegerla (como, sin duda, hubiera protegido a Abraham) y advirtió a Abimelec que Sara ya era esposa de otro hombre. El mundo antiguo se aseguraba de que los derechos de un marido quedasen salvaguardados por la ley; el hecho de que Abraham pusiera en peligro sus derechos evidencia la intensidad de su tormento. A Abimelec no hubo que convencerlo de que había estado cerca de la muerte por tomar *a la esposa de un hombre*, aunque lo había hecho sin saber que lo era. El incidente nos permite conocer un poco la moral habitual de aquella época y arroja luz sobre la revelación que hizo Dios de su carácter a un hombre que no estaba dentro del pacto. Incluso Abimelec clama justicia a Dios cuando le pregunta: «*Señor, ¿destruirás a una nación aunque sea inocente?*». Mientras el sueño prosigue, Dios le enseña a reconocer la mano de Dios que controla su vida: «*yo te guardé de pecar contra mí*» y le ordena que solucione la injusticia devolviendo a Sara a Abraham, so pena de muerte. Misericordiosamente, en este caso la restitución fue inmediata. Pero hacía falta algo más, porque el asunto sólo se arreglaría del todo mediante un castigo público. Por eso, Abimelec convocó a Abraham a un tribunal con testigos (8–9), formuló su acusación y dio a Abraham la posibilidad de defenderse.

Aunque Abraham era culpable del engaño, y tanto él como Sara se habían confabulado para perpetrarlo, técnicamente Abimelec se había equivocado y admitió el hecho gratificando a Abraham y a Sara. Esto cerró el caso, de modo que en el futuro Abraham tuviera derecho a habitar en territorio de Abimelec si así lo deseaba, y Sara fue justificada públicamente y declarada libre de culpa; su reputación quedó impoluta.

A Abimelec se le había dicho que Abraham era *un profeta* (7; heb. *nābîʾ*), y el incidente concluye cuando Abraham manifiesta una de las funciones de un profeta: orar

por otros. Abimelec temía las palabras del Señor «*he aquí, eres hombre muerto*» (3), y el papel de Abraham en la reconciliación consistió en interceder hasta el final para que Dios apartase la maldición de esterilidad sobre la casa del rey. Fue irónico que Abraham tuviese que formular semejante oración a favor de Abimelec, teniendo en cuenta que llevaba décadas orando para que Sara dejara de ser estéril. Pero «restauró el bienestar de Job cuando este oró por sus amigos» (Job 42:10), y pronto Abraham vería la respuesta a su petición de un hijo. Su oración no había recibido respuesta simplemente porque aún no había llegado la hora dispuesta por Dios, no debido a ninguna incapacidad por parte del Señor de erradicar la esterilidad, como demostró mediante la respuesta a la oración a favor de Abimelec.

SEGUNDA PARTE

Isaac

Génesis 21:1–28:9

Génesis 21:1–17. El nacimiento del hijo prometido

¹Entonces el Señor visitó a Sara como había dicho, e hizo el Señor por Sara como había prometido. ²Y Sara concibió y dio a luz un hijo a Abraham en su vejez, en el tiempo señalado que Dios le había dicho. ³Y Abraham le puso el nombre de Isaac al hijo que le nació, que le dio a luz Sara. ⁴Y circuncidó Abraham a su hijo Isaac a los ocho días, como Dios le había mandado. ⁵Abraham tenía cien años cuando le nació su hijo Isaac.

⁶Y dijo Sara: Dios me ha hecho reír; cualquiera que lo oiga se reirá conmigo. ⁷Y añadió: ¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara amamantaría hijos? Pues bien, le he dado a luz un hijo en su vejez.

La promesa del Señor se cumplió con todo detalle, y se menciona especialmente que fue en el momento preciso. Aunque hacía más de veinte años que la fe de Abraham estaba sometida a prueba y que durante estos el cumplimiento de la promesa parecía cada vez menos probable, el Señor cumplió su palabra. En el momento preciso, todo salió como era debido, con una precisión sin alharacas, y *Sara concibió y dio a luz un hijo a Abraham... en el tiempo señalado que Dios le había dicho*. Dios cumple sus promesas. Había comenzado una nueva era en los planes del propósito de Dios para este mundo, y a partir de este momento la narrativa centra la atención en Isaac, como lo harían también sus padres y las personas que le rodeaban.

Por su parte, Abraham sabía cuáles eran sus responsabilidades respecto a aquel

niño. Su nombre se lo había puesto Dios (17:19) y la ceremonia destinada a bautizarlo recordaba el incidente del año anterior, cuando el Señor se apareció a Abraham y le había declarado el papel que jugaría su hijo en el pacto (17:19). De acuerdo con el mandamiento que Dios le había dado entonces, Abraham circuncidó a su hijo. En cuanto a Sara, había sucedido lo imposible. Su felicidad no conocía límites y las felicitaciones de sus vecinos les hicieron participar en la risa que Dios les había concedido. Nada puede proporcionar una satisfacción tan profunda y duradera como la fidelidad de Dios, demostrada en el cumplimiento de sus promesas, especialmente, quizá, después de un largo tiempo de espera expectante. Cuando la demora parece interminable, en este episodio hallamos ánimo para perseverar. «Aunque tarde, espérala; porque ciertamente vendrá, no tardará» (Hab. 2:3).

Génesis 21:8–21. La desavenencia entre Ismael e Isaac

⁸Y el niño creció y fue destetado, y Abraham hizo un gran banquete el día que Isaac fue destetado. ⁹Y Sara vio al hijo que Agar la egipcia le había dado a luz a Abraham burlándose de su hijo Isaac, ¹⁰y dijo a Abraham: Echa fuera a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de ser heredero juntamente con mi hijo Isaac. ¹¹Y el asunto angustió a Abraham en gran manera por tratarse de su hijo. ¹²Mas Dios dijo a Abraham: No te angusties por el muchacho ni por tu sierva; presta atención a todo lo que Sara te diga, porque por Isaac será llamada tu descendencia. ¹³Y también del hijo de la sierva haré una nación, por ser tu descendiente. ¹⁴Se levantó, pues, Abraham muy de mañana, tomó pan y un odre de agua y los dio a Agar poniéndoselos sobre el hombro, y le dio el muchacho y la despidió. Y ella se fue y anduvo errante por el desierto de Beerseba.

¹⁵Y el agua en el odre se acabó, y ella dejó al muchacho debajo de uno de los arbustos, ¹⁶y ella fue y se sentó enfrente, como a un tiro de arco de distancia, porque dijo: Que no vea yo morir al niño. Y se sentó enfrente y alzó su voz y lloró. ¹⁷Y oyó Dios la voz del muchacho que lloraba; y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo, y le dijo: ¿Qué tienes, Agar? No temas, porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está. ¹⁸Levántate, alza al muchacho y sostenlo con tu mano; porque yo haré de él una gran nación. ¹⁹Entonces Dios abrió los ojos de ella, y vio un pozo de agua; y fue y llenó el odre de agua y dio de beber al muchacho. ²⁰Y Dios estaba con el muchacho, que creció y habitó en el desierto y se hizo arquero. ²¹Y habitó en el desierto de Parán, y su madre tomó para él una mujer de la tierra de Egipto.

Cuando Isaac fue destetado, debía rondar los tres años, y en ese momento era habitual celebrar una fiesta como muestra de gratitud por un crecimiento sano y la transición de la primera infancia a la segunda. Esas ocasiones pueden salir mal, y como Isaac fue el centro de la festividad, era quizá predecible que a Ismael, que durante catorce años había sido el hijo único, le molestase el protagonismo del niño. No queda claro qué estaba pasando entre los dos hermanos. El hebreo usa el término *m^esahēq*, que se traduce como «burlarse» o «jugar». El verbo es un juego de palabras con el nombre de Isaac, y en este contexto significa «reírse de» (Isaac, se sobreentiende). Para

Sara era demasiado ver cómo el *hijo que Agar la egipcia le había dado a luz a Abraham* se reía de su pequeño, lo cual explica el estallido de ira y su orden a Abraham de que se deshiciera de aquella esclava y de su hijo. Las palabras de Sara, aunque fueron fruto de la ira, estaban de acuerdo con el propósito de Dios, y por ese motivo fueron obedecidas. Fue correcto que los dos hijos se separasen, de la misma manera que lo había sido que Abraham y Lot fueran cada uno por su camino (13:2–12); por tanto, Dios dijo a Abraham: *«presta atención a todo lo que Sara te diga»*. El Señor tiene un mensaje para nosotros incluso en medio de nuestros dilemas más problemáticos. El linaje de Isaac era el instrumento que Dios había escogido, porque era el hijo de la promesa, un tema que Pablo usaría más tarde como alegoría (Gá. 4:21–31), contrastando la salvación fruto del esfuerzo humano con la salvación por la fe. Ambas son incompatibles.

Sin embargo, el hecho de que Dios no hubiera elegido a Ismael no significaba que su vida no le importase. Esto queda clarísimo de varias maneras; la primera, plasmada en la promesa divina de que Dios también haría una nación del hijo de la esclava, porque era hijo de Abraham. Eso queda respaldado por el cuidado que tiene Dios de Agar, a quien se aparece como lo había hecho en la otra ocasión (16:7–14), y la salvación de la vida de su hijo. Para Abraham, la despedida supuso el acerbo dolor asociado al de un divorcio. Ya no volvería a ver a Agar ni a Ismael. Tampoco pudo ofrecerles su ayuda, pero lo que Abraham no pudo hacer, Dios lo hizo por los dos.

No fue una experiencia fácil para aquella madre que no contaba con nadie, que había agotado todos sus recursos y que estaba convencida de que había llegado el fin; pero cuando estaba tan desesperada fue cuando Dios se reveló a ella, asegurándole que seguía pendiente de sus sufrimientos, y que había escuchado el llanto y las oraciones de Ismael. El adolescente clamó a Dios y fue librado de la muerte. Es más, Dios le garantizó un futuro. El respaldo de su madre, agua para beber y la presencia de Dios con el muchacho le proporcionaron una salud y una seguridad renovadas, incluso para la vida en el desierto, y al final acabó casándose con una egipcia. La historia de Ismael concluye por el momento, de modo que toda la atención pueda concentrarse en Isaac, pero Ismael no ha quedado fuera de los propósitos divinos, aunque su destino será diferente al de Isaac. Como dice el escritor, *Dios estaba con el muchacho*.

La vida de Agar había estado llena de problemas, y ninguno era culpa suya. Todos los originó la falta de fe de Abraham al trasladarse a Egipto y su desobediencia posterior. ¿Es que alguna vez nuestra desobediencia deja de perjudicar y entristecer la vida de otras personas? Y el Señor, ¿alguna vez no muestra su gracia a las personas a las que hemos herido?

Génesis 21:22–34. Una disputa fronteriza

²²*Aconteció por aquel tiempo que Abimelec, con Ficol, jefe de su ejército, habló a Abraham, diciendo: Dios está contigo en todo lo que haces; ²³ahora pues, júrame aquí por Dios que no obrarás falsamente conmigo, ni con mi descendencia, ni con mi posteridad, sino que conforme a la bondad que te he mostrado, así me mostrarás a mí y*

a la tierra en la cual has residido. ²⁴Y Abraham dijo: Yo lo juro.

²⁵Pero Abraham se quejó a Abimelec a causa de un pozo de agua del cual los siervos de Abimelec se habían apoderado. ²⁶Y Abimelec dijo: No sé quién haya hecho esto, ni tú me lo habías hecho saber, ni yo lo había oído hasta hoy. ²⁷Y Abraham tomó ovejas y vacas y se los dio a Abimelec. Y los dos hicieron un pacto. ²⁸Entonces Abraham puso aparte siete corderas del rebaño. ²⁹Y Abimelec dijo a Abraham: ¿Qué significan estas siete corderas que has puesto aparte? ³⁰Y él respondió: Tomarás estas siete corderas de mi mano para que esto me sirva de testimonio de que yo cavé este pozo. ³¹Por lo cual llamó aquel lugar Beerseba, porque allí juraron los dos. ³²Hicieron, pues, un pacto en Beerseba; y se levantó Abimelec con Ficol, jefe de su ejército, y regresaron a la tierra de los filisteos. ³³Y Abraham plantó un tamarisco en Beerseba, y allí invocó el nombre del Señor, el Dios eterno. ³⁴Y peregrinó Abraham en la tierra de los filisteos por muchos días.

Este tema, que volverá a aparecer más tarde (capítulo 26), se incluye en este momento de la narrativa. Abraham vivía tan cerca de los amplios espacios abiertos del desierto, que la frontera occidental de su territorio era la única que era necesario definir o defender. Fue por esto por lo que Abimelec, acompañado del jefe de su ejército, Ficol, hizo una visita oficial para firmar un tratado formal con Abraham. Teniendo en cuenta que Abraham había disfrutado de la hospitalidad de Abimelec, podía esperar una recepción favorable y una promesa de lealtad, pero sin duda el acuerdo nació de la observación de que Abraham estaba prosperando: «*Dios está contigo en todo lo que haces*»; y cuando fuera necesaria más tierra, lo más natural es que Abraham mirase hacia la zona más fértil situada en las llanuras costeras. Abraham estuvo contento de firmar ese acuerdo, pero aprovechó la oportunidad para mencionar una disputa que había surgido en relación a un pozo, que él había excavado y que, por tanto, tenía derecho a explotar.

Aunque era la parte agraviada, Abraham proporcionó los animales necesarios para la ceremonia del pacto (era quien tenía animales a mano), pero también hizo una ofrenda de *siete corderas* a Abimelec para adquirir la propiedad del pozo para él y para sus descendientes. Por consiguiente, el pozo fue conocido posteriormente como «el pozo de los siete» o «el pozo del juramento», Beerseba, y hoy día, en la excavación de un yacimiento cercano a la moderna Beerseba, en un punto situado justo a las afueras de la muralla, puede verse un pozo antiguo muy profundo. Aunque la hipótesis de que este pueda ser el pozo que excavó Abraham no está respaldada por pruebas fehacientes y el texto no menciona la existencia de una ciudad en esa época, el pozo es un símbolo que recuerda esta historia.

El *tamarisco* de Abraham ofrecía sombra y reforzaba su derecho sobre aquel lugar. Más reveladora fue su adoración del Señor, *el Dios eterno*, quien le había entregado aquella tierra. Aprovechando el pacto con Abimelec, se sintió con libertad para trasladarse a las tierras de su vecino, conocidas más tarde como *la tierra de los filisteos*. En realidad, estas le pertenecían como parte del don divino del territorio. El nombre *Dios eterno* (heb. 'El 'Olām) se usa solamente en este pasaje de Génesis. ¿Quizá Abraham reflexionó sobre el juramento que él y Abimelec habían pronunciado, y de repente entendió que Yahvé es capaz de supervisar un juramento perpetuamente

porque es el Dios eterno? Según la misma pauta, la palabra del Señor sigue siendo aplicable a nosotros y a nuestros hijos, y a todas las generaciones (Gn. 17:9).

Génesis 22:1–24. Probado y examinado

¹Aconteció que después de estas cosas, Dios probó a Abraham, y le dijo: ¡Abraham! Y él respondió: Heme aquí. ²Y Dios dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. ³Abraham se levantó muy de mañana, aparejó su asno y tomó con él a dos de sus mozos y a su hijo Isaac; y partió leña para el holocausto, y se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho. ⁴Al tercer día alzó Abraham los ojos y vio el lugar de lejos. ⁵Entonces Abraham dijo a sus mozos: Quedaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá, adoraremos y volveremos a vosotros. ⁶Tomó Abraham la leña del holocausto y la puso sobre Isaac su hijo, y tomó en su mano el fuego y el cuchillo. Y los dos iban juntos. ⁷Y habló Isaac a su padre Abraham, y le dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, hijo mío. Y dijo Isaac: Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? ⁸Y Abraham respondió: Dios proveerá para sí el cordero para el holocausto, hijo mío. Y los dos iban juntos.

⁹Llegaron al lugar que Dios le había dicho y Abraham edificó allí el altar, arregló la leña, ató a su hijo Isaac y lo puso en el altar sobre la leña. ¹⁰Entonces Abraham extendió su mano y tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo. ¹¹Mas el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y dijo: ¡Abraham, Abraham! Y él respondió: Heme aquí. ¹²Y el ángel dijo: No extiendas tu mano contra el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único.

¹³Entonces Abraham alzó los ojos y miró, y he aquí, vio un carnero detrás de él trabado por los cuernos en un matorral; y Abraham fue, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. ¹⁴Y llamó Abraham aquel lugar con el nombre de El Señor Proveerá, como se dice hasta hoy: En el monte del Señor se proveerá.

¹⁵El ángel del Señor llamó a Abraham por segunda vez desde el cielo, ¹⁶y dijo: Por mí mismo he jurado, declara el Señor, que por cuanto has hecho esto y no me has rehusado tu hijo, tu único, ¹⁷de cierto te bendeciré grandemente, y multiplicaré en gran manera tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena en la orilla del mar, y tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos. ¹⁸Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque tú has obedecido mi voz. ¹⁹Entonces Abraham volvió a sus mozos, y se levantaron y fueron juntos a Beerseba. Y habitó Abraham en Beerseba.

Todo aquel que viva cerca de la zona Filton, en Bristol, sabrá que allí se prueban los motores de los aviones. El rugido trepidante indica que esos poderosos aparatos están siendo sometidos a unas condiciones inusualmente intensas, para garantizar, sean cuales fueren las presiones a las que se enfrenten, su total fiabilidad. Las personas pueden someterse a condiciones extremas para poner a prueba sus capacidades, y la Escritura revela que la prueba forma parte del modo como Dios educa a sus hijos para que estos alcancen la madurez (Stg. 1:2–4).

La paciencia de Abraham fue probada casi más allá de lo que podía soportar, pero

ahora que Isaac, que ya está concluyendo su niñez, se ha convertido en su compañero y se alegra de acompañar a su padre en aquella excursión, llega la verdadera prueba. *Dios probó a Abraham* mediante unas exigencias que eran totalmente opuestas tanto a la razón humana como a la promesa divina. El impacto que le produjo debió parecerse al que experimenta el viajero moderno que va en avión, cuando se usa el impulso inverso de los motores para hacer que el avión se detenga. Las promesas de Dios también parecían haberse invertido, después de todos aquellos años de esperar el nacimiento de Isaac. Sin embargo, fue la fe firme de Abraham la que, sometida a aquella prueba tan tremenda, le convirtió en el ejemplo más notable de lo que es un hombre de fe (Stg. 2:21–24).

Para Abraham, fue una prueba personal, dado que fue llamado por su nombre. También fue una prueba solitaria, porque el mandamiento de Dios no podía compartirlo con la madre de un hijo único. Por consiguiente, Abraham soportó la angustia total del mandamiento que le ordenaba ofrecer como holocausto *a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac*. La descripción triple descarta cualquier posibilidad de que haya un malentendido. Abraham descarta todas las preguntas y comentarios, y se limita a hacer lo que le mandan. De Beerseba al monte Moria hay unos 75 kilómetros, si es correcta la identificación del monte Moria con el yacimiento del templo de Jerusalén. Incluso saliendo temprano, los viajeros tardarían *tres días* en llegar a su destino. Abraham lo sobrellevó confiando en la afirmación del Señor, «por Isaac será llamada tu descendencia» (21:12), creyendo que «Dios era poderoso para levantar aun de entre los muertos» (He. 11:19).

Normalmente, la adoración iba acompañada del sacrificio de un animal, de modo que, cuando Abraham dijo a sus siervos que él y el muchacho irían a adorar mientras ellos cuidaban del asno, su comentario no tenía nada de extraño. Sin embargo, para nosotros, que sabemos lo que estaba en juego, conociendo el secreto del mandamiento de Dios, aquí las palabras de Abraham revelan la certidumbre de la fe: «yo y el muchacho iremos... adoraremos y volveremos a vosotros» (la traducción de la NVI capta el énfasis de las formas verbales hebreas). Hasta el momento, la prueba ha hecho que Abraham manifieste su fe en su máxima expresión y, tras haberla expuesto en palabras, esperará ver cómo el Señor es fiel a su testimonio y de alguna manera devuelva a los dos al campamento.

Mientras Abraham e Isaac subían juntos la montaña, el muchacho formuló la pregunta más lógica: «¿dónde está el cordero para el holocausto?». Esto hizo que el momento, ya de por sí doloroso, aún lo fuera más para su padre, que dijo una verdad más grande de lo que se imaginaba al contestarle: «Dios proveerá para sí el cordero para el holocausto, hijo mío». El nombre del lugar, *Jehová-jireh*, que significa «el Señor proveerá», se convirtió en proverbial. Dado que era el Señor quien había ordenado aquel sacrificio, era razonable suponer que sería Él quien viera la necesidad (el verbo hebreo *yir'eh* significa literalmente «ver») y la satisficiera; pero responder así resulta más fácil cuando miramos hacia atrás que, como en el caso de Abraham, sin tener precedente alguno.

A menudo se dice que Isaac desempeña un papel pasivo en este episodio. Su padre

protector le deja poco espacio, pero seguramente compartió la fe de éste hasta el punto de cooperar con él. Una vez se hubiera levantado el altar de piedra, había que realizar un ritual que conllevaba disponer la leña en el orden adecuado y atar los miembros de la víctima del sacrificio. En este momento, el joven podría haber eludido las manos de su anciano padre y huido, pero no lo hizo. En cambio, se sometió y escuchó en persona la voz del Señor que intervenía para garantizar su liberación y cumplir la expectativa que su padre había proferido. Allí, cerca de ellos, vieron *un carnero detrás de él trabado por los cuernos en un matorral*. Su padre, como siempre, tenía razón: el Señor proveyó. Liberado el carnero del matorral, e Isaac del altar, este pudo experimentar la maravilla de la salvación sustitutiva. Nadie tuvo que decirle a Abraham que sustituyese al animal por su hijo; el principio de la sustitución estaba tan firmemente establecido, que se daba por hecho.

Para Abraham, la prueba había concluido. Había demostrado, más allá de toda duda, que temía a Dios, porque no le había negado ni a su propio hijo (12), y ahora le recibió de mano de Dios, doblemente precioso como resultado del trance (*cfr.* He. 11:19). Pero eso no fue todo. *El ángel del Señor llamó a Abraham por segunda vez desde el cielo* (15), porque el Señor reiteró su bendición sobre los descendientes de Abraham y les prometió la victoria sobre sus enemigos. Las generaciones venideras serían benditas gracias a la confianza obediente de Abraham. Fue una manifestación tranquilizadora, pero no se nos dice cuál fue la reacción de Abraham. La experiencia fue demasiado profunda como para expresarla con palabras.

Los comentaristas nos dicen que el propósito de la historia era enseñar que el sacrificio humano está mal, de modo que todo Israel supiera que Dios no quería que nadie ofreciera «el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma» (Mi. 6:7). Y, sin embargo, al final, sólo un sacrificio humano podría expiar el pecado. El carnero sustituyó inconfundiblemente a Isaac, y en los sacrificios prescritos de épocas posteriores la idea de la sustitución estuvo presente sin duda. Las palabras de Abraham, «*Dios proveerá para sí el cordero para el holocausto*», son proféticas y es evidente que Juan el Bautista meditó sobre ellas cuando dijo: «He ahí el Cordero de Dios» (Jn. 1:29, 36). Puede que también estuviera pensando en el cordero pascual y el cordero llevado al matadero (Is. 53:7), porque esas son las ocasiones más destacables del Antiguo Testamento donde se utiliza la palabra «cordero».

Otra palabra significativa de la narración es «*tu único*» (12, 16), que la Septuaginta tradujo como «amado» (gr. *Agapētos*), y que reaparece durante el bautismo de Jesús — «este es mi Hijo amado» (Mt. 3:17)— y durante la transfiguración (Mt. 7:15). El Hijo amado era también el hijo «único», para el que nunca podría haber sustituto.

El nombre del lugar, *Jehová-jireh* (AV, RV), se ha convertido en parte de la herencia de la Iglesia, sobre todo debido al uso que le dieron George Müller y Hudson Taylor. Para ellos, la provisión divina no incluye solamente los recursos espirituales, sino también los bienes tangibles como los edificios y el pan cotidiano para cientos de personas comprometidas a su cuidado. George Müller estaba tan convencido del llamado de Dios para la obra de cuidar a los huérfanos, y en el caso de Hudson Taylor de extender la Iglesia de Dios en China a las provincias del interior, que apostaron todo

a la promesa de Dios, *el Señor proveerá*. Ellos creían, basándose en el principio de que lo mayor incluye lo menor, que Dios proveería no sólo el cordero, sino que también supliría toda necesidad para el cumplimiento de su obra. La convicción de Pablo lo resume todo: «El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos concederá también con Él todas las cosas?» (Ro. 8:32). Como Abraham, esos hombres se vieron obligados a confiar en el Señor, porque no había ninguna fuente de financiación humana dispuesta a ayudarles. Admitieron que, si querían recibir los suministros divinos, tenían que hacer la obra de Dios como Él quisiera. El camino de la fe no es una opción fácil, de la misma manera que no lo fue para Abraham, y cuando nos enfrentemos a dilemas y pruebas, no se nos pide una sumisión pasiva, sino un dominio consciente de la voluntad para aceptar las cuerdas del sacrificio y el cuchillo en alto. Pero ellos vieron la provisión de Dios, y su obra prosigue.

Por tanto, la plasmación que hace Génesis de la prueba de Abraham es como el primer boceto que traza un gran artista, que tiene en mente una obra maestra. El esbozo en lápiz es perfecto por propio derecho, pero la pintura concluida sobrepasa con creces el dibujo originario, aquel en el que se aprecia que ha trabajado la misma mano. El camino de la fe, probado por «fuego», sigue revelando la naturaleza genuina de los siervos de Dios y dándole la gloria a Él (1 P. 1:6–7).

Génesis 23:1–20. El funeral de una princesa

¹*Y vivió Sara ciento veintisiete años; estos fueron los años de la vida de Sara. ²Y murió Sara en Quiriat-arba, que es Hebrón, en la tierra de Canaán; y Abraham fue a hacer duelo por Sara y a llorar por ella.*

³*Después Abraham se levantó de delante de la difunta, y habló a los hijos de Het, diciendo: ⁴Extranjero y peregrino soy entre vosotros; dadme en propiedad una sepultura entre vosotros, para que pueda sepultar a mi difunta y apartarla de delante de mí. ⁵Y los hijos de Het respondieron a Abraham, diciéndole: ⁶Oyenos, Señor nuestro: eres un príncipe poderoso entre nosotros; sepulta a tu difunta en el mejor de nuestros sepulcros, pues ninguno de nosotros te negará su sepulcro para que sepultes a tu difunta. ⁷Abraham se levantó e hizo una reverencia al pueblo de aquella tierra, los hijos de Het, ⁸y habló con ellos, diciendo: Si es vuestra voluntad que yo sepulte a mi difunta apartándola de delante de mí, oídme e interceded por mí con Efrón, hijo de Zohar, ⁹para que me dé la cueva de Macpela que le pertenece, que está al extremo de su campo. Que en presencia de vosotros me la dé por un precio justo en posesión para una sepultura. ¹⁰Efrón estaba sentado entre los hijos de Het; y Efrón heteo respondió a Abraham a oídos de los hijos de Het y de todos los que entraban por la puerta de su ciudad, diciendo: ¹¹No, Señor mío, escúchame; te doy el campo y te doy la cueva que está en él. A la vista de los hijos de mi pueblo te lo doy; sepulta a tu difunta. ¹²Entonces Abraham se inclinó delante del pueblo de aquella tierra, ¹³y habló a Efrón a oídos del pueblo de aquella tierra, diciendo: Te ruego que me oigas; te daré el precio del campo; acéptalo de mí, para que pueda sepultar allí a mi difunta. ¹⁴Efrón respondió a Abraham, diciéndole: ¹⁵Señor mío, óyeme: una tierra que vale cuatrocientos siclos de plata, ¿qué es eso entre tú y yo? Sepulta, pues, a tu difunta.*

¹⁶Y oyó Abraham a Efrón; y Abraham pesó a Efrón la plata que éste había mencionado a oídos de los hijos de Het: cuatrocientos siclos de plata, medida comercial.

¹⁷Así el campo de Efrón que está en Macpela, frente a Mamre, el campo y la cueva que hay en él, y todos los árboles en el campo dentro de sus confines, fueron cedidos ¹⁸a Abraham en propiedad a la vista de los hijos de Het, delante de todos los que entraban por la puerta de su ciudad. ¹⁹Después de esto, Abraham sepultó a Sara su mujer en la cueva del campo de Macpela frente a Mamre, esto es, Hebrón, en la tierra de Canaán. ²⁰Y el campo y la cueva que hay en él fueron cedidos a Abraham en posesión para una sepultura, por los hijos de Het.

La muerte de Sara en Hebrón, a los 127 años de edad, señaló el final de una era para Abraham e Isaac, pero la narrativa no se centra en el duelo personal, sino en los preparativos funerarios. Antes, ya habrían fallecido y sido enterradas otras personas de la casa de Abraham, pero la tumba de Sara debe darse a conocer, reconocerse y honrarse. Esto sólo podría ser así si Abraham adquiría la tierra, quedándose con el título de propiedad y estableciendo un lugar de enterramiento para su posteridad.

Sus negociaciones con los hititas se plasman con toda su cortesía oriental y su color local. Los propios hititas estaban lejos de su tierra natal, en Anatolia (la Turquía actual), pero en el siglo VIII a. C. su imperio era muy extenso, y es posible que algunos grupos aventureros de aquella región emigraran y se asentaran allí siglos antes, aunque no disponemos de mucha información. En este capítulo de Génesis, aparentemente son dueños de la tierra como «nativos». Es evidente que se habían asimilado a la población porque sus nombres son semíticos, y en la historia que viene a continuación demuestran estar asentados y ser miembros de peso de las comunidades locales (26:34; 27:46; 28:1; 36:2). En comparación con los hititas, Abraham estaba en desventaja, dado que sólo era *extranjero y peregrino* entre ellos. Estaba en mala posición para negociar, como le pasa a cualquiera que tiene que buscar un hogar en una tierra que no es la suya, o apelar a las autoridades locales cuando tiene una necesidad especial.

La respuesta de los hititas, « *eres un príncipe poderoso entre nosotros*», debe tomarse en serio. Por derecho de victoria en la batalla, Abraham había establecido su autoridad sobre las tierras conquistadas por los cinco reyes (capítulo 14) y había hecho que los jefes locales estuvieran en deuda con él al garantizar su liberación. Los que le estaban sometidos habitaban al este de Hebrón, pero Abraham ya era conocido desde Dan hasta Beerseba, e incluso en el norte de Damasco (14:14–15). Su riqueza, el tamaño de su casa y su integridad le convertían en un aliado deseable, cuya ayuda eficaz era fiable en caso de un ataque bélico. No es de extrañar que los hititas admitiesen que era un líder a tener en cuenta, un príncipe poderoso, con derecho a ocupar el mejor lugar de su cementerio de acuerdo con su estatus social: « *sepulta a tu difunta en el mejor de nuestros sepulcros*» (6).

Abraham captó la idea. La cueva que tenía en mente no estaba situada entre los sepulcros hititas, sino en un extremo del campo que pertenecía a Efrón, donde había una cueva conocida como Macpela, que significa «la doble cueva». Abraham estaba dispuesto a adquirirla por su precio real, porque necesitaba una tumba que se diferenciase de las de sus vecinos. La mención de *la puerta de la ciudad* (10) indica que

ya existía una ciudad amurallada en aquel lugar, no lejos de la cueva de Macpela. Hasta el momento, la ciudad no se ha identificado y es posible que estuviera situada en lo que es parte de la ciudad moderna de Hebrón, donde la mezquita, que es un edificio totalmente herodiano y por tanto se remonta a una época preislámica, afirma señalar las tumbas de Abraham y de su familia. Es casi seguro que el lugar es auténtico.

Los ciudadanos que entraban y salían por la puerta, además de los ancianos, fueron testigos de la transacción legal entre Efrón y Abraham. No había prisa. Efrón ofreció la cueva como regalo, por deferencia al dolor de Abraham: *«sepulta a tu difunta»*. Abraham insiste en que desea pagar el terreno, y Efrón, que sigue manteniendo que la tierra es un regalo, menciona el valor real de aquella. Todo se conformaba a un patrón previsto de negociaciones diplomáticas, pero Abraham, contrariamente a la costumbre, pesó la plata que el otro había indicado, rehusando regatear en una ocasión tan solemne. *Cuatrocientos siclos de plata* parece un precio desorbitado por una cueva, a la vista de las veinte *piezas de plata* que pagaron los madianitas por José (37:28). Efrón hizo un buen negocio y seguramente disfrutó contando a las generaciones posteriores lo ingenuo que era Abraham en temas de dinero. Si es así, la identidad de la tumba de Sara quedaría garantizada cada vez que se repitiera la historia de su adquisición.

Aunque Abraham sólo había pedido la cueva, Efrón rehusó separarla del campo en el que estaba situada (11), de modo que el campo y su cueva, *frente a Mamre... y todos los árboles en el campo dentro de sus confines*, fueron cedidos a Abraham; la comunidad hitita fue testigo oficial de la transacción. Sara, la esposa de Abraham, recibió un entierro honroso y, por implicación, su hijo Isaac fue proclamado heredero de Abraham.

Génesis 24:1–67. La búsqueda de esposa para Isaac

¹*Abraham era viejo, entrado en años; y el Señor había bendecido a Abraham en todo.* ²*Y Abraham dijo a su siervo, el más viejo de su casa, que era mayordomo de todo lo que poseía: Te ruego que pongas tu mano debajo de mi muslo,* ³*y te haré jurar por el Señor, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito;* ⁴*sino que irás a mi tierra y a mis parientes, y tomarás mujer para mi hijo Isaac.* ⁵*Y el siervo le dijo: Tal vez la mujer no quiera seguirme a esta tierra. ¿Debo volver y llevar a tu hijo a la tierra de donde viniste?* ⁶*Y Abraham le dijo: Guárdate de llevar allá a mi hijo.* ⁷*El Señor, Dios de los cielos, que me tomó de la casa de mi padre y de la tierra donde nací, y que me habló y me juró, diciendo: “A tu descendencia daré esta tierra”, Él mandará su ángel delante de ti, y tomarás de allí mujer para mi hijo.* ⁸*Si la mujer no quiere seguirte, quedarás libre de este mi juramento; sólo que no lleves allá a mi hijo.* ⁹*Y el siervo puso la mano debajo del muslo de Abraham su Señor, y le juró sobre este asunto.*

¹⁰*Entonces el siervo tomó diez camellos de entre los camellos de su Señor, y partió con toda clase de bienes de su Señor en su mano; y se levantó y fue a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor.* ¹¹*E hizo arrodillar a los camellos fuera de la ciudad junto al pozo de agua, al atardecer, a la hora en que las mujeres salen por agua,* ¹²*y dijo: Oh Señor, Dios de mi Señor Abraham, te ruego que me des éxito hoy, y que tengas misericordia de mi*

Señor Abraham. ¹³He aquí, estoy de pie junto a la fuente de agua, y las hijas de los hombres de la ciudad salen para sacar agua. ¹⁴Que sea la joven a quien yo diga: “Por favor, baja tu cántaro para que yo beba”, y que responda: “Bebe, y también daré de beber a tus camellos”, la que tú has designado para tu siervo Isaac; y por ello sabré que has mostrado misericordia a mi Señor.

¹⁵Y sucedió que antes de haber terminado de hablar, he aquí que Rebeca, hija de Betuel, hijo de Milca, mujer de Nacor, hermano de Abraham, salió con el cántaro sobre su hombro. ¹⁶La joven era muy hermosa, virgen, ningún hombre la había conocido; bajó ella a la fuente, llenó su cántaro y subió. ¹⁷Entonces el siervo corrió a su encuentro, y dijo: Te ruego que me des a beber un poco de agua de tu cántaro. ¹⁸Y ella dijo: Bebe, Señor mío. Y enseguida bajó el cántaro a su mano, y le dio de beber. ¹⁹Cuando había terminado de darle de beber, dijo: Sacaré también para tus camellos hasta que hayan terminado de beber. ²⁰Y rápidamente vació el cántaro en el abrevadero, y corrió otra vez a la fuente para sacar agua, y sacó para todos sus camellos. ²¹Entretanto el hombre la observaba en silencio, para saber si el Señor había dado éxito o no a su viaje.

²²Y aconteció que cuando los camellos habían terminado de beber, el hombre tomó un anillo de oro que pesaba medio siclo, y dos brazaletes que pesaban diez siclos de oro, ²³y dijo: ¿De quién eres hija? Dime, te ruego, ¿hay en la casa de tu padre lugar para hospedarnos? ²⁴Ella le respondió: Soy hija de Betuel, el hijo que Milca dio a luz a Nacor. ²⁵Y le dijo además: Tenemos suficiente paja y forraje, y lugar para hospedarse.

²⁶Entonces el hombre se postró y adoró al Señor, ²⁷y dijo: Bendito sea el Señor, Dios de mi Señor Abraham, que no ha dejado de mostrar su misericordia y su verdad hacia mi Señor; y el Señor me ha guiado en el camino a la casa de los hermanos de mi Señor.

²⁸La joven corrió y contó estas cosas a los de la casa de su madre.

²⁹Y Rebeca tenía un hermano que se llamaba Labán; y Labán salió corriendo hacia el hombre, afuera, a la fuente. ³⁰Y sucedió que cuando él vio el anillo y los brazaletes en las manos de su hermana, y cuando oyó las palabras de su hermana Rebeca, diciendo: Esto es lo que el hombre me dijo, Labán fue al hombre; y he aquí que estaba con los camellos junto a la fuente. ³¹Y le dijo: Entra, bendito del Señor. ¿Por qué estás fuera? Yo he preparado la casa y un lugar para los camellos. ³²Entonces el hombre entró en la casa, y Labán descargó los camellos y les dio paja y forraje, y agua para lavar los pies de él y los pies de los hombres que estaban con él. ³³Pero cuando la comida fue puesta delante de él para que comiera, dijo: No comeré hasta que haya dicho el propósito de mi viaje. Y Labán le dijo: Habla.

³⁴Entonces dijo: Soy siervo de Abraham. ³⁵Y el Señor ha bendecido en gran manera a mi Señor, que se ha enriquecido, y le ha dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos. ³⁶Y Sara, la mujer de mi Señor, le dio a luz un hijo a mi Señor en su vejez; y mi Señor le ha dado a él todo lo que posee. ³⁷Mi Señor me hizo jurar, diciendo: “No tomarás mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos, en cuya tierra habito; ³⁸sino que irás a la casa de mi padre y a mis parientes, y tomarás mujer para mi hijo.” ³⁹Y dije a mi Señor: “Tal vez la mujer no quiera seguirme.” ⁴⁰Y él me respondió: “El Señor, delante de quien he andado, enviará su ángel contigo para dar éxito a tu viaje, y tomarás mujer para mi hijo de entre mis parientes y de la casa de mi padre; ⁴¹entonces cuando llegues a mis parientes quedarás libre de mi juramento; y si ellos no te la dan, también quedarás libre de mi juramento.”

⁴²Y llegué hoy a la fuente, y dije: “Oh Señor, Dios de mi Señor Abraham, si ahora

quieres dar éxito a mi viaje en el cual ando, ⁴³he aquí, estoy parado junto a la fuente de agua; que la doncella que salga a sacar agua, y a quien yo diga: ‘Te ruego que me des de beber un poco de agua de tu cántaro ⁴⁴y ella me diga, ‘Bebe, y también sacaré para tus camellos’, que sea ella la mujer que el Señor ha designado para el hijo de mi Señor.

⁴⁵Antes de que yo hubiera terminado de hablar en mi corazón, he aquí, Rebeca salió con su cántaro al hombro, y bajó a la fuente y sacó agua, y yo le dije: “Te ruego que me des de beber.” ⁴⁶Y ella enseguida bajó el cántaro de su hombro, y dijo: “Bebe, y daré de beber también a tus camellos”; de modo que bebí, y ella dio de beber también a los camellos. ⁴⁷Entonces le pregunté: “¿De quién eres hija?” Y ella contestó: “Hija de Betuel, hijo de Nacor, que le dio a luz Milca”; y puse el anillo en su nariz, y los brazaletes en sus manos. ⁴⁸Y me postré y adoré al Señor, y bendije al Señor, Dios de mi Señor Abraham, que me había guiado por camino verdadero para tomar la hija del pariente de mi Señor para su hijo. ⁴⁹Ahora pues, si habéis de mostrar bondad y sinceridad con mi Señor, decídmelo; y si no, decídmelo también, para que vaya yo a la mano derecha o a la izquierda.

⁵⁰Labán y Betuel respondieron, y dijeron: Del Señor ha salido esto; no podemos decirte que está mal ni que está bien. ⁵¹He aquí, Rebeca está delante de ti, tómala y vete, y que sea ella la mujer del hijo de tu Señor, como el Señor ha dicho.

⁵²Y sucedió que cuando el siervo de Abraham escuchó sus palabras, se postró en tierra delante del Señor. ⁵³Y el siervo sacó objetos de plata, objetos de oro y vestidos, y se los dio a Rebeca; dio también cosas preciosas a su hermano y a su madre. ⁵⁴Después él y los hombres que estaban con él comieron y bebieron y pasaron la noche. Cuando se levantaron por la mañana, él dijo: Enviadme a mi Señor. ⁵⁵Pero el hermano y la madre de ella dijeron: Permite que se quede la joven con nosotros unos días, quizá diez; después se irá. ⁵⁶Y él les dijo: No me detengáis, puesto que el Señor ha dado éxito a mi viaje; enviadme para que vaya a mi Señor. ⁵⁷Y ellos dijeron: Llamaremos a la joven y le preguntaremos cuáles son sus deseos. ⁵⁸Entonces llamaron a Rebeca y le dijeron: ¿Te irás con este hombre? Y ella dijo: Me irá. ⁵⁹Y enviaron a su hermana Rebeca y a su nodriza con el siervo de Abraham y sus hombres. ⁶⁰Y bendijeron a Rebeca y le dijeron: Que tú, hermana nuestra, te conviertas en millares de miríadas, y posean tus descendientes la puerta de los que los aborrecen. ⁶¹Y se levantó Rebeca con sus doncellas y, montadas en los camellos, siguieron al hombre. El siervo, pues, tomó a Rebeca y partió.

⁶²Isaac había venido a Beer-lajai-roi, pues habitaba en la tierra del Neguev. ⁶³Y por la tarde Isaac salió a meditar al campo; y alzó los ojos y miró, y he aquí, venían unos camellos. ⁶⁴Rebeca alzó los ojos, y cuando vio a Isaac, bajó del camello, ⁶⁵y dijo al siervo: ¿Quién es ese hombre que camina por el campo a nuestro encuentro? Y el siervo dijo: Es mi Señor. Y ella tomó el velo y se cubrió. ⁶⁶Y el siervo contó a Isaac todo lo que había hecho. ⁶⁷Entonces Isaac la trajo a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca y ella fue su mujer, y la amó. Así se consoló Isaac después de la muerte de su madre.

Pocas dudas puede haber de que existía un vínculo inusualmente estrecho entre Sara y su unigénito. Dada la naturaleza del caso, era de esperar, pero el escritor nos lo dice claramente en las últimas palabras de su relato. Mientras Sara estuvo allí para amarlo y cuidarlo, Isaac no tuvo necesidad de casarse, pero, tras su muerte, su sensación de pérdida fue inmensa. Ciertamente, la historia de una esposa para Isaac

llega como un clímax bien preparado, después de que los miembros de la rama familiar de Nacor aparezcan en una lista al final del capítulo 22.

Si Sara había mimado a Isaac, Abraham le protegió de la toma de decisiones y no le permitió que llevara la iniciativa en la elección de una esposa. Muchos otros hijos especiales —y herederos— han sido tratados de la misma manera. Isaac no fue libre para casarse con una muchacha cananea de la zona, ni tampoco pudo viajar en busca de esposa. Harán era un territorio prohibido específicamente. Quizá Abraham temía que Isaac no regresara, o tal vez algunos viajeros le habían contado lo suficiente sobre la familia que vivía allí como para alertar a Abraham de que Labán era una buena pieza, a quien no se le podía confiar a Isaac, tan espiritual. Sin embargo, Abraham había viajado por muchos lugares, y Jacob permanecería veinte años en Harán, pero Isaac estuvo protegido y sus necesidades siempre cubiertas. Dado que durante toda su vida había sido así, y que le parecía que no tenía otra opción, Isaac lo aceptó todo satisfecho. A fin de cuentas, el asunto estaba en manos del Dios de su padre.

Es muy posible que al siervo más veterano de Abraham, responsable de todos sus bienes, esta misión de encontrarle esposa a Isaac le pareciese la más problemática de su vida. La familia de la que saldría la muchacha ya estaba decidida (*cfr.* 22:20–24), pero era posible que ninguna mujer de esa familia estuviera dispuesta a viajar hacia lo desconocido para casarse con un hombre al que nunca había visto. Abraham se había enfrentado a esa posibilidad tan real, pero, mientras meditaba sobre los hechos de su propia vida se sintió animado para creer que el mismo Señor que le había guiado, que le había hablado y le había hecho el juramento de darle descendientes, enviaría su ángel delante de su siervo. Sin embargo, es posible que el siervo en cuestión no compartiera el convencimiento de Abraham, de modo que este le aseguró que, si volvía con las manos vacías, ¡no le haría responsable! El juramento solemne indicaba la gran seriedad con la que Abraham le pedía todo a su siervo; del éxito de la empresa dependía la naturaleza distintiva del pueblo de Dios, condición indispensable para el desarrollo de una contracultura que reflejase su caminar con Dios.

El anciano siervo partió a su aventura, llevándose siervos, diez camellos y regalos escogidos, hacia un destino situado a unos 650 km al norte. Para Rebeca, el paseo vespertino hasta el pozo situado a las afueras de Nacor formaba parte de su rutina cotidiana. No había motivo alguno por el que esa tarde concreta tuviera que ser distinta a cualquier otra; ciertamente, como la mayoría de adolescentes, es posible que se estuviera quejando de que la vida era aburrida y que allí nunca pasaba nada. Los viajeros que reposaban junto al pozo apenas le hacían caso; seguían la ruta de las caravanas, y había posadas donde satisfacer sus necesidades. Sin embargo, esa tarde, en cuanto había sacado el recipiente del pozo, se le acercó un desconocido que le pidió agua. ¿Por qué la eligió a ella de entre todas las mujeres que estaban sacando agua? Poco imaginaba que su rápida respuesta y su voluntad de sacar agua también para los camellos encajaban con la oración de aquel anciano, que la observaba atentamente mientras ella realizaba su laboriosa tarea. Él necesitaba saber *si el Señor había dado éxito a su viaje o no*, y se convenció lo bastante como para regalar a Rebeca el anillo de oro y los brazaletes. Allí estaba una muchacha dotada de una espontaneidad y una

disposición servicial fuera de lo común, que además podía desempeñar el trabajo de toda una familia.

La oración del siervo de Abraham es concisa y va directa al grano (12–14). Se dirige a Dios llamándole Dios de Abraham, no suyo propio, pero lo cierto es que está cumpliendo una misión de Abraham, y solicita que el Señor manifieste su amor fiel hacia aquel con quien ha firmado un pacto. El cumplimiento de la «señal» que sugirió le proporcionó una evidencia tangible de que Dios no sólo había escuchado su oración suplicando guía, sino que la había respondido. ¡Incluso los camellos arrodillados adoraban a Dios!

No fue hasta después de que le entregase las preciadas joyas cuando la joven le reveló su identidad. Procedía de la única familia de la zona que estaba emparentada con Abraham, y el siervo enseguida se dio cuenta de que aquel encuentro no había sido fortuito. Había encontrado no sólo una esposa potencial para el hijo de su señor, sino también una cama donde pasar la noche y una amable hospitalidad en un hogar acogedor, donde incluso los camellos podrían alimentarse y descansar en el establo. Con tantas confirmaciones de que su oración había recibido una respuesta abundante, el siervo inclinó su cabeza y adoró al Señor, admitiendo sus bondades constantes y su fidelidad con Abraham y, de paso, consigo mismo. Ahora, sabía sin duda alguna que el Señor le había dirigido en su viaje, llevándole a aquel lugar en concreto. Su maravilla se expresa en la expresión enfática *y el Señor me ha guiado en el camino* (¡a mí, de entre todos los hombres!). Nunca en su vida había tenido una experiencia parecida, y hay algo especialmente maravilloso en la primera constatación de una oración respondida, que confirma nuestros primeros pasos en la fe como nada más podría hacerlo.

Aquí hay leves pinceladas de carácter que personalizan la narrativa. Rebeca es muy espabilada, enérgica y práctica. Aunque Betuel, el sobrino de Abraham, sigue vivo (50), es su señor Labán, el hermano de Rebeca, quien se entera de la llegada del viajero, aprecia de un solo vistazo el valor del anillo y de los brazaletes que lleva su hermana, y decide que con aquel visitante hay que quedar bien. Incluso se dirige hacia el pozo para invitar personalmente al viajero y a sus acompañantes a aceptar su hospitalidad. No se escatiman esfuerzos para satisfacer todas sus necesidades, y el propio Labán atiende a los camellos, con un brío nacido de los atisbos de riqueza. La motivación del siervo de Abraham es bastante diferente. A pesar de lo hambriento que está después de todo un día en los caminos, debe dar prioridad a los asuntos más urgentes que la comida. Conoce sus prioridades: no comerá nada hasta que no haya manifestado el objeto de su visita.

La narración de todos los detalles relevantes, aunque el lector ya los conoce, es muy interesante a la luz de la providencia de Dios, que se va desplegando progresivamente. En cada etapa de la historia, destaca la bendición del Señor sobre Abraham, al concederle riquezas y, sobre todo, un hijo. La seguridad de Abraham de que el ángel del Señor prosperaría a su siervo durante el viaje inserta el encuentro con Rebeca y su familia en un entorno que todos los presentes reconocen como obra del Señor. Por eso, Labán y Betuel (se menciona al hijo antes que al padre) llegaron a la conclusión de que no había más que discutir. Rebeca debía partir y ser la esposa del hijo de Abraham,

como el Señor ha dicho. En este caso, había hablado no con palabras, sino mediante su providencia inquebrantable. Rebeca había participado lo suficiente como para observar esa guía divina y, aunque nadie le consultó, es evidente que estuvo encantada con el giro que estaban tomando los acontecimientos.

El éxito de la misión proporcionó al siervo otro motivo para dar gracias a Dios antes de entregar más regalos a la novia, y a su madre y hermano, para confirmar el acuerdo. El consentimiento de Rebeca a la mañana siguiente sólo se centraba en si estaba dispuesta a marcharse de inmediato o no; que iba a abandonar a su familia para irse a Canaán nunca se puso en duda. Era un viaje sin retorno. Dado que su llamamiento consistía en ser la esposa de Isaac y la madre de «miles de millares», ¿de qué iba a servir quedarse en su hogar unos pocos días más cuando podía empezar la aventura de inmediato? Respondiendo al Dios a quien estaba aprendiendo a amar y a adorar, partió contenta, acompañada de sus doncellas, rumbo a una nueva tierra.

Para Isaac era cuestión de esperar pacientemente hasta que volviera el embajador de su padre. La mención de Beer-lajai-roi (*cfr.* 16:14) y del Neguev indica que vivía en la región desértica situada al suroeste de Beerseba, de modo que el viaje de Rebeca fue tremendamente largo; pero el aire limpio y el terreno abierto y amplio permitían ver de lejos a las caravanas que se aproximaban y, una tarde, sus esperanzas se cumplieron; el mensajero había regresado. Rebeca, alerta y expectante, reaccionó de inmediato cuando vio a Isaac y se colocó el velo. Resulta interesante que no viajara con el velo puesto, pero la costumbre dictaba que la prometida tuviera que cubrirse en la presencia de su futuro marido hasta que se celebrase la boda, posiblemente esa misma tarde.

Hallamos dos indicaciones sobre las aspiraciones que tenía Isaac de una vida familiar; *la trajo a la tienda de su madre Sara* (67), simbolizando así el papel que esperaba desempeñase Rebeca, y *se consoló Isaac después de la muerte de su madre*, tres años antes. Durante esos treinta y siete años hasta la muerte de Sara, Isaac había sido su único hijo, mimado y protegido, y de aquí su tremenda sensación de pérdida cuando ella falleció. Esperaba de Rebeca que ocupase su lugar, lo cual supondría cuidar de su marido como lo había hecho su madre. Al mismo tiempo, ella se sintió confortada en aquel lugar aislado donde no conocía a nadie; porque Isaac amó a su esposa. Así, ambos hallaron amor y seguridad en su cónyuge, y compartieron el profundo fundamento de saber que el Señor Dios de Abraham era quien los había unido. Si alguna vez se sentían tentados a ponerlo en duda, podrían recordar la maravillosa providencia que llevó al siervo de Abraham directamente hasta Rebeca, y la oración y la alabanza que habían rodeado toda aquella empresa, todo lo cual revelaba la inconfundible guía de Dios. Aunque no se habían visto antes, Isaac y Rebeca aprendieron a amarse; aunque no se habían elegido, su matrimonio gozaba de un cimiento firme.

Génesis 25:1–18. Las tribus emparentadas y la muerte de Abraham

... *Estos fueron los años de la vida de Abraham: ciento setenta y cinco años.*

⁸Abraham expiró, y murió en buena vejez, anciano y lleno de días, y fue reunido a su pueblo. ⁹Y sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpela, en el campo de Efrón, hijo de Zohar heteo, que está frente a Mamre, ¹⁰el campo que Abraham compró a los hijos de Het; allí fue sepultado Abraham con Sara su mujer. ¹¹Y sucedió que después de la muerte de Abraham, Dios bendijo a su hijo Isaac. Y habitó Isaac junto a Beer-lajai-roi.

Los espacios abiertos y amplios, junto con una población demasiado escasa, creaban la necesidad de tener grandes familias (cfr. «llenad la tierra y sojuzgadla», Gn. 1:28). Las concubinas de Abraham no habían sido importantes para el relato, por lo cual no se las había mencionado hasta el momento, pero algunos de los hijos de Cetura, otra esposa de Abraham, aparecerán en la historia, de modo que se incluyen en la lista de los anales familiares. Los descendientes de Ismael también se tienen en cuenta, y luego se dejan a un lado, de modo que el narrador pueda dedicar toda su atención a su tema principal, que por el momento sigue siendo Isaac. Aunque se menciona a Cetura y a Agar tras la muerte de Sara, no debemos sacar necesariamente la conclusión de que Cetura, más que Agar, pasase a ser un miembro de la familia sólo después de la muerte de Sara. Los seis hijos de Cetura y los doce de Ismael se convirtieron en los antepasados de pueblos que vivieron en las fronteras orientales del territorio de Israel, y que «se opusieron a ellos», como dice la expresión hebrea, de más de una manera (cfr. p. 82). Así se amplía y define la imagen de Abraham como padre de naciones. Añadiendo el comentario de que Abraham proveyó adecuadamente para aquellos hijos, el escritor los deja al margen en unos pocos versículos. Dentro de la historia de la salvación a quien hay que tener en cuenta es a Isaac, el hijo de Sara.

La muerte de Abraham y su sepelio en la cueva de Macpela se registran entre las genealogías de las dos esposas secundarias. Abraham fue bendecido incluso en las circunstancias de su muerte. Conoció «plenitud de días», murió a una edad muy avanzada y tuvo un entierro honroso, en el que estuvieron presentes tanto Isaac como Ismael para presentarle sus respetos. Se describe su tránsito como *fue reunido a su pueblo*, una expresión hermosa, que enfatiza la reanudación, tras la muerte, de su comunión con los difuntos, y ofrece la imagen de una comunidad tras la soledad asociada con la muerte. La frase debió significar algo más que el entierro en la tumba familiar, porque, hasta ese momento, el cuerpo de Sara era el único que estaba allí y, a la luz del Nuevo Testamento, la resurrección abre la perspectiva de la comunión con todos los que están en Cristo y con todos los moradores del cielo. Ya no habrá soledad cuando, junto con Abraham y todos los que comparten su fe, adoremos al Dios eterno.

Génesis 25:19–34. Los hijos de Isaac y Rebeca

¹⁹Estas son las generaciones de Isaac, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac. ²⁰Tenía Isaac cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel, arameo de Padán-aram, hermana de Labán arameo. ²¹Y oró Isaac al Señor en favor de su mujer, porque ella era estéril; y lo escuchó el Señor, y Rebeca su mujer concibió. ²²Y los hijos luchaban dentro de ella; y ella dijo: Si esto es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar al

Señor. ²³Y el Señor le dijo:

*Dos naciones hay en tu seno,
y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas;
un pueblo será más fuerte que el otro,
y el mayor servirá al menor.*

²⁴Y cuando se cumplieron los días de dar a luz, he aquí, había mellizos en su seno. ²⁵Salió el primero rojizo, todo velludo como una pelliza, y lo llamaron Esaú. ²⁶Y después salió su hermano, con su mano asida al talón de Esaú, y lo llamaron Jacob. Isaac tenía sesenta años cuando ella los dio a luz.

²⁷Los niños crecieron, y Esaú llegó a ser diestro cazador, hombre del campo; pero Jacob era hombre pacífico, que habitaba en tiendas. ²⁸Y amaba Isaac a Esaú porque le gustaba lo que cazaba, pero Rebeca amaba a Jacob.

²⁹Un día, cuando Jacob había preparado un potaje, Esaú vino del campo, agotado; ³⁰y Esaú dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer un poco de ese guisado rojo, pues estoy agotado. Por eso lo llamaron Edom. ³¹Pero Jacob le dijo: Véndeme primero tu primogenitura. ³²Y Esaú dijo: He aquí, estoy a punto de morir; ¿de qué me sirve, pues, la primogenitura? ³³Y Jacob dijo: Júramelo primero; y él se lo juró, y vendió su primogenitura a Jacob. ³⁴Entonces Jacob dio a Esaú pan y guisado de lentejas; y él comió y bebió, se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura.

En lugar de multiplicarse en miles de miles (24:60), Rebeca vio que pasaron muchos aniversarios de su boda sin tener ningún hijo. Y *oró Isaac al Señor* seguramente es una forma suave de decir las cosas, y representa años y años de intercesión persistente. Como sucedió con Abraham y Sara, pasó con Isaac y Rebeca; ser los receptores de las promesas divinas no quería decir que todo sería un camino de rosas. La verdad resultó más bien lo contrario, porque los hijos de la promesa del pacto nacieron solamente después de muchas oraciones, como un don directo de Dios. Confiar en el Señor no es en vano, pero la fe conlleva aceptar la manera y el momento de Dios, y exige mucha paciencia. Esta lección, que se enseña bien pronto en el manual de la Escritura, debe exponerse intensamente a los cristianos jóvenes, con objeto de prepararlos para las pruebas que sin duda encontrarán en poco tiempo, y que podrían desasosegarlos, como ha sucedido a muchos que han recorrido más camino que ellos. Por ejemplo, el escritor del Salmo 89 era una persona con una fe madura, pero no pudo resolver la tensión entre las promesas del pacto de Dios y la destrucción del trono real de Judá, que el Señor había dicho que perduraría «para siempre». Era imposible que él y sus contemporáneos vivieran para ver cómo se cumpliría la palabra de Dios en «uno mayor que David», el Señor Jesucristo. Tenían que afianzarse en la fe; todo creyente debe aprender a hacerlo.

Isaac y Rebeca no debieron tener dudas de que estaban orando según la voluntad del Señor cuando pedían un hijo, pero necesitaron mucha fe y paciencia, porque la misma certidumbre tiende a convertirse en un esfuerzo impaciente para obtener el cumplimiento de la promesa. Incluso cuando, después de diecinueve años de matrimonio, Rebeca descubrió que estaba encinta, aún no se habían acabado sus problemas, porque le inquietaba el movimiento agitado que sentía en su interior. ¿Qué

podía significar? Como le habían enseñado los largos años de compartir la fe de Isaac, *fue a consultar al Señor*, posiblemente en uno de los lugares donde Dios había hablado a Abraham; como respuesta, recibió un oráculo conciso pero definitivo en forma poética. El Señor encuentra muchas maneras de transmitir su mensaje, y en esta ocasión es posible que empleara a un profeta que también era capaz de componer versos memorables. Como si fuera poco enterarse de que iba a tener mellizos, Dios permitió también a Rebeca contemplar el futuro de los dos niños que iba a dar a luz. Ciertamente, Rebeca sería la madre no sólo de cientos, sino de naciones. En aquellos mismos momentos, los niños «ya luchaban por la supremacía, y al final el mayor acabaría sirviendo al menor (23)».

Cuando nacieron los bebés, las diferencias en su aspecto físico fueron tan notables, que se consideraron importantes. El mayor, pelirrojo y con mucho pelo, fue llamado *Esaú*, que suena un poco como la palabra hebrea que significa «peludo». El que nació en segundo lugar reveló una actitud agresiva y egoísta, tipificada porque vio la luz con un brazo extendido para sujetar el talón de su hermano. Su nombre, *Jacob*, significa «él engaña» o «suplanta»; resultó ser un nombre apropiado a medida que fue desarrollándose su vida, y el primero que lo padeció fue su hermano Esaú.

La cuestión es que ninguno de los dos niños parecía un buen candidato para convertirse en heredero de las promesas del pacto. Esaú, el cazador, vivía para los placeres inmediatos y dejaba que el futuro se cuidara solo. Jacob era implacable en sus planes para ser más listo que su hermano, quien, siendo el mayor, gozaba de una posición de privilegio especial. Tenía el *derecho de nacimiento*, lo cual significaba que podía heredar más que el menor y, comparado con otros hijos, gozaba de un estatus especial. El hecho de que Isaac prefiriese a Esaú reforzaba esta práctica cultural, extendida en el antiguo Oriente Próximo. Jacob presentía que podía aprovecharse tanto de su padre como de Esaú sacando partido de la debilidad que sentía su hermano por comer bien a cualquier precio, sobre todo cuando se moría de hambre! Jacob, el oportunista, reconoció el momento y tuvo preparado un plato apetitoso. Esaú cayó en la trampa y le pidió un plato de «ese guisado rojo». El rojo era su color (25) en más de un sentido, y de aquí proviene su apodo, *Edom*, que significaba «rojo».

El hecho de que Jacob exigiera el derecho de primogenitura no era una broma de chiquillos, que pudiera anular la autoridad paterna, porque la transacción quedó sellada con un juramento, que era vinculante. Esaú lo sabía, pero optó por no preocuparse por las consecuencias, menospreciando así su primogenitura. Su actitud de indiferencia absoluta le descalificó, convirtiéndose en una advertencia para otros (He. 12:16–17), que podrían verse tentados a renunciar frívolamente a su herencia espiritual. El juramento de Esaú no podía revocarse porque era legalmente vinculante, y aunque la puerta de la salvación está abierta para dar la bienvenida a quienes se arrepienten de verdad y anhelan heredar la posición que Cristo concedió mediante su muerte (Mt. 5:3–10), es posible, aun así, renunciar al privilegio espiritual despreciando las promesas de Dios y rechazando empecinadamente los caminos de Dios hasta que la puerta se cierra.

Jacob tampoco era un santo. De momento, no se hacen comentarios sobre su

oportunismo, pero a lo largo de su vida tendría motivos para recodar su relación distorsionada con su hermano, cuando fue la víctima del engaño de otros. La medida que dio fue la que también recibió (cfr. Mt. 7:2) y supuso una manera eficaz de aprender a conocerse a sí mismo. Así, llegó a ocurrir que el «pueblo elegido» tuvo que mirar atrás a un ancestro al que, lejos de ser un héroe modelo, primero introdujeron como un hombre poco atractivo, siempre dispuesto a aprovecharse de su hermano. El corolario es que, dado que el Señor pudo transformar y utilizar a Jacob, puede hacer lo mismo con otros. Este es uno de los mensajes distintivos de la Biblia.

Sin embargo, por el momento, Isaac sigue siendo el centro del relato.

Génesis 26:1–35. El Señor se aparece a Isaac

¹Y hubo hambre en la tierra, además del hambre anterior que había ocurrido durante los días de Abraham. Y se fue Isaac a Gerar, a Abimelec, rey de los filisteos. ²Y se le apareció el Señor, y dijo: No descendas a Egipto; quédate en la tierra que yo te diré. ³Reside en esta tierra y yo estaré contigo y te bendeciré, porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré contigo el juramento que juré a tu padre Abraham. ⁴Y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, ⁵porque Abraham me obedeció, y guardó mi ordenanza, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes.

⁶Habitó, pues, Isaac en Gerar. ⁷Y cuando los hombres de aquel lugar le preguntaron acerca de su mujer, él dijo: Es mi hermana; porque tenía temor de decir: Es mi mujer. Porque pensaba: no sea que los hombres del lugar me maten por causa de Rebeca, pues es de hermosa apariencia. ⁸Y sucedió que después de haber estado allí largo tiempo, Abimelec, rey de los filisteos, miró por una ventana, y he aquí, vio a Isaac acariciando a Rebeca su mujer. ⁹Entonces Abimelec llamó a Isaac, y le dijo: He aquí ciertamente ella es tu mujer. ¿Cómo, pues, dijiste: “Es mi hermana”? E Isaac le respondió: Porque me dije: “No sea que yo muera por causa de ella.” ¹⁰Y Abimelec dijo: ¿Qué es esto que nos has hecho? Porque alguno del pueblo fácilmente pudiera haberse acostado con tu mujer, y hubieras traído culpa sobre nosotros. ¹¹Y Abimelec ordenó a todo el pueblo, diciendo: El que toque a este hombre o a su mujer, de cierto morirá.

¹²Y sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año ciento por uno. Y el Señor lo bendijo. ¹³Y el hombre se enriqueció, y siguió engrandeciéndose hasta que llegó a ser muy poderoso; ¹⁴pues tenía rebaños de ovejas y vacadas y mucha servidumbre, y los filisteos le tenían envidia. ¹⁵Y todos los pozos que los siervos de su padre habían cavado en los días de Abraham su padre, los filisteos los cegaron llenándolos de tierra. ¹⁶Entonces Abimelec dijo a Isaac: Vete de aquí, porque tú eres mucho más poderoso que nosotros.

¹⁷Isaac partió de allí, acampó en el valle de Gerar y se estableció allí. ¹⁸Isaac volvió a cavar los pozos de agua que habían sido cavados en los días de su padre Abraham, porque los filisteos los habían cegado después de la muerte de Abraham, y les puso los mismos nombres que su padre les había puesto. ¹⁹Cuando los siervos de Isaac cavaron en el valle encontraron allí un pozo de aguas vivas. ²⁰Entonces riñeron los pastores de Gerar con los pastores de Isaac, diciendo: El agua es nuestra. Por eso él llamó al pozo

Esek, porque habían reñido con él. ²¹Cavaron otro pozo, y también riñeron por él; por eso lo llamó Sitna. ²²Y se trasladó de allí y cavó otro pozo, y no riñeron por él; por eso lo llamó Rehobot, porque dijo: Al fin el Señor ha hecho lugar para nosotros, y prosperaremos en la tierra.

²³De allí subió a Beerseba. ²⁴Y el Señor se le apareció aquella misma noche, y le dijo: Yo soy el Dios de tu padre Abraham; no temas, porque yo estoy contigo. Y te bendeciré y multiplicaré tu descendencia, por amor de mi siervo Abraham. ²⁵Y él construyó allí un altar e invocó el nombre del Señor y plantó allí su tienda; y allí abrieron los siervos de Isaac un pozo.

²⁶Entonces Abimelec vino a él desde Gerar, con su consejero Ahuzat y con Ficol, jefe de su ejército. ²⁷Y les dijo Isaac: ¿Por qué habéis venido a mí, vosotros que me odiáis y me habéis echado de entre vosotros? ²⁸Y ellos respondieron: Vemos claramente que el Señor ha estado contigo, así es que dijimos: “Haya ahora un juramento entre nosotros, entre tú y nosotros, y hagamos un pacto contigo, ²⁹de que no nos harás ningún mal, así como nosotros no te hemos tocado y sólo te hemos hecho bien, y te hemos despedido en paz. Tú eres ahora el bendito del Señor.” ³⁰Entonces él les preparó un banquete, y comieron y bebieron. ³¹Y se levantaron muy de mañana y se hicieron mutuo juramento; entonces Isaac los despidió y ellos partieron de su lado en paz. ³²Y sucedió que aquel mismo día los siervos de Isaac llegaron y le informaron acerca del pozo que habían cavado, y le dijeron: Hemos hallado agua. ³³Y lo llamó Seba; por eso el nombre de la ciudad es Beerseba hasta hoy.

³⁴Cuando Esaú tenía cuarenta años, se casó con Judit, hija de Beeri heteo, y con Basemat, hija de Elón heteo; ³⁵y ellas hicieron la vida insoportable para Isaac y Rebeca.

Este capítulo es el único dedicado enteramente a Isaac, cuya historia no sólo es más corta, sino también menos espectacular que las de Abraham o Jacob. En muchos sentidos, es el puente entre ambos hombres, dado que recapitula las lecciones que aprendió Abraham, transmitiendo Isaac a sus hijos todo lo que Dios había revelado hasta el momento sobre el destino de la familia y sobre su propia Persona. Su vida fue un momento de consolidación, y no era necesario que viajara —igual que había hecho su padre— fuera de las fronteras de Canaán.

La única aventura de la vida de Isaac la ocasionó una hambruna en la región del Neguev, siempre precaria. Cuando los alimentos escasearon, tuvo la posibilidad de dirigirse a Egipto, irrigado por el Nilo, o a la costa de Canaán, de mayor pluviosidad. Isaac se dirigió al destino más cercano, y en esos momentos de problemas y perplejidad el Señor se le apareció. Primero Dios confirmó a Isaac que había hecho lo correcto al no acudir a Egipto. Gerar era el lugar donde el Señor estaría con él para bendecirle y, además, su territorio, que otros poseían y gobernaban, sería entregado un día a sus descendientes, una promesa que empezó a cumplirse en tiempos de David (2 S. 5:25; 8:1), cuando derrotó a los filisteos cientos de años después. La promesa hecha a Abraham se reitera a Isaac: sus descendientes serán innumerables y por medio de ellos Dios bendecirá a todas las naciones de la tierra, *por amor de su siervo Abraham* y porque este obedeció al pie de la letra lo que el Señor le ordenó. La consecuencia es que Isaac debe prestar la misma atención a garantizar, mediante su obediencia perfecta, la transmisión de la herencia durante las generaciones venideras. Dado que

no se menciona a ningún hijo, es probable que Esaú y Jacob aún no hubiesen nacido. La fe de Isaac, como la de su padre, creció mediante la prueba, y demostró esa fe mediante su disposición a hacer la voluntad de Dios. Los mandamientos, estatutos y leyes de Dios aún no se habían detallado, y «donde no hay ley, tampoco hay transgresión» (Ro. 4:15). Quizá por eso no leemos que Abraham se arrepintiera. Abraham entendía a su Señor hasta tal punto, que intuía lo que estaba bien y obraba en consecuencia. Sus faltas fueron pasadas por alto y sus deslices olvidados, pero, una vez llegó la ley, ya no podía pasarse por alto la desobediencia.

Uno de los deslices de Abraham se repetiría en la experiencia de Isaac. El gobernador de Gerar sigue llamándose Abimelec (*cfr.* 20:2 y ss.), quizá porque era el nombre de la familia o el tradicional de los reyes. Significaba «[Dios] el rey es mi padre». En este incidente, a diferencia de aquella ocasión en la que Abraham fingió que Sarai era su hermana (12:11–16), nadie intentó casarse con Rebeca, aunque Isaac optó por decir que eran hermanos. Lo que resulta curioso es la elevada moralidad de Gerar y la severidad del castigo decretado para quien tomase a la mujer de otro. Se solicitaba nada menos que la pena de muerte: « *El que toque a este hombre o a su mujer, de cierto morirá*»; así de grave era la culpa asociada con la infracción de las leyes sobre el matrimonio (10). Incluso los filisteos podían avergonzarse, en ocasiones, al pueblo de Dios.

Una vez trasladado a Gerar, Isaac permaneció allí *largo tiempo* (8), cultivó la tierra y se enriqueció. A los habitantes locales les molestó su éxito y le pidieron que se fuera. Ya no era bienvenido. Pero no se fue lejos, prefiriendo usar los pozos que su padre había excavado cuando se dirigía a la región. No es que Isaac estuviera usando un agua que otros necesitaban, porque los pozos estaban cegados hasta que él los volvió a abrir, sino que los filisteos reclamaban todos los recursos del territorio como propios, incluso cuando no los pensaban utilizar. Isaac se fue retirando gradualmente, dejando atrás pozos cuyos nombres recordasen sus disputas con los vecinos, y al final regresó a Beerseba, donde recibió su única revelación del Señor. Fue la garantía de que estaba siguiendo la voluntad de Dios, y por tanto este le iba a bendecir. Como respuesta a la iniciativa divina, Isaac *construyó allí un altar e invocó el nombre del Señor y plantó allí su tienda* (25). Aquí vemos cierto respaldo a la hipótesis de que la tienda iba destinada a la adoración, como sostiene el profesor Wiseman (*cfr.* la misma combinación de actos en 12:7–8; 13:4, 18, etc.). Aún no se había prescrito ninguna pauta de adoración, pero esta formaba parte de la vida de los pueblos circundantes, y quienes recibían la palabra de Dios no podían por menos que favorecer la adoración constante del Señor de su pacto. Ciertamente, la adoración fue lo primero en lo que pensaron. Escucharon y recibieron la palabra del Señor, dedicándose a la adoración y la alabanza, comprometiéndose a obedecerle. De forma similar, quienes han recibido las riquezas de la gracia en Cristo deben cumplir su destino de adorar para alabanza de su gloria (Ef. 1:12). Su adoración se perpetuará en la eternidad (Ap. 22:3).

El incidente con Abimelec había dejado una herida abierta que podría haber generado una venganza permanente. El acuerdo previo con Abraham (21:22–24) estaba sometido a presión y requería una renovación urgente. Hay que reconocer que

Abimelec fue siempre el primero en tomar la iniciativa para mantener la paz, quizá porque temía las consecuencias de un ataque por parte de quienes eran los «benditos del Señor». Se expresan con claridad los distintos puntos de vista de ambas partes. Isaac es consciente del odio, mientras Abimelec sólo habla de haber hecho bien. Sin embargo, Isaac se muestra conciliador, y el banquete que organiza forma parte de la reconciliación, que se selló al día siguiente mediante juramentos recíprocos. Se trataba de un pacto entre iguales, una forma admitida de establecer alianzas, y para definirla se usa la misma palabra (heb. *b^erît*, v. 28) que la que se emplea para hablar del pacto de Dios con su pueblo, aunque, en el pacto divino, tanto la iniciativa como los términos procedían del Señor.

El suministro de agua adecuado seguía siendo una prioridad importante, y de ahí la alegría de los siervos de Isaac cuando informaron que habían excavado otro pozo (cfr. 21:25–31). El nombre *Beerseba* era un juego de palabras sobre el número «siete» (del que *Seba* era una variante) y el verbo «jurar». No está claro si el «siete» era una referencia a los siete corderos de Abraham (21:28) o si realmente había siete pozos en Beerseba. En este capítulo, lo que se subraya es el juramento. Por segunda vez, Beerseba había sido el punto donde se llegó a un acuerdo, del cual su nombre sería recordatorio perpetuo.

Génesis 27:1–28:9. Isaac y la bendición

¹Y aconteció que siendo ya viejo Isaac, y sus ojos demasiado débiles para ver, llamó a Esaú, su hijo mayor, y le dijo: Hijo mío. Y él le respondió: Heme aquí. ²Y dijo Isaac: Mira, yo soy viejo y no sé el día de mi muerte. ³Ahora pues, te ruego, toma tu equipo, tu aljaba y tu arco, sal al campo y tráeme caza; ⁴y prepárame un buen guisado como a mí me gusta, y tráemelo para que yo coma, y que mi alma te bendiga antes que yo muera.

⁵Rebeca estaba escuchando cuando Isaac hablaba a su hijo Esaú. Y cuando Esaú fue al campo a cazar una pieza para traer a casa, ⁶Rebeca habló a su hijo Jacob, diciendo: He aquí, oí a tu padre que hablaba con tu hermano Esaú, diciéndole: ⁷“Tráeme caza y prepárame un buen guisado para que coma y te bendiga en presencia del Señor antes de mi muerte.” ⁸Ahora pues, hijo mío, obedéceme en lo que te mando. ⁹Ve ahora al rebaño y tráeme de allí dos de los mejores cabritos de las cabras, y yo prepararé con ellos un buen guisado para tu padre como a él le gusta. ¹⁰Entonces se lo llevarás a tu padre, que comerá, para que te bendiga antes de su muerte. ¹¹Y Jacob dijo a su madre Rebeca: He aquí, Esaú mi hermano es hombre velludo y yo soy lampiño. ¹²Quizá mi padre me palpe, y entonces seré para él un engañador y traeré sobre mí una maldición y no una bendición. ¹³Pero su madre le respondió: Caiga sobre mí tu maldición, hijo mío; solamente obedéceme, y ve y tráemelos. ¹⁴Y él fue, los tomó y los trajo a su madre; y su madre hizo un buen guisado, como a su padre le gustaba. ¹⁵Entonces Rebeca tomó las mejores vestiduras de Esaú, su hijo mayor, que tenía ella en la casa, y vistió a Jacob, su hijo menor; ¹⁶le puso las pieles de los cabritos sobre las manos y sobre la parte lampiña del cuello, ¹⁷y puso el guisado y el pan que había hecho en manos de su hijo Jacob.

¹⁸Entonces él fue a su padre, y dijo: Padre mío. Y éste respondió: Aquí estoy. ¿Quién eres, hijo mío? ¹⁹Y Jacob dijo a su padre: Soy Esaú tu primogénito. He hecho lo que me

dijiste. Levántate, te ruego. Siéntate y come de mi caza para que me bendigas. ²⁰E Isaac dijo a su hijo: ¿Cómo es que la has encontrado tan pronto, hijo mío? Y él respondió: Porque el Señor tu Dios hizo que así me acaeciera. ²¹Isaac entonces dijo a Jacob: Te ruego que te acerques para palparte, hijo mío, a ver si en verdad eres o no mi hijo Esaú. ²²Jacob se acercó a Isaac su padre, y él lo palpó y dijo: La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú. ²³Y no lo reconoció porque sus manos eran velludas como las de su hermano Esaú, y lo bendijo. ²⁴Y le preguntó: ¿Eres en verdad mi hijo Esaú? Y él respondió: Yo soy. ²⁵Entonces dijo: Sírveme, y comeré de la caza de mi hijo para que yo te bendiga. Y le sirvió, y comió; le trajo también vino, y bebió. ²⁶Y su padre Isaac le dijo: Te ruego que te acerques y me beses, hijo mío.

²⁷Y él se acercó y lo besó; y al notar el olor de sus vestidos, lo bendijo, diciendo: He aquí, el olor de mi hijo es como el aroma de un campo que el Señor ha bendecido. ²⁸Dios te dé, pues, del rocío del cielo, y de la grosura de la tierra, y abundancia de grano y de mosto. ²⁹Sírvante pueblos, y póstrense ante ti naciones; sé Señor de tus hermanos, e inclínense ante ti los hijos de tu madre. Malditos los que te maldigan, y benditos los que te bendigan.

³⁰Y sucedió que tan pronto como Isaac había terminado de bendecir a Jacob, y apenas había salido Jacob de la presencia de su padre Isaac, su hermano Esaú llegó de su cacería. ³¹Y también él hizo un buen guisado y lo trajo a su padre, y dijo a su padre: Levántese mi padre, y coma de la caza de su hijo, para que tú me bendigas. ³²Y su padre Isaac le dijo: ¿Quién eres? Y él respondió: Soy tu hijo, tu primogénito, Esaú. ³³Y tembló Isaac con estremecimiento muy grande, y dijo: ¿Quién fue entonces el que trajo caza, antes de que tú vinieras, y me la trajo y yo comí de todo, y lo bendije? Sí, y bendito será. ³⁴Al oír Esaú las palabras de su padre, clamó con un grande y amargo clamor, y dijo a su padre: ¡Bendíceme, bendíceme también a mí, padre mío! ³⁵Y él respondió: Tu hermano vino con engaño, y se ha llevado tu bendición. ³⁶Y Esaú dijo: Con razón se llama Jacob, pues me ha suplantado estas dos veces. Me quitó mi primogenitura, y he aquí, ahora me ha quitado mi bendición. Y añadió: ¿No has reservado una bendición para mí? ³⁷Pero Isaac respondió, y dijo a Esaú: He aquí, yo lo he puesto por Señor tuyo, y le he dado por siervos a todos sus parientes; y con grano y mosto lo he sustentado. En cuanto a ti ¿qué haré, pues, hijo mío? ³⁸Y Esaú dijo a su padre: ¿No tienes más que una bendición, padre mío? Bendíceme, bendíceme también a mí, padre mío. Y Esaú alzó su voz y lloró.

³⁹Entonces su padre Isaac respondió, y le dijo: He aquí, lejos de la fertilidad de la tierra será tu morada, y lejos del rocío que baja del cielo. ⁴⁰Por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás; mas acontecerá que cuando te impacientes, arrancarás su yugo de tu cerviz.

⁴¹Esaú, pues, guardó rencor a Jacob a causa de la bendición con que su padre lo había bendecido; y Esaú se dijo: Los días de luto por mi padre están cerca; entonces mataré a mi hermano Jacob. ⁴²Cuando las palabras de Esaú, su hijo mayor, le fueron comunicadas a Rebeca, envió a llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: Mira, en cuanto a ti, tu hermano Esaú se consuela con la idea de matarte. ⁴³Ahora pues, hijo mío, obedece mi voz: levántate y huye a Harán, a casa de mi hermano Labán. ⁴⁴Y quédate con él algunos días hasta que se calme el furor de tu hermano; ⁴⁵hasta que la ira de tu hermano contra ti se calme, y olvide lo que le hiciste. Entonces enviaré y te traeré de allá. ¿Por qué he de sufrir la pérdida de vosotros dos en un mismo día?

⁴⁶Y Rebeca dijo a Isaac: Estoy cansada de vivir a causa de las hijas de Het; si Jacob

toma mujer de las hijas de Het, como éstas, de las hijas de esta tierra, ¿para qué me servirá la vida? ¹Y llamó Isaac a Jacob, lo bendijo y le ordenó, diciendo: No tomarás mujer de entre las hijas de Canaán. ²Levántate, ve a Padán-aram, a casa de Betuel, padre de tu madre; y toma de allí mujer de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. ³Y el Dios Todopoderoso te bendiga, te haga fecundo y te multiplique, para que llegues a ser multitud de pueblos. ⁴Y te dé también la bendición de Abraham, a ti y a tu descendencia contigo, para que tomes posesión de la tierra de tus peregrinaciones, la que Dios dio a Abraham. ⁵Entonces Isaac despidió a Jacob, y éste fue a Padán-aram, a casa de Labán, hijo de Betuel arameo, hermano de Rebeca, madre de Jacob y Esaú.

⁶Y vio Esaú que Isaac había bendecido a Jacob y lo había enviado a Padán-aram para tomar allí mujer para sí, y que cuando lo bendijo, le dio órdenes, diciendo: No tomarás para ti mujer de entre las hijas de Canaán, ⁷y que Jacob había obedecido a su padre y a su madre, y se había ido a Padán-aram. ⁸Vio, pues, Esaú que las hijas de Canaán no eran del agrado de su padre Isaac; ⁹y Esaú fue a Ismael, y tomó por mujer, además de las mujeres que ya tenía, a Mahalat, hija de Ismael, hijo de Abraham, hermana de Nebaiot.

En este último capítulo de la vida de Isaac, convergen tres referencias al futuro de Esaú y de Jacob. Antes del nacimiento de los mellizos, a Rebeca se le había dicho que «el mayor servirá al menor»: una profecía (25:23). En segundo lugar, estaba el derecho del hijo mayor de poseer más bienes y privilegios: el derecho de primogenitura; Esaú había renunciado a él cuando se lo «vendió» a Jacob (25:29–34). Este capítulo habla del mensaje solemne de un padre anciano a sus hijos, lo que en nuestra cultura correspondería más o menos a la redacción de un testamento: la bendición en el lecho de muerte. «*Mira, yo soy viejo y no sé el día de mi muerte*» era una fórmula que se pronunciaba en esos momentos y que correspondía a nuestros «última voluntad y testamento». A la vista de su importancia y dada la incertidumbre de la vida, la bendición había que darla en un buen momento, e Isaac vivió muchos años después de pronunciar la suya (35:27–29).

Isaac, con toda intención, se dispuso a emitir la bendición de tal manera que consiguiera el objetivo que buscaba. Primero, llamó a la ceremonia sólo a Esaú, excluyendo a Jacob. En segundo lugar, hizo lo posible por mantener en secreto una transacción que, para ser legal, exigía la presencia de testigos. Finalmente, no tuvo en cuenta ni la profecía hecha a Rebeca ni la temeraria venta del derecho de primogenitura de Esaú. Ciego, pero ni mucho menos moribundo, Isaac hizo a Esaú partícipe de sus planes y le envió a preparar el banquete en el que la bendición, de tremenda importancia, le sería conferida. En el proceso no logró mantener sus intenciones en secreto, porque Rebeca, más que consciente de los prejuicios de su marido, se mantuvo informada de sus planes y puso en marcha su propia alternativa, arrastrando a Jacob en su engaño.

Es evidente que Isaac y Rebeca habían perdido el amor que les había unido al principio de su vida de casados (24:67). Aunque seguían siendo marido y mujer, cada uno iba a la suya, planeando engañar al otro para alcanzar sus propios objetivos. Así, la familia estaba dividida debido al individualismo de los progenitores, porque Isaac y Rebeca eran en polos opuestos gracias a su amor por Esaú y Jacob respectivamente, y

decidieron que la bendición la recibiese aquel a quien ellos más querían. Es posible que vivieran «juntos en fidelidad», como dice de ellos el *Book of Common Prayer* en la oración que se hace cuando se intercambian los votos en una boda, pero desde luego no mantenían «un amor y una paz perfectos», ni buscaban los caminos del Señor.

El disparatado plan de Rebeca corría un riesgo importante de salir a la luz, pero ella lo había organizado con cuidado y, en el caso de que saliera mal, estaba dispuesta a cargar con las consecuencias (13). Al final, para ella supuso una maldición considerable, dado que nunca volvería a ver a su amado hijo Jacob. En cuanto a la famosa receta de Esaú para cocinar carne de caza, Rebeca podía servir carne tierna de cabra en la mitad de tiempo sin que Isaac se apercibiera de la diferencia. Disfrazar la falta de vello de Jacob resultaba un poco más difícil, pero la piel de un cabrito funcionó bien y, vestido con las mejores ropas de Esaú, la transformación de Jacob fue completa. Parece que Isaac no fue lo bastante listo como para no seguir la intuición que le decía que algo estaba mal, pero, como observa Derek Kidner, «hace tiempo que su paladar estaba gobernado por su corazón (25:28)».

Jacob siguió adelante con el plan, aunque en dos ocasiones tuvo que mentir directamente y en la otra llegó hasta el punto de decir que Dios le había ayudado (20). La comida hizo su efecto y el aroma de los campos en las ropas de Esaú forjó la imagen de «un campo que el Señor ha bendecido», con su abundancia de animales y cultivos. Aunque la voz era la de Jacob, Isaac siguió adelante con su plan de establecer el linaje escogido pronunciando las trascendentales bendición y maldición. Sus manos estaban atadas por sus propias maquinaciones secretas, porque haber cuestionado la identidad de su vida llamando a un testigo hubiera conllevado dar publicidad al asunto.

Así, Jacob recibió la bendición destinada a su hermano, una oración poderosa para tener éxito en las cosechas, supremacía en la familia y en los asuntos internacionales, respaldada por la bendición divina sobre sus aliados y su condena de sus enemigos. Era tan exhaustiva, que no dejaba gran cosa de importancia para el otro hermano. Por eso, el regreso de Esaú es tan dramático para él y también para su padre, de modo que centramos nuestra simpatía en Esaú por el cruel engaño y el amargo grito que profiere, fruto de la decepción. A pesar del engaño de Jacob la bendición seguía siendo suya, y Esaú quedó relegado al territorio al borde del desierto, donde era imposible cultivar y donde tendría que centrar sus máximas esperanzas en la lucha revolucionaria y en liberarse del dominio de su hermano. Jacob iba a pagar un alto precio por esta usurpación. Corría peligro de muerte debido al odio asesino que Esaú sentía hacia él; eso explica el plan de Rebeca de enviar a Jacob con su propia familia en Harán, hasta que pudiera volver a casa con cierta seguridad.

Sin embargo, tal y como Rebeca expuso el caso a Isaac, todo se centraba en el matrimonio de Jacob. Más nueras como aquellas harían que la vida fuese intolerable. Era cierto y era una buena historia, aunque no era toda la verdad. Isaac entendió la idea y decidió seguir el consejo de su padre enviando a Jacob a casarse en la familia de la que venía Rebeca, de modo que Jacob partió con el beneplácito de su padre y con su oración de que toda la bendición de Abraham estuviera con él y con sus descendientes. A la bendición que otorgó inadvertidamente a Jacob (27:27–29), iba añadida la promesa

de la tierra de Canaán, una esperanza particularmente consoladora para alguien que partía hacia un lugar distante en otro territorio. Rebeca había manejado hábilmente los acontecimientos para beneficio de Jacob, pero a un precio considerable para sí misma, porque al final el joven estuvo fuera veinte años. Cuando regresó, no se dice nada de que se reencontrase con ella. Esaú, por su parte, captó la idea de no casarse con cananeas y, en un intento de complacer a su padre, se casó con una hija de Ismael. No entendió en absoluto la importancia de la promesa.

El oráculo profético que fue transmitido a Rebeca antes del nacimiento de sus mellizos había demostrado ser notablemente preciso: el mayor serviría al menor. Hasta cierto punto, ella había contribuido al cumplimiento de esta profecía, favoreciendo a Jacob y defendiendo su causa. Por otro lado, Isaac fue un instrumento en sus manos, intentando transmitir en secreto la bendición legalmente vinculante. Ambos actuaron según su carácter, como hicieron los dos muchachos. Su destino no se rigió por el azar ciego, sino que estuvo imbricado con sus elecciones e intereses personales. Las implicaciones directas de las elecciones humanas son ineludibles en este incidente. Un contraste parecido entre dos hermanos es el que hallamos en la parábola de los dos hijos, que relató el Señor (Lc. 15:11–32). Allí el hermano mayor también se consideró maltratado y no hay indicación alguna de que cambiase de opinión, mientras que el hermano más joven se dio cuenta de su necesidad, volvió a casa en busca de misericordia y descubrió una aceptación amorosa. La santurronería es la barrera más impenetrable de todas. Puede darse el caso de personas que, gracias a su educación y formación, hayan estado cerca de las buenas noticias del evangelio, pero, sin embargo, se hayan perdido la bendición, como le pasó a Esaú.

No tenemos manera de saber cómo hubiera cumplido el Señor el futuro tal y como estaba indicado en el oráculo divino. Su propósito favorable se vio desvirtuado por las maquinaciones y manipulaciones humanas, que a su vez surgieron de la falta de armonía matrimonial. Ninguno de los cónyuges fue sensible a la guía del Señor, porque cada uno estaba centrado en alcanzar sus propios intereses, siempre lejísimos del arrepentimiento y de la fe, y de la paciencia que espera que el Señor cumpla sus propósitos.

TERCERA PARTE

Jacob

Génesis 28:10–36:43

Génesis 28:10–22. La escalera de Jacob

¹⁰Y salió Jacob de Beerseba, y fue para Harán. ¹¹Y llegó a cierto lugar y pasó la noche allí, porque el sol se había puesto; tomó una de las piedras del lugar, la puso de cabecera y se acostó en aquel lugar. ¹²Y tuvo un sueño, y he aquí, había una escalera apoyada en la tierra cuyo extremo superior alcanzaba hasta el cielo; y he aquí, los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. ¹³Y he aquí, el Señor estaba sobre ella, y dijo: Yo soy el Señor, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en la que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. ¹⁴También tu descendencia será como el polvo de la tierra, y te extenderás hacia el occidente y hacia el oriente, hacia el norte y hacia el sur; y en ti y en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra. ¹⁵He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que vayas y te haré volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he prometido. ¹⁶Despertó Jacob de su sueño y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía. ¹⁷Y tuvo miedo y dijo: ¡Cuán imponente es este lugar! Esto no es más que la casa de Dios, y esta es la puerta del cielo.

¹⁸Y se levantó Jacob muy de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, la erigió por señal y derramó aceite por encima. ¹⁹Y a aquel lugar le puso el nombre de Betel, aunque anteriormente el nombre de la ciudad había sido Luz. ²⁰Entonces hizo Jacob un voto, diciendo: Si Dios está conmigo y me guarda en este camino en que voy, y me da alimento para comer y ropa para vestir, ²¹y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios. ²²Y esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios; y de todo lo que me des, te daré el diezmo.

El solitario viaje de Jacob, desde el hogar que tanto amaba, ya le había llevado a 90 km al norte de Beerseba. Caía la noche y se dispuso a dormir bajo las estrellas, con la intención de proseguir viaje al alba del día siguiente. Fue en este momento, con su ánimo tan bajo, en el que Jacob carecía de ayuda humana y era más consciente de su necesidad de protección y guía, cuando el Señor se reveló a aquel hombre que tan poco lo merecía.

En aquel territorio de rocas calizas, en las colinas centrales, era normal utilizar una de las numerosas piedras como reposacabezas, y los grandes peñascos que se erguían por encima de él pudieron sugerirle la escalera que conectaba el cielo con la tierra, que vio en su sueño. En las escaleras, vio ángeles, que subían desde donde estaba y que descendían por los peldaños. Después de todo, ¡no estaba solo! Pero, lo que es más, el Señor estaba a su lado y le hablaba. De la misma manera que Francis Thompson captura la maravilla de la proximidad del cielo en ‘El tráfico de la escalera de Jacob situada entre el cielo y Charing Cross’⁵⁷, también nosotros podemos sustituir el lugar de Jacob por el nuestro propio, porque su experiencia la han compartido muchos otros desde entonces. El mensaje que escuchó encajaba perfectamente con sus circunstancias. Dejaba la casa de su padre, pero el Dios de sus padres le hablaba. No tenía parientes cariñosos que le ofrecieran refugio durante su camino, pero aquel mismo Dios le prometía darle la tierra. Aún no tenía esposa, pero la promesa de numerosos

descendientes presuponía su boda y le vinculaba con el pacto establecido con Abraham. Su vida adoptó un sentido porque formaba parte del propósito constante del Señor para todas las generaciones, pero, en las circunstancias inmediatas, Jacob podría seguir con su viaje aventurado sabiendo que estaría protegido por la supervisión omnipresente del Señor. Además, disponía de la promesa «*te haré volver a esta tierra*»; a pesar del engaño de Jacob, Dios, en su gracia, cumplió sus promesas.

Para Jacob, este fue el suceso espiritual más destacado de su juventud, que años más tarde se equipararía al encuentro inolvidable con el ángel en Peniel (32:22–32). A partir de ese momento, el Señor no era sólo el Dios de su padre (27:20), sino también el de Jacob, aunque aún seguía buscando garantías ulteriores (v. 20). De repente, totalmente despierto tras aquel sueño tan vívido, decidió conmemorar el acontecimiento y señalar el punto sagrado donde el cielo había tocado la tierra porque Dios le había hablado. «*Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía*». Su consciencia espiritual, recién despertada, le decía que debía haber algo especial en aquel lugar de apariencia tan normal; había tropezado con *la casa de Dios y la puerta del cielo*, y tener mala conciencia no resultaba nada cómodo. A pesar de todo, había sobrevivido a su encuentro con el Dios vivo, e incluso había recibido una garantía. Ahora lo que le preocupaba era hacer lo correcto. Sus antecesores hubieran erigido un altar, pero él tomó la piedra que le había servido de almohada y la puso en vertical, como un hito. Luego la consagró ungiéndola con aceite, un acto simbólico que más tarde se desarrollaría en la distinción de «los ungidos» (heb. Mesías), destinados a ministerios particulares.

La ceremonia de la unción fue algo privado en el caso de Jacob, y no hay ninguna placa que la conmemore, pero el nuevo nombre, *Betel*, que significa «la casa de Dios», acabaría siendo conocido y recordaría este suceso a incontables generaciones. Por el momento, Jacob se comprometió todo lo bien que pudo con el Señor que se le había revelado y le había dado promesas. Los términos de su juramento parecen calculadores; ciertamente, teniendo en cuenta que había recibido la promesa expresa del Señor de que regresaría a Canaán, Jacob se mostró apático, indiferente a la garantía amorosa de Dios. Antes de comprometerse al cien por cien, Jacob quería disponer de la evidencia circunstancial de la puesta por obra de las promesas de Dios en su vida. Si la veía, podría comprometerse al Señor como su Dios. Tomás, que sentía el mismo deseo de disponer de evidencias tangibles, dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto el dedo en el lugar de los clavos, y pongo la mano en su costado, no creeré» (Jn. 20:25). El Señor, con una paciencia maravillosa, se reúne con nosotros allá donde estemos. Tanto Jacob como Tomás vieron cómo se cumplían sus «condiciones», aunque en el caso de Jacob, como es lógico, pasarían muchos años antes de comprobarlo. Por parte de Jacob, el juramento que hizo suponía un precio. Cuando el Señor se convirtiera en su Dios, el pilar de Betel se convertiría en la capilla donde Jacob adorase, y un diez por ciento de sus posesiones serían del Señor. La práctica de entregar un *diezmo* al Dios que uno adora es muy antigua, dado que se remonta a un punto anterior a la ley de Moisés, y se extiende a otros pueblos del Oriente Próximo (*cfr.* 14:20). Sigue siendo una guía útil para decidir qué regalo sería digno para el Dios al que le debemos todas las

cosas.

Una generación anterior, se había propuesto alcanzar el cielo construyendo una «torre» (Gn. 11:1–9). Probablemente, se trataba de la estructura semejante a una pirámide escalonada conocida como «zigurat», dotada de una escalinata gigantesca. Sea como fuere, el intento no salió bien. En el momento preciso, el Señor «descendería» para revelar que no andaba lejos, sino bien cerca, «nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Sal. 46:1), incluso para un joven falto de escrúpulos que huía del hermano al que había robado dos veces. Este hecho nos resulta impactante, incluso inmoral, hasta que nos damos cuenta de que todos estamos en el mismo barco, siendo indignos de acercarnos a Dios y de salvarnos solos. Entonces nos empieza a maravillar la importancia de la experiencia de Jacob, y nos unimos a él para adorar «al Dios de Betel», porque el Dios que se relacionó con él es también quien quiere hacerlo con nosotros, convirtiéndonos en algo que, de otro modo, nunca hubiésemos sido.

Y luego, al despertar
a tu voz fiel,
sin duelo he de elevar
nueva Bethel;
y al fin llegaré así
más cerca, oh Dios, de ti,
 más cerca, oh Dios, de ti,
más cerca, sí.

Génesis 29:1–30. Una boda en Harán

¹Entonces Jacob siguió su camino, y fue a la tierra de los hijos del oriente. ²Y miró, y vio un pozo en el campo, y he aquí, tres rebaños de ovejas estaban echados allí junto a él, porque de aquel pozo daban de beber a los rebaños, y la piedra sobre la boca del pozo era grande. ³Cuando todos los rebaños se juntaban allí, entonces rodaban la piedra de la boca del pozo y daban de beber a las ovejas, y volvían a poner la piedra en su lugar sobre la boca del pozo.

⁴Y Jacob dijo a los pastores: Hermanos míos, ¿de dónde sois? Y ellos dijeron: Somos de Harán. ⁵Entonces les dijo: ¿Conocéis a Labán, hijo de Nacor? Y ellos respondieron: Lo conocemos. ⁶Y él les dijo: ¿Se encuentra bien? Y dijeron: Está bien; mira, su hija Raquel viene con las ovejas. ⁷Y él dijo: He aquí, aún es pleno día, no es tiempo de recoger el ganado. Dad de beber a las ovejas, e id a apacentarlas. ⁸Pero ellos dijeron: No podemos, hasta que se junten todos los rebaños y quiten la piedra de la boca del pozo; entonces daremos de beber a las ovejas.

⁹Todavía estaba él hablando con ellos, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella era pastora. ¹⁰Y sucedió que cuando Jacob vio a Raquel, hija de Labán, hermano de su madre, y las ovejas de Labán, hermano de su madre, Jacob subió y quitó la piedra de la boca del pozo, y dio de beber al rebaño de Labán, hermano de su madre. ¹¹Entonces Jacob besó a Raquel, y alzó su voz y lloró. ¹²Y Jacob hizo saber a Raquel que él era pariente de su padre, y que era hijo de Rebeca; y ella corrió y se lo hizo saber a su

padre.

¹³Y sucedió que cuando Labán oyó las noticias de Jacob, hijo de su hermana, corrió a su encuentro, lo abrazó, lo besó y lo trajo a su casa. Entonces él contó a Labán todas estas cosas. ¹⁴Y le dijo Labán: Ciertamente tú eres hueso mío y carne mía. Y Jacob se quedó con él todo un mes.

¹⁵Y Labán dijo a Jacob: ¿Acaso porque eres mi pariente has de servirme de balde? Hazme saber cuál será tu salario. ¹⁶Labán tenía dos hijas; el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel. ¹⁷Y los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era de bella figura y de hermoso parecer. ¹⁸Y Jacob se había enamorado de Raquel, y dijo: Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor. ¹⁹Y Labán dijo: Mejor es dártela a ti que dársela a otro hombre; quédate conmigo. ²⁰Jacob, pues, sirvió siete años por Raquel, y le parecieron unos pocos días, por el amor que le tenía.

²¹Entonces Jacob dijo a Labán: Dame mi mujer, porque mi tiempo se ha cumplido para unirme a ella. ²²Y Labán reunió a todos los hombres del lugar, e hizo un banquete. ²³Y sucedió que al anochecer tomó a su hija Lea y se la trajo, y Jacob se llegó a ella. ²⁴Y Labán dio su sierva Zilpa a su hija Lea como sierva. ²⁵Cuando fue de mañana, he aquí que era Lea. Y Jacob dijo a Labán: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿No fue por Raquel que te serví? ¿Por qué, pues, me has engañado? ²⁶Y Labán respondió: No se acostumbra en nuestro lugar dar a la menor antes que a la mayor. ²⁷Cumple la semana nupcial de ésta, y te daremos también la otra por el servicio que habrás de rendirme aún otros siete años. ²⁸Así lo hizo Jacob, y cumplió la semana de ella; y él le dio a su hija Raquel por mujer. ²⁹Y Labán dio su sierva Bilha a su hija Raquel como sierva. ³⁰Y Jacob se llegó también a Raquel, y amó más a Raquel que a Lea; y sirvió a Labán durante otros siete años.

Aunque había estado en el umbral del cielo, Jacob no pudo quedarse en él. Tenía que «levantarse», como lo expresa el hebreo, y seguir su penoso viaje hacia el norte durante días y semanas. Entonces, un día, cuando estaba aparentemente lejos de toda morada humana, el camino le hizo pasar junto a un pozo rodeado de rebaños de ovejas. Los pastores estaban descansando por allí, lo cual es evidente que disgustó a Jacob, dado que era mediodía y no era hora de andar holgazaneando. Pero aquel viajero desconocía las costumbres del lugar, y su crítica de que eran unos gandules fue un tanto prematura. Se sobreentendía que no empezarán a mover la piedra hasta que hubieran llegado todos a echar una mano, y avanzando hacia ellos con su rebaño estaba Raquel, hija de Labán, a cuya casa se dirigía Jacob. ¿Quizá se estaban riendo de ella y esperando que moviera la piedra? Existen evidencias de que esta tarea de dar de beber al rebaño en ocasiones la llevaban a cabo niñas y mujeres jóvenes (24:20; Éx. 2:16–19). En este día concreto, Raquel encontró un inesperado adalid en el forastero del pozo. No sólo demostró a aquellos hombres que podía darles una lección, sino que evidenció su valía a la joven a quien deseaba impresionar, apartando la piedra y sacando toda el agua que necesitaba ella para su rebaño.

A diferencia del siervo de Abraham, que también se encontró junto a un pozo con quien iba buscando, Jacob no tenía regalos que entregar, pero abrazó a su prima menor y lloró cuando esta le reveló su identidad. Olvidándose de sus ovejas, ella salió corriendo, como Rebeca una generación antes, para contar las noticias a su padre.

Labán, entusiasta como siempre y sin duda recordando la ocasión previa, salió corriendo a recibirlo, darle la bienvenida y hospedarlo en su casa. Labán no tardaría mucho en darse cuenta de que, en dos sentidos importantes, la llegada de Jacob difería de la del siervo de Abraham. Jacob carecía de dinero y no parecía tener prisa por marcharse. Jacob, que ya se había enamorado de Raquel, había pensado quizá en la posibilidad de ganar lo suficiente como para pagar su manutención y la dote, dado que no tenía otro medio de hacerlo. ¿Por qué Isaac no había pensado en esta cuestión, como lo hizo Abraham cuando envió a buscar una esposa para Isaac? Aunque le otorgó su bendición, no la acompañó de ninguno de sus bienes.

La proposición de Jacob de trabajar siete años para obtener la mano de Raquel resultó más que aceptable para Labán. Podía casar a su hija Lea, menos atractiva, y obtener mano de obra gratis cuando expirasen los siete años. Según Gordon Wenham, es posible que los siete años de trabajo a cambio de una esposa fueran el periodo estipulado, y se esperaba que la dote de la novia se equiparase al sueldo de esos siete años. Semejante suma era la garantía de una intención honorable y evitaba los flirteos pasajeros, aparte de constituir un elemento disuasorio para no divorciarse a la ligera. El hecho de que durante siete años Jacob disfrutara de la compañía de Raquel sin poder hacerla su esposa indica un afecto genuino, así como respeto e interés por ella. Probablemente, la muchacha no tendría más de diez o doce años la primera vez que la vio. Mientras Esaú era típicamente impaciente, Jacob podía esperar lo que quería, y además no se consideraba explotado. Aparte de esto, su amor manifestaba una cualidad intemporal, de modo que los siete años *le parecieron unos pocos días, por el amor que le tenía* (20). El vínculo entre ellos era un profundo afecto que no se vio atormentado por la larga espera. Era un tanto semejante al *agapē* neotestamentario, que es «paciente, es bondadoso... no busca lo suyo... todo lo soporta» (1 Co. 13:4–7). Quizá, Jacob viera algo de su propia madre en su sobrina, y se sintiera como en casa en su presencia. Era un buen fundamento para un matrimonio estable.

Sin embargo, Labán no tenía prisa para organizar la boda cuando se cumplieran los siete años, y Jacob tuvo que tomar la iniciativa. Las costumbres, que nos resultan ajenas, son una evidencia de cómo se organizaba la boda en otra época y otra cultura. El acontecimiento lo gestionan los hombres, porque es Labán quien dispone el banquete e invita sólo a hombres. No encontramos referencia alguna a una ceremonia religiosa. Avanzada ya la tarde, cuando todo el mundo había comido y bebido, su padre hizo entrar a la novia, sin duda con el rostro cubierto por un velo, y se la presentó a su esposo. No fue hasta la mañana siguiente cuando Jacob, que no sospechaba nada, descubrió que se había casado con Lea, no con Raquel. Labán se había atrevido a realizar esa trampa nacida de su falta de escrúpulos porque estaba seguro de que Jacob nunca se contentaría con aquella a quien no había entregado su corazón, de modo que Labán podría negociar con él para obtener más mano de obra gratuita. Labán ya tenía preparada su sugerencia consoladora. Después de la semana que durase la fiesta de bodas de Lea, Jacob podía casarse con Raquel y trabajar otros siete años para pagar su dote. Más tarde, quedaría prohibido casarse con dos hermanas mientras ambas siguieran vivas (Lv. 18:18); es evidente que en Harán estaba permitido, y como dice el

dicho, «de lo perdido, saca partido».

No se nos dice lo que pensaron las dos muchachas sobre el acuerdo (ni sobre su padre). ¿Cómo se las arreglaron para que Raquel estuviera callada aquella noche? Su madre no tenía la misma influencia sobre Labán que Rebeca sobre Isaac, de manera que Labán puso por obra sus planes sin impedimentos, llegando incluso a ofrecer a sus hijas unas doncellas de su propia casa. Por su parte, Jacob tuvo una excelente oportunidad para reflexionar sobre el noble arte del engaño... en calidad de víctima. Recibía la medida que le había suministrado a Esau, incluso en el detalle de que la primogénita tenía ciertos derechos inalienables (26).

Génesis 29:31–31:16. La prosperidad de Jacob

³¹Vio el Señor que Lea era aborrecida, y le concedió hijos; pero Raquel era estéril.

^{30:22}Entonces Dios se acordó de Raquel; y Dios la escuchó y le concedió hijos. ²³Y ella concibió y dio a luz un hijo, y dijo: Dios ha quitado mi afrenta. ²⁴Y le puso por nombre José, diciendo: Que el Señor me añada otro hijo.

²⁵Y sucedió que cuando Raquel hubo dado a luz a José, Jacob dijo a Labán: Despideme para que me vaya a mi lugar y a mi tierra. ²⁶Dame mis mujeres y mis hijos por los cuales te he servido, y déjame ir; pues tú bien sabes el servicio que te he prestado. ²⁷Pero Labán le respondió: Si ahora he hallado gracia ante tus ojos, quédate conmigo; me he dado cuenta de que el Señor me ha bendecido por causa tuya. ²⁸Y añadió: Fíjame tu salario, y te lo daré. ²⁹Mas él le respondió: Tú sabes cómo te he servido, y cómo le ha ido a tu ganado conmigo. ³⁰Porque tenías poco antes de que yo viniera, y ha aumentado hasta ser multitud; y el Señor te ha bendecido en todo lo que he hecho. Y ahora, ¿cuándo proveeré yo también para mi propia casa? ³¹Y él respondió: ¿Qué te daré? Y Jacob dijo: No me des nada. Volveré a pastorear y a cuidar tu rebaño si tan sólo haces esto por mí: ³²déjame pasar por entre todo tu rebaño hoy, apartando de él toda oveja moteada o manchada y todos los corderos negros, y las manchadas o moteadas de entre las cabras, y ése será mi salario. ³³Mi honradez responderá por mí el día de mañana, cuando vengas a ver acerca de mi salario. Todo lo que no sea moteado y manchado entre las cabras, y negro entre los corderos, si es hallado conmigo, se considerará robado. ³⁴Y Labán dijo: Muy bien, sea conforme a tu palabra. ³⁵Aquel mismo día apartó Labán los machos cabríos rayados o manchados y todas las cabras moteadas o manchadas, y todo lo que tenía algo de blanco, y de entre los corderos todos los negros, y lo puso todo al cuidado de sus hijos. ³⁶Y puso una distancia de tres días de camino entre sí y Jacob; y Jacob apacentaba el resto de los rebaños de Labán.

³⁷Entonces Jacob tomó varas verdes de álamo, de almendro y de plátano, y les sacó tiras blancas de la corteza, descubriendo así lo blanco de las varas. ³⁸Y colocó las varas que había descortezado delante de los rebaños, en los canales, en los abrevaderos, donde los rebaños venían a beber; y se apareaban cuando venían a beber. ³⁹Así se apareaban los rebaños junto a las varas; y los rebaños tenían crías rayadas, moteadas y manchadas. ⁴⁰Y Jacob apartó los corderos, y puso los rebaños en dirección a lo rayado y a todo lo negro en el rebaño de Labán, y puso su propio hato aparte; no lo puso con el rebaño de Labán. ⁴¹Además, sucedía que cada vez que los más robustos del rebaño se apareaban, Jacob ponía las varas a la vista del rebaño en los canales, para que se

aparearan frente a las varas; ⁴²pero cuando el rebaño era débil, no las ponía, de manera que las crías débiles vinieron a ser de Labán y las robustas de Jacob. ⁴³Así prosperó el hombre en gran manera, y tuvo grandes rebaños, y siervas y siervos, y camellos y asnos.

^{31:1}Pero Jacob oyó las palabras de los hijos de Labán, que decían: Jacob se ha apoderado de todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha hecho toda esta riqueza. ²Y Jacob observó la actitud de Labán, y he aquí, ya no era amigable para con él como antes. ³Entonces el Señor dijo a Jacob: Vuelve a la tierra de tus padres y a tus familiares, y yo estaré contigo. ⁴Jacob, pues, envió a llamar a Raquel y a Lea al campo, donde estaba su rebaño, ⁵y les dijo: Veo que el semblante de vuestro padre, no es amigable para conmigo como antes; pero el Dios de mi padre ha estado conmigo. ⁶Y vosotras sabéis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas. ⁷No obstante vuestro padre me ha engañado, y ha cambiado mi salario diez veces; Dios, sin embargo, no le ha permitido perjudicarme. ⁸Si él decía: «Las moteadas serán tu salario», entonces todo el rebaño paría moteadas; y si decía: «Las rayadas serán tu salario», entonces todo el rebaño paría rayadas. ⁹De esta manera Dios ha quitado el ganado a vuestro padre y me lo ha dado a mí. ¹⁰Y sucedió que por el tiempo cuando el rebaño estaba en celo, alcé los ojos y vi en sueños; y he aquí, los machos cabríos que cubrían las hembras eran rayados, moteados y abigarrados. ¹¹Entonces el ángel de Dios me dijo en el sueño: «Jacob»; y yo respondí: «Heme aquí.» ¹²Y él dijo: «Levanta ahora los ojos y ve que todos los machos cabríos que están cubriendo las hembras son rayados, moteados y abigarrados, pues yo he visto todo lo que Labán te ha hecho. ¹³«Yo soy el Dios de Betel, donde tú ungiste un pilar, donde me hiciste un voto. Levántate ahora, sal de esta tierra, y vuelve a la tierra donde naciste.» ¹⁴Y Raquel y Lea respondieron, y le dijeron: ¿Tenemos todavía nosotras parte o herencia alguna en la casa de nuestro padre? ¹⁵¿No nos ha tratado como extranjeras? Pues nos ha vendido, y también ha consumido por completo el precio de nuestra compra. ¹⁶Ciertamente, toda la riqueza que Dios ha quitado de nuestro padre es nuestra y de nuestros hijos; ahora pues, todo lo que Dios te ha dicho, hazlo.

Gracias a la providencia divina, Jacob experimentó el tipo de engaño que había pergeñado para Esaú, pero al mismo tiempo el Dios que le había formulado promesas en Betel fue fiel a la hora de cumplirlas: en esta sección, figuran sus descendientes, sus posesiones y el viaje de regreso a Canaán.

Aunque Lea fue la primera esposa de Jacob, no fue la más amada. Ella era muy consciente de ello y ni siquiera el nacimiento de cuatro hijos hizo mucho por confortarla. Anhelaba gozar del afecto de su esposo, y proclamó este hecho en sus comentarios sobre los nombres de sus hijos, a los que consideraba regalos del Señor. *Rubén* (32) quiere decir «he aquí, un hijo», pero para Lea significaba que el Señor había visto su tristeza y la consoló con un hijo; *Simeón* (33), un nombre formado a partir del verbo «escuchar», implicaba que el Señor había oído que su marido no la amaba; *Leví* (34), «apegado», expresaba la esperanza de que ahora su esposo se apegase a ella; *Judá* (35), «alabanza», evidenciaba que ella estaba llena de alabanzas al Señor. Todos estos nombres eran de uso corriente y permitían ese juego de palabras que expresaba las esperanzas y anhelos de Lea. Pero ni siquiera el don de cuatro hijos a Jacob hizo nada por que su marido la quisiera más.

Raquel disfrutaba del afecto de su esposo, pero no le daba hijos. Envidiosa de su hermana, la atormentada Raquel echaba la culpa a Jacob de su infertilidad, mientras que él, a su vez, se enfadaba y, eludiendo su responsabilidad, la atribuía a la mano de Dios. Al mirar atrás, está claro que existía un patrón en las historias de Sara, Rebeca y Raquel: su infertilidad no era un accidente, pero Raquel carecía de la madurez de la fe necesaria para aceptar que las circunstancias desafortunadas formaban parte del plan providencial del Señor, y para esperar el momento adecuado. Esta no es una lección fácil de aprender y de poner en práctica, sobre todo cuando aparentemente quienes nos rodean no tienen las mismas dificultades.

Lo único que podía hacer era ofrecer a su esclava a Jacob, un intento temprano de la maternidad de alquiler, entendiendo que cualquier niño que la esclava diera a luz sería considerado como hijo biológico de Raquel. Esta práctica está bien documentada y aparece en la literatura mesopotámica durante un extenso periodo. Entregó a Bilha a Jacob, diciendo: «*para que dé a luz sobre mis rodillas*». Esta curiosa expresión aparece en dos mitos de Ur, dentro del contexto de la aceptación y nombramiento de un bebé para darle la bienvenida a la familia; Raquel quería decir que consideraría propios a los hijos de Bilha. En consecuencia, bautizó al primogénito de Bilha con el nombre de *Dan* (6), «él juzgó» (*cfr* Daniel, «Dios es mi juez»), implicando que Dios la había justificado; y a su segundo hijo lo llamó *Neftalí*, «luchador», recordando sus luchas con su hermana. Lejos de idealizar a estas mujeres, el relato retrata una tormentosa vida familiar.

Lea, para no ser menos, entregó su doncella a Jacob, y esta le dio dos hijos, *Gad* (11), «suerte», y *Aser* (13), «feliz». Raquel, que seguía sin tener hijos biológicos, pidió algunas de las *mandrágoras*, o «frutas del amor», unas herbáceas con una raíz semejante a la zanahoria, que Rubén había traído de los campos a su madre, y que solía pensarse que inducían la fertilidad. Al dárselas, Lea «alquiló» al marido de Raquel aquella noche y se convirtió en la madre de *Isacar* (18), cuyo nombre es un juego sobre la palabra «alquilar». No sólo había alquilado a Jacob a Raquel, sino que vio a su nuevo hijo como la recompensa por haber entregado su doncella a Jacob. El sexto hijo de Lea, *Zabulón* (20), «dotado» u «honrado», fue seguido por la única hija, *Dina* (21), a la que se menciona anticipadamente por el papel que desempeñará en un acontecimiento ulterior en Canaán (capítulo 34). Al fin, Raquel tuvo su hijo tan esperado, cuyo nombre fue una oración por un hermano, porque *José* (24) significaba «él añade». La oración fue respondida, pero no antes de que la familia hubiera regresado a Canaán (35:16–20).

Es una historia embrollada y dista mucho de ser ideal; los peligros y las humillaciones de la poligamia ya argumentan con claridad meridiana contra esta práctica. Pero Jacob dependía totalmente de Labán, al carecer de rebaños que pudiera llamar propios, y decidió que había llegado el momento de cortar el vínculo con su suegro y volver al hogar. Era más fácil decirlo que hacerlo. Aunque Labán invitó a Jacob a que le propusiera el sueldo que quería recibir, este sospechaba que en el acuerdo debía haber alguna trampa, de modo que prefirió arreglar las cosas a su propia manera. Labán se había enriquecido a expensas de Jacob; ahora, Jacob confiaría en el Señor para que bendijera sus rebaños y los aumentase. Al elegir para sí los animales moteados, Jacob iba por buen camino. No necesitaba estudiar genética para darse cuenta de que,

por cada animal de un solo color, había dos o tres de los otros. Labán también lo sabía y, antes de que Jacob pudiera examinar las ovejas, apartó los animales pintos. Al pastorearlos hasta un punto situado a tres días de camino, se aseguraba de que ningún animal regresara para añadirse al rebaño de Jacob. Aunque aparentemente le habían engañado, Jacob recurrió a una práctica aceptable para inducir el nacimiento de animales picazos. Se pensaba (erróneamente) que, en el momento de la cría, situando objetos blancos delante de las ovejas provocaría el nacimiento de animales moteados de blanco.

Su éxito durante un periodo de seis años fue tan resonante, que hizo comentar a los hijos de Labán la riqueza de Jacob, y la envidia por parte de aquel avinagró las relaciones con su yerno. Incluso las hijas de Labán se habían alienado de su padre. Todo se aliaba para convencer a Jacob de que ya no tenía nada que hacer en Harán, incluyendo un mensaje concreto del Señor: «*Vuelve a la tierra de tus padres y a tus familiares, y yo estaré contigo*» (3), y un sueño en el que Jacob se enteró de que era el Señor quien estaba detrás de su prosperidad, y que le urgía a retornar a la tierra que le vio nacer (11–12). Aunque Jacob hablaba de buena gana acerca de lo que Dios había hecho por él, siguió siendo un oportunista. Era el mismo personaje manipulador que había partido de Canaán veinte años antes.

Su larga experiencia de la tacañería de su padre predispuso a Raquel y a Lea a emprender el largo viaje a Canaán como respuesta a la propuesta de Jacob. En Harán, no había nada que las retuviera, y en especial les escocía la actitud avara que adoptaba su padre acerca de un dinero que iba a ser para ellas. «*Pues nos ha vendido, y también ha consumido por completo el precio de nuestra compra*» (15). «Consumir» en hebreo significaba «devorar», lo cual implica avaricia. Nunca habían recibido el dinero que debía constituir su dote, de modo que todo lo que Jacob había conseguido en rebaños les parecía una recompensa justa y digna.

Una fase de la vida de Jacob tocaba a su fin. Había comenzado con su ignominiosa marcha de su hogar, provocada por su propia desfachatez al engañar tanto a su padre como a su hermano. Había huido para salvar la vida. En medio de aquellas circunstancias, fue notable que tuviese aquel sueño tan vívido en el que el Señor le daba instrucciones y promesas específicas, que le indicaban el camino para heredar el pacto con Abraham. Luego, durante veinte años, ya no recibió mensaje alguno del Señor, sólo la puesta por obra providencial de su promesa, para sustentarle. ¿Alguna vez se preguntaría Jacob si se había imaginado el incidente en Betel? Si así fue, recordaría que había erigido un pequeño monumento conmemorativo para que le sirviera de garantía, y que, un día, regresaría para dar las gracias allí. Su tenacidad significó que pudo aferrarse a la promesa cuando la vida era ordinaria y monótona. Ni las tribulaciones ni las cuitas del mundo le arrebataron la semilla del mensaje divino (Mr. 4:16–18). Nuestras generaciones actuales son especialmente propensas a pedir resultados rápidos, mientras que en los asuntos espirituales a menudo se exige un crecimiento lento. Veinte años no son demasiado tiempo como para permitir al Señor enseñar sus lecciones básicas, porque no cabe duda de que obra en nosotros incluso cuando parece estar distante.

Génesis 31:17–32:21. El regreso a Canaán

¹⁷Entonces Jacob se levantó, montó a sus hijos y a sus mujeres en los camellos, ¹⁸y puso en camino todo su ganado y todas las posesiones que había acumulado, el ganado adquirido que había acumulado en Padán-aram, para ir a Isaac su padre, a la tierra de Canaán. ¹⁹Y mientras Labán había ido a trasquilar sus ovejas, Raquel robó los ídolos domésticos que eran de su padre. ²⁰Y Jacob engañó a Labán arameo al no informarle que huía. ²¹Huyó, pues, con todo lo que tenía; y se levantó, cruzó el río Éufrates y se dirigió hacia la región montañosa de Galaad.

²²Y al tercer día, cuando informaron a Labán que Jacob había huido, ²³tomó a sus parientes consigo y lo persiguió por siete días; y lo alcanzó en los montes de Galaad. ²⁴Pero Dios vino a Labán arameo en sueños durante la noche, y le dijo: Guárdate que no hables a Jacob ni bien ni mal.

²⁵Alcanzó, pues, Labán a Jacob. Y Jacob había plantado su tienda en la región montañosa, y Labán y sus parientes acamparon en los montes de Galaad. ²⁶Entonces Labán dijo a Jacob: ¿Qué has hecho, engañándome y llevándote a mis hijas como si fueran cautivas de guerra? ²⁷¿Por qué huiste en secreto y me engañaste, y no me avisaste para que yo pudiera despedirte con alegría y cantos, con panderos y liras? ²⁸¿Por qué no me has permitido besar a mis hijos y a mis hijas? En esto has obrado neciamente. ²⁹Tengo poder para hacerte daño, pero anoche el Dios de tu padre me habló, diciendo: «Guárdate de hablar nada con Jacob ni bueno ni malo.» ³⁰Y ahora, ciertamente te has marchado porque añorabas mucho la casa de tu padre; pero ¿por qué robaste mis dioses? ³¹Entonces Jacob respondió, y dijo a Labán: Porque tuve miedo, pues dije: «No sea que me quites a tus hijas a la fuerza.» ³²Pero aquel con quien encuentres tus dioses, no vivirá. En presencia de nuestros parientes indica lo que es tuyo entre mis cosas y llévatelo. Pues Jacob no sabía que Raquel los había robado.

³³Entró entonces Labán en la tienda de Jacob, en la tienda de Lea y en la tienda de las dos siervas, pero no los encontró. Después salió de la tienda de Lea y entró en la tienda de Raquel. ³⁴Y Raquel había tomado los ídolos domésticos, los había puesto en los aparejos del camello y se había sentado sobre ellos. Y Labán buscó por toda la tienda, pero no los encontró. ³⁵Y ella dijo a su padre: No se enoje mi señor porque no pueda levantarme delante de ti, pues estoy con lo que es común entre las mujeres. Y él buscó, pero no encontró los ídolos domésticos.

³⁶Entonces se enojó Jacob y riñó con Labán; y respondiendo Jacob, dijo a Labán: ¿Cuál es mi transgresión? ¿Cuál es mi pecado para que tan enardecidamente me hayas perseguido? ³⁷Aunque has buscado en todos mis enseres, ¿qué has hallado de todos los enseres de tu casa? Ponlo delante de mis parientes y de tus parientes para que ellos juzguen entre nosotros dos. ³⁸Estos veinte años yo he estado contigo; tus ovejas y tus cabras no han abortado, ni yo he comido los carneros de tus rebaños. ³⁹No te traía lo despedazado por las fieras; yo cargaba con la pérdida. Tú lo demandabas de mi mano, tanto lo robado de día como lo robado de noche. ⁴⁰Estaba yo que de día el calor me consumía y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos. ⁴¹Estos veinte años he estado en tu casa; catorce años te serví por tus dos hijas, y seis por tu rebaño, y diez veces cambiaste mi salario. ⁴²Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham, y temor de Isaac, no hubiera estado conmigo, ciertamente me hubieras enviado ahora con las manos

vacías. Pero Dios ha visto mi aflicción y la labor de mis manos, y anoche hizo justicia.

⁴³Respondió Labán y dijo a Jacob: Las hijas son mis hijas, y los hijos mis hijos, y los rebaños mis rebaños, y todo lo que ves es mío. ¿Pero qué puedo yo hacer hoy a estas mis hijas, o a sus hijos que ellas dieron a luz? ⁴⁴Ahora bien, ven, hagamos un pacto tú y yo y que sirva de testimonio entre tú y yo. ⁴⁵Entonces Jacob tomó una piedra y la levantó como señal. ⁴⁶Y Jacob dijo a sus parientes: Recoged piedras. Y tomaron piedras e hicieron un montón, y comieron allí junto al montón.

⁴⁷Labán lo llamó Jegar Sahaduta, pero Jacob lo llamó Galaad. ⁴⁸Y Labán dijo: Este montón es hoy un testigo entre tú y yo. Por eso lo llamó Galaad; ⁴⁹y Mizpa, porque dijo: Que el Señor nos vigile a los dos cuando nos hayamos apartado el uno del otro. ⁵⁰Si maltratas a mis hijas, o si tomas otras mujeres además de mis hijas, aunque nadie lo sepa, mira, Dios es testigo entre tú y yo.

⁵¹Y Labán dijo a Jacob: Mira este montón, y mira el pilar que he puesto entre tú y yo. ⁵²Testigo sea este montón y testigo sea el pilar de que yo no pasaré de este montón hacia ti y tú no pasarás de este montón y de este pilar hacia mí, para hacer daño. ⁵³El Dios de Abraham y el Dios de Nacor, Dios de sus padres, juzgue entre nosotros. Entonces Jacob juró por el que temía su padre Isaac. ⁵⁴Luego ofreció Jacob un sacrificio en el monte, y llamó a sus parientes a comer; y comieron, y pasaron la noche en el monte.

⁵⁵Y Labán se levantó muy de mañana, besó a sus hijos y a sus hijas, y los bendijo. Entonces Labán partió y regresó a su lugar.

^{32:1}Y cuando Jacob siguió su camino, los ángeles de Dios le salieron al encuentro. ²Y al verlos, Jacob dijo: Éste es el campamento de Dios; por eso le puso a aquel lugar el nombre de Mahanaim.

³Entonces Jacob envió mensajeros delante de sí a su hermano Esaú, a la tierra de Seir, región de Edom. ⁴Y les dio órdenes, diciendo: Así diréis a mi señor Esaú: «Así dice tu siervo Jacob: ‘He morado con Labán, y allí me he quedado hasta ahora. ⁵Tengo bueyes, asnos y rebaños, siervos y siervas; y envió a avisar a mi señor, para hallar gracia ante tus ojos.’»

⁶Y los mensajeros regresaron a Jacob, diciendo: Fuimos a tu hermano Esaú, y él también viene a tu encuentro y cuatrocientos hombres con él. ⁷Entonces Jacob tuvo mucho temor y se angustió; y dividió la gente que estaba con él, y las ovejas, las vacas y los camellos, en dos campamentos ⁸y dijo: Si Esaú viene a un campamento y lo ataca, entonces el campamento que queda escapará.

⁹Y dijo Jacob: Oh Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, oh Señor, que me dijiste: «Vuelve a tu tierra y a tus familiares, y yo te haré prosperar», ¹⁰indigno soy de toda misericordia y de toda la fidelidad que has mostrado a tu siervo; pues con sólo mi cayado crucé este Jordán, y ahora he llegado a tener dos campamentos. ¹¹Librame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque yo le tengo miedo, no sea que venga y me hiera a mí y a las madres con los hijos. ¹²Y tú dijiste: «De cierto te haré prosperar, y haré tu descendencia como la arena del mar que no se puede contar por su gran cantidad.»

¹³Y pasó la noche allí. Entonces de lo que tenía consigo escogió un presente para su hermano Esaú: ¹⁴doscientas cabras y veinte machos cabríos, doscientas ovejas y veinte carneros, ¹⁵treinta camellas criando con sus crías, cuarenta vacas y diez novillos, veinte asnas y diez asnos; ¹⁶y los entregó a sus siervos, cada manada aparte, y dijo a sus siervos: Pasad delante de mí, y poned un buen espacio entre manada y manada.

¹⁷Y ordenó al primero, diciendo: Cuando mi hermano Esaú te encuentre y te pregunte, diciendo: «¿De quién eres y adónde vas, y de quién son estos animales que van delante de ti?», ¹⁸entonces responderás: «Son de tu siervo Jacob; es un presente enviado a mi señor Esaú; y he aquí, él también viene detrás de nosotros.» ¹⁹Ordenó también al segundo y al tercero, y a todos los que iban tras las manadas, diciendo: De esta manera hablaréis a Esaú cuando lo encontréis, ²⁰y diréis: «He aquí, tu siervo Jacob también viene detrás de nosotros.» Pues dijo: Lo apaciguaré con el presente que va delante de mí. Y después veré su rostro; quizá me acepte. ²¹El presente pasó, pues, delante de él, y él durmió aquella noche en el campamento.

Movido por su arraigada animosidad contra Jacob (31:2), Labán no hubiera permitido jamás la partida de aquel, que le privaría de hijas y de nietos, de su hombre de confianza y de abundante ganado. Jacob, el oportunista, aprovechó entonces la ausencia de Labán —que estaba trasquilando a las ovejas— para distanciarse de su suegro unos cuantos días de camino. Su caravana, que se desplazaba lentamente, necesitó mucho tiempo, y apenas podía esperar eludir la persecución prevista de Labán, pero el río Éufrates, situado a unos 80 km al oeste de Harán, era una barrera que pudieron cruzar sin problemas antes de que Labán les diese alcance.

Por predecible que fuese el método de Jacob, era una cobardía escapar así de Labán después de haber formado parte de la familia durante tantos años. Además, al haber recibido la orden expresa del Señor de regresar a Canaán, debería haber tenido la fe suficiente como para esperar que fuera Él quien resolviera la actitud rencorosa de Labán. Este no escapaba a la mano del Dios vivo (24). Pero Jacob no logró fiarse de la fidelidad de Dios; prefirió recurrir a sus planes, muy bien maquinados, y a sus métodos astutos, a pesar de las lecciones que el Señor le había enseñado con el paso de los años y que le decían que tales métodos sólo le acarrearían problemas. Fue más listo que Labán (20), pero nunca supo cómo habría actuado el Señor para bendecirle.

Jacob dio camellos a sus esposas y hermosos hijos, de modo que pudieran avanzar rápidamente caso de tener que huir precipitadamente. También los libró así de recorrer a pie todos aquellos interminables kilómetros. En esta historia, sigue siendo todo un misterio por qué Raquel huyó con los ídolos de la casa de su padre. Hace mucho tiempo ya, en 1926, se argumentó, basándose en un paralelo con los textos de Nuzi, que la posesión de los *teraphim*, o dioses de la casa, eran un derecho de herencia. Más recientemente, se ha dicho que las prácticas en Nuzi no tienen por qué influir necesariamente en Génesis, y que en el relato de Raquel su hurto de los *teraphim* no está relacionado concretamente con el tema de la herencia. Como mínimo, estaba robando algo valioso para su padre, y de aquí la implacable acusación de este contra Jacob; es posible que Raquel se los llevase para molestar a su padre, pero hubiera sido más sensato que se hubiese beneficiado de la situación al mismo tiempo. Quizá aquellos objetos tenían un valor intrínseco o significaban algo para ella, pero, si le otorgaban el derecho de heredar, su acto queda explicado, como también la insistencia de Labán de que ninguna familia atacase a la otra (52).

Entre tanto, Labán había oído la noticia de que Jacob se le había escapado (22) y, decidido a no dejarle huir sin hacer nada, se lanzó a su persecución. Su ira inicial quedó

atemperada por su sueño, en el que Dios le dijo que tuviera mucho cuidado cuando tratase con Jacob, una intervención que le hubiera animado mucho de haberse enterado. Cuando Labán alcanzó a Jacob, este tuvo que escuchar una serie de acusaciones, pero nadie atentó contra su vida, como es evidente que había pensado hacer Labán (29). La seca respuesta de Jacob a la batería de preguntas de su suegro consiguió que fuera este el que pareciese estar equivocado. Sin saberlo, la frase de Jacob «³²*Pero aquel con quien encuentres tus dioses, no vivirá*» (32) ponía en peligro a Raquel, haciendo que ella, en un momento muy tenso, se aprovechara injustamente de su padre, de modo que este no descubriese dónde estaban escondidos los ídolos. Por tanto, Jacob adoptó una actitud de superioridad y acusó a Labán de haberle tratado mal, señalando lo que había soportado durante los años en que fue pastor de los rebaños de su suegro, las pérdidas que había soportado y las noches en vela que tuvo que pasar. Todo aquel servicio fiel había caído en saco roto, y nunca había podido depender de recibir un salario cuidadosamente negociado: «*diez veces cambiaste mi salario*» (41); se supone que fue para reducirse. Habiendo escuchado que el Señor había ordenado a Labán que no le hiciese daño, Jacob el tramposo convirtió esa revelación en un arma contra su suegro. ¡Jacob tenía de su parte al Dios de sus padres, y Labán se había equivocado! Hubiera sido mejor que fuera prudente y vigilase por dónde caminaba.

Resulta fascinante observar a Jacob y a Labán, dos hombres que eran maestros de la manipulación de otras personas para beneficiarse; los vemos superándose mutuamente en este arte y, a su vez, lamerse las heridas. Ambos usaban el nombre del Dios de sus padres cuando apelar a Él les suponía una ventaja personal, pero en la práctica dependían de su ingenio. Jacob lo había hecho siempre desde el momento en que había huido de su hogar, y seguía convencido de que podía superar en astucia a Labán. Razonaba que se merecía conseguirlo, y ahora parecía que el Señor estaba de su parte, protegiéndole. En consecuencia, su confianza y su autojustificación aumentaron. Era el mismo Jacob que había engañado a su padre y a su hermano años atrás, y cuyo carácter, a pesar de los tratos que el Señor había tenido con él, no había cambiado ni pizca su carácter.

El acuerdo

Labán sabía que había perdido, aunque no lo admitió. Siguió reclamando el derecho de conservar a *sus* hijas, *sus* nietos y *su* ganado. Durante la boda, no habían celebrado ninguna ceremonia de «cesión» en la que se estipulara que este era un derecho al que renunciaba todo padre, ni tampoco se había producido una ruptura con los progenitores para obligar a su ejecución. Después de todos aquellos años, la escisión de la familia era en extremo dolorosa para Labán, pero lo peor de todo era la pérdida del cariño de sus hijas. Incluso meditó en la posibilidad de que aquella rama de la familia le atacase en el futuro. Por este motivo, propuso un pacto para erradicar esa hostilidad.

Fue una ceremonia inequívoca, que señalaba que se había alcanzado la

reconciliación para ambas partes. En primer lugar, era un símbolo perdurable, mediante el cual podría recordarse la transacción, cuyos términos se transmitirían de generación en generación. Jacob y Labán alzaron sendos pilares de piedra, mientras sus parientes iban en busca de rocas con las que formar un pequeño túmulo. Los nombres que pusieron a los montones eran indicativos de su función como *testigos* o, como diríamos nosotros, un monumento conmemorativo. Es posible que los tratados internacionales modernos fueran más duraderos si quedasen inmortalizados en piedra como testimonio a las generaciones venideras. Pero había otro factor: tanto Jacob como Labán sabían que debían tener en cuenta a Dios. Fue Él quien los vigilaría cuando estuvieran separados, y quien castigaría toda infracción del acuerdo; de ahí el nombre *Mizpa* (49), «atalaya», que revelaba que el Señor estaría de guardia en aquel monumento conmemorativo. Por último, el banquete sacrificial, ofrecido primero a Dios y compartido luego por las partes implicadas, sellaba la obligación solemne de respetar el territorio y la frontera de cada una. La experiencia en la cima del monte duró toda una noche y, cuando alboreó, Labán estaba listo para partir. A pesar del ultraje y del resentimiento, se despidió con una bendición.

El encuentro con Esaú

Apenas había concluido una crisis, cuando llegó otra. Tarde o temprano, Jacob se iba a enfrentar con Esaú, y no tenía motivos para esperar que aquel hermano que había pretendido matarlo le recibiera con los brazos abiertos. Lo propio del carácter de Jacob hubiera sido que volviera a colarse subrepticamente en Canaán. Hubiera sido fácil encontrar una ruta que eludiese el territorio de Esaú, Seir, situado al sudeste del mar Muerto. Pero el pasado le pesaba tanto en la conciencia, que ya no podía ignorar esta evidencia de la culpabilidad. Necesitaba reconciliarse con Esaú.

Cuando Jacob y los suyos retomaron el camino, Jacob tuvo una experiencia sobrenatural que interpretó como un buen presagio: *los ángeles de Dios le salieron al encuentro* (32:1). Está claro que esos «ángeles» iban vestidos de soldados, como el ejército del Señor que vio Eliseo cuando oró pidiendo que su joven siervo pudiera distinguir también los caballos y carros de fuego que les rodeaban (2 R. 6:17). Sin embargo, Jacob, a diferencia de Eliseo, que dependía totalmente de las tropas celestiales y del Dios que las comandaba, sólo las consideró refuerzos, que complementaban su propia estrategia. Su nombre para aquel lugar, *Mahanaim* (2), significaba «dos campamentos», como oposición al que él dirigía. Aceptó, sin dudarlo, la hipótesis de que las tropas del Señor lucharían a su lado, pero también decidió dividir su grupo en dos mitades, concediéndose así posibilidades de maniobra y la esperanza de que al menos uno de los dos pudiera huir de la matanza. Una vez más, se fiaba más de su ingenio, que de su Dios, quien le había guiado y que, por consiguiente, le protegería.

Animado por la visión, Jacob había enviado mensajeros a Esaú, transmitiéndole unas pocas noticias y con la esperanza de que el paso del tiempo hubiera curado la profunda

herida de su hermano. En lugar de ello, Esaú reunió a sus hombres de armas y se dirigió hacia su hermano para atacarle, precipitando así la mayor crisis en toda la vida de Jacob. ¿Se lamentó de haber intentado reconciliarse con Esaú? No había tiempo que perder y rápidamente se volcó tanto en la oración como en la estrategia. Estaba en un brete, de modo que era aconsejable orar, aunque en lo más hondo de su mente calibraba ya un plan que, según pensaba, volvería a superar a su hermano.

Fue una oración maravillosa. A pesar de su concisión, fruto de la urgencia, Jacob se tomó un tiempo para dirigirse a Dios de una forma plena y llena de sentido (nada de comentarios chapuceros ni exceso de confianza). Cuando dijo «*oh Dios de mi padre Abraham*», enmarcaba su necesidad personal en el entorno poderoso del propósito salvador de Dios esbozado en el pacto eterno (Gn. 17:7). El *Book of Common Prayer* ofrece ejemplos estupendos de cómo dirigirse a Dios en función de qué se le puede pedir adecuadamente. La colecta de Semana Santa es un buen ejemplo: «Dios Todopoderoso, quien por medio de tu unigénito Hijo Jesucristo has vencido a la muerte... »; y teniendo en mente esta verdad osamos pedir que podamos poner en práctica los buenos deseos que Él nos da. Al invocar al Dios de su padre Abraham y al Dios de su padre Isaac, Jacob recordaba conscientemente lo que Dios había hecho para darse a conocer a la familia. Jacob seguía la misma pauta, dado que había escuchado la voz del Señor, diciéndole que regresara. Cuando ora, en lugar de pretender sacarse las castañas del fuego él solo, Jacob contempla su problema en relación con el propósito revelado de Dios, de tal manera que es de esperar una respuesta, dado que Dios no puede por menos que cumplir su palabra.

La primera admisión que hace Jacob de su culpabilidad son las palabras *indigno soy* (10), intensificadas por su consciencia de todo lo que había recibido desde que huyó, como un joven sin recursos, de la venganza de su hermano. Había experimentado el amor y la fidelidad inquebrantables del Señor, y darse cuenta le humillaba. Mientras que había salido de su hogar solo, prófugo y asustado, ahora tiene *dos campamentos*. Por último, Jacob llegó a la petición que formaba el clímax de su oración: «*Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano*» (11). Sin ninguna doblez ni disfraz, Jacob admitía su temor más profundo, que viera morir a sus hijos y a sus respectivas madres. Embargado por el miedo, recordó de nuevo la promesa del pacto: *y tú dijiste*. No citó exactamente las palabras que escuchó en Betel, pero usó la referencia a la arena de la playa, sacada de la promesa hecha a Abraham después de que Isaac le fuera devuelto sano y salvo (22:17). No sería de extrañar que el propio Isaac hubiera repetido estas mismas palabras a sus dos hijos cuando les hablaba de su escapatoria de la muerte. Además, hacía mucho tiempo desde que Jacob había visto la arena de una playa, y la asociación entre la promesa y la tierra de Canaán a la que se dirigía seguía siendo firme.

Lleno de aprensión a pesar de la oración, Jacob se dispuso enseguida a organizar su plan de enviar un regalo a Esaú. Fue el sueño de todo criador de ganado: primero, un considerable rebaño de cabras, seguido, al cabo de un trecho, de otro de ovejas, igual de grande; luego camellos, vacas y, por último, asnos; cada uno de los rebaños dotado de un número proporcionado de machos para garantizar la máxima reproducción. Cuando Esaú escuchó por quinta vez las palabras «*Son de tu siervo Jacob; es un presente*

enviado a mi señor Esaú», le costaría reprimir una sonrisa y conservar su hostilidad o, al menos, eso es lo que esperaba Jacob.

Pero, a pesar de todo, seguía muy preocupado.

Génesis 32:22–32. Jacob en Peniel

²²Y aquella misma noche se levantó, y tomó a sus dos mujeres, a sus dos siervas y a sus once hijos, y cruzó el vado de Jaboc. ²³Los tomó y los hizo pasar el arroyo, e hizo pasar también todo lo que tenía. ²⁴Jacob se quedó solo, y un hombre luchó con él hasta rayar el alba. ²⁵Cuando vio que no había prevalecido contra Jacob, lo tocó en la coyuntura del muslo, y se dislocó la coyuntura del muslo de Jacob mientras luchaba con él. ²⁶Entonces el hombre dijo: Suéltame porque raya el alba. Pero Jacob respondió: No te soltaré si no me bendices. ²⁷Y él le dijo: ¿Cómo te llamas? Y él respondió: Jacob. ²⁸Y el hombre dijo: Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has prevalecido. ²⁹Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Dame a conocer ahora tu nombre. Pero él respondió: ¿Para qué preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. ³⁰Y Jacob le puso a aquel lugar el nombre de Peniel, porque dijo: He visto a Dios cara a cara, y ha sido preservada mi vida. ³¹Y le salió el sol al cruzar Peniel, y cojeaba de su muslo. ³²Por eso, hasta hoy, los hijos de Israel no comen el tendón de la cadera que está en la coyuntura del muslo, porque el hombre tocó la coyuntura del muslo de Jacob en el tendón de la cadera.

Cuando todo está en juego, pasarse una noche orando no es una carga, sino un salvavidas. Jacob sabía que tenía que enfrentarse a sus propios miedos delante de Dios, y con este fin envió a sus esposas e hijos por delante de él al otro lado del río Jaboc, aunque ya había anochecido. Dado que no era probable que Esaú atacase de noche, Jacob, despojado de todas sus posesiones y prestigio, tuvo libertad para concentrarse en el tema que dominaba sus pensamientos. *Jacob se quedó solo*, dice el texto, pero no estaba solo. *Un hombre luchó con él hasta rayar el alba*, aunque no había visto a nadie por las intermediaciones. En semejante crisis, cuando la fe se pone a prueba llegando hasta el hueso, el ir y venir del combate espiritual viene a ser como una pelea física y puede dejar secuelas en el cuerpo. En esta lucha literal, Jacob se negó a aceptar la derrota hasta que fue inevitable. Su oponente le «dio un golpe bajo», obligándole a rendirse. Con la cadera descoyuntada, Jacob quedó totalmente indefenso debido al terrible dolor. Lo único que podía hacer era aferrarse a su adversario en busca de apoyo.

Al fin, Jacob tuvo que admitir su derrota, pero incluso en ese momento demostró su oportunismo. No estaba dispuesto a soltar así como así al oponente en el que se apoyaba: «*No te soltaré si no me bendices*». Este era, por fin, el clamor de la fe. Toda la supuesta fortaleza de Jacob se había volatilizado y lo único que podía hacer era clamar ayuda. Dado que el mayor bendice al menor, Jacob solicitaba participar de la fortaleza de aquel que le había derrotado, de la misma manera que se puede pedir a un campeón que defienda la causa de un joven prometedor. Jacob necesitaba el patrocinio del vencedor y no le soltó hasta que lo obtuvo.

Primero, se le concede un nombre nuevo (28). A partir de ese momento, se le conocerá no solamente como Jacob, sino también como *Israel*, «Dios lucha», para conmemorar aquella noche en que luchó con Dios y *prevaleció*. No cabe duda de que Jacob lo hubiera dicho de otro modo; fue la noche en que se convirtió en tullido. A partir de ese momento, cada paso le haría sentir dolor y debilidad. Aunque preguntó el nombre de quien le había herido, no se lo dijeron. Su propio nombre nuevo era prueba suficiente de que se había enfrentado al Dios vivo, que procedió a darle una bendición. Aquella impresionante experiencia estuvo vinculada para siempre con el barranco al que Jacob bautizó como *Peniel*, «el rostro de Dios». Le maravillaba haber visto a Dios (por no mencionar su combate con Él) y seguir vivo. Puesto que no sólo había luchado con Dios sino que prevaleció, esto querría decir sin duda que recibiría la respuesta a su oración de liberación cuando Esaú le atacase. Por algún motivo incomprensible, Dios había aparecido, había luchado con él y le había forzado a abandonar el combate. Su Dios había perdonado su engaño, como parecía ser, y Jacob podría reunirse con Esaú sin temor. *Rayaba el alba* y, aunque conservó una cojera perpetua, llevaba ligero el corazón. Su lucha de toda una vida para impedir que el Dios de sus padres tomara las riendas de su vida había llegado a su fin.

A partir de ese momento, fue un hombre cambiado. Le había parecido que Esaú era su adversario más temible, mientras que ahora entendía que su propia consciencia le convertía en cobarde, y que aquel que había estado persiguiéndole como un cazador a su presa había sido Dios. Una vez estuvo en paz con Él, podía afrontar el futuro. ¿Acaso no estaba de su parte el ejército de Dios (32:1)?

Se mire como se mire, este incidente es fascinante. Pero, ¿tiene algún significado para los cristianos de hoy día? Y, si es así, ¿qué nos enseña? Recuerdo bien que me ofrecieron el ejemplo de Jacob el luchador como modelo de oración perseverante. Parecía que sería posible, si uno oraba a Dios el tiempo suficiente, obtener respuestas que nunca recibirían los de intención débil. La certeza de esto lo demuestra la enseñanza de Jesús sobre el juez injusto y la viuda persistente (Lc. 18:1–18). Pero sería contrario a la enseñanza bíblica, e incluso a lo que Jesús dice en este pasaje de Lucas, pensar que a Dios hay que forzarle a responder a las oraciones, como si se mostrara reacio a contestar a quienes le piden. De hecho, el pasaje dice menos sobre la oración que sobre el hecho de que Dios nos busca. No cabe duda de que Jacob se enfrentaba a una crisis y, por ese motivo, encontró un lugar a solas donde pensar y orar, pero Dios tomó la iniciativa apareciéndosele bajo la forma de un adversario. El que mandaba era Dios, no Jacob, y esa es precisamente la clave. Cuando tratamos con Dios, aunque pensemos que somos nosotros quienes hemos tomado la iniciativa, descubrimos que Él, siendo como es un Dios amante, ya estaba esperándonos, insuflando en nuestras mentes buenos deseos que suscitaron nuestro descontento y nos llevaron hacia su Persona. En el caso de Jacob, Dios tardó veinte años en llevarlo a ese punto de rendición en la frontera de la Tierra Prometida; el Señor no tiene prisa, por crucial que sea la transacción. Pero cuando llega el momento que Él ha elegido, la transformación es completa: es una transición de muerte a vida, de la presunta independencia a la fe en el Dios que lisa a Jacob con el propósito de bendecirle.

En el Antiguo Testamento, Jacob/Israel, el individuo, llegó a representar al pueblo de Dios, llamado por ese nombre. De la misma manera que Jacob había necesitado el poder transformador de Dios, en todas las generaciones posteriores lo precisaron sus descendientes. El nombre *Jacob* simbolizaba la materia prima que toma el Señor para alcanzar sus propósitos, mientras *Israel* recordaba el poder transformador que convirtió a Jacob en un hombre nuevo, y que podría haber hecho lo mismo por sus descendientes si estos hubieran querido. El profeta Oseas usó libremente ambos nombres en sus enseñanzas y rogó por su generación, a punto de ir al exilio:

*Y tú, vuelve a tu Dios,
practica la misericordia y la justicia,
y espera siempre en tu Dios. (Os. 12:6)*

El Señor se apareció sin intermediarios a Jacob, como lo había hecho a Abraham y a Isaac antes que a él; intervino directamente para quebrantar a Saulo de Tarso, obligándole a admitir unos hechos que hasta entonces se había negado a asumir. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, tanto antes como después de la venida de Jesús, el Señor había obrado por medio de sus siervos que declararon la palabra del Señor. Aunque usted y yo no «veamos» al Señor, Él sigue tratándonos personalmente, derriba nuestras defensas y nos incita a volver a Él arrepentidos, para que recibamos la bendición que tiene para nosotros.

Génesis 33:1–20. El encuentro de Jacob y Esaú

¹Y alzando Jacob los ojos miró, y he aquí, Esaú venía y cuatrocientos hombres con él. Entonces dividió a los niños entre Lea y Raquel y las dos siervas. ²Y puso a las siervas con sus hijos delante, y a Lea con sus hijos después, y a Raquel con José en último lugar; ³y él se les adelantó, y se inclinó hasta el suelo siete veces hasta que llegó cerca de su hermano.

⁴Entonces Esaú corrió a su encuentro y lo abrazó, y echándose sobre su cuello lo besó, y lloraron. ⁵Y alzó sus ojos y vio a las mujeres y a los niños, y dijo: ¿Quiénes son éstos que vienen contigo? Y él respondió: Son los hijos que Dios en su misericordia ha concedido a tu siervo. ⁶Entonces se acercaron las siervas con sus hijos, y se inclinaron. ⁷Lea también se acercó con sus hijos, y se inclinaron; y después José se acercó con Raquel, y se inclinaron. ⁸Y dijo Esaú: ¿Qué te propones con toda esta muchedumbre que he encontrado? Y él respondió: Hallar gracia ante los ojos de mi señor. ⁹Pero Esaú dijo: Tengo bastante, hermano mío; sea tuyo lo que es tuyo. ¹⁰Mas Jacob respondió: No, te ruego que si ahora he hallado gracia ante tus ojos, tomes el presente de mi mano, porque veo tu rostro como uno ve el rostro de Dios, y favorablemente me has recibido. ¹¹Acepta, te ruego, el presente que se te ha traído, pues Dios me ha favorecido, y porque yo tengo mucho. Y le insistió, y él lo aceptó.

¹²Entonces Esaú dijo: Pongámonos en marcha y vámonos; yo iré delante de ti. ¹³Pero él le dijo: Mi señor sabe que los niños son tiernos, y que debo cuidar de las ovejas y las vacas que están criando. Si los apuramos mucho, en un solo día todos los rebaños morirán. ¹⁴Adelántese ahora mi señor a su siervo; y yo avanzaré sin prisa, al paso del

ganado que va delante de mí, y al paso de los niños, hasta que llegue a mi señor en Seir.

¹⁵Y Esaú dijo: Permíteme dejarte parte de la gente que está conmigo. Pero él dijo: ¿Para qué? Halle yo gracia ante los ojos de mi señor. ¹⁶Aquel mismo día regresó Esaú por su camino a Seir; ¹⁷y Jacob siguió hasta Sucot, y se edificó una casa, e hizo cobertizos para su ganado; por eso al lugar se le puso el nombre de Sucot.

¹⁸Y Jacob llegó sin novedad a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán, cuando vino de Padán-aram, y acampó frente a la ciudad. ¹⁹Compró la parcela de campo donde había plantado su tienda de mano de los hijos de Hamor, padre de Siquem, por cien monedas, ²⁰y levantó allí un altar, y lo llamó: El-Elohe-Israel.

¿Reconciliación o batalla? Aunque había hecho las paces con Dios y orado pidiendo liberación, Jacob tomó todas las medidas posibles para proteger a sus esposas e hijos, sobre todo a Raquel y José. El ejército que tenía delante era pequeño según los baremos militares, pero, para un grupo familiar carente de todo armamento, era una fuerza aplastante. El cambio en Jacob, fruto de su experiencia de Dios en Peniel, se manifiesta ahora por su valentía al adelantarse a su grupo, preparado para recibir la mayor parte del ataque de su hermano, postrándose siete veces ante él y luego incorporándose, esperando a ver qué haría Esaú. La figura solitaria de aquel que había tomado la iniciativa para reconciliarse con su hermano demostraba por primera vez el veredicto del Señor: que había prevalecido.

Jacob no tuvo que esperar mucho. «*Entonces Esaú corrió a su encuentro y lo abrazó, y echándose sobre su cuello lo besó, y lloraron*» (4). ¿Tendría Jesús en mente esta primera reconciliación cuando habló del padre que dio la bienvenida a su hijo perdido (Lc. 15:20)? Toda la amarga enemistad que había separado a ambos hombres durante veinte años quedó barrida por el amor perdonador que inundó su ser. Las barreras de resentimiento, odio y temor cayeron derribadas en un momento, y les permitieron vivir el gozo de una amistad renovada, el conocimiento de la nueva familia y el intercambio de noticias. Es posible que Esaú tuviera previsto esto desde el principio, y que los cuatrocientos hombres fueran su guardia personal, tanto como muestra de prestigio como para su protección. En ese caso los generosos regalos de Jacob no eran necesarios, y Esaú tuvo que asegurarse de que Jacob quería que se apropiase de todos aquellos animales. Para que Jacob se quedase tranquilo, era necesario que su hermano aceptara su regalo, como muestra de su amistad continua; había pensado «quizá me acepte» (32:20) y seguía albergando cierta suspicacia. Dios le había revelado su gracia en Peniel (el nombre que significaba «el rostro de Dios») y el encuentro con Esaú fue como *ver el rostro de Dios* (10). Era un halago deliberado, pero los dos sucesos se hallaban entrelazados. Esaú aceptó el regalo de Jacob, sellando así su reconciliación.

Hubiera sido normal que, exultante de alegría y de alivio, Jacob hubiera dejado atrás su recelo, pero no tenía ninguna intención de viajar con Esaú. Tampoco aceptó la oferta de su hermano de viajar con una escolta armada, afirmando que no sería necesario. El hecho es que se dirigía a un destino diferente, aunque fingió que se reuniría con Esaú en Seir (14). Además, era importante no sobreestimar su compatibilidad. Así, que Esaú viajó al sur, mientras Jacob avanzaba unos cuantos kilómetros más hacia el valle del Jordán, y se estableció durante un tiempo en *Sucot*, que significa «cabañas» o

«refugios». Tras las tensiones del largo viaje, y en concreto las generadas por la visita de Esaú, se agradecía un descanso.

A pesar de su capitulación completa en Peniel, Jacob continuó practicando sus argucias, fingiendo hacer una cosa, pero en realidad, haciendo otra. Siguió siendo el mismo Jacob al que Esaú conoció años atrás, huyendo de su hermano con la excusa de que iría tras él más despacio por amor a los niños y a las crías de los rebaños. Por alentador que fuese que los defectos del carácter quedasen borrados por completo durante la experiencia de la conversión, las evidencias de la Escritura y de la vida indican lo contrario. Tal y como lo expresa el artículo 9 de los Artículos de la Religión: «Y esta infección de la naturaleza permanece, sí, incluso en quienes son regenerados».

De Sucot a Siquem había solamente 48 km. La ruta llevó al grupo de Jacob hasta Canaán siguiendo la ruta tradicional, el cruce de Adam (Jos. 3:16), donde el Jaboc se une al Jordán, y pasando luego por las colinas centrales, con sus acantilados imponentes y sus valles serpenteantes. Sólo al llegar a Siquem existía la posibilidad de plantar la tienda, cerca de los muros de la ciudad, que sin duda se había formando desde los tiempos en que Abraham llegó a Canaán, cosa de un siglo antes. En aquella época, el asentamiento se caracterizaba por un roble sagrado y, como el Señor se había aparecido allí a Abraham, había erigido su propio altar a Dios, y el primer lugar de Canaán donde le adoró fue en Siquem (12:6–7). Fue pertinente que Jacob siguiera los pasos de Abraham, pero, mientras que este no tuvo tierras en aquella zona, Jacob compró el campo donde había decidido conmemorar su regreso a la tierra en que nació, construyendo un altar al Señor. Su nombre para ese altar, *El-Elohe-Israel*, significa «Dios es el Dios de Israel» e indica que apreciaba la importancia de aquella noche oscura en el Jaboc, como resultado de la cual su nombre había cambiado. Ahora, admitía consciente y deliberadamente que el Señor era su Dios, en quien confiaba para cumplir todas sus promesas (28:20–22). Había prevalecido la palabra de Dios, no la astucia humana.

Dos generaciones después de Abraham, todos los propósitos de Dios contenidos en el pacto se concentraron en un hombre, Jacob, y sus hijos. ¿Sería posible que, partiendo de un comienzo tan humilde y poco prometedor, pudiera cambiar significativamente todo el mundo? Desde el punto de vista del entendimiento humano, la proposición era bastante improbable, pero en la palabra del Señor hay dinamismo, y no fracasaría. Jesús interpretó su propio ministerio bajo la misma luz; era «como un grano de mostaza, el cual... es más pequeño que todas las semillas que hay en la tierra; sin embargo, cuando es sembrado, crece y llega a ser más grande que todas las hortalizas... » (Mr. 4:30–32). La obra silenciosa y oculta del Espíritu de Dios se perpetúa a través de los siglos, llegando a las generaciones sucesivas, todas las cuales forman parte de sus propósitos universales y de un todo mayor, al que Jesús llamaba «el reino de Dios». Las estadísticas no pueden calibrar su tamaño, ni calcular su valor.

Génesis 34:1–31. Una seducción y una traición

¹*Y salió Dina, la hija de Lea, a quien ésta había dado a luz a Jacob, a visitar a las hijas*

de la tierra. ²Y cuando la vio Siquem, hijo de Hamor heveo, príncipe de la tierra, se la llevó y se acostó con ella y la violó. ³Y él se prendó de Dina, hija de Jacob, y amó a la joven y le habló tiernamente. ⁴Entonces Siquem habló a su padre Hamor, diciendo: Consígueme a esta muchacha por mujer. ⁵Y Jacob oyó que Siquem había deshonrado a su hija Dina, pero sus hijos estaban con el ganado en el campo, y Jacob guardó silencio hasta que ellos llegaran. ⁶Entonces Hamor, padre de Siquem, salió a donde Jacob para hablar con él. ⁷Y los hijos de Jacob regresaron del campo al oírlo. Y aquellos hombres se entristecieron y se irritaron en gran manera porque Siquem había cometido una infamia en Israel acostándose con la hija de Jacob, pues tal cosa no debe hacerse.

⁸Pero Hamor habló con ellos, diciendo: El alma de mi hijo Siquem anhela a vuestra hija; os ruego que se la deis por mujer. ⁹Enlazaos con nosotros en matrimonios; dadnos vuestras hijas y tomad las nuestras para vosotros. ¹⁰Así moraréis con nosotros, y la tierra estará a vuestra disposición. Habitad y comerciad y adquirid propiedades en ella. ¹¹Dijo también Siquem al padre y a los hermanos de ella: Si hallo gracia ante vuestros ojos, os daré lo que me digáis. ¹²Pedidme cuanta dote y presentes queráis y os daré conforme a lo que me digáis, pero dadme a la joven por mujer.

¹³Pero los hijos de Jacob respondieron a Siquem y a su padre Hamor con engaño, y les hablaron, porque Siquem había deshonrado a su hermana Dina. ¹⁴Y les dijeron: No podemos hacer tal cosa, dar nuestra hermana a un hombre no circuncidado, pues para nosotros eso es una deshonra. ¹⁵Sólo con esta condición os complaceremos: si os hacéis como nosotros, circuncidándose cada uno de vuestros varones; ¹⁶entonces sí os daremos nuestras hijas, y tomaremos vuestras hijas para nosotros, y moraremos con vosotros y seremos un solo pueblo. ¹⁷Pero si no nos escucháis, y no os circuncidáis, entonces tomaremos a nuestra hija y nos iremos.

¹⁸Y sus palabras parecieron razonables a Hamor y a Siquem, hijo de Hamor. ¹⁹El joven, pues, no tardó en hacerlo porque estaba enamorado de la hija de Jacob. Y él era el más respetado de toda la casa de su padre. ²⁰Entonces Hamor y su hijo Siquem vinieron a la puerta de su ciudad, y hablaron a los hombres de la ciudad, diciendo: ²¹Estos hombres están en paz con nosotros; dejadles, pues, morar en la tierra y comerciar en ella, porque ved, la tierra es bastante amplia para ellos. Tomemos para nosotros a sus hijas por mujeres y démosles nuestras hijas. ²²Mas sólo con esta condición consentirán ellos en morar con nosotros para que seamos un solo pueblo: que se circuncide todo varón entre nosotros, como ellos están circuncidados. ²³¿No serán nuestros su ganado y sus propiedades y todos sus animales? Consintamos sólo en esto, y morarán con nosotros. ²⁴Y escucharon a Hamor y a su hijo Siquem todos los que salían por la puerta de la ciudad, y fue circuncidado todo varón: todos los que salían por la puerta de la ciudad.

²⁵Pero sucedió que al tercer día, cuando estaban con más dolor, dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada y entraron en la ciudad, que estaba desprevenida, y mataron a todo varón. ²⁶Y mataron a Hamor y a su hijo Siquem a filo de espada, y tomaron a Dina de la casa de Siquem, y salieron. ²⁷Después los hijos de Jacob vinieron sobre los muertos y saquearon la ciudad, porque ellos habían deshonrado a su hermana. ²⁸Y se llevaron sus ovejas, sus vacas y sus asnos, y lo que había en la ciudad y lo que había en el campo; ²⁹y se llevaron cautivos a todos sus pequeños y a sus mujeres, y saquearon todos sus bienes y todo lo que había en las casas. ³⁰Entonces Jacob dijo a Simeón y a Leví: Me habéis traído dificultades, haciéndome

odioso entre los habitantes del país, entre los cananeos y los ferezeos; y como mis hombres son pocos, ellos se juntarán contra mí y me atacarán, y seré destruido yo y mi casa. ³¹*Pero ellos dijeron: ¿Había de tratar él a nuestra hermana como a una ramera?*

Este primer encuentro entre Jacob y los habitantes de Canaán ilustra el tipo de dificultades que asedia a los intentos de convivir amistosamente entre pueblos cuyos estándares de conducta eran distintos de los que tenía la familia de Abraham. Los jóvenes eran especialmente vulnerables.

Debían haber pasado algunos años desde la llegada de Jacob a la tierra de Siquem, porque ahora los hijos de Lea eran lo bastante mayores como para responsabilizarse del ganado y para tener voz y voto en las decisiones familiares. Jacob hubo de tener en cuenta el punto de vista de los hijos de Lea antes de intentar hacer algo al respecto por la violación de Dina, su hermana menor. Mientras estaba visitando a algunas de sus amigas, le llamó la atención al hijo de una familia importante, Siquem hijo de Hamor, gobernante de los habitantes heveos, quien había bautizado a su hijo con el nombre de la gran ciudad en la que vivían. En cuanto Siquem puso los ojos en Dina, se aprovechó de ella y la violó. Aunque su atracción por la joven demostró ser algo más que un capricho pasajero, y es evidente que se la ganó por el amor «que hablaba al corazón», como dice el original hebreo, esto no lo excusaba en modo alguno, ni siquiera por el hecho de ser de noble cuna. *Tal cosa no debe hacerse*, dice categóricamente el escritor, reflejando así los estándares aceptados no sólo en su época, sino también en la de Jacob. Con el tiempo, la legislación especificaría castigos, para disuadir a los delincuentes potenciales (Éx. 22:16–17; Dt. 22:28–29). El crimen no se contemplaba desde el punto de vista de la joven, sino como una ofensa contra su padre, quien, en consecuencia, perdía su derecho de buscar un buen marido para su hija y se quedaba sin la dote que hubiera recibido por ella.

Para ser justos con él, debemos decir que Siquem no tenía intención alguna de negarse a pagar una dote generosa, y estaba plenamente decidido a convertir a Dina en su esposa. También él sabía lo que se esperaba que hiciera de acuerdo con las estipulaciones de la comunidad sobre estos asuntos, y no había ninguno de esos requisitos que no pudiera cumplir. Pero había mostrado cierta arrogancia al asumir que el padre de Dina le consideraría un yerno deseable y había forzado la mano para satisfacer sus deseos. Haría que su padre arreglase el asunto y hablara educadamente con la familia.

Cuando se celebró la reunión familiar, quedó claro que una de las partes pensaba en algo más que en solucionar aquella situación individual. El matrimonio entre Dina y Siquem señalaría la alianza permanente entre los dos pueblos, de modo que perderían sus identidades individuales y se convertirían en *un solo pueblo* (16). Por supuesto, había un motivo ulterior. Los habitantes del lugar vieron la oportunidad de enriquecerse a expensas de los vecinos cercanos (23). La circuncisión les parecía un precio pequeño, y quienes deliberaron en la plaza, estuvieron de acuerdo en que *todos los que salían por la puerta de la ciudad* (es decir, varones que habían alcanzado la pubertad y, por tanto, eran ciudadanos de pleno derecho) deberían someterse a la

circuncisión.

Todo formaba parte de un plan tramado por Simeón y Leví, dos de los hermanos de Dina cuya ira ardiente buscaba cobrarse venganza; pero ocultaron cuidadosamente sus maquinaciones, incluso de Jacob. Mientras los hombres de la ciudad seguían bajo los efectos del bisturí, los dos hermanos los mataron a todos, incluyendo a Siquem y a su padre. Tomaron cautivos a las mujeres y a los niños, junto con toda la riqueza de la ciudad, aunque nada se dice sobre la suerte que corrieron las casas. Es evidente que los hijos de Jacob y sus respectivas familias no acudieron a asentarse en la ciudad, aunque sería uno de los primeros lugares a los que Josué se dirigió cuando él y las tribus entraron en Canaán (Jos. 8:30–35; Ebal y Gerizim eran las montañas que circundaban Siquem). Es posible que el recuerdo local de este incidente se transmitiera de generación en generación. En aquella época, Jacob fue muy consciente de la amenaza a la que sus hijos habían expuesto a toda la familia. Su traición podría inducir el ataque concertado de las tribus vecinas, que podrían justificar su invasión como un ataque punitivo, y acabar con todos los moradores del campamento de Jacob.

Este incidente ilustra los efectos importantes de los actos considerados «privados». La familia inmediata se ve afectaba necesariamente, pero, cuando se involucra a los principales miembros de una comunidad, el ofensor no es el único que debe pagar un precio. La violación de una joven provocó una venganza que mató a muchos inocentes y que arruinó a todas las familias de la ciudad. Si Jacob no se hubiera alejado, la venganza hubiera continuado indefinidamente. Así, un acto nefasto engendra otro, y el mal prolifera. Vale la pena conjeturar cómo se las hubiera arreglado Jacob para que el incidente tuviera unas consecuencias menos desastrosas si hubiera tomado la iniciativa tras consultarlo con sus hijos. ¿Es posible que no hubiera permitido que Dina se casara con Siquem sin que mediase una alianza a largo plazo con la ciudad cananea? Sin duda es lo que habría sucedido, pero eso hubiera supuesto perdonar y olvidar la maldad original, que los habitantes de Siquem no parecieron tomarse muy en serio. Lo que enfureció a Simeón y a Leví fue este trato indiferente de su hermana (31). El orgullo familiar había resultado herido, y, en estas circunstancias, el perdón hubiera parecido debilidad. Este es uno de los motivos por los que perdonar cuesta tanto: puede malinterpretarse fácilmente, devaluándose en consecuencia.

Génesis 35:1–29. El regreso a Betel y a Hebrón

¹Entonces Dios dijo a Jacob: Levántate, sube a Betel y habita allí; y haz allí un altar a Dios, que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú. ²Entonces Jacob dijo a los de su casa y a todos los que estaban con él: Quitad los dioses extranjeros que hay entre vosotros; purificaos y mudaos los vestidos; ³y levantémonos, y subamos a Betel; y allí haré un altar a Dios, quien me respondió en el día de mi angustia, y que ha estado conmigo en el camino por donde he andado. ⁴Entregaron, pues, a Jacob todos los dioses extranjeros que tenían en su poder y los pendientes que tenían en sus orejas; y Jacob los escondió debajo de la encina que había junto a Siquem.

⁵Al proseguir el viaje, hubo gran terror en las ciudades alrededor de ellos, y no

persiguieron a los hijos de Jacob. ⁶Y Jacob llegó a Luz, es decir, Betel, que está en la tierra de Canaán, él y todo el pueblo que estaba con él. ⁷Y edificó allí un altar, y llamó al lugar El-betel, porque allí Dios se le había manifestado cuando huía de su hermano. ⁸Y murió Débora, nodriza de Rebeca, y fue sepultada al pie de Betel, debajo de la encina; y ésta fue llamada Alón-bacut.

⁹Y Dios se apareció de nuevo a Jacob cuando volvió de Padán-aram, y lo bendijo. ¹⁰Y Dios le dijo: Tu nombre es Jacob; no te llamarás más Jacob, sino que tu nombre será Israel. Y le puso el nombre de Israel. ¹¹También le dijo Dios: Yo soy el Dios Todopoderoso. Sé fecundo y multiplícate; una nación y multitud de naciones vendrán de ti, y reyes saldrán de tus lomos. ¹²Y la tierra que di a Abraham y a Isaac, a ti te la daré; y daré la tierra a tu descendencia después de ti. ¹³Entonces Dios subió de su lado, en el lugar donde había hablado con él. ¹⁴Y Jacob erigió un pilar en el lugar donde Dios había hablado con él, un pilar de piedra, y derramó sobre él una libación; también derramó sobre él aceite. ¹⁵Y Jacob le puso el nombre de Betel al lugar donde Dios había hablado con él.

¹⁶Entonces partieron de Betel; y cuando aún faltaba cierta distancia para llegar a Efrata, Raquel comenzó a dar a luz y tuvo mucha dificultad en su parto. ¹⁷Y aconteció que cuando estaba en lo más duro del parto, la partera le dijo: No temas, porque ahora tienes este otro hijo. ¹⁸Y aconteció que cuando su alma partía, pues murió, lo llamó Benoni; pero su padre lo llamó Benjamín. ¹⁹Murió, pues, Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, es decir, Belén. ²⁰Y erigió Jacob un pilar sobre su sepultura; ése es el pilar de la sepultura de Raquel hasta hoy. ²¹Entonces partió Israel y plantó su tienda más allá de Migdal-eder.

²²Y aconteció que mientras Israel moraba en aquella tierra, Rubén fue y se acostó con Bilha, concubina de su padre; e Israel lo supo. Y los hijos de Jacob fueron doce. ²³Hijos de Lea: Rubén, el primogénito de Jacob, después Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. ²⁴Hijos de Raquel: José y Benjamín. ²⁵Hijos de Bilha, sierva de Raquel: Dan y Neftalí. ²⁶E hijos de Zilpa, sierva de Lea: Gad y Aser. Estos son los hijos de Jacob que le nacieron en Padán-aram.

²⁷Jacob fue a su padre Isaac en Mamre de Quiriat-arba, es decir, Hebrón, donde habían residido Abraham e Isaac. ²⁸Y vivió Isaac ciento ochenta años. ²⁹Y expiró Isaac y murió, y fue reunido a su pueblo, anciano y lleno de días; y sus hijos Esaú y Jacob lo sepultaron.

Mientras que Siquem no tenía importancia previa para Jacob, *Betel* representaba todo aquello que realmente había tenido peso en su vida. Fue el principio de su caminar con Dios, iniciado por la aparición del Dios vivo en su sueño y condensado en el nombre Betel, que Jacob acuñó como su propio nombre privado para aquel lugar sagrado. Cuando el Señor se le apareció en Harán, se había llamado a sí mismo «Dios de Betel» (31:13) y había recordado a Jacob los votos que este hizo espontáneamente como reacción ante la naturaleza maravillosa de aquel acontecimiento. Dios había concedido las peticiones de Jacob, proporcionándole todo lo que necesitaba y llevándole a salvo, atravesando tremendos peligros, de vuelta a Canaán, pero Jacob no había intentado viajar al sur, a «la casa de su padre» (28:20–22), un viaje que le hubiera aproximado mucho a Betel.

En un momento en que resultaba arriesgado quedarse en Siquem, el Señor volvió a hablar con Jacob, diciéndole expresamente que regresara a Betel para vivir allí y que levantase un altar para adorar al Dios *que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú* (1). Era un llamamiento directo a que cumpliese sus votos, que había descuidado durante tanto tiempo, pero que el Señor no había olvidado («Es mejor que no hagas votos, a que hagas votos y no los cumplas». Ec. 5:5). El motivo de su demora queda clara cuando ordena a su familia «*Quitad los dioses extranjeros que hay entre vosotros; purificaos*» (2). Resulta impactante descubrir que quienes convivían con Jacob adoraban, con su beneplácito, a dioses extranjeros; aunque el hecho de que Raquel le robase a su padre sus ídolos ya debería habernos preparado, ofreciéndonos evidencias de que aún no se había producido la ruptura con la religión popular. Para Jacob, no había ninguna duda de que el compromiso con el Dios de Betel significaba la fidelidad sólo a Él, porque no se trataba de una mera deidad territorial, sino del Dios de todas las familias de la Tierra (28:14) y, por consiguiente, del único Dios. Además, ahora Jacob tuvo la oportunidad de testificar a toda la familia que su Dios le había respondido en el momento de la angustia y que le había acompañado dondequiera había ido.

A la luz de semejante fidelidad, todos los viajeros entendieron la necesidad de obedecer a la petición de Jacob y le entregaron los caros objetos idólatricos que tenían, y *Jacob los escondió*. Aunque esto se podría interpretar como que se libró de esos objetos de tal manera que, más tarde, sus propietarios pudieran recuperarlos, el verbo significa literalmente «enterrar». Era una gran tentación, porque la parafernalia idólatrica representaba unos «valores» populares; renunciar a ella suponía, por consiguiente, la prueba de una nueva alianza. ¿Dejaría Raquel allí los *teraphim* de sus padres? Aquella ocasión fue tanto una purga como una renovación de la fe, en la que se vio involucrada toda la comunidad, como había sucedido con la traición de Simeón y de Leví. Para bien o para mal, nuestras vidas están vinculadas con las consecuencias de las elecciones y decisiones de otras personas, de la misma manera que a ellas les afecta lo que nosotros hacemos.

La reluctancia a la hora de deshacerse de las prácticas religiosas, asociadas con dioses extranjeros, era un peligro que habría que tener en cuenta en todas las fases de la historia de Israel. Josué retó a la gran asamblea de Siquem, celebrada en aquel mismo lugar, después de haber llevado a las tribus a Canaán (Jos. 24:15, 20, 23). Era totalmente evidente que no había ningún dios comparable con su Dios (Jos. 24:15, 17–18), pero los pueblos entre los que vivían eran influyentes, seguros de sí mismos y prósperos. El pueblo de Dios alcanzó su mejor momento cuando rechazaba el deseo de imitar a sus vecinos, siendo fieles a su Dios.

Este era el caso cuando emprendieron el camino cuesta arriba que conducía a Luz, pasando por ciudades que justificablemente podrían haberles atacado, pero que se abstuvieron de hacerlo porque *hubo gran terror en las ciudades alrededor de ellos* (5). Esa fue la primera de las diversas ocasiones en las que el pánico de sus enemigos permitió a Israel obtener la victoria (p. ej., Éx. 15:16; Dt. 2:25; Jos. 2:9), o bien eludir una batalla. Fue una protección que no habían hecho nada para merecer: «El Señor te protegerá de todo mal; Él guardará tu alma» (Sal. 121:7). Permitió a Jacob volver en paz

al mismo lugar donde Dios se le había aparecido mientras huía de Esaú, y que de nuevo bautizó como *El-betel* (7). No muy lejos, al pie de la colina, estaba la tumba de Débora, la nodriza de Rebeca (24:59). No hay nada que sugiera que hubiera formado parte de la caravana de Jacob, y a estas alturas habría sido ya muy anciana, porque había salido de Harán 140 años antes (comparar 25:20 con 35:28). Sin embargo, su tumba sí revestiría un interés considerable para esta familia, que era oriunda del mismo punto de Harán que las esposas de Jacob.

Sin embargo, había otro buen motivo para mencionar a Débora. Una omisión llamativa en esta narrativa es la muerte de Rebeca, que había decidido recibir la maldición de Jacob, cuando este dudaba sobre si engañar a Isaac y robar a Esaú su bendición (27:13). El lector no sabe cómo se manifestó la maldición, pero sí se da cuenta de que Rebeca está ausente, y saca sus propias conclusiones a partir de la referencia indirecta que se hace de ella. Es evidente que había muerto prematuramente, antes de que Jacob pudiera reunirse de nuevo con ella. La nodriza anónima que había acompañado a Rebeca cuando se fue de su casa adquiere un papel importante en la historia, porque permite al autor recordar el de Rebeca sin moralizar abiertamente sobre ella.

Una nueva bendición

El regreso de Jacob al lugar donde el Señor le había bendecido por primera vez no supuso ninguna decepción, porque *Dios se apareció de nuevo a Jacob* (9). Al bautizarle con el nombre de Israel, el Señor confirmó que realmente había sido Él quien se enfrentó a Jacob bajo forma humana en Peniel, donde había luchado con él. Jacob había pedido en vano conocer el nombre de su adversario, pero ahora Dios le dice sin que le pregunte: *Yo soy el Dios Todopoderoso* (11). Este nombre, *El Shaddai*, fue el mismo con el que el Señor se presentó a Abraham, cuando reafirmó su pacto con él, le dio la señal de la circuncisión y anunció que Sara daría a luz a Isaac (17:1–21). Isaac había usado este nombre impresionante en la bendición con la que despidió a Jacob. Ahora, Jacob la escucha directamente de Dios y puede estar seguro de que las palabras de la bendición del pacto se cumplirán. Su familia se convertirá en *una nación y multitud de naciones*; de él nacerán reyes (*cfr.* la promesa a Sara, 17:16), y la tierra le es entregada a él y a sus descendientes. Dios ya se la había dado a Abraham y a Isaac, y también pedía que Jacob viviera disfrutando conscientemente del don de Dios, aunque pasarían cientos de años antes de que sus descendientes fueran sus dueños declarados. Los reyes y el reino de Israel estaban aún a unos 800 años de distancia en el futuro, y la predicción sobre la multitud de naciones que serían benditas en Abraham conllevaba la venida de Jesús y la fundación de la Iglesia. La escala de la predicción bíblica es tan inmensa, que no se parece en nada a los detalles a corto plazo de los horóscopos. La predicción divina funciona a gran escala e indica el propósito de la vida humana, porque Dios tenía en mente su plan de salvación «antes de la fundación del mundo» (1 P. 1:20). Debido a este propósito, fue posible percibir el concepto de historia —opuesto a la

mera crónica de los acontecimientos— como sucedió por primera vez en el Antiguo Testamento (*cfr.* Introducción, pp. 22–23).

Jacob repitió el mismo ritual que había celebrado la primera vez que estuvo en ese lugar, pero mientras que de joven podía insuflar poco contenido a su uso del nombre de Dios, ahora, a la luz del trato que Él había mantenido con Jacob a lo largo de los años, su fe estaba centrada en el Dios vivo, que le había reprendido, cuidado y guiado, y que seguiría haciéndolo, no sólo en esta vida, sino también en las generaciones venideras. El nombre Betel vuelve a repetirse también, pero está claro que Jacob no pensaba que Dios estaba localizable en un pilar de piedra, como solía enseñarse en algunos libros de texto. Su testimonio de que Dios había estado con él dondequiera había ido (3) demuestra que su teología era ya más correcta y elevada.

La confianza de Jacob pronto se pondría a prueba, cuando viajó al sur de camino a *Efrata* (16). Raquel, que había orado que Dios añadiese otro hijo al primero (30:24), iba a dar a luz mucho antes de que llegasen a su destino. Sumida en la agonía de su sufrimiento, ni siquiera el nacimiento de un niño consiguió aliviar su dolor, y en sus últimos momentos de su vida le bautizó con un nombre pertinente, *Benoni*, «hijo de mi dolor». Aquel nombre no era adecuado para un niño y Jacob lo cambió a Benjamín, que significa «el hijo de mi diestra». No fue él quien acuñó este nombre, que ya era conocido en Mari (*cfr.* pp. 33), pero contenía una doble alusión. En el antiguo Oriente Próximo era costumbre mirar hacia el este cuando se quería buscar una dirección, de modo que la mano derecha apuntaba al sur. Aquel bebé nació en un viaje hacia el sur, atravesando Canaán, de modo que fue «un hijo del sur». Al mismo tiempo, Jacob quería honrar a Raquel y, al llamar a su hijo «el hijo de mi diestra», Jacob le exaltaba al puesto más elevado entre sus hermanos; de la misma manera que en Salmos 110:1 el Señor confirió el lugar más exaltado de todos al Señor de David cuando le dijo: «Siéntate a mi diestra» (*cfr.* Mt. 22:43–45). El amor que sentía Jacob por Raquel perduró, y años más tarde recordaría lo desolado que se sintió al perderla (48:7). Con demasiada frecuencia los niños cuyos madres murieron durante el parto son más culpados que amados, pero Jacob dio a Benjamín un lugar especial en su corazón.

Posteriormente, cuando se distribuyó el territorio tribal, la frontera de Benjamín incluyó el lugar donde nació y donde estaba enterrada su madre (1 S. 10:2). Una vez más, Jacob levantó un pilar, esta vez como conmemoración de su amada esposa; estuvo en pie al menos hasta la época del narrador, y aquel lugar seguía siendo un hito durante la vida de Jeremías (Jer. 31:15).

Tres breves párrafos concluyen esta sección del libro dedicada a Jacob, distinta de la mayoría de los últimos catorce capítulos, donde el personaje central será José. Primero, se registra una mancha en el linaje familiar sin añadir más comentarios. Rubén se acostó con Bilha, concubina de su padre, y esta grave ofensa llegó a oídos de Jacob. En la lista de hijos de Jacob que viene a continuación, a Rubén se le nombra en su posición de privilegio como primogénito, pero, cuando Jacob se dispuso a dar su última bendición antes de morir, Rubén no tuvo la preeminencia (49:4). Ésta no fue una decisión arbitraria por parte de Jacob, sino una desheredación judicial como consecuencia de su grave falta. A la vista de que Simeón y Leví habían desprestigiado a

su padre (34:30), el cuarto hijo, Judá, fue el siguiente del linaje que heredó los privilegios de la primogenitura. Se convirtió en el portavoz de los hermanos cuando fueron a Egipto por segunda vez y se ofreció como garante de Benjamín (capítulos 43 y 44). En su lecho de muerte, Jacob impartiría su bendición a Judá, diciéndole que ante él se inclinarían sus hermanos (49:8). Cientos de años después, David, de la tribu de Judá, sería el rey de todo Israel y, al final, Jesús el Mesías nacería del mismo linaje. Estos temas tan trascendentales, que abarcan ambos Testamentos, desafían toda explicación humana.

No se dice nada del destino de Bilha, pero, si Rubén cayó en la deshonra, ella también lo hizo. Esta breve afirmación nos permite vislumbrar las frustraciones e iniquidades de una familia polígama, y los estragos que causó la poligamia a la intención divina de que dos se hicieran «una sola carne».

Y los hijos de Jacob fueron doce, el número que fueron también los apóstoles de Jesús (Mr. 3:14), y que se usa en Apocalipsis 21:12, 14 como símbolo de la Iglesia completa tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Mientras que Abraham, Isaac y Jacob habían sido los *únicos* en sus generaciones, ahora la promesa de amplía y se confiere a los doce hijos. Aunque la intención divina era extender su bendición a todas las familias de la Tierra (12:3), el vehículo de esa bendición siempre fue relativamente pequeño e insignificante.

La muerte de Isaac fue la ocasión para una reunión familiar, cuando Esaú y Jacob se reunieron a la cabecera del lecho de muerte de su padre. Así, Isaac vivió lo suficiente como para ver cómo, por la providencia de Dios, sus dos hijos se habían reconciliado, Jacob había sido bendecido con hijos, y ambos estaban bien cuidados. Por consiguiente, su muerte fue un momento de acción de gracias, más que una ocasión para entristecerse. Como Abraham (25:8), *fue reunido a su pueblo* (29), parte de una familia perdurable más allá de esta vida. La esperanza de una reunión posterior aliviaba la soledad de la muerte.

Génesis 36:1–43. Esaú, padre de los edomitas

...⁶Entonces Esaú tomó a sus mujeres, sus hijos y sus hijas y todas las personas de su casa, y su ganado y todas sus bestias, y todos los bienes que había acumulado en la tierra de Canaán, y se fue a otra tierra lejos de su hermano Jacob. ⁷Porque los bienes de ellos habían llegado a ser tantos que no podían habitar juntos, y la tierra en que moraban no podía sostenerlos a causa de su mucho ganado. ⁸Y habitó Esaú en la región montañosa de Seir; Esaú es Edom...

Los edomitas, parientes cercanos y vecinos de Israel, jugaron un papel en la historia israelita durante siglos, y la rivalidad entre Esaú y Jacob siguió siendo una herida abierta hasta un momento tan tardío como el periodo postexílico (Mal. 1:2–5). A primera vista, un capítulo como este, que esta compuesto casi en su totalidad de nombres desconocidos, puede parecer una interrupción de la historia; si reflexionamos un poco más, demuestra que Esaú, aunque no había recibido los privilegios de la primogenitura,

prosperó y, mientras Jacob y su familia buscaban refugio en Egipto, donde acabaron convirtiéndose en esclavos, el clan de Esaú se fue desarrollando y organizando. Parece probable que se pusieran por escrito los detalles familiares, y que en la información aquí contenida subyazcan genealogías escritas. Los versículos 2–3 difieren de 26:34–35 y de 28:9, pero el escritor no intenta encajar los distintos relatos, probablemente porque anotó los registros del archivo tal y como estaban. Siguiendo este método, se podía resumir y descartar el futuro de Esaú antes de que Génesis prosiguiera con el relato del hijo de Jacob, José, en torno al cual giraban los acontecimientos de toda la familia. En comparación con la suya, la historia de la familia de Esaú carecía de sucesos de interés.

Las tres esposas de Esaú mencionadas en los versículos 2–5 provenían de distintos grupos raciales, aunque se las clasifica en términos generales como cananeas (a Judit, la primera en 26:34, no se la menciona). Ahora, la que figura es la hija de Elón el hitita, llamada Basemat en 26:34, pero a quien aquí se la menciona como Ada, quizá el nombre que le puso Esaú en contraste con el de su familia hetea. La hija de Ismael también tiene un nuevo nombre, *Malta* (cfr. 28:9). Fue después del nacimiento de su quinto hijo cuando él emigró, con su familia y todos sus rebaños, a la tierra que más tarde se llamaría Edom, al sudeste del mar Muerto, y que era en gran parte una meseta rocosa aladaña al desierto. Las palabras de Isaac, «He aquí, lejos de la fertilidad de la tierra será tu morada, y lejos del rocío que baja del cielo» (27:39), eran una referencia adecuada a esta tierra inhóspita. Allí, Esaú disfrutó de independencia, que al final se convertiría en esclavitud para sus descendientes; pero fueron quienes habían sido esclavizados los que disfrutaron de la liberación del Señor, convirtiéndose así en su pueblo redimido.

Al contabilizar a los nietos de Esaú nacidos de Elifaz y Reuel, y los hijos de Aholibama (pero omitir los de su concubina), Esaú se convertía en el padre de las doce tribus, como su hermano Jacob, y se nombran los jefes de estas (15–19). Se dice poca cosa sobre la conquista de la tierra de Seir, que había estado habitada por los horeos (20; cfr. 14:6), aunque, en el versículo 2, Zibeón es heveo. Esaú desposeyó a los horeos de sus tierras (Dt. 2:12, 22), pero es evidente que se casó con la hija de uno de sus jefes, Zibeón. Era totalmente libre para hacerlo.

La tierra de Edom estaba organizada como monarquía antes que Israel. No es de extrañar, porque en las tradiciones de Israel existía una marcada oposición a la idea de poner reyes (1 S. 8:7; cfr. Dt. 17:14–20). Al Señor se le consideraba un rey y tenía el derecho de escoger a su candidato para el liderazgo, como sucedía en tiempos de los Jueces. Sin embargo, los reyes aquí mencionados (31–39) se parecen a los jueces en el sentido de que no existe un gobierno hereditario, ni una capital oficial reconocida. En su lugar, numerosas familias y ciudades compartieron este honor. *Bosra* (33) seguía siendo un lugar importante, y era para Edom lo que Damasco era para Siria (p. ej., Is. 63:1; Am. 1:12). Es probable que en siglos posteriores fuera la capital. Conocida hoy día como Buseirah, Nelson Glueck la exploró en la década de 1930 y descubrió muchas efigies labradas en piedra o de arcilla. Aunque no cabe duda de que muchas fueron realizadas después de la época patriarcal, el triunfo de la idolatría sobre el

conocimiento de Dios, que Esaú tenía y podía haber perpetuado, es evidente. A pesar de la lucha de los profetas con Israel por este mismo tema, las excavaciones nunca han desenterrado figuras de ídolos en los territorios de Israel o de Judá. El cambio de religión de Esaú sentó un precedente, que más tarde condujo a la identificación con la religión idólatra de los habitantes locales. De no haber sido por las diversas formas de disciplina divina, que culminaron en el exilio, la historia hubiera sido la misma que la triste decadencia de los descendientes de Jacob. Fue la misericordia de Dios la que rehusó repudiarlos, obrando, en cambio, para crear un pueblo capaz de recibir su salvación. Éste es el tema del resto del Antiguo Testamento.

El libro de Job se sitúa en la época patriarcal y el mayor de sus amigos era Elifaz temanita (*cfr.* 11), claramente edomita. Por este motivo el libro señala a Edom como su lugar probable de origen. La profecía de Abdías va dirigida a los edomitas, junto con pasajes de otros profetas (Is. 34; 63:1–6; Jer. 49:7–22; Ez. 25:12–14; Am. 1:11–12), de modo que Edom no quedó sin mensajeros, y tuvo ocasión de arrepentirse. Su «radio macuto» se encargaría de que tales mensajes llegaran a sus destinatarios.

CUARTA PARTE

José

Génesis 37–50

La narrativa de Jacob propiamente dicha no ha concluido, a pesar del resumen (37:1–2a) que lo deja a un lado por el momento. En realidad, el patriarca sigue siendo el jefe de su clan hasta su muerte (49:33), pero el interés se centra ahora en sus hijos, y en concreto en José, gracias al cual toda la familia acabó residiendo en Egipto.

Un rasgo chocante de las narrativas patriarcales es que pueblos de diverso origen, ya fuera en el valle del Tigris y el Éufrates, Siria, Canaán o Egipto, pudieran trasladarse libremente y vivir unos junto a otros, siempre que uno de ellos no se hiciera demasiado numeroso y se convirtiera así en una amenaza para los demás. Se respira una sensación de espacio, de bienvenida para quienes vinieran en paz, y una tolerancia de todos los estilos de vida. A medida que los agrupamientos humanos se volvieron más grandes y poderosos, las ambiciones nacionalistas tendieron a ser más duras con los extranjeros. Esta transición tuvo lugar durante la permanencia de los israelitas en Egipto, donde gobernaba «un nuevo rey que no había conocido a José» (Éx. 1:8). Durante el primer milenio a. C., el nacionalismo se iría desarrollando incluso más plenamente con el auge de los grandes imperios de Asiria, Babilonia y Persia, confiriendo una «textura»

diferente a las relaciones entre pueblos y territorios.

La manera extraordinaria en la que José pudo alcanzar el poder en Egipto se ha explicado a menudo mediante una dinastía extranjera, conocida como los hicsos o «reyes pastores», que gobernaron en Egipto entre aproximadamente 1710 y 1540 a. C. Eran jefes semitas, que llegaron al poder en una época de debilidad egipcia, y que al final se convirtieron en señores de Egipto, estableciendo su capital en Avaris, al este del delta. Con el tiempo, sustituyeron a los oficiales egipcios por sus propios diplomáticos semitas, y «José... encaja perfectamente» en este trasfondo. Aunque esto es cierto, el periodo de los hicsos es un poco tardío para la narrativa de José, si realmente Abraham emigró a Canaán en torno al año 2092 a. C. y si Jacob llevó a su familia a Egipto en 1877. Hay una diferencia de casi dos siglos. Sin embargo, el libro de Génesis no exige la existencia de una dinastía semítica para explicar el auge de José. Su interpretación convincente del sueño de Faraón fue lo bastante impresionante como para explicar su cambio de estatus. El siglo XIX a. C. fue la edad de oro de la literatura clásica egipcia y un momento en el que Egipto era políticamente poderoso. A este periodo, pertenece la famosa pintura donde se ve a los semitas visitando Egipto, que se encontró en una tumba de Beni-Hassan, a unos 225 km al sur del delta, y donde se ve a los visitantes ofreciendo sus respetos al administrador del desierto oriental. Es evidente que los patriarcas no fueron los únicos visitantes semíticos en Egipto antes del periodo de los hicsos. Es fácil infravalorar las distancias que recorrían a pie familias enteras (porque en la pintura se ve a niños), y ¿qué les llevó a bajar tanto por el Nilo, cuando su capital era Memphis, a más de 160 km al norte? La narrativa bíblica da por hecho la existencia de caravanas comerciales, que recorrían las rutas del desierto entre un país y otro, y que se enriquecían con ello.

Desde un punto de vista literario, la narrativa de José llama la atención por su honestidad, su caracterización definida y su interés teológico. José es uno de los «buenos» hombres del Antiguo Testamento, y, sin embargo, el José maduro se nos presenta sin rastro alguno de piedad petulante. Cualquier lector siente interés por la lucha infantil por ser el primero y una gran simpatía por el muchacho a quien sus celosos hermanos venden a unos completos desconocidos. La injusticia le pisa siempre los talones, y aun así José siempre elude caer en el victimismo y soporta con paciencia un largo encarcelamiento, hasta que, de repente, su vindicación le lleva de lo más bajo a lo más alto. Hay pocas referencias a su fe, pero, sin embargo, a lo largo de sus pruebas su carácter maduro y su confianza en Dios crece. La prosperidad no le vuelve engreído y cuando habla con sus hermanos, les revela que ha meditado sobre el curso de su vida y ha llegado a percibir la mano de Dios que controlaba cada dolorosa cadena de acontecimientos nacida de la intención maliciosa de sus hermanos cuando lo vendieron. Su fe ha sido lo que lo ha hecho crecer. Aquí debe existir alguna pauta que nos permita aceptar hoy día la injusticia y el sufrimiento propios de la vida, de tal modo que evitemos el resentimiento y convirtamos el mal en bien.

Génesis 37:1–36. José, el hijo favorito

¹Y Jacob habitó en la tierra donde había peregrinado su padre, en la tierra de Canaán. ²Ésta es la historia de las generaciones de Jacob:

José, cuando tenía diecisiete años, apacentaba el rebaño con sus hermanos; el joven estaba con los hijos de Bilha y con los hijos de Zilpa, mujeres de su padre. Y José trajo a su padre malos informes sobre ellos. ³Y amaba Israel a José más que a todos sus hijos, porque era para él el hijo de su vejez; y le hizo una túnica de muchos colores. ⁴Y vieron sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos; por eso lo odiaban y no podían hablarle amistosamente.

⁵Y José tuvo un sueño y cuando lo contó a sus hermanos, ellos lo odiaron aún más. ⁶Y él les dijo: Os ruego que escuchéis este sueño que he tenido. ⁷He aquí, estábamos atando gavillas en medio del campo, y he aquí que mi gavilla se levantó y se puso derecha, y entonces vuestras gavillas se ponían alrededor y se inclinaban hacia mi gavilla. ⁸Y sus hermanos le dijeron: ¿Acaso reinarás sobre nosotros? ¿O acaso te enseñorearás sobre nosotros? Y lo odiaron aún más por causa de sus sueños y de sus palabras. ⁹Tuvo aún otro sueño, y lo contó a sus hermanos, diciendo: He aquí, he tenido aún otro sueño; y he aquí, el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí. ¹⁰Y él lo contó a su padre y a sus hermanos; y su padre lo reprendió, y le dijo: ¿Qué es este sueño que has tenido? ¿Acaso yo, tu madre y tus hermanos vendremos a inclinarnos hasta el suelo ante ti? ¹¹Y sus hermanos le tenían envidia, pero su padre reflexionaba sobre lo dicho.

¹²Después sus hermanos fueron a apacentar el rebaño de su padre en Siquem. ¹³E Israel dijo a José: ¿No están tus hermanos apacentando el rebaño en Siquem? Ven y te enviaré a ellos. Y él le dijo: Iré. ¹⁴Entonces Israel le dijo: Ve ahora y mira cómo están tus hermanos y cómo está el rebaño; y tráeme noticias de ellos. Lo envió, pues, desde el valle de Hebrón, y José fue a Siquem. ¹⁵Y estando él dando vueltas por el campo, un hombre lo encontró, y el hombre le preguntó, diciendo: ¿Qué buscas? ¹⁶Y él respondió: Busco a mis hermanos; te ruego que me informes dónde están apacentando el rebaño. ¹⁷Y el hombre respondió: Se han ido de aquí, pues yo les oí decir: «Vamos a Dotán.» Entonces José fue tras sus hermanos y los encontró en Dotán. ¹⁸Cuando ellos lo vieron de lejos, y antes que se les acercara, tramaron contra él para matarlo. ¹⁹Y se dijeron unos a otros: Aquí viene el soñador. ²⁰Ahora pues, venid, matémoslo y arrojémoslo a uno de los pozos; y diremos: «Una fiera lo devoró». Entonces veremos en qué quedan sus sueños. ²¹Pero Rubén oyó esto y lo libró de sus manos, y dijo: No le quitemos la vida. ²²Rubén les dijo además: No derramáis sangre. Echadlo en este pozo del desierto, pero no le pongáis la mano encima. Esto dijo para poder librarlo de las manos de ellos y volverlo a su padre. ²³Y sucedió que cuando José llegó a sus hermanos, despojaron a José de su túnica, la túnica de muchos colores que llevaba puesta; ²⁴y lo tomaron y lo echaron en el pozo. Y el pozo estaba vacío, no había agua en él.

²⁵Entonces se sentaron a comer, y cuando levantaron los ojos y miraron, he aquí, una caravana de ismaelitas venía de Galaad con sus camellos cargados de resina aromática, bálsamo y mirra, que iban bajando hacia Egipto. ²⁶Y Judá dijo a sus hermanos: ¿Qué ganaremos con matar a nuestro hermano y ocultar su sangre? ²⁷Venid, vendámoslo a los ismaelitas y no pongamos las manos sobre él, pues es nuestro hermano, carne nuestra. Y sus hermanos le hicieron caso. ²⁸Pasaron entonces unos mercaderes madianitas, y ellos sacaron a José, subiéndolo del pozo, y vendieron a José a

los ismaelitas por veinte piezas de plata. Y éstos llevaron a José a Egipto.

²⁹Cuando Rubén volvió al pozo, he aquí, José no estaba en el pozo; entonces rasgó sus vestidos. ³⁰Y volvió a sus hermanos y les dijo: El muchacho no está allí; y yo, ¿adónde iré? ³¹Entonces tomaron la túnica de José y mataron un macho cabrío, y empaparon la túnica en la sangre; ³²y enviaron la túnica de muchos colores y la llevaron a su padre, y dijeron: Encontramos esto; te rogamos que lo examines para ver si es la túnica de tu hijo o no. ³³El la examinó, y dijo: Es la túnica de mi hijo. Una fiera lo ha devorado; sin duda José ha sido despedazado. ³⁴Y Jacob rasgó sus vestidos, puso cilicio sobre sus lomos y estuvo de duelo por su hijo muchos días. ³⁵Y todos sus hijos y todas sus hijas vinieron para consolarlo, pero él rehusó ser consolado, y dijo: Ciertamente enlutado bajaré al Seol por causa de mi hijo. Y su padre lloró por él. ³⁶Mientras tanto, los madianitas lo vendieron en Egipto a Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia.

Resulta notable hasta qué punto la narrativa de José gira en torno a un error tan común como es el favoritismo de un padre. Jacob había sido testigo del desastre que había provocado el favoritismo paterno en su propia vida y la de Esaú, y, sin embargo, necio como era, mimaba abiertamente a José. Una relación tan especial fomenta la actitud chivata, y José no era más listo que cualquier otro adolescente, que contempla asombrado la conducta inaceptable de sus hermanos mayores. Se lo contaba a su padre (quien tenía derecho a saber qué estaba pasando) y, como es natural, provocaba el odio de sus hermanos por incluirlos en la lista negra de su padre. Cuando, para rematar las cosas, Jacob regaló a José una túnica de muchos colores, que llevaba mangas largas y que le colocaba en una clase aparte de los demás y le excluía de hacer las tareas ingratas de cultivar la tierra, el resto de la familia se molestó. Era una situación extraña, en la que José se vio aislado y expuesto al peligro de la hostilidad fraternal, y sin embargo no era todo culpa suya y poco podía hacer para arreglar las cosas. Este es el tipo de trasfondo familiar que puede causar un gran sufrimiento a los jóvenes y conducir a una personalidad distorsionada, introvertida, llena de temor y de resentimiento. Que no lo hiciera, en el caso de José, forma parte del encanto de esta historia. Su personalidad era notablemente resistente.

Y José tuvo un sueño (5). No fue un sueño corriente, que se pudiera olvidar como un sinsentido, sino uno que sugería que José podría estar favorecido incluso por la providencia, aunque nuestros contemporáneos seguramente dirían que reflejaba unas ideas egocéntricas de grandeza. Allá fuera, en la era, la gavilla de José ocupaba el centro, mientras que las de sus hermanos se inclinaban ante ella. Cuando soñó que el sol, la luna e incluso las estrellas se inclinaban ante su persona, hasta a su padre le irritó la conclusión, y le reprendió, aunque *reflexionó sobre lo dicho* (11), sabiendo que podría tratarse de un indicador divino sobre el destino de su hijo. Sin embargo, por lo que respecta a los hermanos, los sueños no hicieron más que intensificar su odio y sus celos hacia José (versículo 5, 8, 11).

El viaje que le encomendó su padre, para enterarse de si las noticias sobre sus hermanos y rebaños eran buenas, puso en peligro la vida del joven. (¿Quizá Jacob sospechaba que sus hijos trapicheaban a sus espaldas?) De Hebrón a Siquem había unos 80 km, y encontrar a sus hermanos en un territorio desconocido le obligaría a

emprender una agotadora búsqueda en todas direcciones. *Dotán* estaba otros 24 km más adentro del territorio de las colinas. Por cierto, existen evidencias de que, en esa época, *Dotán* existía como ciudad. Gracias a la ayuda de un desconocido, José encontró a sus hermanos y estos le vieron llegar con mirada adusta. Estando tan lejos del hogar, los hermanos creen que pueden planificar sin problemas la muerte del soñador. Podrían deshacerse tranquilamente del cuerpo metiéndolo en cualquiera de las cisternas que se usaban para recoger el agua de la lluvia durante el invierno (la consiguiente contaminación del agua para beber no les importaba) y los animales salvajes representaban un peligro (cfr. 1 S. 17:36). Siempre se podría achacar a su actividad una muerte inexplicada. El atractivo definitivo radicaba en frustrar los sueños de José sobre su supremacía y quitarse de en medio a aquel cizañero. Rubén, el mayor, que era el responsable último, intervino con una sugerencia en contra. Si metían a José vivo en una cisterna no serían culpables de derramar su sangre y el resultado final sería el mismo, excepto por el hecho de que Rubén, en secreto, planeaba liberar a su hermano. De este modo, José escapó de una muerte inmediata y se encontró en el interior de una cisterna seca cerca de la ruta comercial que pasaba por el valle de Jezreel, próxima a *Dotán*.

Cuando pasaron por allí unos comerciantes ismaelitas, Judá, otro de los hermanos mayores, tuvo una idea brillante. ¿Por qué matar a su hermano cuando podían venderlo, evitando así el recurso extremo de matar a alguien de su propia sangre? Además, las súplicas de misericordia de José surtieron su efecto (42:21); al cabo de poco tiempo, lo habían vendido a los mercaderes nómadas, a los que ahora se llama *madianitas*. José estaba pasando por una experiencia terrible, sobre todo porque le estaban alejando de la tierra en la que el Señor estaba poniendo por obra su pacto, y de su padre, a quien Dios le había formulado las promesas. El futuro de José pintaba realmente mal. Está claro que las veinte monedas de plata, que eran lo que costaba un esclavo de edad comprendida entre los cinco y los veinte años (Lv. 27:5), era el precio aceptado por un varón joven a principios del segundo milenio a. C. Aunque no podía saberlo, José estaba pasando por una experiencia que se convertiría en un tema central de la Biblia. El Siervo santo era despreciado y rechazado, pero luego se convertiría en el rescatador de quienes le habían ofendido (Is. 53:3–6); el pastor del Señor fue menospreciado (Zac. 11:12–13), fue herido y su rebaño esparcido, pero las «ovejas» halladas fueron el pueblo del Señor (Zac. 13:7–9); el camino de la cruz supuso para Jesús que un amigo le traicionase, además de sufrir la agonía y la muerte, pero era el camino de la vida para todos los creyentes.

Entre tanto, Rubén, que quizá estaba cumpliendo su turno de vigilar al rebaño y se había perdido este último episodio, había vuelto a la cisterna para sacar a José. Consternado, imaginó que había muerto y se dirigió, embargado por la pena, a donde los responsables usaban sangre de cabra para engañar a su padre para que pensara que a José le había atacado un animal salvaje, mostrándole su túnica manchada de sangre. La treta salió bien y una vez más, Jacob fue engañado como él mismo engañó a su padre, dándole carne de cabra (27:9). Este fraude cruel tampoco lo olvidó fácilmente. Durante un largo periodo de duelo, sus hijos y sus esposas (las «hijas» de Jacob, 35)

fingieron acompañar a su padre en su dolor, como se esperaba de ellos. En lo relativo a los hijos, debió costarles mucho no revelar la verdad, y seguro que les remordía la conciencia. No es de extrañar que intentasen consolar a su padre y le animaran a olvidarse de José, por quien seguía llorando, avergonzándoles sin saberlo.

La mención de la llegada a Egipto de José y de su condición de esclavo en la casa de un egipcio distinguido dispone el escenario para el siguiente episodio, que retomará este relato. Pero, primero, hay que decir algo de uno de los hermanos, Judá.

Génesis 38:1–30. La boda y la familia de Judá

¹Sucedió por aquel tiempo que Judá se separó de sus hermanos, y visitó a un adulamita llamado Hira. ²Y allí vio Judá a la hija de un cananeo llamado Súa; la tomó, y se llegó a ella. ³Ella concibió y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Er. ⁴Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Onán. ⁵Aún dio a luz a otro hijo, y le puso por nombre Sela; y fue en Quezib que lo dio a luz. ⁶Entonces Judá tomó mujer para Er su primogénito, la cual se llamaba Tamar. ⁷Pero Er, primogénito de Judá, era malvado ante los ojos del Señor, y el Señor le quitó la vida. ⁸Entonces Judá dijo a Onán: Llégate a la mujer de tu hermano, y cumple con ella tu deber como cuñado, y levanta descendencia a tu hermano. ⁹Y Onán sabía que la descendencia no sería suya; y acontecía que cuando se llegaba a la mujer de su hermano, derramaba su semen en tierra para no dar descendencia a su hermano. ¹⁰Pero lo que hacía era malo ante los ojos del Señor; y también a él le quitó la vida. ¹¹Entonces Judá dijo a su nuera Tamar: Quédate viuda en casa de tu padre hasta que crezca mi hijo Sela; pues pensaba: Temo que él muera también como sus hermanos. Así que Tamar se fue y se quedó en casa de su padre.

¹²Pasaron muchos días y murió la hija de Súa, mujer de Judá. Y pasado el duelo, Judá subió a los trasquiladores de sus ovejas en Timnat, él y su amigo Hira adulamita. ¹³Y se lo hicieron saber a Tamar, diciéndole: He aquí, tu suegro sube a Timnat a trasquilar sus ovejas. ¹⁴Entonces ella se quitó sus ropas de viuda y se cubrió con un velo, se envolvió bien y se sentó a la entrada de Enaim que está en el camino de Timnat; porque veía que Sela había crecido, y ella aún no le había sido dada por mujer. ¹⁵Cuando la vio Judá, pensó que era una ramera, pues se había cubierto el rostro. ¹⁶Y se desvió hacia ella junto al camino, y le dijo: Vamos, déjame estar contigo; pues no sabía que era su nuera. Y ella dijo: ¿Qué me darás por estar conmigo? ¹⁷El respondió: Yo te enviaré un cabrito de las cabras del rebaño. Y ella dijo: ¿Me darás una prenda hasta que lo envíes? ¹⁸Y él respondió: ¿Qué prenda tengo que darte? Y ella dijo: Tu sello, tu cordón y el báculo que tienes en la mano. Y él se los dio y se llegó a ella, y ella concibió de él. ¹⁹Entonces ella se levantó y se fue; se quitó el velo y se puso sus ropas de viuda.

²⁰Cuando Judá envió el cabrito por medio de su amigo el adulamita, para recobrar la prenda de mano de la mujer, no la halló. ²¹Y preguntó a los hombres del lugar, diciendo: ¿Dónde está la ramera que estaba en Enaim, junto al camino? Y ellos dijeron: Aquí no ha habido ninguna ramera. ²²Y él volvió donde Judá, y le dijo: No la encontré; y además, los hombres del lugar dijeron: «Aquí no ha habido ninguna ramera.» ²³Entonces Judá dijo: Que se quede con las prendas, para que no seamos causa de burla. Ya ves que envié este cabrito, y tú no la has encontrado.

²⁴Y sucedió que como a los tres meses, informaron a Judá, diciendo: Tu nuera Tamar

ha fornicado, y he aquí, ha quedado encinta a causa de las fornicaciones. Entonces Judá dijo: Sacadla y que sea quemada. ²⁵Y aconteció que cuando la sacaban, ella envió a decir a su suegro: Del hombre a quien pertenecen estas cosas estoy encinta. Y añadió: Te ruego que examines y veas de quién es este sello, este cordón y este báculo. ²⁶Judá los reconoció, y dijo: Ella es más justa que yo, por cuanto yo no la di por mujer a mi hijo Sela. Y no volvió a tener más relaciones con ella.

²⁷Y sucedió que al tiempo de dar a luz, he aquí, había mellizos en su seno. ²⁸Aconteció, además, que mientras daba a luz, uno de ellos sacó su mano, y la partera la tomó y le ató un hilo escarlata a la mano, diciendo: Este salió primero. ²⁹Pero he aquí, sucedió que cuando él retiró su mano, su hermano salió. Entonces ella dijo: ¡Qué brecha te has abierto! Por eso le pusieron por nombre Fares. ³⁰Después salió su hermano que tenía el hilo escarlata en la mano; y le pusieron por nombre Zara.

La inclusión de este relato en la narrativa sobre José confiere al episodio una importancia particular. Mientras el lector se queda intrigado por saber cómo le fue a José en Egipto, se ve obligado a asistir a este repaso de la vida privada de Judá, relato que estaba destinado a convertirse en algo de dominio público en los siglos venideros. Por supuesto, Judá volverá a aparecer en la historia de José, donde manifiesta una sensibilidad y un altruismo que son exactamente lo opuesto a las emociones que le dominan en esta historia. Es posible que su humillación pública tras el escándalo de Tamar le transformara en el hombre amable que se preocupó de su padre anciano y de su hermano menor. «El principio de la elección humana hace pocas concesiones a la grandeza o incluso al mérito (cfr. Dt. 7:6 y ss.)... A pesar de todo, así se introduce el tema de la disposición de Dios para perdonar y continuar junto a su pueblo». Esta verdad debería ofrecer nuevos ánimos a todo cristiano derrotado.

Aunque Judá era el cuarto hijo de Jacob, empezó a ser importante después de que los tres hermanos precedentes se hubieran descalificado como líderes. Rubén se había acostado con la concubina de su padre (35:22), y Simeón y Leví habían atacado a los siquemitas (capítulo 34). Por tanto, Judá empezó a pasar a primer plano, y su linaje adquirió un interés especial, pero, como Abraham e Isaac antes que él, corría el peligro de no tener ningún hijo que le sucediera.

Todo empezó cuando Judá se alejó de sus hermanos para residir con una familia cananea, la de Hiram de Adulam, más conocido por la cueva en la que tiempo más tarde se refugiaría David (1 S. 22:1–2). Estaba al sudeste de Jerusalén, junto a las estribaciones de las colinas de Judea. Allí, Judá tomó una esposa cananea, cuyo nombre no se menciona nunca, pero que le dio tres hijos, Er, Onán y Sela. El comentario de que *fue en Quezib que lo [a Sela] dio a luz* (5) parece no tener mucha importancia, pero el nombre está relacionado con el verbo hebreo que significa «mentir» y, por tanto, cuando se reveló que Jacob mentía respecto a su hijo (14), ¿le dirían los sabelotodo que había nacido en Quezib? ¿Qué podía esperar?

Los problemas empezaron cuando Judá eligió, como esposa para Er, a Tamar, cuyo nombre, que significa «palmera datilera», sugiere que era hermosa (cfr. Cnt. 7:7). La muerte prematura de su esposo se explicó por la mala conducta de este y se atribuyó al juicio divino. Tamar, a pesar de que no tenía hijos, no carecía de esperanza para el

futuro. Había una costumbre extendida, el levirato, que se basaba en la idea de que la familia, como colectivo, era responsable de garantizar la continuación del linaje del pariente fallecido. Si tenía un hermano, este debía hacerse cargo de la viuda, y los hijos nacidos de esa unión se convertirían en los herederos del difunto. En el libro de Rut, vemos cómo funciona este mismo principio de la responsabilidad familiar, cuando la joven viuda Rut es enviada a un pariente de su difunto marido, para pedirle que se case con ella. En el caso de Tamar, su suegro, Judá, ordenó a su segundo hijo, Onán, que cumpliera con su obligación como cuñado. No queda claro si Onán ya estaba casado, pero estaba decidido a no perpetuar la familia de su hermano. Semejante odio contra el difunto y esa falta de interés por su posteridad se consideraban inexcusables, de modo que cuando murió al poco tiempo, al escritor no le cupo duda alguna de que el Señor *le quitó la vida* (10).

Sin embargo, Judá contempló los acontecimientos desde un punto de vista supersticioso, y maquinó librarse de aquella mujer aciaga, a la que atribuía la muerte de sus hijos. Aunque dejó entrever que se la daría a su tercer hijo, Sela, cuando fuera mayor, el hecho de que la enviase de vuelta a casa del padre de ella revelaba su verdadera intención. Temía por la seguridad de Sela y le encontró otra esposa (14).

La audaz aventura de Tamar

Pasó el tiempo y murió la esposa de Judá, y Tamar, prácticamente olvidada en la casa paterna, decidió tomarse la justicia por su mano. El trasquilado de las ovejas era una excusa tradicional para celebrar una fiesta (*cfr.* 1 S. 25:4, y el hecho de que David solicitara una pequeña parte de los alimentos abundantes). Le llegó la noticia de que Judá, con su amigo Hiram de Adulam, iba a asistir a las festividades del trasquilado en Timnat, de modo que se propuso llegar antes que ellos.

La reputación de Judá era tal, que Tamar estaba segura de que podría engañarlo si se hacía pasar por prostituta. Es evidente que las prostitutas tenían la costumbre de envolverse en un amplio chal, con el que, de paso, se cubrían el rostro. Esta pérdida de identidad le venía bien a Tamar, sentada a la entrada de la ciudad de Enaim, que estaba situada en la ruta que seguía Judá. No estaba equivocada: Judá se le acercó. Como su parte del trato, Tamar dispuso que le dieran un cabrito y, como aval de que lo recibiría logró hacerse con el sello personal de Judá, que este llevaba colgado en torno al cuello con un cordel, y con su báculo, que sería igual de distintivo. Cuando Hiram volvió con el cabrito propiedad de Judá para cumplir con su obligación, nadie del lugar conocía a ninguna prostituta. De esto se desprende que la prostitución sagrada cananea no era común en todas las aldeas y que Tamar no llevaba mucho tiempo en el camino cuando llegó Judá. Para no quedar en ridículo, Judá optó por olvidarse del tema.

Cuando Judá se enteró de que Tamar estaba encinta por haberse dedicado a la prostitución, reaccionó con una justa indignación. Dado que ella seguía sometida a su jurisdicción, ordenó que la trajeran y la quemasen. Entonces fue cuando ella sacó su as en la manga: Judá no tuvo más opción que reconocer los bienes que ella retenía, y

admitió que había engañado a su propio hijo, Sela. La culpa era, sobre todo, suya. Fue una confesión difícil y humillante, y una advertencia implícita contra las relaciones sexuales ocasionales que avergüenzan (Pr. 6:33). Aunque todo eso sucedió antes de que se promulgara la ley de Moisés, el mundo de los patriarcas estaba embebido de estándares sobre lo que era correcto y lo que no, que luego fueron los mismos que la ley acabaría recogiendo. Al relacionarse con cananeos, Judá había optado por un estilo de vida más cómodo que el de sus padres, pero su conciencia, por embotada que estuviera, seguía condenando su rebelde egocentrismo.

Judá, al igual que su abuelo Isaac, fue padre de gemelos. La historia volvía a repetirse también en el hecho de que no estaba claro cuál de los dos era el mayor. La mano que salió primero, a la que señalaron con un hilo rojo, no pertenecía al hijo que nació primero; se consideró que había nacido «fuera de turno», y de aquí su nombre *Fares*, que significa «brecha». Fue él quien aparecería más tarde en las genealogías clave que condujeron a David y, por tanto, al Cristo (Rut 4:18; Mt. 1:3; Lc. 3:33). Gracias a la providencia divina, el linaje de Judá cumplió los propósitos de Dios, que por necesidad debían bregar con la naturaleza pecaminosa de los seres humanos para redimirla. Hay que escribir en letras muy grandes que Dios salva por gracia, no por méritos, de modo que todos lo lean y lo entiendan.

Génesis 39:1–23. José, el bendito del Señor

¹Cuando José fue llevado a Egipto, Potifar, un oficial egipcio de Faraón, capitán de la guardia, lo compró a los ismaelitas que lo habían llevado allá. ²Y el Señor estaba con José, que llegó a ser un hombre próspero, y estaba en la casa de su amo el egipcio. ³Y vio su amo que el Señor estaba con él y que el Señor hacía prosperar en su mano todo lo que él hacía. ⁴Así encontró José gracia ante sus ojos y llegó a ser su siervo personal, y lo hizo mayordomo sobre su casa y entregó en su mano todo lo que poseía. ⁵Y sucedió que desde el tiempo que lo hizo mayordomo sobre su casa y sobre todo lo que poseía, el Señor bendijo la casa del egipcio por causa de José; y la bendición del Señor estaba sobre todo lo que poseía en la casa y en el campo. ⁶Así que todo lo que poseía lo dejó en mano de José, y con él allí no se preocupaba de nada, excepto del pan que comía.

Y era José de gallarda figura y de hermoso parecer. ⁷Sucedió después de estas cosas que la mujer de su amo miró a José con deseo y le dijo: Acuéstate conmigo. ⁸Pero él rehusó y dijo a la mujer de su amo: Estando yo aquí, mi amo no se preocupa de nada en la casa, y ha puesto en mi mano todo lo que posee. ⁹No hay nadie más grande que yo en esta casa, y nada me ha rehusado excepto a ti, pues tú eres su mujer. ¿Cómo entonces iba yo a hacer esta gran maldad y pecar contra Dios? ¹⁰Y ella insistía a José día tras día, pero él no accedió a acostarse con ella o a estar con ella. ¹¹Pero sucedió un día que él entró en casa para hacer su trabajo, y no había ninguno de los hombres de la casa allí dentro; ¹²entonces ella lo asió de la ropa, diciendo: ¡Acuéstate conmigo! Mas él le dejó su ropa en la mano, y salió huyendo afuera. ¹³Y cuando ella vio que él había dejado su ropa en sus manos y había huido afuera, ¹⁴llamó a los hombres de su casa y les dijo: Mirad, nos ha traído un hebreo para que se burle de nosotros; vino a mí para acostarse conmigo, pero yo grité a gran voz. ¹⁵Y sucedió que cuando él oyó que yo alzaba la voz y

gritaba, dejó su ropa junto a mí y salió huyendo afuera. ¹⁶Y ella dejó junto a sí la ropa de él hasta que su señor vino a casa. ¹⁷Entonces ella le habló con estas palabras, diciendo: Vino a mí el esclavo hebreo que nos trajiste, para burlarse de mí; ¹⁸y cuando levanté la voz y grité, él dejó su ropa junto a mí y huyó afuera.

¹⁹Y aconteció que cuando su señor escuchó las palabras que su mujer le habló, diciendo: Esto es lo que tu esclavo me hizo, se encendió su ira. ²⁰Entonces el amo de José lo tomó y lo echó en la cárcel, en el lugar donde se encerraba a los presos del rey; y allí permaneció en la cárcel. ²¹Mas el Señor estaba con José y le extendió su misericordia, y le concedió gracia ante los ojos del jefe de la cárcel. ²²Y el jefe de la cárcel confió en mano de José a todos los presos que estaban en la cárcel, y de todo lo que allí se hacía él era responsable. ²³El jefe de la cárcel no supervisaba nada que estuviera bajo la responsabilidad de José, porque el Señor estaba con él, y todo lo que él emprendía, el Señor lo hacía prosperar.

«El Señor te bendiga y te guarde» (Nm. 6:24) es una declaración que a menudo usamos en nuestra adoración dominical. Este capítulo otorga contenido al verbo «bendecir», mostrando cómo la bendición de Dios actuó sobre la vida de José. Después del interludio en el que se nos ofreció una muestra del estilo de vida de Judá (capítulo 38), el contraste con la conducta de José no puede ser más radical. *El Señor estaba con José* se convierte casi en un estribillo (2, 3, 21, 23), junto con las palabras «próspero» y «prosperar», que traducen el mismo término hebreo. A pesar de todo, la bendición no le eximió de problemas y pruebas. Pero la injusticia que soportó jugó un papel: le ayudó a prepararse para ocupar la posición de liderazgo que disfrutaría más adelante en su vida.

Al principio, todo fue bien. Potifar apreciaba el trabajo que hacía José en su casa y cada vez le fue dando una responsabilidad mayor. La bendición de Dios sobre José recayó —en términos de prosperidad material— a aquellos con quienes se relacionaba, además de aportar honra sobre su propia persona. No es de extrañar que Potifar le nombrase mayordomo, y que dejara en sus manos toda la responsabilidad. Se reitera el hecho de que *el Señor bendijo la casa del egipcio por causa de José* (5), ilustrando así el modo en que la bendición se hace extensible a otros, «enriqueciéndolos» (Pr. 10:22), en este caso literalmente.

Lo que ya no es tan sencillo es entender los acontecimientos posteriores, que dieron como resultado el encarcelamiento de José, como una bendición. A pesar de la negativa de José a cooperar con las intenciones adúlteras de la esposa de Potifar, y de su política deliberada de alejarse de ella para eludir *esta gran maldad* y pecado *contra Dios* (9), se vio involucrado. La injusticia de la acusación que aquella mujer hizo para exculparse a costa de José, era algo que un esclavo no tenía más remedio que aceptar. Sería extraño que ninguno de los presentes sospechara la verdadera situación (quizá por eso no lo condenaron a muerte), pero José carecía de derechos y de tribunal al que apelar. Incluso, si a Potifar le inquietaba castigar a José y privarse así de un mayordomo en quien podía confiar, no podía arriesgarse a desoír la acusación de su esposa. Es comprensible que se enojase. Por tanto, a José se le envió enseguida a la cárcel. Sin embargo, no fue a la cárcel común, sino al lugar donde se retenía a los prisioneros del

rey. Por tanto, estaba dentro de una categoría especial, y fue gracias a su contacto con los siervos del Faraón como las noticias sobre José llegaron al final a oídos del monarca. Pero en aquel momento no había muchos motivos para tener esperanza; sólo aislamiento y soledad.

A pesar de la injusticia de su encarcelamiento, es evidente que José no se vino abajo ni se quejó, sino que hizo lo posible por ser útil. *El Señor estaba con José* en la cárcel tanto como lo estuvo en casa de Potifar, mostrándole su *misericordia* y concediéndole *gracia ante los ojos del jefe de la cárcel* (21). Por segunda vez, José se convertía en la víctima del odio de otros, pero estaba aprendiendo a someterse sin resentimiento y a regocijarse en la fidelidad del Señor en las palabras que dirigió a su bisabuelo Abraham, cuando le dio la promesa concreta de que tendría un hijo (17:9). Aunque José había desagradado a su señor humano, el Señor Dios estaba muy complacido con él y le hizo prosperar. A fin de cuentas, no estaba solo.

Génesis 40:1–23. Dos sueños importantes

¹Después de estas cosas, sucedió que el copero y el panadero del rey de Egipto ofendieron a su señor, el rey de Egipto. ²Y Faraón se enojó contra sus dos oficiales, contra el jefe de los coperos y contra el jefe de los panaderos. ³Y los puso bajo custodia en la casa del capitán de la guardia, en la cárcel, en el mismo lugar donde José estaba preso. ⁴El capitán de la guardia se los asignó a José, y él les servía; y estuvieron bajo custodia por algún tiempo. ⁵Entonces el copero y el panadero del rey de Egipto, que estaban encerrados en la cárcel, tuvieron ambos un sueño en una misma noche, cada uno su propio sueño, y cada sueño con su propia interpretación. ⁶Y José vino a ellos por la mañana y los observó, y he aquí, estaban decaídos. ⁷Y preguntó a los oficiales de Faraón que estaban con él bajo custodia en casa de su señor: ¿Por qué están vuestros rostros tan tristes hoy? ⁸Y ellos le respondieron: Hemos tenido un sueño y no hay nadie que lo interprete. Entonces José les dijo: ¿No pertenecen a Dios las interpretaciones? Os ruego que me lo contéis.

⁹Contó, pues, el jefe de los coperos a José su sueño, y le dijo: En mi sueño, he aquí, había una vid delante de mí, ¹⁰y en la vid había tres sarmientos. Y al brotar sus yemas, aparecieron las flores, y sus racimos produjeron uvas maduras. ¹¹Y la copa de Faraón estaba en mi mano; así que tomé las uvas y las exprimí en la copa de Faraón, y puse la copa en la mano de Faraón. ¹²Entonces José le dijo: Ésta es su interpretación: los tres sarmientos son tres días. ¹³Dentro de tres días Faraón levantará tu cabeza, te restaurará a tu puesto y tú pondrás la copa de Faraón en su mano como acostumbrabas antes cuando eras su copero. ¹⁴Sólo te pido que te acuerdes de mí cuando te vaya bien, y te ruego que me hagas el favor de hacer mención de mí a Faraón, y me saques de esta casa. ¹⁵Porque la verdad es que yo fui secuestrado de la tierra de los hebreos, y aun aquí no he hecho nada para que me pusieran en el calabozo.

¹⁶Cuando el jefe de los panaderos vio que había interpretado favorablemente, dijo a José: Yo también vi en mi sueño, y he aquí, había tres cestas de pan blanco sobre mi cabeza; ¹⁷y sobre la cesta de encima había toda clase de manjares hechos por un panadero para Faraón, y las aves los comían de la cesta sobre mi cabeza. ¹⁸Entonces José respondió, y dijo: Ésta es su interpretación: las tres cestas son tres días; ¹⁹dentro de

tres días Faraón te quitará la cabeza de sobre ti, te colgará en un árbol y las aves comerán tu carne.

²⁰Y sucedió que al tercer día, que era el día del cumpleaños de Faraón, éste hizo un banquete para todos sus siervos, y levantó la cabeza del jefe de los coperos y la cabeza del jefe de los panaderos en medio de sus siervos. ²¹Y restauró al jefe de los coperos a su cargo de copero y éste puso la copa en manos de Faraón; ²²pero ahorcó al jefe de los panaderos, tal como les había interpretado José. ²³Mas el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que se olvidó de él.

Además de José, otros esclavos experimentaban el encarcelamiento sumario sin juicio previo. Mientras José ayudaba al jefe de la cárcel con la custodia de otros reos, llegaron a la prisión dos hombres responsables de la casa del Faraón: el copero, que servía el vino del rey, y el panadero, que elaboraba su pan. Si el rey se encontraba indispuesto, podrían acusar a cualquiera de los dos de intentar envenenarle, y dado que ninguna sentencia decretaba cuánto debía durar su encarcelamiento, tenían que esperar noticias del Faraón, con la esperanza de que no se olvidara de ellos para siempre.

Una mañana, cuando los dos se despertaron tras tener sueños vívidos, se asustaron pensando que eran revelaciones de su destino futuro, *cada uno su propio sueño* (5). Pero en la cárcel no tenían la posibilidad de consultar a los intérpretes expertos en sueños, que formaban parte de la cultura egipcia tanto como de otras culturas del antiguo Oriente Próximo. Cuando la gente no conoce a Dios, conceden una gran importancia a los presagios de todo tipo, de modo que, cuando Dios tenía algún mensaje que transmitir, a veces hablaba mediante sueños, tanto al pueblo de su pacto como a otros: Abimelec (Gn. 20:6–7), el Faraón (Gn. 41:1–8) y Nabucodonosor (Dn. 2:1 y ss.), por un lado; por otro, José (Gn. 37:5–11), Salomón (1 R. 3:5–9) y José, esposo de María (Mt. 1:20; 2:19), entre su propio pueblo. Una de las maneras en las que Dios habló a los profetas fue por medio de sueños (Dt. 13:1), y José ya tenía claro que los sueños y su interpretación provenían del Señor, quizá basándose en su propia experiencia, pero más probablemente sobre el fundamento de su comprensión de Dios. Atribuía a Dios toda autoridad y poder: *¿No pertenecen a Dios las interpretaciones?* (8) Según él, esto era válido incluso cuando los soñadores eran egipcios, que adoraban a otros dioses. Pero, en la práctica, ¡mejor no contar con la ayuda de esas divinidades!

Ya hace mucho tiempo que los cristianos que han crecido en medio de la atmósfera materialista de la sociedad occidental han tendido a mostrarse escépticos sobre los mensajes recibidos por medio de sueños, porque les han enseñado que son atisbos de su propio subconsciente. Los cristianos de Asia y África, cuya educación y crianza proceden de otro molde distinto, testifican más a menudo que han recibido advertencias y consejos por medio de los sueños. Recientemente, en la cristiandad occidental, han surgido grupos de cristianos que dan gran importancia a los sueños, y en general el Antiguo Testamento acepta que un sueño puede ser el medio por el cual Dios hable a hombres y a mujeres. A veces, el profeta recibía una revelación mediante un sueño, pero también era posible que los impostores afirmasen tener un mensaje de

Dios en un sueño, de modo que había que poner a prueba sus pretensiones: primero, contrastándolas con las verdades básicas de las Escrituras (Dt. 13:1–5) y, segundo, según la influencia moral que pretendían imponer (Jer. 23:16–17). La sabiduría de los proverbios advertía contra la persona que siempre tenía «sueños»: «Porque en los muchos sueños y en las muchas palabras hay vanidades» (Ec. 5:7). Es una prueba que, como las otras dos, es aplicable hoy día.

El sueño del copero, claramente apropiado, consistía en la visión de una próspera viña con ramas de las que brotaban pámpanos y que, simultáneamente, producía uvas, que el copero exprimía en la copa de faraón. El mensaje fue tranquilizador. Al cabo de tres días, el copero estaría de vuelta en la corte, sirviendo a Faraón, con la oportunidad de hacerle un favor a José mencionándoselo al monarca y defendiendo su causa justa. José no culpa a nadie, pero declara que ha sido *secuestrado de la tierra de los hebreos* (15) y que es inocente de todo crimen. No cabe duda de que José pensaba que sus propias oraciones pidiendo su liberación estaban a punto de ser respondidas por medio de esta oportunidad de interpretar un sueño. En última instancia, tuvo razón, pero aún tuvo que esperar un poco más antes de que llegase la hora de Dios en la que reparase las dos injusticias cometidas contra él, a las que el copero añadió una tercera. Se olvidó de José.

El panadero jefe, por el contrario, soñó con unos pájaros que se comían el pan blanco de las cestas que llevaba sobre la cabeza, y el siniestro significado era que, al cabo de tres, días sería ahorcado y su cuerpo abandonado para que lo devorasen las aves de presa. El hecho de que los decretos promulgados el día del cumpleaños de Faraón coincidieran con la interpretación de José confirmó su confianza en Dios como revelador de sueños; pero su espera —extrañamente larga— para ver la respuesta a sus oraciones fue una intensa prueba de su paciencia y de su fe. Fue como si sólo él hubiera sido abandonado por Dios. Pero, a menudo, las experiencias de este tipo formaban parte del entrenamiento de aquellos a los que Dios pretendía usar para misiones destacadas. Abraham y Sara tuvieron que esperar a ser ancianos para ver el nacimiento de Isaac; Moisés estuvo exiliado buena parte de su vida en un desierto inhóspito; David vivió bajo amenaza de muerte por parte de Saúl, y se pasó meses —si no años— huyendo. Pero, en cada uno de estos casos, el propósito de Dios se estaba poniendo en práctica, y a su debido tiempo dio su fruto. Ciertamente, se ha dicho que sólo quienes tienen fe en Dios pasan por sus pruebas, que después de todo es obvio, porque están destinadas a fortalecer la fe, de modo que se afirme y madure (Stg. 1:2–4), y puede testificar del tierno amor del Señor a la hora de diseñar el sufrimiento. Esto sería notablemente cierto en el caso de José, quien era plenamente consciente del odio de sus hermanos, pero que entendía que Dios lo destinaba a cumplir algo bueno (50:20). Este es el tipo de convicción que es el resultado de una confianza paciente y constante en las intenciones misericordiosas de Dios cuando las circunstancias externas parecen contradecir ese amor.

Génesis 41:1–57. El sueño de Faraón

¹Y aconteció que al cabo de dos años, Faraón tuvo un sueño; y he aquí, soñó que estaba de pie junto al Nilo. ²Y de pronto, del Nilo subieron siete vacas de hermoso aspecto y gordas, y pacían en el carrizal. ³Pero he aquí, otras siete vacas de mal aspecto y flacas subieron del Nilo detrás de ellas, y se pararon junto a las otras vacas a la orilla del Nilo; ⁴y las vacas de mal aspecto y flacas devoraron las siete vacas de hermoso aspecto y gordas. Entonces Faraón despertó. ⁵Se quedó dormido y soñó por segunda vez; y he aquí que siete espigas llenas y buenas crecían en una sola caña. ⁶Y he aquí que siete espigas, menudas y quemadas por el viento solano, brotaron después de aquéllas. ⁷Y las espigas menudas devoraron a las siete espigas gruesas y llenas. Entonces Faraón despertó, y he aquí, era un sueño. ⁸Y sucedió que por la mañana su espíritu estaba turbado, y mandó llamar a todos los adivinos de Egipto, y a todos sus sabios. Y Faraón les contó sus sueños, pero no hubo quien se los pudiera interpretar a Faraón.

⁹Entonces el jefe de los coperos habló a Faraón, diciendo: Quisiera hablar hoy de mis faltas. ¹⁰Cuando Faraón se enojó con sus siervos y me puso bajo custodia en la casa del capitán de la guardia, a mí y al jefe de los panaderos, ¹¹él y yo tuvimos un sueño en una misma noche; cada uno de nosotros soñó según la interpretación de su propio sueño. ¹²Y estaba allí con nosotros un joven hebreo, un siervo del capitán de la guardia; y se los contamos, y él nos interpretó los sueños. A cada uno interpretó su sueño. ¹³Y aconteció que tal como nos lo había interpretado, así sucedió; a mí me restableció Faraón en mi puesto, pero al otro lo ahorcó.

¹⁴Entonces Faraón mandó llamar a José, y lo sacaron del calabozo aprisa; y después de afeitarse y cambiarse sus vestidos, vino a Faraón. ¹⁵Y Faraón dijo a José: He tenido un sueño y no hay quien lo interprete; y he oído decir de ti, que oyes un sueño y lo puedes interpretar. ¹⁶José respondió a Faraón, diciendo: No está en mí; Dios dará a Faraón una respuesta favorable. ¹⁷Entonces habló Faraón a José: En mi sueño, he aquí, yo estaba de pie a la orilla del Nilo. ¹⁸Y vi siete vacas gordas y de hermoso aspecto que salieron del Nilo; y pacían en el carrizal. ¹⁹Pero he aquí, otras siete vacas subieron detrás de ellas, pobres, de muy mal aspecto y flacas, de tal fealdad como yo nunca había visto en toda la tierra de Egipto. ²⁰Y las vacas flacas y feas devoraron las primeras siete vacas gordas. ²¹Pero cuando las habían devorado, no se podía notar que las hubieran devorado; pues su aspecto era tan feo como al principio. Entonces me desperté. ²²Y he aquí, en mi sueño también vi que siete espigas llenas y buenas crecían en una sola caña. ²³Y he aquí que siete espigas marchitas, menudas y quemadas por el viento solano, brotaron después de aquéllas; ²⁴y las espigas menudas devoraron a las siete espigas buenas. Y se lo conté a los adivinos, pero no hubo quien me lo pudiera explicar.

²⁵Entonces José dijo a Faraón: Los dos sueños de Faraón son uno; Dios ha anunciado a Faraón lo que Él va a hacer. ²⁶Las siete vacas buenas son siete años, y las siete espigas buenas son siete años; los dos sueños son uno. ²⁷Y las siete vacas flacas y feas que subieron detrás de ellas son siete años, y las siete espigas quemadas por el viento solano serán siete años de hambre. ²⁸Esto es lo que he dicho a Faraón: Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer. ²⁹He aquí, vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto; ³⁰y después de ellos vendrán siete años de hambre, y se olvidará toda la abundancia en la tierra de Egipto; y el hambre asolará la tierra. ³¹Y no se conocerá la abundancia en la tierra a causa del hambre que vendrá, que será muy severa. ³²Y en cuanto a la repetición del sueño a Faraón dos veces, quiere decir que el asunto está

determinado por Dios, y Dios lo hará pronto. ³³Ahora pues, busque Faraón un hombre prudente y sabio, y póngalo sobre la tierra de Egipto. ³⁴Haga esto Faraón: nombre intendentes sobre el país y exija un quinto de la producción de la tierra de Egipto en los siete años de abundancia. ³⁵Y que ellos recojan todos los víveres de esos buenos años que vienen, y almacenen en las ciudades el grano para alimento bajo la autoridad de Faraón, y que lo protejan. ³⁶Y que los víveres sean una reserva para el país durante los siete años de hambre que ocurrirán en la tierra de Egipto, a fin de que el país no perezca durante el hambre.

³⁷Y la idea pareció bien a Faraón y a todos sus siervos. ³⁸Entonces Faraón dijo a sus siervos: ¿Podemos hallar un hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios? ³⁹Y Faraón dijo a José: Puesto que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay nadie tan prudente ni tan sabio como tú. ⁴⁰Tú estarás sobre mi casa, y todo mi pueblo obedecerá tus órdenes; solamente en el trono yo seré mayor que tú. ⁴¹Faraón dijo también a José: Mira, te he puesto sobre toda la tierra de Egipto. ⁴²Y Faraón se quitó el anillo de sellar de su mano y lo puso en la mano de José; y lo vistió con vestiduras de lino fino y puso un collar de oro en su cuello. ⁴³Lo hizo montar en su segundo carro, y proclamaron delante de él: ¡Doblad la rodilla! Y lo puso sobre toda la tierra de Egipto. ⁴⁴Entonces Faraón dijo a José: Aunque yo soy Faraón, sin embargo, nadie levantará su mano ni su pie sin tu permiso en toda la tierra de Egipto. ⁴⁵Y Faraón llamó a José por el nombre de Zafnat-panea, y le dio por mujer a Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. Y salió José por toda la tierra de Egipto.

⁴⁶José tenía treinta años cuando se presentó ante Faraón, rey de Egipto. Y salió José de la presencia de Faraón y recorrió toda la tierra de Egipto. ⁴⁷Y produjo la tierra a manos llenas durante los siete años de abundancia. ⁴⁸Y él recogió todo el fruto de estos siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto, y guardó el alimento en las ciudades; y guardó en cada ciudad el fruto de sus campos circunvecinos. ⁴⁹Así José almacenó grano en gran abundancia, como la arena del mar, hasta que dejó de medirlo porque no se podía medir.

⁵⁰Y le nacieron a José dos hijos antes de que llegaran los años de hambre, los que le dio a luz Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. ⁵¹Y al primogénito José le puso el nombre de Manasés, porque dijo: Dios me ha hecho olvidar todo mi trabajo y toda la casa de mi padre. ⁵²Y al segundo le puso el nombre de Efraín, porque dijo: Dios me ha hecho fecundo en la tierra de mi aflicción.

⁵³Cuando pasaron los siete años de abundancia que había habido en la tierra de Egipto, ⁵⁴y comenzaron a venir los siete años de hambre, tal como José había dicho, entonces hubo hambre en todas las tierras; pero en toda la tierra de Egipto había pan. ⁵⁵Cuando se sintió el hambre en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamó a Faraón por pan; y Faraón dijo a todos los egipcios: Id a José, y haced lo que él os diga. ⁵⁶Y el hambre se extendió sobre toda la faz de la tierra. Entonces José abrió todos los graneros y vendió a los egipcios, pues el hambre era severa en la tierra de Egipto. ⁵⁷Y de todos los países venían a Egipto para comprar grano a José, porque el hambre era severa en toda la tierra.

Sin que José lo supiera, había llegado el momento de su salida de prisión. El faraón tuvo dos sueños en la misma noche, que tenían mucho en común y parecían ser variantes uno de otro, de modo que su reiteración reforzaba la importancia de su

significado. Cuando expuso los sueños a los sabios egipcios, no pudieron darle su interpretación, porque no eran los sueños cotidianos que nacen del subconsciente humano y, por consiguiente, no se mencionaban en los anales de oniromancia. Cuando el Señor habló por medio de sueños, ni Egipto ni Babilonia tenían precedentes de esta práctica (Dn. 2:10; 4:7); sólo un hombre de dios, un José o un Daniel, podían transmitir el significado.

La necesidad que tuvo el faraón de un intérprete de sueños hizo que el copero recordase de repente a José, que había explicado al pie de la letra los sueños al panadero y a él mismo cuando estaban en la cárcel. Faraón estuvo seguro de que aquel era el hombre que necesitaba y no perdió tiempo en mandar a buscarlo. La rápida transformación de José de prisionero a consejero del faraón no sólo requería un cambio de ropa, sino también un afeitado, porque los egipcios se rasuraban del todo y, por tanto, la barba era un indicio de ser extranjero y no era bienvenida. Una vez estuvo en presencia del rey, José se apresuró a insistir en que, aunque carecía de poderes interpretativos especiales, *Dios dará a faraón una respuesta favorable*. Así, dejó claras las cosas desde buen principio y apostó todo a la capacidad de Dios de transmitirle el mensaje que necesitaba. Fuera cual fuese el resultado, había dejado clara su postura y no correría el peligro de comprometerla.

El faraón había soñado que estaba en la ribera del Nilo y veía cómo siete vacas gordas salían de las aguas para comer los tallos de papiro, que en otros tiempos crecía en Egipto pero que ahora sólo es prolífico en el extremo superior del cauce. Luego vinieron siete vacas flacas que devoraron a las gordas, pero sin ganar peso. Este último detalle no se había mencionado en el versículo 4, pero la variante reviste su interés. El segundo sueño también se centraba en el número siete. Siete espigas hermosas de trigo fueron seguidas por siete espigas mustias, *quemadas por el viento solano*, es decir, el viento del desierto que en el norte de África se conoce como *hamsin*; las espigas secas devoraron a las sanas.

Una vez se conoce la interpretación de José, resulta increíble que Faraón no lo entendiera por sí solo, dado lo claro y pertinente que es el significado. La palabra de Dios, independientemente de cómo se transmita, va destinada a ser comprendida y aplicada. Dios nunca habla sin autenticar su palabra, o sin conceder a alguien la capacidad de explicarla. Una vez Faraón escuchó la explicación de José, la aceptó sin dudarla: *Dios ha anunciado a faraón lo que Él va a hacer* (25). Tras siete años de cosechas abundantes, vendrían otros siete de hambruna. Esto no se presenta como un juicio contra un pecado, sino más bien como un «acto de Dios», predeterminado (32) y anunciado ahora de antemano, de modo que el reino de Egipto pudiera dar los pasos necesarios para subsistir durante los siete años de hambruna. Había que nombrar a un administrador que fuera responsable ante el rey; los supervisores deberían aumentar un 20% el impuesto sobre la cosecha durante los años buenos; el grano se almacenaría y protegería hasta que fuera necesario. Era un plan sencillo, pero eficaz, si lograban llevarlo a cabo en todos los distritos del país y si el grano se distribuía equitativamente, sin que mediaran las distorsiones fruto del soborno y del elitismo. Cuando hay carestía, la tentación de favorecer a los influyentes es muy poderosa; por eso, José aconseja que

se elija a *un hombre prudente y sabio*. Bajo un líder así, Egipto sobreviviría a la hambruna.

El consejo de José se impuso por puro sentido común y el rey decidió en aquel mismo momento que no iba a encontrar a nadie que pudiera desempeñar mejor el nuevo cargo que aquel que lo había sugerido, *en quien esté el Espíritu de Dios* (38). El rey acepta como la verdad la confesión de José de que es Dios quien habla por medio de él. En cuanto a José, su fe en Dios ha quedado públicamente justificada. La corte egipcia admite la supremacía de Dios (*Elohim*) y su dirección sobre el curso de la historia, implícito en el anuncio anticipado de la hambruna venidera. El hombre de Dios deberá dirigir la conservación de las cosechas y, dado que para cumplir esta misión necesita autoridad, Faraón coloca a José sobre el Estado real (la palabra traducida como *casa* (40) debería tener este significado) y *sobre toda la tierra de Egipto* (41). Sólo es inferior al rey y lleva el sello real con el que «firmar» documentos, y sobre sus ropas de lino una cadena de oro que anuncia su cargo. Durante la ceremonia de proclamación, estuvo en el carro a espaldas de Faraón; el mero uso de carros ya debía tener prestigio en aquella fecha tan temprana y la población de la capital tuvo que reconocer su rango. El significado del término *Abrek* (margen RSV), traducido por *¡Doblad la rodilla!* (43), ha sido un problema desde la antigüedad, pero recientemente se ha vuelto a defender una antigua sugerencia que sostenía que significa «gran visir». Por decreto real, José tenía poder ejecutivo sobre todo el país. Su nombre egipcio, *Zafnat-panea*, era necesario para que le aceptasen como egipcio, y su matrimonio con la hija de *Potifera*, *sacerdote de On* (más tarde llamada Heliópolis, la ciudad situada en el extremo sur del delta del Nilo), le aportaría un respaldo añadido en la jerarquía de la corte.

Pronto, las responsabilidades de José le llevaron a lo largo y ancho de todo el país (45–46). A sus treinta años, era lo bastante adulto como para suscitar respeto, y lo suficientemente adaptable para encajar en su cargo privilegiado, con todas sus exigencias, conflictos y tentaciones. Después de haber pasado años encarcelado, seguro que le entusiasmaría disponer de un trabajo exigente y digno, adecuado a sus talentos; y, lo que era aún más reconfortante, sabiendo que el Señor estaba detrás de aquellos sucesos extraordinarios, aunque aún no podía saber adónde conducirían. Su política de almacenar el grano de los campos en la ciudad más cercana a ellos garantizó una distribución justa y el acceso a los alimentos de toda la población, que acudía a los graneros rebosantes.

El nacimiento de los dos hijos de José durante los años de prosperidad (50–52) contribuyeron a establecer su identidad como ciudadano egipcio. Aunque su suegro era sacerdote del dios del sol, Ra (al menos es lo que sugiere la última sílaba de su nombre), José no hizo concesiones cuando le puso a su primogénito un nombre hebreo, *Manasés*, «hecho para olvidar»; este nombre resumía la actitud de José frente a todos los sufrimientos que tuvo que arrostrar en el pasado reciente. La frase *«Dios me ha hecho olvidar todo mi trabajo y toda la casa de mi padre»* evidenciaba su negativa a permitir que siguiera abierta la herida que le causaban los recuerdos de la injusticia; toda tentación a hacerlo quedaba contrarrestada por la gratitud deliberada por la liberación de Dios. Ahora que tenía una mujer y un hijo, su hogar estaría en Egipto y

dejaría de echar de menos a los que había dejado atrás, en Canaán. Fue en este sentido como los «olvidó». Mediante un acto de la voluntad, dejó atrás el pasado para vivir en el presente. Mediante un acto de voluntad parecido, el cristiano debe «odiar» su propia vida, «aborrecer» a su padre y a su madre, en el sentido de relegarlos a un segundo plano, de modo que el discípulo pueda centrar toda su fidelidad en Jesucristo (Lc. 14:26). El hecho de que José no olvidó a su familia completamente queda demostrado por su reacción cuando, de repente, sus hermanos se presentaron ante él.

El nombre del segundo hijo, *Efraín*, reflejaba la alegría que le había proporcionado su nacimiento: *Dios me ha hecho fecundo*. Después de la soledad y el miedo del rapto, y de todo lo que le condujo a la cárcel, tener una esposa y una familia exigía una celebración condensada en el nombre de su segundo hijo. También Pablo abogaba por olvidar el pasado y continuar avanzando el plan de Dios (Fil. 3:13).

La hambruna que había predicho José no quedó confinada a Egipto, sino que afectó a todos los países aledaños. Gracias a la meticulosa organización y ejecución de la política de José, había alimentos con los que paliar el hambre, aunque cabe destacar que el grano se vendió, no se regaló. Corrió la noticia de que en Egipto había comida, de modo que los extranjeros acudieron al país a comprar grano. José estaba demostrando ser toda una bendición para el faraón, a Egipto en general e incluso a otros países. Lo irónico fue que, cuando José había superado ya su nostalgia y había decidido «olvidar» la casa de su padre (51), este planeaba enviar a sus hermanos a Egipto. Los inesperados acontecimientos del plan de Dios tan sólo empezaban a desarrollarse, a pesar de lo mucho que ya había sucedido.

Génesis 42:1–38. Los hermanos de José vienen a comprar grano

¹Viendo Jacob que había alimento en Egipto, dijo a sus hijos: ¿Por qué os estáis mirando? ²Y dijo: He aquí, he oído que hay alimento en Egipto; descendad allá, y comprad de allí un poco para nosotros, para que vivamos y no muramos. ³Entonces diez hermanos de José descendieron para comprar grano en Egipto. ⁴Pero a Benjamín, hermano de José, Jacob no lo envió con sus hermanos, porque dijo: No sea que le suceda algo malo. ⁵Y fueron los hijos de Israel con los que iban a comprar grano, pues también había hambre en la tierra de Canaán.

⁶Y José era el que mandaba en aquella tierra; él era quien vendía a todo el pueblo de la tierra. Y llegaron los hermanos de José y se postraron ante él rostro en tierra. ⁷Cuando José vio a sus hermanos, los reconoció, pero fingió no conocerlos y les habló duramente. Y les dijo: ¿De dónde habéis venido? Y ellos dijeron: De la tierra de Canaán para comprar alimentos. ⁸José había reconocido a sus hermanos, aunque ellos no lo habían reconocido. ⁹José se acordó de los sueños que había tenido acerca de ellos, y les dijo: Sois espías; habéis venido para ver las partes indefensas de nuestra tierra. ¹⁰Entonces ellos le dijeron: No, señor mío, sino que tus siervos han venido para comprar alimentos. ¹¹Todos nosotros somos hijos de un mismo padre; somos hombres honrados, tus siervos no son espías. ¹²Pero él les dijo: No, sino que habéis venido para ver las partes indefensas de nuestra tierra. ¹³Mas ellos dijeron: Tus siervos son doce hermanos, hijos del mismo padre en la tierra de Canaán; y he aquí, el menor está hoy con nuestro padre,

y el otro ya no existe. ¹⁴Y José les dijo: Es tal como os dije: sois espías. ¹⁵En esto seréis probados; por vida de Faraón que no saldréis de este lugar a menos que vuestro hermano menor venga aquí. ¹⁶Enviad a uno de vosotros y que traiga a vuestro hermano, mientras vosotros quedáis presos, para que sean probadas vuestras palabras, a ver si hay verdad en vosotros. Y si no, ¡por vida de Faraón!, ciertamente sois espías. ¹⁷Y los puso a todos juntos bajo custodia por tres días.

¹⁸Y José les dijo al tercer día: Haced esto y viviréis, pues yo temo a Dios: ¹⁹si sois hombres honrados, que uno de vuestros hermanos quede encarcelado en vuestra prisión; y el resto de vosotros, id, llevad grano para el hambre de vuestras casas; ²⁰y traedme a vuestro hermano menor, para que vuestras palabras sean verificadas, y no moriréis. Y así lo hicieron. ²¹Entonces se dijeron el uno al otro: Verdaderamente somos culpables en cuanto a nuestro hermano, porque vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no lo escuchamos, por eso ha venido sobre nosotros esta angustia. ²²Y Rubén les respondió, diciendo: ¿No os dije yo: «No pequéis contra el muchacho» y no me escuchasteis? Ahora hay que rendir cuentas por su sangre. ²³Ellos, sin embargo, no sabían que José los entendía, porque había un intérprete entre él y ellos. ²⁴Y se apartó José de su lado y lloró. Y cuando volvió a ellos y les habló, tomó de entre ellos a Simeón, y lo ató a la vista de sus hermanos. ²⁵José mandó que les llenaran sus vasijas de grano y que devolvieran el dinero a cada uno poniéndolo en su saco, y que les dieran provisiones para el camino. Y así se hizo con ellos.

²⁶Ellos, pues, cargaron el grano sobre sus asnos, y partieron de allí. ²⁷Y cuando uno de ellos abrió su saco para dar forraje a su asno en la posada, vio que su dinero estaba en la boca de su costal. ²⁸Entonces dijo a sus hermanos: Me ha sido devuelto mi dinero, y he aquí, está en mi costal. Y se les sobresaltó el corazón, y temblando se decían el uno al otro: ¿Qué es esto que Dios nos ha hecho?

²⁹Cuando llegaron a su padre Jacob en la tierra de Canaán, le contaron todo lo que les había sucedido: ³⁰El hombre, el señor de aquella tierra, nos habló duramente y nos tomó por espías del país. ³¹Pero nosotros le dijimos: «Somos hombres honrados, no somos espías. ³²Somos doce hermanos, hijos de nuestro padre; uno ya no existe, y el menor está hoy con nuestro padre en la tierra de Canaán.» ³³Y el hombre, el señor de aquella tierra, nos dijo: «Por esto sabré que sois hombres honrados: dejad uno de vuestros hermanos conmigo y tomad grano para el hambre de vuestras casas, y marchaos; ³⁴pero traedme a vuestro hermano menor para que sepa yo que no sois espías, sino hombres honrados. Os devolveré a vuestro hermano, y podréis comerciar en la tierra.»

³⁵Y sucedió que cuando estaban vaciando sus sacos, he aquí que el atado del dinero de cada uno estaba en su saco; y cuando ellos y su padre vieron los atados de su dinero, tuvieron temor. ³⁶Y su padre Jacob les dijo: Me habéis privado de mis hijos; José ya no existe, y Simeón ya no existe, y os queréis llevar a Benjamín; todas estas cosas son contra mí. ³⁷Entonces Rubén habló a su padre, diciendo: Puedes dar muerte a mis dos hijos, si no te lo traigo; ponlo bajo mi cuidado, y yo te lo devolveré. ³⁸Pero Jacob dijo: Mi hijo no descenderá con vosotros; pues su hermano ha muerto, y me queda sólo él. Si algo malo le acontece en el viaje en que vais, haréis descender mis canas con dolor al Seol.

Allá en Canaán, la hambruna estaba ejerciendo una tremenda presión sobre el

suministro de comida, e hizo que Jacob y sus hijos se reunieran para consultar qué hacer. Mientras que en el pasado a Jacob le había costado soportar a su tozuda familia (34:25–31; 35:22), ahora el que toma la iniciativa es el anciano, dirigiendo su orden clara a sus hijos sin recursos: *«He aquí, he oído que hay alimento en Egipto; descendad allá, y comprad de allí un poco para nosotros, para que vivamos y no muramos»*. Pensar en el largo viaje de regreso, transportando sacos de grano, era suficiente como para mostrarse reacios, pero diez asnos podrían cargar en torno a medida tonelada de grano, que supondría una diferencia significativa. Benjamín, el hijo de Raquel y el más joven de la familia, no los acompañó. Jacob tuvo la cautela de dejarlo en casa, tras haber perdido a su hermano José.

Aunque el grano se podía comprar en cualquier punto de Egipto, y a pesar de que José no podía supervisar todas las ventas, resultó que aquellos forasteros llegaron al almacén principal, que estaba bajo su responsabilidad. Por supuesto, es posible que él hubiera solicitado que le mantuvieran informado sobre si alguien procedente de la zona de Canaán llegaba a comprar grano. Todos los viajeros que venían de Canaán llegaban primero a la región del delta del Nilo, donde parece probable que viviera José. A principios del segundo milenio, la capital era Memphis, a tan sólo 32 km Nilo arriba desde el vértice del delta. Para su sorpresa, José reconoció a sus hermanos entre los forasteros que compraban grano y les contempló inclinarse ante él hasta tocar el suelo, cumpliendo así, sin saberlo, su primer sueño (37:5–8). Como es natural, aprovechó la oportunidad para enterarse de algunas noticias y para concederse tiempo para decidir qué iba a hacer, que lograra que toda su familia se postrara ante él, cumpliendo así su segundo sueño (37:9–10).

Con su actitud seca y sus acusaciones infundadas, José puso a sus hermanos en un aprieto y, al mismo tiempo, les sonsacó los datos esenciales. Su padre seguía vivo, al igual que el hermano perdido, Benjamín. *«Tus siervos son doce hermanos, hijos del mismo padre en la tierra de Canaán; y he aquí, el menor está hoy con nuestro padre»*. (¿Quién ha oído hablar de una red de espionaje compuesta por diez hermanos?) Pero era imposible demostrar su parentesco y José repitió su acusación: *«habéis venido para ver las partes indefensas de nuestra tierra»*. La conclusión es que eran espías que reconocían el terreno con propósitos militares. A la luz de la historia posterior, la sugerencia no carecía de plausibilidad, porque los asiáticos se infiltraron en Egipto y, en el siglo XVIII a. C., derrocaron al gobernante egipcio e introdujeron una dinastía extranjera. Esos faraones asiáticos se conocieron como *hicsos*, que significa «jefes extranjeros». Los faraones del Imperio Medio (siglos XXI–XVIII a. C.) llamaban *hicsos* a los príncipes de Palestina y el sur de Siria, lugares sobre los que Egipto tenía un gobierno nominal, y parece que los habitantes de esos países habían adoptado ese nombre. Por consiguiente, la acusación que formuló José parecía conveniente, igual que el encarcelamiento sumario, aunque los hermanos insistieron en su inocencia. La única manera de demostrarla era enviando a buscar a Benjamín, pero sabían que a su anciano padre le costaría separarse de él. Así que, por parte de José, fue una treta astuta la de presionar a sus hermanos y, al mismo tiempo, conseguir que Benjamín viniera a Egipto.

Dado que nueve de los hermanos ya se veían entre rejas, la nueva orden de que en

lugar de ello uno se quedase como rehén (19) les pareció una buena noticia. José permitió que nueve volvieran a su hogar cargados de grano, tras prometer que volverían llevando con ellos a su hermano menor. A pesar de la sentencia clemente, los hermanos se sentían muy inquietos y revelaron en la conversación que mantuvieron entre ellos, que asumían que aquel señor egipcio no entendería, que aún les pesaba mucho en la conciencia la crueldad que cometieron con José. Lo que más les preocupaba era su implacable negativa a responder a José cuando este había clamado misericordia: *«vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no lo escuchamos»* (21). Esta revelación fue demasiado para José, que lloró emocionado, de tan intenso que era el deseo de reunirse con su familia, ahora arrepentida. Pero aún no había llegado el momento de hacerlo, y José se dominó para hacer de Simeón, el segundo hermano más mayor, su prisionero. A Rubén, que había intentado rescatarlo, lo dejó ir. Deseando aún, sin embargo, hacer todo lo que pudiera por ellos, José les dio más de lo que pedían (25) e incluso les devolvió las sacas del dinero que habían pagado. Fue un gesto cariñoso, que los hermanos malinterpretaron, mirando con suspicacia aquella inesperada generosidad. Para su forma de pensar, sólo podía ser un acto misterioso y ominoso, un acto de Dios, a quien temían (28). La gracia pura les resultaba, francamente, incomprensible.

Incluso Jacob reaccionó como ellos cuando escuchó su relato y vio el dinero que les había sido devuelto. Jacob no quiso ni oír hablar de permitir a Benjamín ir a Egipto, aunque Rubén estuviera dispuesto a defenderlo con su vida. *«Mi hijo no descenderá con vosotros»* (38). Era un riesgo demasiado grande, porque quería demasiado a Benjamín como para soportar su muerte, y dudaba de poder seguir viviendo sin él. Aquella situación desesperada, de vida o muerte, hacía aflorar en algunos miembros de la familia la profundidad del vínculo entre ellos, y hasta qué punto podían llegar para tranquilizar a su padre. Si no hubiera sido por aquella hambruna, no hubiera sabido cuánto lo amaban.

Génesis 43:1–44:34. La segunda visita de los hermanos

¹Y el hambre iba agravándose en la tierra. ²Y sucedió que cuando acabaron de comer el grano que habían traído de Egipto, su padre les dijo: Volved allá y compradnos un poco de alimento. ³Pero Judá le respondió, diciendo: Aquel hombre claramente nos advirtió: «No veréis mi rostro si vuestro hermano no está con vosotros.» ⁴Si envías a nuestro hermano con nosotros, descenderemos y compraremos alimento; ⁵pero si no lo envías, no descenderemos; porque el hombre nos dijo: «No veréis mi rostro si vuestro hermano no está con vosotros.» ⁶Entonces Israel respondió: ¿Por qué me habéis tratado tan mal, informando al hombre que teníais un hermano más? ⁷Pero ellos dijeron: El hombre nos preguntó específicamente acerca de nosotros y nuestros familiares, diciendo: «¿Vive aún vuestro padre? ¿Tenéis otro hermano?» Y nosotros contestamos sus preguntas. ¿Acaso podíamos nosotros saber que él diría: «Traed a vuestro hermano?» ⁸Y Judá dijo a su padre Israel: Envía al muchacho conmigo, y nos levantara e iremos, para que vivamos y no perezcamos, tanto nosotros como tú y nuestros pequeños. ⁹Yo me haré responsable de él; de mi mano lo demandarás. Si yo no

te lo vuelvo a traer y lo pongo delante de ti, que lleve yo la culpa para siempre delante de ti; ¹⁰porque si no hubiéramos perdido tiempo, sin duda ya habríamos vuelto dos veces.

¹¹Entonces su padre Israel les dijo: Si así tiene que ser, haced esto: tomad de los mejores productos de la tierra en vuestras vasijas, y llevad a aquel hombre como presente un poco de bálsamo y un poco de miel, resina aromática, mirra, nueces y almendras. ¹²Y tomad doble cantidad de dinero en vuestra mano, y llevad de nuevo en vuestra mano el dinero que fue devuelto en la boca de vuestros costales; tal vez fue un error. ¹³Tomad también a vuestro hermano, levantaos y volved a aquel hombre; ¹⁴y que el Dios Todopoderoso os conceda misericordia ante aquel hombre para que ponga en libertad al otro hermano vuestro y a Benjamín. En cuanto a mí, si he de ser privado de mis hijos, que así sea. ¹⁵Tomaron, pues, los hombres este presente, y tomaron doble cantidad de dinero en su mano y a Benjamín, y se levantaron y descendieron a Egipto y se presentaron delante de José.

¹⁶Cuando José vio a Benjamín con ellos, dijo al mayordomo de su casa: Haz entrar a estos hombres a casa, y mata un animal y prepáralo, porque estos hombres comerán conmigo al mediodía. ¹⁷El hombre hizo como José le dijo, y llevó a los hombres a casa de José. ¹⁸Y los hombres tenían miedo porque eran llevados a casa de José y dijeron: Por causa del dinero que fue devuelto en nuestros costales la primera vez hemos sido traídos aquí, para tener pretexto contra nosotros y caer sobre nosotros y tomarnos por esclavos con nuestros asnos. ¹⁹Entonces se acercaron al mayordomo de la casa de José, y le hablaron a la entrada de la casa, ²⁰y dijeron: Oh señor mío, ciertamente descendimos la primera vez para comprar alimentos; ²¹y sucedió que cuando llegamos a la posada, abrimos nuestros costales, y he aquí, el dinero de cada uno estaba en la boca de su costal, todo nuestro dinero. Así que lo hemos vuelto a traer en nuestra mano. ²²También hemos traído otro dinero en nuestra mano para comprar alimentos; no sabemos quién puso nuestro dinero en nuestros costales. ²³Y él dijo: No os preocupéis, no temáis. Vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os ha dado ese tesoro en vuestros costales; yo recibí vuestro dinero. Entonces les sacó a Simeón. ²⁴Después el hombre llevó a los hombres a casa de José, y les dio agua y se lavaron los pies; y dio forraje a sus asnos. ²⁵Entonces prepararon el presente para la venida de José al mediodía; pues habían oído que iban a comer allí.

²⁶Cuando José regresó a casa, le trajeron el presente que tenían en su mano a la casa y se postraron ante él en tierra. ²⁷Entonces él les preguntó cómo se encontraban, y dijo: ¿Cómo está vuestro anciano padre de quien me hablasteis? ¿Vive todavía? ²⁸Y ellos dijeron: Tu siervo nuestro padre está bien; todavía vive. Y ellos se inclinaron en reverencia.

²⁹Al alzar él sus ojos y ver a su hermano Benjamín, hijo de su madre, dijo: ¿Es éste vuestro hermano menor de quien me hablasteis? Y dijo: Dios te imparta su favor, hijo mío. ³⁰Y José se apresuró a salir, pues se sintió profundamente conmovido a causa de su hermano y buscó donde llorar; y entró en su aposento y lloró allí. ³¹Después se lavó la cara y salió, y controlándose, dijo: Servid la comida. ³²Y le sirvieron a él aparte, y a ellos aparte, y a los egipcios que comían con él, también aparte; porque los egipcios no podían comer con los hebreos, pues esto es abominación para los egipcios. ³³Y los sentaron delante de él, el primogénito conforme a su primogenitura, y el más joven conforme a su juventud, y los hombres se miraban unos a otros con asombro. ³⁴Él les

llevó porciones de su propia mesa, pero la porción de Benjamín era cinco veces mayor que la de cualquiera de ellos. Bebieron, pues, y se alegraron con él.

^{44:1}Entonces José ordenó al mayordomo de su casa, diciendo: Llena de alimento los costales de los hombres, todo lo que puedan llevar, y pon el dinero de cada uno de ellos en la boca de su costal. ²Y mi copa, la copa de plata, ponla en la boca del costal del menor, con el dinero de su grano. Y él hizo conforme a lo que había dicho José. ³Al rayar el alba, fueron despedidos los hombres con sus asnos. ⁴Cuando habían salido ellos de la ciudad, y no estaban muy lejos, José dijo al mayordomo de su casa: Levántate, sigue a esos hombres; y cuando los alcances, diles: «¿Por qué habéis pagado mal por bien? ⁵» ¿No es esta la copa en que bebe mi señor, y que de hecho usa para adivinar? Obrasteis mal en lo que hicisteis.»

⁶Así que los alcanzó, les dijo estas palabras. ⁷Y ellos le dijeron: ¿Por qué habla mi señor de esta manera? Lejos esté de tus siervos hacer tal cosa. ⁸He aquí, el dinero que encontramos en la boca de nuestros costales, te lo volvimos a traer de la tierra de Canaán. ¿Cómo, pues, habíamos de robar de la casa de tu señor plata u oro? ⁹Aquel de tus siervos que sea hallado con ella, que muera, y también nosotros entonces seremos esclavos de mi señor. ¹⁰Y él dijo: Sea ahora también conforme a vuestras palabras; aquel que sea hallado con ella será mi esclavo, y los demás de vosotros seréis inocentes. ¹¹Ellos se dieron prisa; cada uno bajó su costal a tierra, y cada cual abrió su costal. ¹²Y él registró, comenzando con el mayor y acabando con el menor; y la copa fue hallada en el costal de Benjamín. ¹³Entonces ellos rasgaron sus vestidos, y después de cargar cada uno su asno, regresaron a la ciudad.

¹⁴Cuando Judá llegó con sus hermanos a casa de José, él estaba aún allí, y ellos cayeron a tierra delante de él. ¹⁵Y José les dijo: ¿Qué acción es esta que habéis hecho? ¿No sabéis que un hombre como yo puede ciertamente adivinar? ¹⁶Entonces dijo Judá: ¿Qué podemos decir a mi señor? ¿Qué podemos hablar y cómo nos justificaremos? Dios ha descubierto la iniquidad de tus siervos; he aquí, somos esclavos de mi señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder fue encontrada la copa. ¹⁷Mas él respondió: Lejos esté de mí hacer eso. El hombre en cuyo poder ha sido encontrada la copa será mi esclavo; pero vosotros, subid en paz a vuestro padre.

¹⁸Entonces Judá se le acercó, y dijo: Oh señor mío, permite a tu siervo hablar una palabra a los oídos de mi señor, y que no se encienda tu ira contra tu siervo, pues tú eres como Faraón mismo. ¹⁹Mi señor preguntó a sus siervos, diciendo: «¿Tenéis padre o hermano?» ²⁰Y respondimos a mi señor: «Tenemos un padre ya anciano y un hermano pequeño, hijo de su vejez. Y su hermano ha muerto, así que sólo queda él de los hijos de su madre, y su padre lo ama.» ²¹Entonces tú dijiste a tus siervos: «Traédmelo para que yo lo vea.» ²²Y nosotros respondimos a mi señor: «El muchacho no puede dejar a su padre, pues si dejara a su padre, éste moriría.» ²³Tú, sin embargo, dijiste a tus siervos: «Si vuestro hermano menor no desciende con vosotros, no volveréis a ver mi rostro.» ²⁴Aconteció, pues, que cuando subimos a mi padre, tu siervo, le contamos las palabras de mi señor. ²⁵Y nuestro padre dijo: «Regresad, compradnos un poco de alimento.» ²⁶Mas nosotros respondimos: «No podemos ir. Si nuestro hermano menor va con nosotros, entonces iremos; porque no podemos ver el rostro del hombre si nuestro hermano no está con nosotros.» ²⁷Y mi padre, tu siervo, nos dijo: «Vosotros sabéis que mi mujer me dio a luz dos hijos; ²⁸el uno salió de mi lado, y dije: Seguro que ha sido despedazado. ²⁹»Y si también os lleváis a éste de mi presencia, y algo malo le sucede,

haréis descender mis canas con dolor al Seol.» ³⁰Ahora pues, cuando yo vuelva a mi padre, tu siervo, y el muchacho no esté con nosotros, como su vida está ligada a la vida del muchacho, ³¹sucederá que cuando él vea que el muchacho no está con nosotros, morirá. Así pues, tus siervos harán descender las canas de nuestro padre, tu siervo, con dolor al Seol. ³²Porque yo, tu siervo, me hice responsable del muchacho con mi padre, diciendo: «Si no te lo traigo, que lleve yo la culpa delante de mi padre para siempre.» ³³Ahora pues, te ruego que quede este tu siervo como esclavo de mi señor, en lugar del muchacho, y que el muchacho suba con sus hermanos. ³⁴Pues, ¿cómo subiré a mi padre no estando el muchacho conmigo, sin que yo vea el mal que sobrevendrá a mi padre?

Jacob, anciano, manifiesta todas las características que asociamos con las personas muy mayores. Domina a la familia, ve las cosas en categorías radicales de blanco y negro, y dice cosas que expresan sus propios sentimientos apasionados; pero todo el mundo sabe que tendrá que retractarse de los comentarios tan categóricos que ha hecho. Podía permitirse rechazar la oferta de Rubén porque éste la formuló en un momento en que disponían de alimento almacenado, pero la falta de lluvia constante obligó a la familia a vivir de las reservas, hasta que la situación volvió a ser desesperada. *Volved allá*, dijo Jacob al final (43:2). Los hermanos no necesitaban que nadie los apremiase, pero primero había que convencer a su padre de que se enfrentase a la realidad. Era inútil volver sin Benjamín, tal y como señaló Judá, haciendo de portavoz. A estas alturas, ya era irrelevante cómo sabía «el hombre» que había un hermano más, pero la discusión permitió a Jacob proyectar en otra persona su intensa inquietud. Su propio mundo estaba en peligro e intentaba por todos los medios salvar todo lo posible. Como le recordó Judá, lo que estaba en juego era la vida, y también había que pensar en los «pequeños», los nietos de Jacob, además de en Benjamín. «*Si no hubiéramos perdido tiempo*», dice, omitiendo con mucho tacto el motivo de la demora, «*sin duda ya habríamos vuelto dos veces*» (10).

Al final, se llegó a una decisión. Benjamín podría ir, Judá garantizaba su regreso sano y salvo. Aún quedaba fruta, miel, nueces y almendras, y algunos artículos de lujo como bálsamo y mirra en algunos de los arbustos; con todo esto, se podría reunir un regalo adecuado para ofrecérselo al hombre que mandaba. Jacob les ordenó que tomaran el doble de plata que pensaban necesitar, de modo que pudieran pagar tanto el primer cargamento como el segundo; y oró al *Dios Todopoderoso*, que se reveló a Abraham usando ese nombre cuando se determinó la señal del pacto, la circuncisión (17:1), rogando que tuviera misericordia con sus hijos, de modo que su familia pudiera volver a reunirse. Pero Jacob no tenía muchas esperanzas de que el resultado fuera feliz. Le parecía que el duelo era su destino perpetuo.

La historia continúa desde el punto de vista de José, que trató a sus hermanos con un favor muy especial reservado para unos pocos. Les invitaron a comer en su residencia, pero, una vez más, ellos malinterpretaron la intención de José, porque no entendían por qué les habían escogido entre todas las demás víctimas de la hambruna que compraban comida. Sospechaban que era una trampa e imaginaban que podía estar relacionada con no haber pagado el grano, porque alguien les había devuelto el dinero. No se quedaron tranquilos ni cuando el mayordomo les dijo que sí que había

recibido su dinero y les sugirió que debía ser su Dios quien les había metido las monedas en sus sacas. Era increíble encontrarse con un egipcio que dejaba entrever que ellos adoraban a un Dios vivo que intervenía en la vida humana ¡hasta el punto de devolver monedas de plata en alforjas de grano! ¿Qué podía saber él del Dios que adoraban? Era tranquilizador que les devolvieran a Simeón, y se dispusieron de buen grado a presentarse al banquete especial que había preparado su anfitrión.

Fue en este momento cuando entregaron su regalo y, por segunda vez, se inclinaron ante José (26; *cfr.* 42:6). El gran hombre les dio conversación preguntándoles por su padre, y llegó a la conclusión correcta de cuál de los once que se postraban ante él era el más joven, al que habían llevado con ellos por primera vez; ¡aquel hombre tenía una memoria fabulosa! Su oración, «*Dios te imparta su favor, hijo mío*» fue tan inesperada como el comentario del mayordomo acerca de su Dios (*Elohim*). A José, la mención de su Dios y la vista del hijo de su propia madre le embargó de emoción. Sus oraciones estaban siendo respondidas más allá de sus expectativas.

Cuando condujeron a sus hermanos al salón de banquetes, descubrieron que los habían colocado por orden de edad, otro factor inexplicable y preocupante, en una mesa separada de las demás, mientras el gran visir comía en solitario esplendor ante ellos. No les sorprendió que los egipcios comieran aparte, porque tenían un tabú que les prohibía compartir su alimento con extranjeros, porque consideraban que estos mancillaban la comida. Sin embargo, los hermanos compartieron las delicadezas de la mesa superior y Benjamín recibió una porción especialmente abundante de alimentos. Con el estómago bien lleno y satisfechos después de su viaje, los hermanos se relajaron y disfrutaron de la compañía de su anfitrión.

El trato brusco que este les dispensó a la mañana siguiente desentonaba con la cena de la noche anterior, pero José no podía dejarles marchar así como así, sin saber si volvería a verlos. En consecuencia, maquinó un plan para obligarles a regresar y, al mismo tiempo, les metió en un aprieto aunque eran inocentes. Quería disponer de un motivo para arrestar a Benjamín, y por eso ordenó que metieran la copa de adivinación en su alforja. Cuando se enfrentasen al problema, alguien revelaría qué había bajo aquella fachada tan educada. Aunque amaba mucho a sus hermanos, no podía asumir que no volverían a planear matarle caso de presentarse la oportunidad, y pasar por alto el daño que le habían hecho sin antes garantizar que se habían arrepentido de verdad no produciría una genuina reconciliación. Por este motivo, José avanzó paso a paso, con la intención de conocer sus reacciones sometidos a presión, sobre todo en lo tocante a su padre.

Cuando los hermanos estaban aprovechando al máximo su partida a una hora temprana, les desconcertó que les detuviera el mayordomo, que les había tratado con tanta cortesía el día anterior, y que les acusara de robar la copa de plata de su amo. Pero la acusación era tan absurda, que podían refutarla fácilmente, y estuvieron de acuerdo en que, si la copa aparecía entre sus enseres, el culpable moriría y el resto pasarían a ser esclavos; pero el mayordomo decretó que sólo se castigaría al culpable, sometiéndolo a la esclavitud. Para consternación de los hermanos, Benjamín tenía la copa.

Tras haber vuelto sobre sus pasos, se postraron ante José por tercera vez, y él les acusó de pensar, absurdamente, que podrían salirse con la suya después de robarle a alguien capaz de resolver misterios recurriendo a la adivinación. (Si podía hacerlo, no es secundario; todo formaba parte del plan de José.) Ahora que les habían descubierto, no había nada que pudieran decir en su defensa. No era la adivinación, sino Dios, quien había revelado su culpa, de la que eran muy conscientes, y ahora debían pagar el precio. Todos ellos, no sólo Benjamín, serían esclavos del gran visir. Pero José sólo quería retener a Benjamín, y el resto podía volver con su padre. Fue esta oferta de libertad la que motivó la respuesta reveladora de Judá, porque se imaginó la escena de vuelta en Canaán, la reluctancia de su padre para separarse de Benjamín, que explicaba su demora en regresar a Egipto. De paso, José se enteró de cómo le echaba de menos su padre (28). Temiendo que su padre muriera de pena si Benjamín no estaba con ellos cuando volvieran, Judá rogó que le permitieran sustituir a su hermano menor. No podía haber demostrado más eficazmente la sinceridad de su amor por su padre y su arrepentimiento por el crimen que habían cometido al vender a José (37:26). Éste es un ejemplo claro del cambio que Dios puede obrar en una persona, incluso en alguien tan «terrenal» como Judá. El Señor había obrado para hacer de su pueblo lo que quería que fuesen.

Génesis 45:1–28. José revela su identidad

¹José no pudo ya contenerse delante de todos los que estaban junto a él, y exclamó: Haced salir a todos de mi lado. Y no había nadie con él cuando José se dio a conocer a sus hermanos. ²Y lloró tan fuerte que lo oyeron los egipcios, y la casa de Faraón se enteró de ello. ³José dijo a sus hermanos: Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre? Pero sus hermanos no podían contestarle porque estaban atónitos delante de él.

⁴Y José dijo a sus hermanos: Acercaos ahora a mí. Y ellos se acercaron, y él dijo: Yo soy vuestro hermano José, a quien vosotros vendisteis a Egipto. ⁵Ahora pues, no os entristezcáis ni os pese por haberme vendido aquí; pues para preservar vidas me envió Dios delante de vosotros. ⁶Porque en estos dos años ha habido hambre en la tierra y todavía quedan otros cinco años en los cuales no habrá ni siembra ni siega. ⁷Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros un remanente en la tierra, y para guardaros con vida mediante una gran liberación. ⁸Ahora pues, no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios; y El me ha puesto por padre de Faraón y señor de toda su casa y gobernador sobre toda la tierra de Egipto. ⁹Daos prisa y subid adonde mi padre, y decidle: «Así dice tu hijo José: ‘Dios me ha hecho señor de todo Egipto; ven a mí, no te demores. ¹⁰Y habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú y tus hijos y los hijos de tus hijos, tus ovejas y tus vacas y todo lo que tienes. ¹¹Allí proveeré también para ti, pues aún quedan cinco años de hambre, para que no pases hambre tú, tu casa y todo lo que tienes.’» ¹²Y he aquí, vuestros ojos y los ojos de mi hermano Benjamín ven que es mi boca la que os habla. ¹³Notificad, pues, a mi padre toda mi gloria en Egipto y todo lo que habéis visto; daos prisa y traed aquí a mi padre. ¹⁴Entonces se echó sobre el cuello de su hermano Benjamín, y lloró; y Benjamín también lloró sobre su cuello. ¹⁵Y besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos; y después sus hermanos hablaron con él.

¹⁶Cuando se oyó la noticia en la casa de Faraón, de que los hermanos de José habían venido, agradó a Faraón y a sus siervos. ¹⁷Entonces Faraón dijo a José: Di a tus hermanos: «Haced esto: cargad vuestras bestias e id a la tierra de Canaán; ¹⁸y tomad a vuestro padre y a vuestras familias y venid a mí y yo os daré lo mejor de la tierra de Egipto, y comeréis de la abundancia de la tierra.» ¹⁹Y a ti se te ordena decirles: «Haced esto: tomad carretas de la tierra de Egipto para vuestros pequeños y para vuestras mujeres, y traed a vuestro padre y venid. ²⁰»Y no os preocupéis por vuestras posesiones personales, pues lo mejor de toda la tierra de Egipto es vuestro.»

²¹Y así lo hicieron los hijos de Israel; y José les dio carretas conforme a la orden de Faraón, y les dio provisiones para el camino. ²²A todos ellos les dio mudas de ropa, pero a Benjamín le dio trescientas piezas de plata y cinco mudas de ropa. ²³Y a su padre le envió lo siguiente: diez asnos cargados de lo mejor de Egipto, y diez asnas cargadas de grano, de pan y de alimentos para su padre en el camino. ²⁴Luego despidió a sus hermanos, y cuando se iban les dijo: No riñáis en el camino. ²⁵Y subieron de Egipto y vinieron a la tierra de Canaán, a su padre Jacob. ²⁶Y le informaron, diciendo: José vive todavía, y es gobernante en toda la tierra de Egipto. Pero él se quedó atónito porque no les podía creer. ²⁷Pero cuando ellos le contaron todas las cosas que José les había dicho, y cuando vio las carretas que José había enviado para llevarlo, el espíritu de su padre Jacob revivió. ²⁸Entonces Israel dijo: Basta, mi hijo José vive todavía. Iré y lo veré antes que yo muera.

La espaciosa dignidad de la cámara de audiencias, con criados por doquier, no era el entorno más adecuado para una reunión familiar y las complejas emociones que esta suscitaría. Incluso después de que se hubieran marchado los observadores, José seguía siendo el hombre de poder, respaldado por todo el poderío de Egipto. No es de extrañar que los hermanos mantuvieran las distancias cuando les dijo, entre lágrimas: «Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre?» (y se encuentra bien, se sobreentiende). A pesar de las numerosas coincidencias que podían sugerir que aquel hombre poderoso era su hermano, semejante posibilidad no se les había pasado por la cabeza, y ahora la conmoción fue desmoralizante. Lo último que tenían ganas de hacer era *acercarse*, como les pedía José.

Tenía muchas cosas que quería decirles, entre ellas que no tenía intención de vengarse, a pesar del hecho de que le habían vendido como esclavo. José había logrado superar la situación, porque había sido capaz de detectar la mano de Dios en todo lo que le había sucedido. En tres ocasiones, dice «Dios me envió», y el propósito estaba claro: salvar vidas. Era evidente, ante las multitudes que acudían de numerosos países cercanos, que esto no sólo se aplicaba a Egipto, ni a la familia de Jacob, sino a la humanidad en general. Por medio de José, Dios había posibilitado la supervivencia durante ese largo periodo de hambruna. Los planes —claramente perversos— de los hermanos de José, cuando le vendieron en Dotán, se habían incorporado al propósito de Dios, más amplio e íntegramente positivo, que era salvar vidas. Ciertamente, aunque muchos se beneficiaron, en el centro del interés divino figuraban aquellas personas que habían planificado tan manifiestamente la muerte de su hermano, a saber, la familia del pacto: «Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros un remanente en la tierra,

y para guardaros con vida mediante una gran liberación» (7), de acuerdo con la promesa de tener descendientes tan numerosos como los granos de arena en la playa. Se había evitado una grave amenaza contra la familia del pacto, y los doce hermanos sobrevivieron para convertirse en los progenitores de las tribus de Israel, gracias a la ayuda providencial del Dios del pacto.

La vida de José ilustra con tanta perfección la providencia completa de Dios, que es esencial meditar la importancia que tiene para nosotros y los problemas que encontramos en nuestras vidas. Primero, José fue claramente la víctima de los celos; el jovencito había resultado provocativo debido a sus sueños egocéntricos, pero no había merecido el trato que le dispensaron sus hermanos. Le odiaban y planearon matarle (37:20). Segundo, durante el curso de sus aventuras, José podría haberle preguntado a Dios muchas veces por qué había permitido que le aislaran de su familia, lo vendieran, lo llevaran de la Ceca a la Meca y, por último, lo encarcelasen, sin que hubiera hecho nada para merecerlo. Tercero, tanto si se quejó como si no, al final José entendió claramente que Dios no le había abandonado, de ninguna de las maneras. De una forma misteriosa, Dios había utilizado la mala voluntad de sus hermanos para organizar su rescate en tiempos de hambruna. Esto permitió decir a José *«Ahora pues, no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios»*; Dios no sólo frustró las intenciones de los hermanos, sino que obtuvo bien del mal.

Las cosas que le sucedieron a José, y a otros personajes de la Biblia, podrían haber quedado confinadas a ellos, como miembros de la familia del pacto, cuya supervivencia estaba garantizada porque era esencial para el cumplimiento del propósito salvador de Dios. Hemos de formularnos la pregunta de si el cuidado providencial de Dios se extiende a nuestra propia generación y a nosotros. Aparentemente, el mundo no da la sensación de que Dios lo dirija; como máximo, la evidencia es ambigua. Pero también es cierto que a José no le parecía que Dios guiase sus pasos. Sólo es en determinados momentos cuando Dios permite que se perciba su presencia, en bendición o en juicio, pero la Escritura insiste en que el Dios que creó todas las cosas se interesa particularmente hasta por una criatura tan insignificante como el gorrión común, y Jesús aseguró a sus discípulos que *«vosotros valéis más que muchos pajarillos»* (Mt. 10:29–31). Por supuesto, no siempre nos es dado saber exactamente qué está haciendo Dios con nosotros, cuando los problemas nos acosan y nos llevan a clamar pidiendo misericordia; el secreto consiste en aferrarse a lo que Dios nos ha manifestado de sí mismo en este mundo y creer que su propósito es bueno. Entonces, seremos capaces de *«tener por sumo gozo»* la llegada de las pruebas (Stg. 1:2).

Pero la hambruna no había concluido y quedaban por delante otros cinco años de sequía. Por este motivo, era esencial buscar una solución a largo plazo para el problema de los alimentos y José decidió que toda la familia se trasladara a vivir cerca de él. Dada su posición como «padre del faraón» y gobernador de la tierra de Egipto, José tenía la posibilidad de ofrecer un hogar para su padre y sus hermanos, junto con sus familias, posesiones y rebaños. Necesitaban una zona que aún no se hubiera explotado, donde pudieran seguir su propio estilo de vida, y José había pensado en la tierra de *Gosén*, a la que en 47:11 se la llama «la tierra de Ramsés», y se la califica como *«lo mejor de la*

tierra». Da la sensación de que esta tierra formase parte de los Estados reales, que por ese motivo estaban deshabitados, pero que José tenía disponibles gracias a su posición de privilegio en la corte. El nombre «Gosén» no aparece fuera de la Biblia.

José ordenó a sus hermanos que se apresurasen a regresar a Canaán llevando el mensaje «Dios me ha hecho señor de todo Egipto», unido a la invitación de asentarse en ese país y disfrutar de la abundancia que él podía proporcionarle. Pero primero dio a Benjamín un apasionado abrazo y saludó afectuosamente a los demás, que a estas alturas se habían tranquilizado lo bastante como para hablar con él. Aún quedaba un honor imprevisto, cuando Faraón no sólo respaldó lo que había dicho José, sino que añadió que *él* mismo daría al padre y a los hermanos de José lo mejor de la tierra de Egipto. Su ofrecimiento de transporte fue especialmente considerado teniendo en cuenta la edad de Jacob; aunque los carros tirados por bueyes distaban mucho de ser el medio de transporte más cómodo, no todo el mundo tenía el honor de viajar en uno de los «carros» de Faraón, y que el propio rey le ofreciese todo lo mejor que podía proporcionar Egipto.

Por último, José les entregó espléndidos regalos a todos y provisiones suficientes para el viaje de ida y de vuelta, no sólo para ellos, sino también para todos los que les acompañarían de vuelta a Egipto. Benjamín fue elegido para recibir unos regalos especialmente generosos, pero José también envió a Jacob una cantidad abundante de presentes a lomos de una decena de asnos. A la luz de las confesiones que tendrían que hacer cuando llegasen ante su padre, José fue realista cuando despidió a sus hermanos con la advertencia: «*No riñáis en el camino*».

Aquella historia tan increíble casi fue demasiado para Jacob, que no lograba asimilar las noticias ni creer a sus hijos. A pesar de todo, no podía encontrar una explicación a todas las cosas que José había enviado, junto con el mensaje especial, y una vez aceptó que su hijo estaba vivo, tuvo un nuevo incentivo para vivir: «*Iré y lo veré antes que yo muera*».

Génesis 46:1–47:26. Jacob viaja a Egipto

¹Y partió Israel con todo lo que tenía y llegó a Beerséba, y ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac. ²Y Dios habló a Israel en una visión nocturna, y dijo: Jacob, Jacob. Y él respondió: Heme aquí. ³Y Él dijo: Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas descender a Egipto, porque allí te haré una gran nación. ⁴Yo descenderé contigo a Egipto, y ciertamente, yo también te haré volver; y José cerrará tus ojos. ⁵Entonces Jacob partió de Beerséba; y los hijos de Israel llevaron a su padre Jacob, y a sus pequeños y a sus mujeres, en las carretas que Faraón había enviado para llevarlo. ⁶Y tomaron sus ganados y los bienes que habían acumulado en la tierra de Canaán y vinieron a Egipto, Jacob y toda su descendencia con él: ⁷sus hijos y sus nietos con él, sus hijas y sus nietas; a toda su descendencia trajo consigo a Egipto...

²⁸Y Jacob envió a Judá delante de sí a José, para indicar delante de él el camino a Gosén; y llegaron a la tierra de Gosén. ²⁹Y José unció su carro y subió a Gosén para ir al encuentro de su padre Israel; y apenas lo vio, se echó sobre su cuello y lloró largamente sobre su cuello. ³⁰Entonces Israel dijo a José: Ahora ya puedo morir, después que he visto

tu rostro y sé que todavía vives. ³¹Y José dijo a sus hermanos y a la familia de su padre: Subiré y lo haré saber a Faraón, y le diré: «Mis hermanos y la familia de mi padre, que estaban en la tierra de Canaán, han venido a mí; ³²y los hombres son pastores de ovejas, pues son hombres de ganado; y han traído sus ovejas y sus vacas, y todo lo que tienen.» ³³Y sucederá que cuando Faraón os llame y os diga: «¿Cuál es vuestra ocupación?», ³⁴vosotros responderéis: «Tus siervos han sido hombres de ganado desde su juventud hasta ahora, tanto nosotros como nuestros padres», a fin de que habitéis en la tierra de Gosén; porque para los egipcios todo pastor de ovejas es una abominación.

^{47:1}Entonces José vino e informó a Faraón, y dijo: Mi padre y mis hermanos, con sus ovejas, sus vacas y todo lo que tienen, han venido de la tierra de Canaán; y he aquí, están en la tierra de Gosén. ²Y tomó cinco hombres de entre sus hermanos, y los presentó delante de Faraón. ³Entonces Faraón dijo a sus hermanos: ¿Cuál es vuestra ocupación? Y ellos respondieron a Faraón: Tus siervos son pastores de ovejas, tanto nosotros como nuestros padres. ⁴Dijeron también a Faraón: Hemos venido a residir en esta tierra, porque no hay pasto para los rebaños de tus siervos, pues el hambre es severa en la tierra de Canaán. Ahora pues, permite que tus siervos habiten en la tierra de Gosén. ⁵Y Faraón dijo a José: Tu padre y tus hermanos han venido a ti; ⁶la tierra de Egipto está a tu disposición. En lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos; que habiten en la tierra de Gosén, y si sabes que hay hombres capaces entre ellos, ponlos a cargo de mi ganado.

⁷José trajo a su padre Jacob y lo presentó a Faraón; y Jacob bendijo a Faraón. ⁸Y Faraón dijo a Jacob: ¿Cuántos años tienes? ⁹Entonces Jacob respondió a Faraón: Los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los años de mi vida, y no han alcanzado a los años que mis padres vivieron en los días de su peregrinación. ¹⁰Y Jacob bendijo a Faraón, y salió de su presencia. ¹¹Así, pues, José estableció allí a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramsés, como Faraón había mandado. ¹²Y proveyó José de alimentos a su padre, a sus hermanos y a toda la casa de su padre, según el número de sus hijos.

¹³No había alimento en toda la tierra, de modo que el hambre era muy severa, y la tierra de Egipto y la tierra de Canaán languidecían a causa del hambre. ¹⁴Y José recogió todo el dinero que había en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán a cambio del grano que le compraban, y José trajo el dinero a la casa de Faraón. ¹⁵Cuando se acabó el dinero en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán, todos los egipcios vinieron a José, diciendo: Danos alimento, pues ¿por qué hemos de morir delante de ti?, ya que nuestro dinero se ha acabado. ¹⁶Entonces José dijo: Entregad vuestros ganados y yo os daré pan por vuestros ganados, puesto que vuestro dinero se ha acabado. ¹⁷Trajeran, pues, sus ganados a José, y José les dio pan a cambio de los caballos, las ovejas, las vacas y los asnos; aquel año les proveyó de pan a cambio de todos sus ganados. ¹⁸Y terminado aquel año, vinieron a él el segundo año, y le dijeron: No encubriremos a mi señor que el dinero se ha acabado, y que el ganado pertenece a mi señor. No queda nada para mi señor, excepto nuestros cuerpos y nuestras tierras. ¹⁹¿Por qué hemos de morir delante de tus ojos, tanto nosotros como nuestra tierra? Compranos a nosotros y a nuestra tierra a cambio de pan, y nosotros y nuestra tierra seremos siervos de Faraón. Danos, pues, semilla para que vivamos y no muramos, y no quede la tierra desolada.

²⁰Así compró José toda la tierra de Egipto para Faraón, pues los egipcios vendieron

cada uno su campo, porque el hambre era severa sobre ellos; y la tierra vino a ser de Faraón. ²¹En cuanto a la gente, la hizo pasar a las ciudades, desde un extremo de la frontera de Egipto hasta el otro. ²²Solamente la tierra de los sacerdotes no compró, pues los sacerdotes tenían ración de parte de Faraón, y vivían de la ración que Faraón les daba. Por tanto no vendieron su tierra. ²³Y José dijo al pueblo: He aquí, hoy os he comprado a vosotros y a vuestras tierras para Faraón; ahora, aquí hay semilla para vosotros; id y sembrad la tierra. ²⁴Al tiempo de la cosecha daréis la quinta parte a Faraón, y cuatro partes serán vuestras para sembrar la tierra y para vuestro mantenimiento, para los de vuestras casas y para alimento de vuestros pequeños. ²⁵Y ellos dijeron: Nos has salvado la vida. Hallemos gracia ante los ojos de Faraón mi señor, y seremos siervos de Faraón. ²⁶Entonces José puso una ley respecto a la tierra de Egipto, en vigor hasta hoy: que Faraón debía recibir el quinto; sólo la tierra de los sacerdotes no llegó a ser de Faraón.

Mientras que, en una época de hambruna, Abraham había emigrado a Egipto todo el tiempo que duró la carestía y había sido expulsado sumariamente, Jacob había eludido cuidadosamente incluso el hecho de viajar a Egipto, aunque enviase allí a sus hijos para comprar alimentos. A su padre Isaac, el Señor le había prohibido expresamente ir a Egipto en busca de grano (26:2) y tuvo la precaución de mantenerse dentro del territorio prometido a su familia acudiendo a Gerar, que estaba en manos filisteas. José no tuvo opción alguna, sino que fue enviado a Egipto y se había casado dentro de una familia egipcia, sacerdotal. Este es un ejemplo interesante de la guía diversa que Dios puede otorgar a su pueblo en distintas circunstancias; lo que no fue la voluntad de Dios para Isaac es lo que había preparado especialmente para Jacob. Este había asumido que la invitación de José, con la perspectiva maravillosa de reunirse con el hijo tanto tiempo perdido, debía formar parte de la ordenación providencial del Señor de su vida. Pero, ¿era así? La familia viajó al sur, pasando por zonas que recordaban los tratos del Señor con Abraham y con Isaac. Beerseba estaba asociada con ambos, pero sobre todo con su padre Isaac, a cuyo Dios Jacob ofreció sacrificios y en quien buscó garantías, implícitamente.

Y Dios habló a Israel en una visión nocturna (46:2). «Pedid, y se os dará», dijo Jesús (Mt. 7:7), asegurando así a todos los creyentes que Dios responde cuando clamamos a Él. A Jacob, el permiso que buscaba para proseguir su viaje le fue concedido *en una visión nocturna*. El mandamiento que Isaac había tenido que obedecer no era aplicable a las nuevas circunstancias de Jacob. Este sería el encargado de llevar a la familia a «una tierra que no es suya» (Gn. 15:13), donde se convertirían en una gran nación que llevaría el nombre que Dios le puso a Jacob: Israel. Fueran cuales fuesen los peligros que conllevarse esta aventura, Jacob sabía que el Dios de sus padres le acompañaría, que moriría en Egipto en presencia de José y que Dios cuidaría de su familia, llevándola de vuelta a la tierra de su promesa (3–4). Tranquilizados, los miembros de la gran familia, rebaños y manadas de vacas, partieron de nuevo cruzando el desierto hacia el sureste, en dirección a Egipto. Génesis insiste en que todos abandonaron Canaán, incluyendo a las hijas y las nietas, que podrían haberse quedado, casándose con miembros de otras familias, y haber recordado a sus ancestros, transmitiendo las tradiciones de modo que,

en el momento de la conquista, hubiera habido parientes que dieran la bienvenida al invasor. Los historiadores han conjeturado que algunos de los hermanos se quedaron en Canaán, pero el relato bíblico niega de pleno que fuera así.

Los nombres de los hijos y de los nietos de Jacob (8–27) se leen como entradas en un registro familiar. Se menciona a todos los hijos nacidos, aunque algunos, como Er y Onán (12), murieron en Canaán. Se los agrupa no por orden de edad, sino según sus madres, primero los hijos de Lea y Zilpa, seguidos por los hijos de Raquel y su doncella Bilha. El total, incluyendo a Jacob y a José, con sus dos hijos que ya estaban en Egipto, era de setenta personas, sin contar a las nueras.

Una vez en territorio egipcio, *Jacob envió a Judá delante de sí a José, para indicar delante de él el camino a Gosén* (28). Así, José se enteró de que su padre había llegado y se apresuró a acudir a Gosén. La conclusión es que Gosén estaba en algún punto entre la frontera oriental de Egipto y la residencia de José, posiblemente en la antigua capital, Memfis. Quizá sea correcto pensar en una zona en la región del delta; bien irrigada, fértil y aun así lejos de los centros de actividad egipcios. Sobre todo, estaba situada en la zona más conveniente del país por si tenían que huir. José pensó en cada movimiento sin apartar la vista de los propósitos de Dios, porque una cosa sabía: que tarde o temprano su familia tendría que volver a la tierra de la promesa.

Cuando padre e hijo se reencontraron, la emoción los inundó. Para Jacob, fue el momento culminante de su vida, una de las maravillosas sorpresas de Dios que le permitió olvidar las tristezas pasadas y perdonar las malas acciones. A la luz de todo lo que Dios había hecho, la venta de José parecía algo especialmente malvado y despreciable. Pero el odio acerbo había sido recompensado con amabilidad y generosidad. No es de extrañar que fluyesen las lágrimas frente a la experiencia de una recepción tan magnánima.

El faraón aún tenía que conocer a la familia de José y aprobar sus planes para que se asentaran en Gosén; aunque les había prometido lo mejor de la tierra, no había especificado de antemano dónde iba a estar. José tenía una idea, pero aún debía verificarla el faraón; de aquí las instrucciones de José a su familia. ¿Quizá tenían un aspecto un tanto grotesco en la corte, con aquellos rostros sin afeitar y sus ropas de brillantes colores? Su aspecto extranjero podría subrayar el hecho de que el propio José no era egipcio, aunque no se sugiere que en aquel momento esto resultase perjudicial para su reputación. Egipto dependía demasiado de él como para que ese fuera el caso, y lo cierto es que la audiencia que mantuvieron cinco de los hermanos (47:2–6) con Faraón dio exactamente el resultado que José había planeado. Gosén sería su hogar mientras vivieran en Egipto, y el faraón ordenaría de buen grado a sus mejores hombres que cuidasen de sus ganados. Este no era el tipo de trabajo que gustara a los egipcios (46:34), e introdujo a los forasteros en la comunidad sin alienar al país anfitrión quitando puestos de trabajo a sus habitantes.

Al final, José presentó a su padre a Faraón. ¿Qué hizo que Jacob bendijese al rey egipcio en lugar de inclinarse ante su presencia? ¿Había estado meditando aquel anciano en las palabras que Dios dijo a Abraham: «Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición» (12:2)? Era evidente que el

Señor había hecho de José una bendición para Egipto y para las naciones que lo rodeaban, aunque Jacob no lo supiera, y la maravilla del control magistral que tenía el Señor de los acontecimientos le anonadó hasta tal punto, que Jacob olvidó todo protocolo. Su avanzadísima edad resultaba impresionante, pero, recurriendo a la cortesía oriental, que sigue siendo tangible, restó importancia a cualquier pretensión de recibir distinciones, a la luz de la larga vida de sus antecesores. Sus 130 años habían sido «pocos y malos», pero sabía que tenía ventaja sobre aquel rey extranjero. El episodio suena a verídico.

José estableció a la familia y les proporcionó todo lo que les había prometido. La tierra que ocuparon, llamada *la tierra de Ramsés*, les fue entregada como *posesión* (11). La concesión de tierras por parte de un rey era ciertamente un gran honor, indicativo del gran aprecio que sentía por José.

Llegó un momento en que incluso Egipto, dotado del suministro permanente del agua del Nilo, agotó su producción de grano, y además la población había agotado todo su dinero durante los años de la hambruna. Incluso en aquella situación extrema, José mantuvo el principio de vender y no regalar el grano, y aceptaba el pago en especie: caballos, rebaños, manadas y asnos. Es interesante que se registrasen los caballos, pero no se menciona a los camellos, que en aquella época no debieron ser un artículo corriente, ni siquiera para los viajes internacionales. Finalmente, no hubo más opción que aceptar la tierra y la población de Egipto y de Canaán como pago por los alimentos básicos, exaltando así peligrosamente el poder del faraón. En teoría, siempre había sido un «dios», un gobernante del mundo de los dioses. «Según el dogma del Estado, todo el territorio, sus propiedades y sus habitantes eran suyos por derecho divino».⁸⁸ Como resultado de los años de hambruna, la teoría se puso en práctica y el pueblo egipcio se vio reducido a la esclavitud. La familia de José sería una excepción, porque era el propio visir quien les facilitaba alimentos.

La excepción mencionada en nuestro texto (47:22) hacía de los sacerdotes egipcios un caso especial, porque sus necesidades las cubrían las arcas reales, de modo que mantenían una relación especial con el faraón, en calidad de consejeros. Por tanto, la familia de la esposa de José estaba bien cuidada y se libró de la indignidad de la esclavitud. Sin embargo, el pueblo de a pie, agradecido por la mera supervivencia, aceptó la situación con gratitud, trabajando en los campos que otrora fueran suyos. A modo de alquiler, entregaban a Faraón un impuesto de un veinte por ciento sobre sus cosechas, que, a pesar de ser elevado, sigue siendo inferior a los aplicados en la mayoría de países modernos. A pesar de su gran poder, José era totalmente fiel al faraón, negándose a aceptar todo crédito para sí mismo, aunque en última instancia todos dependían de la sabiduría y de la capacidad organizadora de José, y, por detrás de ellas, de la provisión de su Dios. De pasada, se admite indirectamente que la siembra y la cosecha siguieron produciéndose anualmente en Egipto, como podríamos esperar a la vista de los sistemas de irrigación que posibilitaba el Nilo. Estos métodos siguieron usándose incluso durante los años de hambruna, pero, dadas las cosechas cada vez más pobres y las bocas extra que mantener, era inevitable que se produjeran carestías.

Génesis 47:27–31. Los últimos años de Jacob

²⁷E Israel habitó en la tierra de Egipto, en Gosén; y adquirieron allí propiedades y fueron fecundos y se multiplicaron en gran manera. ²⁸Y Jacob vivió en la tierra de Egipto diecisiete años; así que los días de Jacob, los años de su vida, fueron ciento cuarenta y siete años.

²⁹Cuando a Israel se le acercó el tiempo de morir, llamó a su hijo José y le dijo: Si he hallado gracia ante tus ojos, por favor, pon ahora tu mano debajo de mi muslo y trátame con misericordia y fidelidad: Por favor, no me sepultes en Egipto. ³⁰Cuando duerma con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos. Y José respondió: Haré según tu palabra. ³¹Y Jacob dijo: Júramelo. Y se lo juró. Entonces Israel se inclinó en adoración en la cabecera de la cama.

Por primera vez, el nombre *Israel* se usa colectivamente para la familia de Jacob, incluyéndolo. A pesar de su desarraigo, la hambruna y la vida en un país extranjero, prosperaron, y los diecisiete años que Jacob pasó en Egipto le permitieron ser testigo del grado en que crecieron su número y sus posesiones. Semejante expansión notable le dio esperanzas mientras aceptaba el hecho de que, a sus 147 años, no podía vivir mucho más. Dios había sido totalmente fiel al hacerlo fructífero (28:14).

Por su parte, Jacob quería que la familia fuese plenamente consciente de que no pertenecían a la tierra de Egipto, para que sus sucesores no olvidasen su compromiso mediante pacto con el Señor su Dios, que les había prometido la tierra de Canaán. Nada podía señalar con mayor fuerza a la tierra de la promesa que celebrar un funeral en ella, en la tumba familiar, la cueva de Macpela. La riqueza de José y la práctica egipcia del embalsamamiento hicieron posible el largo viaje, y toda aquella generación nueva sabría que sus ancestros estaban enterrados en el lugar al que pertenecían, en la tierra de Canaán. El juramento solemne de José, por el que se comprometía a cumplir los deseos de su padre, significó tanto para Jacob, que *se inclinó en adoración en la cabecera de la cama*. Demasiado anciano como para postrarse en tierra para adorar a su Dios, hizo lo más parecido, apoyándose contra el cabecal de su lecho inclinando la cabeza en adoración. A una edad tan avanzada, las prioridades de la vida adquieren una claridad meridiana, y para Jacob no había nada más importante que el llamado que Dios le hizo, como sucesor de Abraham, para heredar la obligación y las promesas del pacto y transmitirlas a sus hijos. Allí estaba José, manifestando su comprensión del propósito divino y con la voluntad de hacer todo lo necesario para que su padre fuese sepultado en la tierra de Canaán. El Señor obraba su propósito y Jacob podía estar satisfecho.

Génesis 48:1–22. Jacob bendice a los hijos de José

¹Y sucedió que después de estas cosas, le dijeron a José: He aquí, tu padre está enfermo. Y él tomó consigo a sus dos hijos, Manasés y Efraín.

²Cuando se le avisó a Jacob diciendo: He aquí, tu hijo José ha venido a ti, Israel hizo un esfuerzo y se sentó en la cama. ³Entonces Jacob dijo a José: El Dios Todopoderoso se

me apareció en Luz, en la tierra de Canaán; me bendijo, ⁴y me dijo: «He aquí, yo te haré fecundo y te multiplicaré; y haré de ti multitud de pueblos y daré esta tierra a tu descendencia después de ti en posesión perpetua.» ⁵Ahora pues, tus dos hijos que te nacieron en la tierra de Egipto, antes de que yo viniera a ti a Egipto, míos son; Efraín y Manasés serán míos, como lo son Rubén y Simeón. ⁶Pero los hijos que has engendrado después de ellos, serán tuyos; serán llamados por el nombre de sus hermanos en su heredad. ⁷En cuanto a mí, cuando vine de Padán, Raquel se me murió en la tierra de Canaán, en el camino, cuando faltaba todavía cierta distancia para llegar a Efrata, y la sepulté allí en el camino a Efrata, esto es Belén.

⁸Cuando Israel vio a los hijos de José, dijo: ¿Quiénes son éstos? ⁹Y José respondió a su padre: Son mis hijos, los que Dios me ha dado aquí. Y él dijo: Acércalos a mí, te ruego, para que yo los bendiga. ¹⁰Y los ojos de Israel estaban tan débiles por la vejez que no podía ver. Entonces José se los acercó, y él los besó y los abrazó. ¹¹E Israel dijo a José: Nunca esperaba ver tu rostro, y he aquí, Dios me ha permitido ver también a tus hijos. ¹²Entonces José los tomó de las rodillas de Jacob, y se inclinó con su rostro en tierra. ¹³Y José tomó a los dos, a Efraín con la derecha, hacia la izquierda de Israel, y a Manasés con la izquierda, hacia la derecha de Israel, y se los acercó. ¹⁴Pero Israel extendió su derecha y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su izquierda sobre la cabeza de Manasés, cruzando adrede sus manos, aunque Manasés era el primogénito.

¹⁵Y bendijo a José, y dijo: El Dios delante de quien anduvieron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que ha sido mi pastor toda mi vida hasta este día, ¹⁶el ángel que me ha rescatado de todo mal, bendiga a estos muchachos; y viva en ellos mi nombre, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac; y crezcan para ser multitud en medio de la tierra.

¹⁷Cuando José vio que su padre había puesto su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, esto le desagradó; y asió la mano de su padre para cambiarla de la cabeza de Efraín a la cabeza de Manasés. ¹⁸Y José dijo a su padre: No sea así, padre mío, pues éste es el primogénito. Pon tu derecha sobre su cabeza. ¹⁹Mas su padre rehusó y dijo: Lo sé, hijo mío, lo sé; él también llegará a ser un pueblo, y él también será grande. Sin embargo, su hermano menor será más grande que él, y su descendencia llegará a ser multitud de naciones. ²⁰Y los bendijo aquel día, diciendo:

Por ti bendecirá Israel, diciendo:

Que Dios te haga como Efraín y Manasés.

Así puso a Efraín antes de Manasés.

²¹Entonces Israel dijo a José: He aquí, yo estoy a punto de morir, pero Dios estará con vosotros y os hará volver a la tierra de vuestros padres. ²²Y yo te doy una parte más que a tus hermanos, la cual tomé de mano del amorreo con mi espada y con mi arco.

La noticia de que su padre estaba enfermo fue una convocatoria para que José acudiera a su lado, y sabía que su padre esperaba que llevase consigo a sus hijos, para escuchar las últimas palabras del patriarca moribundo y para recibir su bendición. «Las bendiciones patriarcales de Isaac y de Jacob son únicas en la literatura antigua», que es, después de todo, lo que deberíamos esperar a la vista de la unicidad de la situación. A ninguna otra familia le había confiado el Señor una misión que daría como resultado la bendición para toda la tierra. En muchos sentidos, los patriarcas eran hombres de su época, que compartían con sus contemporáneos (como lo hace toda generación) un

idioma, una cultura y unas habilidades. Pero el motivo principal por el que las narraciones del Génesis siguen siendo importantes es que los patriarcas formaban parte del plan de Dios para la salvación del mundo. Por medio de la relación de Dios con ellos, Él sigue hablándonos, porque Él no cambia, por muy grandes que sean los cambios tecnológicos que nos distancian de los milenios antes de Cristo.

¿Por qué envió Jacob a buscar primero a José? Desde cierto punto de vista, la preeminencia de José en aquella tierra exigía un reconocimiento, pero, sin embargo, este hecho por sí solo no hubiera influido en Jacob, que, en su entrevista con Faraón, no había demostrado deferencia alguna por el estatus del rey. El factor que pesó en el ánimo de Jacob debió ser el papel que había jugado José en el plan divino, que había obrado de una forma tan maravillosa para librarlos a todos de morir de hambre. No cabe duda de que hubo una bendición notable para José y para sus hijos, y que el futuro que les esperaba sería especial, gracias a la providencia de Dios. Este era el mensaje de Dios que Jacob debía transmitir fielmente antes de morir. Su trampolín fue aquella ocasión memorable cuando soñó con una escalera que iba de la tierra al cielo, desde lo alto de la cual el Señor le había hablado por primera vez. Su padre Isaac había rogado que el Dios Todopoderoso le bendijera, y ahora Jacob entiende que fue el Dios Todopoderoso, *El Shaddai*, quien se le apareció en *Luz*, el antiguo nombre de Betel (28:19), mientras huía de la furia de Esaú. Aquel que se había nombrado a sí mismo como Yahvé, el Dios del pacto con Abraham e Isaac, había mostrado su poder cumpliendo su promesa a aquel joven sin hogar, que huía de la justicia. La esencia de la bendición era la promesa de una gran descendencia a los que Dios entregaría la tierra, y para Jacob, postrado en su lecho de muerte, aquel proyecto comprendía nombrar y bendecir a sus hijos como jefes de tribu, todos ellos importantes como partes integrantes del pueblo de Abraham, que a partir de ahora sería conocido como Israel.

José fue el único caso en que Jacob aceptó a sus nietos como si fueran sus propios hijos (5). No consideró que el hecho de tener una madre egipcia supusiera ningún impedimento. «Son *míos*», dijo Jacob, adoptándolos así mediante una antigua fórmula. En la práctica, duplicó la herencia entregada a José, haciendo que el número de sus hijos que constituirían «Israel» fuera trece en lugar de doce. Al honrarlos enalteció también la memoria de su primer amor, Raquel, aquella esposa que murió en el camino a casa, a cierta distancia de Errata (35:16–20). Le embargaron los recuerdos, distrayéndole de tal modo, que le costaba concentrarse en el presente. Su pregunta «¿Quiénes son éstos?» (8) no le parecerá extraña a nadie que haya cuidado de personas muy ancianas, uno de cuyos problemas frecuentes es la desorientación. Al mismo tiempo, la pregunta tenía cierta importancia ritual, identificando a los que recibirían la bendición, de la misma manera que Isaac había querido identificar a Esaú (27:18). Debía ser frecuente que esas personas se vieran afectadas de ceguera, dada la ausencia de recursos médicos, como suele ocurrir con la población de las regiones cálidas y secas del mundo.

El hijo mayor de José era Manasés, pero, cuando Jacob mencionó a los dos, habló de Efraín y Manasés, colocando así al menor en primer lugar. La continuación demuestra que no lo hizo por accidente. José presentó sus hijos a su padre, quien los abrazó. Se

cree que el ritual de apartar a los niños *de sus rodillas* (12) simboliza que José renunció a favor de su padre al derecho de considerar a los niños como descendencia propia (véase nota sobre 30:3), inclinándose en adoración. Cuando llegó el momento de la bendición, José volvió a llevarlos a la cama de su padre, disponiendo cuidadosamente que fuera Manasés el que estuviera más cerca de la diestra de Jacob, de modo que recibiera la bendición destinada al primogénito. Sin embargo, Jacob frustró deliberadamente el plan de José, cruzando las manos y colocando la derecha sobre la cabeza de Efraín. *Y bendijo a José* (15), es decir, a sus hijos, que ahora serían los representantes de su padre. La prioridad recae en el hijo menor, como había sido la intención divina para los hijos de Isaac, y esto sirve de recordatorio para Jacob de su propia culpa, garantizando que no se frustrase el plan de su madre para alcanzar sus fines. ¡Con qué fidelidad y, sin embargo, también amor le había corregido el Señor con el paso de los años!

La bendición que invoca es la del Dios al que describe de tres maneras. Primero, es el Dios de sus antepasados, Abraham e Isaac. Jacob-Israel no fue un innovador, pionero de una nueva religión; fue el heredero de la revelación que primero recibió su abuelo, y que su padre le transmitió para beneficio de todas las generaciones futuras. Abraham y sus descendientes se comprometieron a «caminar delante del Señor», lo cual significaba llevar una vida ejemplar, agradable a Dios, en cuya presencia habitaban. Habiendo sido honrados con el favor divino, estaban obligados a vivir para Él.

Aquel Dios era también el Dios personal de Jacob, que le había *conducido* como pastor *todos los días de su vida*. A pesar de los numerosos errores en el carácter y la conducta de Jacob, era consciente de que su vida había tenido propósito y sentido, porque Dios le había cuidado. La expresión *el Dios que ha sido mi pastor* refleja fielmente el texto original hebreo. Jacob había pasado su vida siendo pastor, y ahora se daba cuenta del cuidado que Dios había tenido de él precisamente como pastor. Pero eso no era todo.

Su tercera invocación fue destinada *al ángel que me ha rescatado de todo mal*. El ángel había aparecido en tres momentos de crisis en su vida, en Betel (28:13), en Padán-aram (31:11, 13) y en Peniel (32:24–30). Jacob había reconocido al propio Dios en aquel ángel, de modo que al lugar donde luchó con Él le llamó «el rostro de Dios» (Peniel). Por medio de la intervención del ángel, Dios le había rescatado de Labán y de Esaú, llevándole sano y salvo hasta el hogar, según le había prometido. Al ángel que le había protegido así lo llama «rescatador» (heb. *gō'ēl*), aquel que rescataba a un pariente en un momento difícil (cfr. Lv. 25:25–28; Nm. 35:19). Resultaba humillante necesitar esa ayuda, y aquí Jacob recordaba el modo en que Dios le había humillado para someterlo, cuando sólo pensaba en arreglar las cosas sin contar con Él.

Por tanto, fue el Dios a quien Jacob-Israel oró cuando adoptó a sus dos nietos, de modo que pudieran jugar un papel primordial como herederos de las promesas. Efraín y Manasés dieron sus nombres a dos tribus, mientras que José renunció a ese derecho; además, se volvieron especialmente numerosos, hasta el punto de que Efraín, por sí solo, podría representar a todas las tribus del norte (p. ej., Os. 5:3; 7:1; 10:11). Efraín y Manasés también perpetuaron el nombre de Jacob ocupando el lugar de Rubén, que

había perdido su precedencia como hijo mayor y heredero. El cronista expresa esta idea, explicando que Judá, que fue elegido para recibir ese honor, no recibió el derecho de primogenitura, porque «los derechos de primogenitura pertenecían a José» (1 Cr. 5:1–2). El hecho de que fueran los primeros en recibir la bendición encaja con su posición como «primogénitos».

En esta bendición, anticipada por la triple referencia al cuidado constante que tiene Dios de su pueblo, se otorga definición y contenido a la teología de los patriarcas. La nueva generación nunca podría haber conocido a su bisabuelo, Isaac, de modo que los niños necesitaban que alguien les contara cómo Dios había elegido a Abraham y a Isaac, llenando su vida de sentido por medio de providencias inconfundibles. Ellos, a su vez, debían desempeñar una parte en el plan de salvación de Dios. Sus descendientes serían tan numerosos, que en los días venideros los nombres Efraín y Manasés serían una especie de bendición prototípica, manifestada en una vida familiar próspera y vital. En la época del asentamiento en Canaán, el área más extensa con diferencia tuvo que ser destinada a estas dos tribus de José (*cf.* Jos. 17:14–17, y cualquier mapa de los territorios tribales). La bendición se tradujo en una expansión histórica, al oeste y al este del río Jordán.

Jacob quiso hacer un legado a José (22). Está claro que, en determinado momento, Jacob había luchado para conquistar cierto territorio en Canaán, que había arrebatado a los habitantes cananeos. Lo describe como una *falda de montaña* (heb. *shechem*), y, dado que esta palabra no se usa en ningún otro pasaje del Antiguo Testamento excepto como nombre de la famosa ciudad de Siquem, algunos eruditos han pensado que Jacob se refería a esta ciudad, que su hijo había conquistado y que podría haber considerado suya (34:25–31). «Yo estoy a punto de morir», dice, pero los descendientes de José serán llevados a retomar la posesión del único lugar que Jacob podría reclamar como propio. Pero Génesis 34 no sugiere que Siquem perteneciera a Jacob o a sus hijos después de la masacre; aunque la saquearon, no la ocuparon, y fue un episodio que Jacob desaprobó de todo corazón. Por tanto, el legado de Jacob es el resultado de otro incidente que no se plasma en la Biblia, en el que conquistó la pendiente de un monte, o bien una meseta entre dos colinas. En las colinas centrales, había numerosos lugares que se podían describir así. Tomó la colina *con mi espada y con mi arco*, pero el lugar donde acampó en Siquem lo adquirió (33:18–20). No hay manera de saber qué distancia separaba estos dos puntos, pero Josué, que era de la tribu de Efraín (1 Cr. 7:27), condujo valientemente a todas las tribus a Siquem después de combatir por Betel y Hai (Jos. 8:30–35), aunque pareciera que al hacerlo corrió un enorme riesgo. Es posible que tuviera en mente esta afirmación de Jacob, dado que la ley de Dios se recitó desde los montes Ebal y Gerizim, a ambos lados de la ciudad de Siquem. Quizá el terreno que había ganado Jacob estaba en uno de los dos montes.

Al entregar a los hijos de José esta tierra que había conquistado, Jacob preveía el futuro y declaraba su fe en la certidumbre de las promesas de Dios, como fue consciente el escritor de Hebreos cuando eligió este incidente para ilustrar la fe de Jacob (He. 11:21). Tenía una firme convicción de que la tierra sería entregada a sus descendientes, porque Dios se lo había prometido. Por este motivo, al anciano no lo

acosaban los remordimientos, sino que se mostraba esperanzado y confiado. El cristiano, que dispone de toda la Escritura para demostrarle cómo se han realizado los propósitos de Dios a lo largo de los siglos, para hallar su culminación en el Señor Jesucristo, tiene más motivos para tener una esperanza firme (1 Co. 15:58).

Génesis 49:1–27. El destino de las doce tribus

¹*Entonces Jacob llamó a sus hijos, y dijo: Reuníos para que os haga saber lo que os ha de acontecer en los días venideros.*

²*Juntaos y oíd, hijos de Jacob,
y escuchad a Israel vuestro padre.*

³*Rubén, tú eres mi primogénito,
mi poderío y el principio de mi vigor,
prominente en dignidad y prominente en poder.*

⁴*Incontrolable como el agua, no tendrás preeminencia,
porque subiste a la cama de tu padre,
y la profanaste: él subió a mi lecho.*

⁵*Simeón y Leví son hermanos;
sus armas instrumentos de violencia.*

⁶*En su consejo no entre mi alma,
a su asamblea no se una mi gloria,
porque en su ira mataron hombres,
y en su obstinación desjarretaron bueyes.*

⁷*Maldita su ira porque es feroz;
y su furor porque es cruel.*

*Los dividiré en Jacob,
y los dispersaré en Israel.*

⁸*A ti Judá, te alabarán tus hermanos;
tu mano en la cerviz de tus enemigos;
se inclinarán a ti los hijos de tu padre.*

⁹*Cachorro de león es Judá;
de la presa, hijo mío, has subido.
Se agazapa, se echa como león,
o como leona, ¿quién lo despertará?*

¹⁰*El cetro no se apartará de Judá,
ni la vara de gobernante de entre sus pies,
hasta que venga Siloh,
y a él sea dada la obediencia de los pueblos.*

¹¹*El ata a la vid su pollino,
y a la mejor cepa el hijo de su asna;
él lava en vino sus vestiduras,
y en la sangre de las uvas su manto.*

¹²*Sus ojos están apagados por el vino,
y sus dientes blancos por la leche.*

¹³*Zabulón habitará a la orilla del mar;*

*y él será puerto para naves,
y su límite será hasta Sidón.*

*¹⁴Isacar es un asno fuerte,
echado entre los apriscos.*

*¹⁵Al ver que el lugar de reposo era bueno
y que la tierra era agradable,
inclinó su hombro para cargar,
y llegó a ser esclavo en trabajos forzados.*

*¹⁶Dan juzgará a su pueblo,
como una de las tribus de Israel.*

*¹⁷Sea Dan serpiente junto al camino,
víbora junto al sendero,
que muerde los jarretes del caballo,
y cae su jinete hacia atrás.*

¹⁸¡Tu salvación espero, oh Señor!

*¹⁹A Gad salteadores lo asaltarán,
mas él asaltará su retaguardia.*

*²⁰En cuanto a Aser, su alimento será sustancioso,
y él dará manjares de rey.*

*²¹Neftalí es una cierva en libertad,
que pronuncia palabras hermosas.*

*²²Rama fecunda es José,
rama fecunda junto a un manantial;
sus vástagos se extienden sobre el muro.*

*²³Los arqueros lo atacaron con furor,
lo asaetearon y lo hostigaron;*

*²⁴pero su arco permaneció firme
y sus brazos fueron ágiles
por las manos del Poderoso de Jacob
(de allí es el Pastor, la Roca de Israel),*

*²⁵por el Dios de tu padre que te ayuda,
y por el Todopoderoso que te bendice
con bendiciones de los cielos de arriba,
bendiciones del abismo que está abajo,
bendiciones de los pechos y del seno materno.*

*²⁶Las bendiciones de tu padre
han sobrepasado las bendiciones de mis antepasados
hasta el límite de los collados eternos;
sean ellas sobre la cabeza de José,
y sobre la cabeza del consagrado de entre tus hermanos.*

*²⁷Benjamín es lobo rapaz;
de mañana devora la presa,
y a la tarde reparte los despojos.*

Hay que distinguir entre la bendición que pronuncia Jacob sobre los dos hijos de José y las predicciones de este capítulo, que esbozan el futuro de las doce tribus como

colectivo. Pueden incorporarse bendiciones, y ciertamente se pueden presuponer, sobre la base de que cada tribu participa de las bendiciones iniciales pronunciadas por el Señor para Abraham; pero, individualmente, algunos de los hermanos se han aliado con los enemigos del Señor, al actuar traicioneramente. Expresadas en un lenguaje figurativo, estas predicciones no resultan fáciles de interpretar, y algunas de las partes oscuras pueden deberse a la tremenda antigüedad del texto. Es improbable que las referencias críticas, como las que contienen algunos de los poemas, se introdujesen en una etapa posterior, y los rasgos internos del pasaje general sugieren que las palabras de Jacob se memorizaron de generación en generación, tanto si se pusieron por escrito al principio como si no. Dados el rango y la capacidad de José, hay muchas razones para suponer que plasmara por escrito las últimas palabras, predictoras, de su padre. *Juntaos y oíd, oh hijos de Jacob* es tanto una introducción formal como un encabezamiento por el que podría identificarse más tarde el documento, un «título».

Rubén, en su calidad de hijo mayor, debería haber heredado una parte especial de las posesiones familiares; esto era lo habitual en el antiguo Oriente Próximo, y nacía de la creencia de que el primogénito heredaba lo mejor de la fuerza física de su padre. Por consiguiente, debía estar bien equipado para ejercer el liderazgo en su generación, y Jacob juega con esta idea al decir que Rubén es *prominente en dignidad* (en el sentido de ocupar la primera posición) y *prominente en poder*. Las tres primeras líneas quedan anuladas rápidamente por las tres segundas, donde se pierde toda esta promesa inicial. La expresión *incontrolable como el agua* recuerda al poder del agua sin control, como cuando revienta una presa o se desborda un embalse. Apasionado y tozudo, Rubén había ofendido a su padre tomando a su concubina, Bilha (35:22), y con esta transgresión grave había perdido su lugar de privilegio dentro de la familia. Embargado por la indignación, Jacob apuntó a Rubén cuando exclamó *¡subió a la cama de su padre!* (AV, RV, mientras que la RSV adopta el *tú* menos condenador de la LXX). Es la historia de las esperanzas decepcionadas que un padre tenía en su amado primogénito, quien le había ofendido profundamente. Cuando llegó el momento de distribuir el territorio de Canaán, la herencia de Rubén estuvo al este del Jordán, un poco en la periferia de la vida de la nación. Antes, se produjo un episodio en el que los rubenitas cuestionaron el derecho de Moisés a gobernarlos, pero la catástrofe que les alcanzó fue tan grande, que no se produjeron más revueltas (Nm. 16), y, aparte de una mención en el Cántico de Débora (Jue. 5:15), la tribu juega un papel muy limitado en la historia de Israel.

Jacob habla de *Simeón y Leví* como colectivo porque su destino futuro está vinculado a su cooperación en la masacre de Siquem (capítulo 34). Aquel ataque traicionero, que se aprovechó de un acuerdo firmado de buena fe, recibe ahora su condena: *maldita su ira*. No se promete bendición alguna a ninguna de las dos tribus, y la selección posterior de Leví como tribu sacerdotal estuvo vinculada con la lealtad al Señor en otro incidente (Éx. 32:25–29). Aun así, los levitas estuvieron repartidos entre las otras tribus, en vez de disfrutar de un territorio propio. Pronto, Simeón perdió su identidad propia, mediante la inclusión en la tribu más poderosa de Judá.

Aunque está claro el significado general de estos versículos, hace mucho tiempo que los detalles plantean problemas. *Sus armas instrumentos de violencia* no es una frase

clara, porque la palabra traducida como «espada» no se encuentra en ningún otro pasaje, lo cual induce a adivinar el sentido. Un estudio reciente ha sugerido la lectura: «Simeón y Leví son hermanos, sus vasos-*kirru* instrumentos de injusticia». El *kirru* era una vasija que tenía importancia en las libaciones celebradas durante los rituales de boda mesopotámicos y, si esta lectura es correcta (y lo cierto es que tiene mucho sentido), Jacob estaba acusando a los hermanos «no tanto por la matanza en sí misma, sino por los ritos profanados y los votos incumplidos». Se sabe que el *kirru* se usaba en el ámbito internacional del segundo milenio, pero es evidente que las generaciones posteriores no lograron reconocer este término.

El versículo 6 contiene un juego de palabras que no es evidente en las traducciones. En el hebreo, *no entre* puede interpretarse también como «deseo», y *no se una* sugiere también el verbo «regocijarse»:

«En su consejo no entre/desee mi alma;
a su asamblea no se una/alegre mi gloria».

El corazón y la voluntad deben apartarse de ese tipo de violación de la fe de la que fueron culpables Simeón y Leví, cuando realizaron sus planes para acabar con los siquemitas. El hombre y el buey (vividamente singulares en el hebreo original) fueron víctimas de su ira; los humanos fueron asesinados y los bueyes desjarretados en aquella matanza no provocada. Jacob aborrece su astucia cruel y les dice que, a largo plazo, los empobrecerá tanto a ellos como a sus descendientes.

Hasta el momento, el patriarca moribundo ha tenido la triste obligación de reprender a sus hijos mayores y de predecirles un futuro muy distinto a las esperanzas que albergó para ellos. El destino de *Judá*, cuyo nombre sugiere «alabanza», introdujo un último elemento de esperanza. El cuarto de los hermanos dominará a los demás y vencerá a sus enemigos. Ciertamente, es un *cachorro de león*, que no teme a nadie, destinado a la supremacía, como los leones son más fuertes que cualquier otra criatura y dominan el reino animal. No es de extrañar que el poema, tras comparar a Judá con un león, lo exalte a prerrogativas reales: *El cetro no se apartará de Judá, ni la vara de gobernante de entre sus pies*. Así, las estatuas de monarcas entronizados manifiestan los emblemas de su cargo, situados literalmente entre sus pies. Hasta el momento, no hay dificultad para entender el significado del poema. Aunque, en muchos sentidos, la tribu de José era preeminente, el reinado sería confiado a los miembros de la tribu de Judá, y la figura del león, aunque frecuente en la imaginación poética y aplicada también a Gad y a Dan (Dt. 33:20, 22), fue, sin embargo, característica de Judá en los últimos tiempos (Ap. 5:5). Aquí la metáfora retrata a Judá como a un león joven, que ha aprendido a cazar. A partir de ese momento, todos le temerán, y «se inclinarán a ti los hijos de tu padre» (cfr. 27:29).

Hasta que venga Siloh (10) señala el clímax no sólo de las estrofas dedicadas a Judá, sino también de todo el poema, aunque el significado exacto de las palabras dista mucho de estar claro, como veremos si comparamos las diversas traducciones al inglés. La dificultad se centra en el vocablo hebreo *silo*, que no se traduce en AV y RV, sino que

en el texto aparece como un nombre de persona. Esto es insatisfactorio, porque, aunque Siloh era bien conocido como el primer santuario de Israel después de que las tribus se asentaran en Canaán, el nombre no se usa nunca para hablar de una persona. «Entonces él venga a Siloh» (margen de la RV) implica que Judá tendría poder hasta la reunión celebrada en Siloh, posiblemente la referida en Josué 18; pero, si miramos atrás, veremos que el rey David, de Judá, el primero de esta tribu que reinó, vivió al menos 200 años después de la conquista de Canaán. La RSV sigue la versión siríaca, redactada a principios de la era cristiana; encaja con el uso de nuestro texto que hace Ezequiel cuando, justo antes de la caída de Jerusalén, clamó pidiendo la abdicación del rey de Judá que gobernaba entonces, «hasta que venga aquel a quien pertenece el derecho, y a quien yo se lo daré» (Ez. 21:26–27). Esto es todo lo máximo que podemos acercarnos al significado de las palabras de Jacob.

La profecía apunta hacia un gobernante que descenderá de Judá, pero que será tan grande, que recibirá *la obediencia de los pueblos*. Aunque David estableció a Judá como la tribu reinante y levantó un poderoso imperio, no se puede decir que consiguiera la obediencia de otras naciones; incluso en su propia familia había discordia. Además, ese rey venidero traerá consigo una prosperidad sin precedente, *atando a la vid su pollino*. «El hombre que puede, sin pensar, atar su montura a una vida y lavar su ropa en vino vive en el paraíso». Este poema mira al futuro, al día en que ya no haya escasez de alimentos, las cosechas sean abundantes y ya no existan las guerras, porque todo el mundo será súbdito de Dios, el rey, y disfrutará de la abundancia de su provisión. La intención de Dios para la humanidad es nada menos que el paraíso restaurado.

Las dos últimas líneas del oráculo para Judá tampoco son fáciles de entender. La palabra traducida en las versiones inglesas como *red* (rojo) es un término hebreo muy inusual, cuyo significado es, por tanto, enigmático. Lo más probable es que esté comparando el color de los ojos con el lustre opaco del vino:

«Más oscuros (?) son sus ojos que el vino,
más blancos sus dientes que la leche».

Zabulón, el más joven de los hijos de Lea, es nombrado antes que su hermano, *Isacar*, como en Deuteronomio 33:18–19 y Jueces 5:14–15. Zabulón estaría asociado con el mar y su comercio, con sede en Sidón. Durante la distribución de tierras (Jos. 19:10–16), la costa no se incluyó, pero es posible que la tribu se enriqueciese igual por su proximidad a los mercados representados en el puerto de Sidón, aunque el territorio de Aser estaba más cerca —según se desarrolló el curso de la historia—. Isacar, fuerte pero perezoso, «echado entre dos alforjas» (NIV), encontraría un territorio agradable, pero, en lugar de conquistarlo, sería esclavo de otros. Su zona de Canaán era fronteriza con la de Zebulón y daba al mar de Galilea y al valle del Jordán. Es interesante que a Isacar no se le menciona en Jueces 1:30–36, donde se dice que otras tribus norteñas no consiguieron ocupar todo el territorio. ¿Quizá Isacar estaba haciendo honor a su nombre?

El nombre *Dan*, hebreo para «juez», sugiere el llamamiento a su tribu para que

defienda la justicia con los necesitados dentro de sus fronteras, un requisito aplicable a todas las tribus. Pero Jacob previó la traición en Dan; los altaneros jinetes que cabalgarían por las pistas de las colinas caerían del caballo a consecuencia de la picadura de una víbora, que mordería las patas del caballo y lo haría caer. La oración del versículo 18, «¡*Tu salvación espero, oh Señor!*», debería separarse probablemente de las palabras dirigidas a Dan, con las que no tiene una relación particular. Pocas cosas había para que animasen a Jacob al pronunciar el destino de sus hijos, pero tenía motivos para reafirmar su confianza en la liberación del Señor.

El futuro de *Gad* se sugiere mediante el doble significado de su nombre, «ataque» y «banda de atracadores», lo cual hace de este pareado un juego de palabras extendido. Como Dan, la tribu de Gad «asaltará la *retaguardia*», o el «tobillo», como Jacob aferró a su hermano por el pie (el nombre Gad tiene en hebreo las mismas consonantes que «tobillo»). Esta tribu optó por asentarse al este del Jordán, donde quedó expuesta a las incursiones de bandas de merodeadores.

El nombre *Aser*, «feliz», sugiere prosperidad, y de aquí la promesa de recibir ricos alimentos y «delicadezas dignas de un rey» (NIV). Las feraces colinas que daban al Mediterráneo, al este de la bahía de Acre y de Tiro, fueron entregadas a Aser.

Neftalí, «luchas», puede sugerir la lucha por la libertad, *una cierva en libertad*. El segundo verso, *que pronuncia palabras hermosas*, es más problemático, dado que este significado evidente (margen de la RSV) no tiene una importancia especial para esta tribu, que se hizo famosa sobre todo porque de ella salió el libertador Barac (Jue. 4:6). La NIV, como el texto de la RSV, prefiere el significado alternativo, «que da a luz hermosos cervatos». Esta tribu, a la que se entregó la zona de las montañas del norte, seguiría fiel con el paso de los siglos a su llamado a la libertad.

A pesar de la bendición especial conferida a Efraín y a Manasés, *José* no queda excluido de este anuncio del destino futuro, transmitido desde el lecho de muerte; en realidad, se dice más de él que de Judá, porque ahora ocupaba el primer lugar, sustituyendo a Rubén, y era «consagrado entre sus hermanos» («príncipe» en NIV, 26). No es difícil entender qué indujo estas reflexiones de Jacob cuando pensaba en su hijo José, quien había soñado que su gavilla de trigo recibía el homenaje de las de sus hermanos. Ahora, era más parecido a una *rama fecunda* en plena floración, cuyo fruto pende sobre el «muro» o valla destinada a soportarla, y que se nutre de una fuente cercana. En la palabra «fecunda», vemos un juego sobre el nombre de Efraín (41:52), así como quizá una referencia a la promesa para los dos hijos de José (48:4–9).

De joven, José había sido dado por muerto, *lo asaetearon y los hostigaron* (23), *pero su arco permaneció firme*. Superado sin esperanza por sus hermanos mayores, José no había tenido posibilidades de defenderse, pero, sin que él lo supiera, las manos del *Poderoso de Jacob*, el adalid de su causa, a quien su padre probó cuando se encontraba igual de indefenso, habían controlado su vida. Todos los nombres por los que Jacob había llegado a conocer a su Dios, y cada uno de los que enfatizaba un atributo específico, se reunieron en esta bendición otorgada a José. *El Dios de tu padre* (25) le recordaba que había heredado la bendición de Abraham, Isaac y Jacob; por consiguiente, esa bendición descansaba sobre las promesas de Dios, no sobre la

falibilidad humana. Jacob se había quedado impresionado por la guía de Dios (48:15) y por tanto, Dios era *Pastor*, y la constancia del Señor, aunque sólo hubieran transcurrido tres generaciones de momento, sugería que era la *Roca de Israel*. Aquí la palabra *roca* se traduce más frecuentemente como «piedra»; por ejemplo, la encontramos en el nombre *Ebenezer*, «piedra de ayuda», que Samuel acuñó para nombrar la piedra que, a modo de recordatorio, alzó para el Dios que permitió a Israel derrotar a sus enemigos filisteos (1 S. 7:12). Es la piedra que se usa para construir, o la piedra preciosa que se atesora, y para Jacob ambos significados eran pertinentes cuando hablaba de la construcción de la casa de José. La imagen de la piedra sigue vigente en el Nuevo Testamento, donde Jesús habló de sus siervos como de aquellos que edifican sobre la piedra (Mt. 7:24), previendo que ellos mismos serán un buen fundamento (Mt. 16:18). Incluso Pedro, el temperamental, crecería para asemejarse a Aquel a quien servía, y adoptaría el carácter pétreo que sugiere su nombre.

Por último, Jacob/Israel bendice a José en nombre del *Todopoderoso*, *El Shaddai*, el nombre que resume la providencia general que había dado forma al carácter de Jacob, guiando sus pasos durante toda su vida. Aquel cuidado inconfundible y providencial había sido ya evidente en la experiencia de José, «porque de todos los hermanos él había caído en lo más hondo de la desesperación y la debilidad humanas, y fue la ilustración más destacada del poder transformador de El Shaddai». Este nombre, «El Shaddai, afianzaba lo que más tarde se demostró que constituía el verdadero centro de la naturaleza de Dios». Este es el Dios que obrará de maneras maravillosas por José, y que ha obrado de una forma incluso más increíble en Jesucristo, para dar la salvación eterna a todos los que admiten su necesidad de Él.

Las *bendiciones de los cielos de arriba* eran, principalmente, la lluvia y el rocío que garantizaban la cosecha, y las *bendiciones del abismo que está abajo* serían las fuentes permanentes, pero las palabras introductorias para José, *José es una rama fecunda* (22), demuestran que también se usaba metafóricamente la idea, además de referirse a un importante —aunque prosaico— suministro de agua. Las grandes familias florecientes y el cultivo fructífero simbolizaban una bendición que incluía algo más, en concreto, como Jacob pasa a especificar ahora: la consciencia de formar parte importante del propósito divino para la historia humana. Esto se expresa mediante una hermosa sutileza en las primeras tres líneas del versículo 26. La línea central es la clave para las otras dos, porque las palabras *collados eternos*, o «montañas antiguas», puede significar también «progenitores de antaño». Este significado sugiere la primera línea, y el primer significado conformaría la tercera línea. El maravilloso gobierno de Dios apreciado en la vida de José hasta este momento, forma parte del plan global para la bendición, que ahora experimentarán sus sucesores. Efraín y Manasés heredaron las zonas más fértiles de la tierra de Canaán, y medraron en consecuencia, pero, en la época de Amós y de Oseas, la autocomplacencia había provocado la ruina de las tribus de José (Am. 6:6), y Efraín, a pesar de la educación cariñosa del Señor y su provisión de amor, había rechazado amargamente a Dios yendo en pos de ídolos (Os. 11:1–3). Oseas deja claro con cuánta relucencia el Señor apartó de ellos su bendición (Os. 11:8–9). La promesa se mantuvo hasta que sus destinatarios rechazaron sin más ni más al Dios de

sus padres, que les había otorgado el privilegio del pacto, y ni siquiera entonces el exilio fue el final, sino más bien un periodo de disciplina (Ez. 34:11–16).

Por último, Jacob llegó a su hijo menor, tan querido, al que había intentado proteger de los peligros de Egipto, pero, en este pequeño oráculo poético, no se refleja nada de su favoritismo. Su énfasis recae sobre la feroz capacidad belicosa de *Benjamín*, el último en nacer, quien, mediante este poderío guerrero, demostraría ser igual que sus hermanos. Aquella fue la tribu de la que salió el primer rey de Israel, pero en este pasaje no se tiene en mente esta idea, y Saúl distaba mucho de ser agresivo en el momento de su coronación (1 S. 10:22). A pesar de todo, Benjamín condujo las tribus a la guerra bajo el mando de Débora y Barac (Jue. 5:14), y el Salmo 68:27 proclama: «Allí va Benjamín, el más joven, dirigiéndolos», mientras la procesión solemne celebra una victoria en el templo de Jerusalén.

Todas éstas son las doce tribus de Israel. Aunque algunos, como Rubén, rechazaron su privilegio, ninguno perdió su herencia. La mayoría no podía considerarse «bendecida» cuando anticiparon su futuro, esbozado aquí por su padre; pero incluso si individualmente se sintieron decepcionados, como Israel entraron en la promesa de sus padres y conocieron la guía del Poderoso de Jacob. En Él, y en su rey (10), había bendición para el futuro, que no conocería ni restricciones ni límite alguno: esta es la bendición que los cristianos heredan en el Señor Jesús.

Génesis 49:28–50:3. La muerte y el embalsamamiento de Jacob

²⁸*Todas éstas son las doce tribus de Israel, y esto es lo que les dijo su padre cuando los bendijo. A cada uno lo bendijo con la bendición que le correspondía.* ²⁹*Después les ordenó y les dijo: Voy a ser reunido a mi pueblo; sepultadme con mis padres en la cueva que está en el campo de Efrón heteo,* ³⁰*en la cueva que está en el campo de Macpela, que está frente a Mamre, en la tierra de Canaán, la cual Abraham compró juntamente con el campo de Efrón heteo, para posesión de una sepultura.* ³¹*Allí sepultaron a Abraham y a su mujer Sara; allí sepultaron a Isaac y a su mujer Rebeca, y allí sepulté yo a Lea.* ³²*El campo y la cueva que hay en él, fueron comprados de los hijos de Het.* ³³*Cuando Jacob terminó de encargar estas cosas a sus hijos, recogió sus pies en la cama y expiró, y fue reunido a su pueblo.*

^{50:1}*José se echó sobre el rostro de su padre, lloró sobre él y lo besó.* ²*Y ordenó José a sus siervos médicos que embalsamaran a su padre; y los médicos embalsamaron a Israel.* ³*Y se requerían cuarenta días para ello, porque éste es el tiempo requerido para el embalsamamiento. Y los egipcios lo lloraron setenta días.*

«Voy a ser reunido a mi pueblo», dijo Jacob cuando contemplaba la muerte en un país extranjero. Es cierto, quería que le enterrasen con sus padres, pero independientemente del lugar de su tumba, preveía una vida más allá de la tumba, como prolongación de la de este mundo. Esto no es lo mismo que el conocimiento de la vida eterna, que Jesús vino a traernos, aunque el discernimiento que los patriarcas tenían del Dios eterno implicaba una participación en su vida, porque «Él no es Dios de muertos, sino de vivos» (Lc. 20:38). El encargo de Jacob, que le enterrasen «con mis

padres en la cueva que está en el campo de Efrón heteo» (los otros detalles garantizan que identificaran correctamente el lugar) iba destinado a autenticar el derecho de Israel sobre la tierra de Canaán cuando llegase el momento de hacerlo. A pesar de la prominencia de José en el gobierno de Egipto, la familia nunca pensaría que su herencia estuviera en ese país. La legitimidad de su derecho sobre Canaán radicaba en el don divino de la tierra a Abraham, primer antepasado de Israel. La posesión de la tierra en el antiguo Oriente Próximo dependía de la capacidad del dueño de hacer una referencia válida al antepasado original, que poseía el título que dotaba de validez al documento de posesión, y que luego transmitía el derecho a través de las generaciones. El retorno del cortejo funerario de Egipto hasta el enterramiento de Jacob renovó el derecho de la familia sobre la cueva y también sobre la tierra. Fue una garantía de que un día volverían para ocupar el territorio que, de hecho, había sido concedido a Abraham y a Sara, a Isaac y a Rebeca. Lea también estaba enterrada allí (pero Raquel no), y Jacob ocuparía su lugar en el mausoleo familiar, como uno de los tres grandes nombres asociados siempre a la promesa de la tierra que Dios había hecho: Abraham, Isaac y Jacob. Con semejante herencia que transmitir a sus hijos y con fe en el Dios de sus padres, Jacob podía enfrentarse sin miedo a la muerte. Su vida había tenido un sentido por encima de sus propios intereses personales, que a su vez habían adoptado una importancia más profunda. No sólo no tenía miedo, sino que estaba satisfecho.

Aunque todos los hijos de Jacob estuvieron presentes junto al lecho de muerte, fue José quien estaba en posición de cumplir la petición de su padre, y fue el primero en sumirse en el duelo así como en encargarse de los preparativos para el embalsamamiento, que sólo se menciona en este capítulo de la Biblia. Aunque este proceso era ajeno a la familia de José, sirvió para conservar el cuerpo de Jacob (y, más adelante, el de José) para su entierro posterior en Canaán. Era un procedimiento enormemente costoso, pero José está bien situado para garantizar que sólo los mejores médicos tocasen el cuerpo de su padre, usando los perfumes más fragantes para sustituir los órganos que extirpaban. Los *cuarenta días* eran el periodo necesario para garantizar la conservación del cuerpo (Herodoto dice que nunca superaban los *setenta días*, el periodo que aquí se menciona como el tiempo en que los egipcios lloraron a Jacob). El duelo público por un faraón no superaba los setenta y dos días, de modo que Jacob/Israel recibió un gran honor.

Así, los ritos funerarios difieren mucho; observamos diferencias entre prácticas tanto en las Escrituras como en las diversas partes del mundo actual. Son importantes para los dolientes y juegan un papel esencial para la superación del dolor, pero no existe un «método» bíblico para enterrar a los difuntos que sea aplicable a todos los cristianos del mundo. El énfasis recae sobre el cambio que espera la Iglesia cristiana, cuando los muertos resuciten imperecederos, «porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (1 Co. 15:53). Esta transformación visible no dependerá del estado del cuerpo durante el funeral, sino de la unión del creyente con Cristo en Dios, que es el único inmortal y quien puede conceder la vida eterna (Jn. 17:2–3; 1 Ti. 6:12–16). Esta perspectiva tiene el poder de aliviar el dolor.

Génesis 50:4–14. El entierro en Canaán

⁴Y cuando pasaron los días de luto por él, habló José a la casa de Faraón, diciendo: Si he hallado ahora gracia ante vuestros ojos, os ruego que habléis a Faraón, diciendo: ⁵» Mi padre me hizo jurar, diciendo: ‘He aquí, voy a morir; en el sepulcro que cavé para mí en la tierra de Canaán, allí me sepultarás.’ Ahora pues, te ruego que me permitas ir a sepultar a mi padre, y luego volveré.» ⁶Y Faraón dijo: Sube y sepulta a tu padre como él te hizo jurar. ⁷Entonces José subió a sepultar a su padre, y con él subieron todos los siervos de Faraón, los ancianos de su casa y todos los ancianos de la tierra de Egipto, ⁸y toda la casa de José, y sus hermanos, y la casa de su padre; sólo dejaron a sus pequeños, sus ovejas y sus vacas en la tierra de Gosén. ⁹Subieron también con él carros y jinetes; y era un cortejo muy grande. ¹⁰Cuando llegaron hasta la era de Atad, que está al otro lado del Jordán, hicieron allí duelo con una grande y dolorosa lamentación; y José guardó siete días de duelo por su padre. ¹¹Y cuando los habitantes de la tierra, los cananeos, vieron el duelo de la era de Atad, dijeron: Éste es un duelo doloroso de los egipcios. Por eso llamaron al lugar Abel-mizraim, el cual está al otro lado del Jordán. ¹²Sus hijos, pues, hicieron con él tal como les había mandado; ¹³pues sus hijos lo llevaron a la tierra de Canaán, y lo sepultaron en la cueva del campo de Macpela, frente a Mamre, la cual Abraham había comprado de Efrón heteo, junto con el campo para posesión de una sepultura. ¹⁴Y después de sepultar a su padre, José regresó a Egipto, él y sus hermanos, y todos los que habían subido con él para sepultar a su padre.

Como siervo de Faraón, José debía pedirle permiso para abandonar Egipto y, en su calidad de doliente, era impuro, de modo que no podía acercarse directamente al rey; esto explica su petición indirecta. José era consciente de que el viaje a su tierra natal le daría la oportunidad de «desertar», y por eso asegura *y luego volveré* (5). Como iba a acompañarle una cabalgata de oficiales y dignatarios egipcios, en la práctica José no tendría la más mínima oportunidad de quedarse en Canaán y, en todo caso, las familias que habían dejado en Egipto garantizarían el retorno de todos los hermanos. Los *carros y jinetes*, que no eran espectáculo habitual en Canaán, completaban el *cortejo muy grande*, haciendo que fuera lo bastante inusual como para que se recordara durante largo tiempo.

Aquella larga procesión se detuvo en *la era de Atad* (10). Aparte de los hechos de que se trataba de territorio cananeo y de que estaba situado en la región del Jordán, no se sabe nada de este lugar, ni se menciona en ningún otro lugar de las Escrituras. ¿Por qué se menciona el Jordán en relación con un viaje entre Egipto y Hebrón, teniendo en cuenta que la ruta principal pasaba por el delta del Nilo y luego seguía hacia el noreste siguiendo la costa? Quizá, como sucedía en la época del Éxodo (Éx. 13:17), aquel camino era peligroso debido a conflictos bélicos o a los salteadores de caminos. La ruta que cruzaba la península del Sinaí, pasando por Cades-Barnea, y luego seguía hacia al norte junto a la costa oriental del mar Muerto, era considerablemente más larga y también podía ser peligrosa, tal como sugiere la compañía de carros y jinetes que acompañaban al cortejo.

El espectáculo de la compañía de José, que hizo duelo durante siete días, era tan impresionante, que el lugar fue rebautizado como *Abel-mizraim*, o «duelo egipcio». Pero esto no se identificaba estrictamente con el lugar de enterramiento, porque Jacob fue enterrado en la cueva de Macpela, en la tumba que *cavó* (5). Dado que la cueva era una formación natural, se ha pensado que no es probable que la palabra «cavar» deba traducirse así; pero, si tenemos en cuenta los sepulcros que se han excavado, cada sección de la familia tenía su propio sector de la cueva y se excavaban nichos en la roca para cada uno de los miembros, de modo que esta traducción no es incongruente. Aún no había llegado el momento del regreso a Canaán, de modo que la procesión hizo el viaje de vuelta a Egipto; pero la visita había demostrado que no se habían olvidado los acontecimientos del pasado y que sólo era cuestión de tiempo que los descendientes de ese hombre, Israel, volvieran a reclamar sus posesiones.

Génesis 50:15–21. La culpabilidad sigue acosando a los hermanos

¹⁵Al ver los hermanos de José que su padre había muerto, dijeron: Quizá José guarde rencor contra nosotros, y de cierto nos devuelva todo el mal que le hicimos. ¹⁶Entonces enviaron un mensaje a José, diciendo: Tu padre mandó antes de morir, diciendo: ¹⁷»Así diréis a José: ‘Te ruego que perdones la maldad de tus hermanos y su pecado, porque ellos te trataron mal.’» Y ahora, te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró cuando le hablaron. ¹⁸Entonces sus hermanos vinieron también y se postraron delante de él, y dijeron: He aquí, somos tus siervos. ¹⁹Pero José les dijo: No temáis, ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? ²⁰Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo tornó en bien para que sucediera como vemos hoy, y se preservara la vida de mucha gente. ²¹Ahora pues, no temáis; yo proveeré por vosotros y por vuestros hijos. Y los consoló y les habló cariñosamente.

Inevitablemente, la muerte del padre introdujo cambios en las relaciones familiares y surgió el temor de que la vieja enemistad volviera a levantar cabeza, ahora que el que fuera su enemigo ocupaba una posición de gran poder. Sin la presencia represora del viejo patriarca, ¿qué iba a impedir que José se vengara de ellos por su modo de tratarle? No les entraba en la cabeza que pudiera haberles perdonado, de modo que inventaron unas palabras que atribuyeron luego a su padre, pidiendo a José que perdonase el pecado que ellos habían cometido. Lo que hizo llorar a José fue ver hasta qué punto habían malentendido sus motivos. Estaban dispuestos a hacer lo que fuera para aplacarle, «*somos tus siervos*». Pero José no quería ni oír hablar de eso.

Gracias a su cargo exaltado, José podría haberse convertido en un tirano despótico, devolviendo plenamente los golpes recibidos. Esto es lo que sus hermanos esperaban que hiciera y presumiblemente como ellos mismos hubieran actuado en las mismas circunstancias. El «*No temáis*» iba destinado a asegurarles de que no tenía en mente hacer nada parecido. Les perdonó de buena gana, dando así un ejemplo de perdón no superado en todo el Antiguo Testamento.

¿Mediante qué forma de pensar superó José su resentimiento natural por el trato cruel que le habían dispensado sus hermanos? «*Vosotros pensasteis hacerme mal*», les

dijo. José no minimizaba el perjuicio que le habían causado, ni pretendía que pudiera no tenerse en cuenta. Por el contrario, hablaba claramente al respecto, porque ellos necesitaban enfrentarse a su crimen. La forma de obrar de José no tenía nada que ver con esa permisividad que tolera al malhechor y resta importancia a la necesidad de que cambie su corazón y su vida. La verdad que había asimilado le aportaba la convicción de que *Dios lo tornó en bien* (20). A pesar de todas las injusticias que había padecido y los años de encarcelamiento, José podía ver la mano de Dios en el resultado de los acontecimientos. Él mismo había quedado justificado por medio de su ascenso al cargo más elevado del país. Su reputación era tal, que bajo su mandato nunca se dudó de la distribución justa de los alimentos. Todo el mundo confiaba en él. Pero más que eso, Dios había usado el mal para que *se preservara la vida de mucha gente*. Habían sobrevivido millares que, de otro modo, hubieran muerto de hambre, entre ellos los asesinos frustrados de José, la familia elegida.

Con el paso de los años, José había cambiado gracias a su observación del modo en que Dios le había tratado, permitiéndole soportar adversidades, resistir a la tentación y mantener la esperanza incluso cuando otras personas lo abandonaban. La percepción que tenía José del amor de Dios que había tomado el odio para incorporarlo a su amplio propósito, que era bendecir, le inducía a humillarse. No podía usurpar en ningún sentido el lugar de Dios, pretendiendo castigar a sus hermanos. Al contrario, quería proporcionarles a ellos y a sus pequeños lo mejor que pudiera ofrecer Egipto.

La pregunta es si es posible alcanzar la generosidad de José sin su teología, porque está claro que su motivación y su capacidad de perdonar se basaban en el trato de Dios con él. ¿Cómo si no podría dominarse y transformarse el poder del afán humano de venganza? Con demasiada frecuencia, las personas alimentan ofensas que guardan en secreto, pero el veneno infesta el espíritu y acaba provocando una crisis; esos rencores se han reprimido, pero no perdonado. Sólo un profundo sentido de gratitud frente a la maravilla de nuestra propia experiencia de perdón en Cristo, y a la provisión que ha hecho para que otros puedan ser perdonados, puede derribar las barreras que levantamos entre nosotros y los demás, tanto aquellos a los que hemos ofendido como quienes nos ofendieron.

Entre tanto, quienes habían obrado mal estaban acosados por su culpa. No podían hallar nada que objetar al castigo justificable de José, excepto la petición (seguramente falsa) de su padre moribundo; y cuando José declaró que los perdonaba, sospecharon de su motivación para decir algo así. Estos son los problemas que asedian los esfuerzos destinados a que se reconcilien quienes se han separado. Muy a menudo, las barreras que han levantado quienes más culpa tenían son las más difíciles de socavar. «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones» (2 Co. 5:19), pero a la mayoría de la población mundial esto ni le impresiona ni le convence. Parece ser que eso es lo que pasó con los hermanos de José, aunque dependieran de él para recibir sus alimentos y aunque nunca les hubiera defraudado. José los *consoló*, mediante sus palabras y también sus obras, *y les habló cariñosamente* (21) o, más literalmente, «habló a su corazón», una expresión que, según el uso bíblico, aparece en las circunstancias difíciles. «En la

mayoría de casos, existe un contexto de culpa, en el que el sentido es buscar el perdón o incitar el arrepentimiento». No hay indicaciones de que los hermanos se arrepintieran, pero, si lo hubieran hecho, podría haberse dado una verdadera reconciliación, con el desbordamiento de gozosa buena voluntad que esta conlleva. En lugar de eso, parece que se limitaron a llevarse lo mejor que pudieran.

Génesis 50:22–26. Las últimas palabras de José

²²Y José se quedó en Egipto, él y la casa de su padre; y vivió José ciento diez años. ²³Y vio José la tercera generación de los hijos de Efraín; también los hijos de Maquir, hijo de Manasés, nacieron sobre las rodillas de José. ²⁴Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir, pero Dios ciertamente os cuidará y os hará subir de esta tierra a la tierra que El prometió en juramento a Abraham, a Isaac y a Jacob. ²⁵Luego José hizo jurar a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os cuidará, y llevaréis mis huesos de aquí. ²⁶Y murió José a la edad de ciento diez años; y lo embalsamaron y lo pusieron en un ataúd en Egipto.

Con el paso del tiempo, la hambruna se fue olvidando y los refugiados se acostumbraron a su vida en un país extranjero. Sus hijos y sus nietos nunca habían conocido otro país y podrían haberse asimilado fácilmente entre la población de no ser porque los propios egipcios se mostraban reacios a confraternizar con ellos; y José, aprovechando esta situación, logró mantener intacta la identidad familiar (46:34). El propio José fue bendecido en su ancianidad tanto como lo fue durante el resto de su vida. Se especifican dos señales claras de esta bendición. Primero, vivió hasta los 110 años, una edad ideal según la sabiduría egipcia, y por tanto un testimonio más para el pueblo egipcio del compromiso de José con el Dios verdadero. La segunda señal fue posible gracias a la primera: vivió para ver a sus tataranietos, que transmitirían su recuerdo de José a los hijos de sus hijos, casi un siglo después.

La continuidad era importante si había que atesorar la promesa del pacto y su compromiso, transmitiéndola como la posesión familiar más preciada. Las últimas palabras de José fueron breves y al grano: «*Dios ciertamente os cuidará y os hará subir de esta tierra a la tierra que Él prometió en juramento a Abraham, a Isaac y a Jacob*». De pasada, esta referencia a Abraham, Isaac y Jacob al final de la vida de José nos da motivos para recordar esa idea central poderosa que cohesiona la historia patriarcal formando un todo; es la promesa del pacto, que mira al futuro para su cumplimiento. Pero José también estaba pensando en una señal externa, visible, que actuase como recordatorio a cada generación de que Egipto no era su hogar permanente.

«*Dios ciertamente os cuidará*», repitió confidencialmente a sus hermanos cuando les hizo jurar «*y llevaréis mis huesos de aquí*». José no les estaba encomendando una onerosa visita funeraria a Canaán, pero sí que sus restos se conservaran como memorial constante de la marcha futura a Canaán, que era tan cierta como las promesas de Dios. Ese memorial fue posible gracias al embalsamamiento de su cuerpo, de modo que, aunque fue sepultado en un sarcófago egipcio como esos antropomorfos que vemos en

nuestros museos, no hizo falta enterrarle, sino que pudo mantenerse indefinidamente en su «capilla ardiente» de Egipto.

Desde el punto de vista humano, el periodo en Egipto fue dilatado y puso a prueba tanto la fe como la paciencia. Pero las últimas palabras del libro, *lo pusieron en un ataúd en Egipto*, no marcaban el final de la historia, sino sólo el del primer episodio. Con el debido tiempo, una serie de circunstancias que encontramos en los primeros capítulos de Éxodo contribuyó a provocar la liberación bajo el mando de Moisés, quien «tomó consigo los huesos de José» (Éx. 13:19). Años más tarde, cuando Josué hubo introducido a Israel en la Tierra Prometida, los huesos de José fueron sepultados en Siquem, en el territorio de su hijo Manasés, pero cerca de la frontera con Efraín (Jos. 24:32). José no había depositado equivocadamente su fe en Dios, quien no olvidó ser generoso con él y fue fiel a su palabra.

Una mirada retrospectiva

Hemos pretendido demostrar que las narrativas patriarcales, a pesar de su enorme antigüedad, siguen hablándonos hoy día. Sobre todo, destacan características importantes del modo en que Dios se relaciona con los hombres y las mujeres, y ahora, cuando concluye este libro, puede resultarnos útil resumirlas.

En primer lugar, estos capítulos demuestran claramente que Dios toma la iniciativa para llevarnos a Él. No fue Abraham quien decidió encontrar a Dios, sino Él quien intervino en la vida de Abraham. Aquí no se nos sugiere en absoluto que la humanidad fuera pasando por diversos estadios de consciencia religiosa hasta que, al final, acabó adorando a un solo Dios; aún se nos dice menos que esta familia concreta, o Abraham en particular, tuviera aptitudes para la religión. Desde buen principio, el impulso hacia la salvación no procede del hombre, sino de Dios. *El Señor* habló a Abraham cuando le envió de Ur a Canaán y le hizo unas promesas trascendentales que señalan el principio de la historia de la salvación (12:1–3). En cada etapa, se ha mantenido esta iniciativa divina: al final, Dios envió a su Hijo, quien afirmó explícitamente la misma iniciativa divina y constante. «Vosotros no me escogisteis a mí, sino que yo os escogí a vosotros» (Jn. 15:16). Dios preparó el plan total de salvación y nos concedió un lugar individual dentro de él: aunque puede parecernos que encontramos a Dios, la verdad es que fue Él quien nos encontró.

En segundo lugar, el propósito de Dios es bendecir. Es cierto que Abraham fue el receptor de la bendición divina, pero esta no quedaba restringida a él. La bendición de Dios es tan abundante que se extiende a muchos otros. Abraham no será una bendición local, sino universal. El alcance universal del amor de Dios es muy evidente en Génesis.

En tercer lugar, Génesis demuestra que, cuando Dios obra para cumplir su gran plan

para la historia, empieza con una familia individual y sigue trabajando a escala muy pequeña, no con naciones poderosas y de sabiduría acumulada. El antiguo Egipto, a pesar de sus famosos conocimientos, acabó dependiendo, para sobrevivir, del hombre a quien Dios había elegido, José, el encarcelado e injustamente tratado. Además, Dios comienza con personas que no hacen siempre su voluntad y que tienen miedo, como Abraham (12:12), o son arteras como Jacob. Esto quiere decir que hay esperanza para todos; nadie puede hacer valer sus cualidades especiales. Esto es notablemente cierto de Abraham en el monte Moria, donde descubrió que, cuando Dios pide un sacrificio costoso, Él mismo lo proporciona. Eso es lo que Dios haría, de forma suprema, en la cruz. Agar descubrió que Dios percibe la necesidad humana y deja que el hombre le vea. En circunstancias de indefensión humana, como la situación de Abraham y Sara, que no tenían hijos, o como cuando Jacob envió sus hijos a Egipto, Dios se revela como el Todopoderoso, quien no sólo puede modificar las circunstancias, sino también transformar a las personas. Así, se nos anima a que veamos en nuestras circunstancias adversas la oportunidad de conocer mejor a Dios, como aquel que quiere revelarse a nosotros en nuestra debilidad y necesidad. Aquí, en Génesis, hallamos modelos para nuestras circunstancias desesperadas actuales.

No sabemos cuándo recibió su forma definitiva el libro de Génesis, pero fue siglos antes de la Era Cristiana. El escritor no podía saber cómo iban a cumplirse en Cristo las promesas del pacto con Abraham, ni cómo los escritores del Nuevo Testamento recurrirían a Abraham para señalar en Génesis la importancia primaria de la fe. «Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia» (Ro. 4:3; *cfr.* Gn. 15:6). En ningún punto de las narrativas patriarcales se sugiere, ni como precepto ni como ejemplo, que la búsqueda humana del bien haga a nadie agradable a Dios ni aceptable ante sus ojos. Pasarían cientos de años antes de que Dios diera la ley por medio de Moisés. Su propósito sería especificar la respuesta correcta de aquellos que ya habían sido hechos pueblo de Dios mediante un pacto, y no hacer que el cumplimiento de la ley fuera un camino para llegar a Dios. La salvación siempre ha sido un don de la gracia de Dios recibida por medio de la fe.

A pesar de todo, Abraham y sus descendientes inmediatos eran conscientes, intuitivamente, del carácter del Dios a quien servían; aunque no poseían la ley, sabían que era un deber para ellos vivir de tal modo que le complacieran. La confianza conllevaba obediencia, y esta exigía la separación de las prácticas cananeas, para que toda la vida pudiera vivirse para Dios. Esta entrega completa no era muy distinta de la demanda que haría Jesús cuando dijo: «Seguidme» (Mr. 1:17), tan simple y, al mismo tiempo, tan globalizadora. El Dios del Antiguo Testamento es también el Dios del Nuevo; su camino de salvación no ha cambiado y ofrece salvación y bendición a todos quienes reciban sus dones en arrepentimiento y con humildad. Si esto parece simplista comparado con la santidad alcanzada mediante el cumplimiento de la ley, es porque no logramos entender el grado de nuestra deuda pasada con Dios y nuestro descrédito actual ante su presencia.

Esta incapacidad de hacer frente a nuestra difícil situación es parte de nuestro problema. La entrega de la ley fue un medio que Dios utilizó para producir convicción

de pecado; luego resultó que tendía a confirmar la santurronería personal. La llegada de Jesús destruyó los malos entendidos que habían surgido en torno a la ley y reabrió con mayor amplitud que nunca el camino a Dios por medio de la fe. El Señor Jesucristo manifestó con toda claridad lo que los patriarcas habían visto oscuramente; Él fue la justicia de la que fue consciente Abraham cuando afirmó: «El Juez de toda la tierra, ¿no hará justicia?». La misericordia de Dios es tal, que confiere su justicia (nada menos) a todos aquellos que confían en su amor, piden su perdón y le entregan sus vidas. La vida de Jacob ilustra cómo esa entrega puede transformar a una persona, abordando los entresijos de una naturaleza distorsionada, cuando Dios toma el control; mientras que la vida de José muestra cómo el gobierno de Dios es capaz de abarcar la premeditación humana, corregir a los malhechores y, al mismo tiempo, suplir sus necesidades.

En resumen, las narrativas patriarcales son un paradigma del evangelio.